CUANDO EL AMOR Y LA VIOLENCIA SE CONVIERTEN EN UN JUEGO MORTAL

LLAMADA DE EMERGENCIA

KATE LONDON

CRIME SCENE DO NOT CROSS

CRIME SCENE DO NOT CROSS

CRIME SCENE DO NOT CROSS

CRIME SCENE DO NOT CROSS

MOTUS

Llamada de emergencia

Kate London

Traducción: Constanza Fantin Bellocq



Título original: *Death Message*
Edición original: En Gran Bretaña por Corvus, un sello de Atlantic Books Ltd.
Derechos de traducción gestionados en colaboración con Casanovas & Lynch Literary Agency

www.trinivergaraediciones.com

www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-18711-81-7

Índice de contenidos

Portadilla

Legales

Prólogo

Primera Parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda Parte

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Tercera Parte
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela…
Kate London
Manifiesto Motus

Para mis hermanas, Ann y Felicity

Por los espinosos zarzales entra el viento frío.

William Shakespeare, El rey Lear

PRÓLOGO

Octubre de 1987

LA GRAN TORMENTA DE 1987 marcó un antes y un después en la vida de Claire Mills. Más de veinte años después, todavía se despertaba en mitad de la noche, en un sobresalto helado que la hacía incorporarse y ver con luminosa claridad aquellos árboles arrancados de raíz y los vehículos destrozados. El terror que sentía dentro del corazón en sus mañanas solitarias era siempre el mismo: que las pequeñas huellas, que durante tanto tiempo eligió ignorar, del desastre ocurrido en su vida ya hubieran estado escritas claramente en el paisaje la mañana después de la tormenta, pidiendo a gritos su atención. Entre los miles de reproches que se hacía, estaba el de no haber prestado atención a las señales.

Sabía, en aquel entonces, que su hija guardaba secretos.

Sabía, también, que su marido tenía una aventura, pero siempre que había pensado en su muy evidente infidelidad —ahora admitía que se había esforzado mucho por no pensar en ello— había decidido ignorarla. Ya pasaría. Quizás su aventura no fue la causa de lo que pasó, pero resultó ser otro síntoma de su sonambulismo voluntario. Se había sentido demasiado cómoda con su vida apacible. Mantenía su casa impecable. Estaba feliz con su calefacción central y su moqueta, así como también con las ventanas de doble cristal recientemente instaladas.

Cuando llegaba la luz del día le ofrecía el consuelo de la razón. Era probable que la tormenta hubiera facilitado de alguna manera lo que sucedió después, pero ciertamente no había sido una señal sobrenatural. Sin embargo, cada año, cuando los días se acortaban hacia el otoño, Claire se enfrentaba a solas al hecho de que su deliberada ceguera había provocado el desastre que cayó sobre ella.

Aquellos árboles, aquellas raíces arrancadas.

En los cálidos límites del número 14 de Eccleshall Drive, la noche del

15 de octubre de 1987 no había deparado sorpresa alguna, nada se había desviado de lo normal. A solas en la sala de estar, había visto en la televisión el pronóstico del tiempo para la noche. Michael Fish, de coronilla calva y gafas de montura fina, estaba confiadamente plantado delante de sus isobaras.

—Esta mañana —dijo—, una mujer ha llamado a la BBC para advertir que se avecinaba un huracán. —Soltó una risita; al fin y al cabo, a finales de los ochenta era más fácil ignorar los miedos de las mujeres—. No se preocupen —agregó con una sonrisa—. No hay ningún huracán en camino.

Y así Inglaterra se fue a dormir. Era un país renacido. Una Dama de Hierro le había devuelto el "Gran" a Bretaña. No era una nación que le temiera a los vientos.

Claire se incorporó en el sillón frente al televisor. Su marido, Ben, estaba sentado solo en el comedor. Tenía la cabeza inclinada bajo la lámpara y estudiaba para sacarse el título de capitán de embarcación, sin sospechar que esa noche los barcos se soltarían de sus amarras. Ella se levantó y apagó el televisor. En la cocina, puso a hervir agua, llenó la bolsa de agua caliente y luego, en pantuflas, subió hasta la habitación de su hija, que estaba haciendo los deberes en su escritorio. Levantó el edredón de plumas de la cama y colocó la bolsa de agua caliente sobre el colchón.

—Ya es hora de apagar la luz, Tania.

De madrugada, Claire oyó unos golpes acompasados, como si unos caballos galoparan sobre suelos duros por encima de ella. Todavía dormida, no lograba identificarlos. ¿Qué pasaba? ¿Era una pelea? ¿Estaría alguien tirando cosas desde los tejados? Poco a poco el ruido la hizo subir a la superficie de su conciencia. Era como un triste *glissando* continuo, como si alguien estuviera cortando con una sierra las capas de la atmósfera por encima de la ventana de su dormitorio. Ya despierta por completo, comprendió que la casa se estaba moviendo; se inclinaba y crujía. Se acercó a su marido y lo llamó, "Ben, Ben", pero él se giró hacia el otro lado de la cama gruñendo y se cubrió con el edredón. Ella se bajó de la cama, se puso las pantuflas rosadas, la bata y bajó.

Tania ya estaba abajo, en la sala de estar, descalza, con su pijama de seda color marfil. La tormenta bramaba en el exterior, golpeaba y destrozaba, pero ella parecía haber encontrado su propia laguna de silencio. Se había ido la luz y ella estaba de pie en la penumbra junto a la ventana. Claire agradeció esta repentina e íntima imagen de su hija. Por lo general, Tania hacía gala de esa torpeza de las adolescentes que, como desconfían o se sienten avergonzadas de su belleza, se encorvan y evitan las miradas de los demás; pero allí,

sabiendo que nadie la observaba, se veía elegante, con la gracia atemporal de una bailarina de Degas. Para lograr un absurdo peinado a la moda, se había hecho varias trenzas largas que le caían sobre la espalda delgada. Tenía el peso del cuerpo apoyado sobre una cadera; el otro pie, arqueado con los dedos hacia dentro, como recordando las clases de ballet de la escuela primaria. A Claire siempre le habían gustado los pies largos y delgados de su hija, y había conocido esos pequeños talones firmes antes de que Tania naciera. Sobresalían por su abdomen tirante como si fuesen pequeños yunques escondidos en su interior.

Se acercó a su hija y permanecieron juntas en la ventana, observando cómo el limonero del jardín de enfrente se inclinaba como un cortesano, desesperado por complacer al viento. El ruido era incesante, gemidos, golpes. En otras casas de la misma calle se habían encendido las luces. En las ventanas se veían caras.

Tania dijo suavemente:

—Esto me *encanta*, mami, me encanta.

—¿No tienes miedo?

Tania, hipnotizada por los esfuerzos del árbol que tenía frente a ella, no respondió enseguida. Una maceta cayó de la ventana de un primer piso y se estrelló en la calle. Un geranio solitario yacía sobre la acera. Un cubo de basura, tratando de escapar de su aburrido destino, salió rodando calle abajo.

—Da miedo, pero también es fabuloso. Como en *El mago de Oz*. Siempre me gustó la primera parte, la que es en blanco y negro. Cómo gira la casa dentro del tornado y la vaca pasa volando por la ventana y los dos hombres que reman en el bote saludan a Dorothy con sus sombreros. El León Cobarde y el Hombre de Hojalata ya están allí. Y el mismísimo mago, en su caravana tirada por caballos…

Claire interrumpe haciendo su mejor imitación del Profesor Maravilla:

—Mejor nos quedamos a cubierto, Sylvester, se avecina una gran tormenta, ¡un tormentón!

Tania se rio y Claire pasó delicadamente su brazo por la cintura estrecha de su hija y la abrazó. La chica ya era bastante mayor para eso, pero de alguna forma la tormenta hizo una excepción.

—Ay, sí, a mí también me encantaba. El rugido del viento, los caballos que galopan y esos árboles que se ven por la ventana, como ahora.

Por la mañana, el antipático timbre del teléfono los despertó del sueño que habían logrado retomar. Tania fue más rápida que su madre, bajó corriendo por la escalera y levantó el auricular. Claire se puso boca arriba en la cama y se frotó los ojos cansados. Ben ya se había

marchado sin despedirse, pero en la cama aún se percibía el olor masculino y la huella tibia de su cuerpo. Haciendo caso omiso de los destrozos, se había ido a zigzaguear por las calles bloqueadas en su Audi. Estaba orgulloso de su coche. Era nuevo. De color dorado.

Desde arriba, Claire le gritó a su hija:

—¿Quién es?

Los pies de Tania subieron ligeros por las escaleras. De pronto parecía tener mucha prisa, pero asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Ah, era Katherine, mamá. Han suspendido las clases. Parece que hay árboles caídos por todas partes. Hemos quedado.

Katherine: la mejor amiga de Tania. Inseparables desde la escuela primaria. Cuando Katherine comenzó a tocar el violín, Tania también insistió en aprender. Katherine provenía de una familia de músicos, pero desde un principio todos dijeron que era Tania la que mostraba un talento innato. El corazón de Claire parecía explotar cuando veía a las dos niñas caminando juntas con sus uniformes, con la funda del violín balanceándose al compás de sus piernas. Últimamente no se llevaban muy bien, quizás porque la manera de tocar de Tania superaba indiscutiblemente la de su amiga; pero, aun así, Claire estaba segura de que se trataba de una amistad duradera. Se las imaginaba a cada una en la boda de la otra.

Claire bajó y comenzó recoger las cosas del desayuno de su marido. Necesitaba espabilarse. La señora Hitchens, la mujer a cuyo hijo ella cuidaba, no había llamado. También ella debía de estar intentando llegar a su trabajo. Claire puso la radio. Desde arriba se oyó un sonido que retumbaba y una voz de mujer llena de melancolía. Reconoció la canción: *River deep, mountain high*.

Le gritó a su hija:

—Tania, baja esa música, estoy tratando de escuchar la radio.

“Los trenes no pueden circular y miles de personas se han quedado sin electricidad…”.

Un muro de sonido poderoso atravesó el techo; puro Phil Spector. Qué curioso que a Tania le gustase con veinte años de retraso. La música iba *in crescendo*, en tonos graves, con un ritmo que la conmovió de tal manera que no pudo evitar seguir el ritmo con los pies y chasquear los dedos. Apagó la radio y volvió a gritar hacia la planta superior, tratando de competir con el volumen de la música.

—Tania, ¿quieres avena o huevos?

Claire subió la escalera. Tania, en su habitación, movía las caderas de un lado a otro y daba esos saltos estilo punk que hacían los chicos de su generación. De espaldas a ella, se miraba en el espejo.

Claire se puso detrás de su hija. Tras una pausa un tanto escéptica, comenzó a mover las caderas. Levantó los brazos para mover las

manos de un lado a otro.

—Se hace así.

Tania se avergonzó:

—¡Ay, mamá!

—No seas mala, yo también fui joven alguna vez.

El sonido cobraba fuerza, se volvía irresistible. Un ritmo que retumbaba y que le era difícil de seguir. Tina Turner emocionaba. Claire levantó las manos haciendo círculos exagerados con las muñecas al estilo de los sesenta y comenzó a balancear las caderas. Hacía mucho que no bailaba; antes de casarse, antes de que naciera Tania, le había encantado bailar.

Tania se rio y se unió a ella, moviéndose de manera sincronizada con su madre.

El recuerdo es muy fuerte y casi veintisiete años después, Claire Mills lo evoca: Tania, con sus enormes pendientes de cristal de colores y su sombra de ojos azul brillante. La música se ha detenido y ambas se han quedado sin aliento. Tania ha perdido la elegancia de la noche anterior y ha recuperado la torpeza adolescente. Su falda es demasiado corta. Se ha soltado las trenzas y el pelo le ha quedado encrespado. Huele a laca. Los horarios del instituto están pegados en su espejo. Claire la echará de menos cuando comience la universidad. Ya falta poco. Solo tres años. En este momento se la ve tan preciosa que Claire la abrazaría hasta dejarla sin respiración. Le dice:

—Mi amor, estás muy guapa.

—Gracias, mamá.

No quiere estropear el momento, pero es preciso educar a los hijos correctamente. Forma parte del amor por ellos.

—¿Sabes…? Esa falda…

Tania arruga la nariz.

—¿Qué le pasa?

Claire le besa la cabeza a su hija.

—Bueno, tal vez es un poquito corta. Tú verás.

Desde abajo llega el olor a quemado.

—¡Oh, por Dios! ¡Las tostadas! —Claire baja corriendo, abre las ventanas y agita el paño de cocina para disipar el humo.

Cinco minutos después, Tania ya está en la puerta de la cocina. Chaqueta de tela vaquera, vaqueros estrechos, dos collares, pintalabios anaranjado, la mochila escolar al hombro y la funda del violín en la mano.

—Me voy, mamá.

—No has desayunado.

—Da igual, no quiero nada.

Por la ventana de la cocina ve llegar a la señora Hitchens en su

Sierra nuevo. ¡Qué raro que quiera ir al trabajo en un día como este! Claire hubiera aprovechado para pasar el día entero con su hija. Pero a pesar de que el instituto está cerrado, Tania prefiere salir de casa. Para ponerse al día con su mejor amiga, estar juntas un rato y escuchar discos.

—Pero tienes que comer, Tania.

Sentada sola en su cama, Claire puede verlo todo como si fuera el presente. La señora Hitchens baja del coche a su hijito y coge el bolso. Tania pasa a su lado, la besa en la mejilla.

—No te preocupes, estaré bien.

Abre la puerta principal, Claire está de pie justo detrás de ella. El lilo del jardín de enfrente se ha caído en medio de la calle. Es una pena. Le gustaba ese árbol, especialmente en junio, cuando la calle olía a flores. La señora Hitchens se acerca por el sendero con su pequeño hijo Simon de la mano.

—¿Vas a casa de Katherine, Tania? ¿A qué hora vas a volver?

Tania le da otro beso.

—No lo sé, sobre las seis.

Entonces la señora Hitchens le tapa la vista de su hija mientras sale por el sendero y se aleja por la calle.

Y sola en la cama, Claire recuerda *El mago de Oz*: el Profesor Maravilla en su caravana tirada por caballos. Estudia su bola de cristal y convence a Dorothy de que regrese con su tía Em y con Hunk y Hickory y Zeke, y cuando Dorothy corre hacia la tormenta, exclama:

—¡Pobre criatura! Ojalá llegue a su casa a salvo.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Miércoles 9 de julio de 2014

UN CUERVO —NEGRO BRILLANTE, IRIDISCENTE— brincaba de un lado a otro por la azotea. Una mujer menuda y delgada estaba de pie junto a él fumando. Era la subinspectora Sarah Collins, llevaba unos brillantes zapatos Oxford negros con cordones y un traje gris que desde hacía algunos meses le quedaba algo holgado en la cintura. Tenía el pelo corto, las manos pulcras, las uñas bien limadas, pero sin esmalte. A distancia, la neutralidad de su aspecto la hacía parecer más joven, pero de cerca, las marcas de la experiencia en su cara denotaban una edad cercana a los treinta y cinco años. Era una cara sencilla, de mandíbula cuadrada y rasgos uniformes que no sonreía con facilidad, pero la inteligencia de su mirada mitigaba cualquier atisbo de severidad.

Sarah apagó el cigarrillo y le lanzó al cuervo una de las nueces que había traído consigo. Qué tontería: de pronto, le caían lágrimas por la cara. No podía evitar pensar que el hecho de que una persona se entristeciera por despedirse de un cuervo decía algo verdaderamente ridículo sobre su vida. Apartó la vista del pájaro y miró hacia el río.

Un crucero repleto de sedentarios turistas avanzaba río arriba; los visitantes de la megaciudad se deslizaban sobre la superficie del río como insectos de agua. Sarah conocía demasiado bien el Támesis. Ya no lo consideraba un lugar para cruceros de placer. Tampoco lo veía como el río de la historia y de la literatura, ni el que Isabel I recorrió en una barcaza dorada. Ni siquiera el río de Dickens, con sus troncos y su industria, sus muelles y grúas, con los desgraciados, los pordioseros y los estibadores, que a duras penas se ganaban la vida en sus sucias pero productivas orillas. No, el trabajo policial había hecho del Támesis un lugar impersonal, un lugar para aplicar la física. El río dragado, de color gris parduzco, era una inexorable marea de arrastre, una masa de agua fría y sucia con un interminable flujo laminar. Sabía que muchos jóvenes borrachos o drogados se arrojaban desde una

orilla y súbitamente quedaban atrapados por una corriente que se aceleraba, poderosa, y los barría río abajo como pequeños e insignificantes palitos de madera. Sabía cómo se quedaban enganchados los cuerpos como la basura en las jaulas de limpieza. De pronto, se le ocurrió que quizás estas personas desesperadas conocían el río mejor que nadie, que llegaban a él como peregrinos con sus mochilas pesadas y se arrojaban a sus aguas indiferentes.

Durante tres años como parte de la Dirección de Investigaciones Especiales, Sarah había tenido esas vistas del Támesis desde la azotea a la que daba la ventana de su oficina. Las muertes relacionadas con la policía habían sido su especialidad. Desde el comienzo en su puesto, quedó claro que su trabajo consistía en contradecir al río, en reafirmar la importancia que cada pequeña vida tenía, por más insignificante que fuera dentro de la escala del universo. Últimamente, sin embargo, esa convicción se le estaba escurriendo de las manos, como si el rugido indiferente del río le arrebatara y diluyera su voz.

Había entrado en la Dirección con una cierta desconfianza. Al fin y al cabo, investigar a la propia policía no era un trabajo que atrajera a los agentes. Quizás fue eso lo que la sedujo. Era un terreno que demandaba pura imparcialidad, el ideal de la investigación en su estado puro. Para ella había sido un honor tener que demostrar valentía e impermeabilidad a las opiniones. Era como si estuviera convencida de que podía poner sus manos en el fuego una y otra vez sin llegar a quemarse.

Pues bien, estaba equivocada.

Habían pasado seis meses desde que su antiguo colega, el detective Steve Bradshaw, le había dicho con toda claridad lo que pensaba de ella y a Sarah le había dolido. Lo admiraba como detective y lo había considerado un amigo.

“Con razón estás tan sola”, le había dicho cuando finalizó la última investigación que habían hecho juntos. Y había ido más allá, le había echado sal en la herida, diciéndole que le daba lástima. Le había dicho que se consiguiera un puto perro.

Desde el cierre de aquella investigación sobre las muertes de Hadley Matthews, un agente de policía, y de Farah Mehenni, una chica inmigrante, que habían muerto al caer desde lo alto de un edificio, Sarah tenía la sensación de que caminaba dentro del agua, tratando de no dejarse arrastrar, sabiendo que debía seguir adelante.

Carraspeó y se volvió hacia Sid, el cuervo, que la esperaba con la cabeza erguida, su ojo brillante y vidrioso y el pico firme como goma galvanizada. Los cuervos eran más inteligentes que los perros, lo había leído, más adaptables.

—Pórtate bien —dijo, y apretó la mandíbula para evitar más lágrimas.

Todos los policías tienen momentos de agotamiento, se dijo. *Son gajes del oficio*.

Esa mañana, había cogido un coche sin distintivos de su nuevo equipo en Hendon. Estaba dando un paso adelante. La iban a ascender a inspectora de Homicidios. Sabía que, seguramente, en cuanto había presentado su solicitud, habrían comenzado las llamadas extraoficiales para investigarla y encontrar la manera de frenar el ascenso si las opiniones dadas por teléfono eran lo suficientemente negativas. Pero claramente, las opiniones habían sido buenas. El jefe dijo que estaban contentos de tenerla y parecía haber sido sincero.

Colgó la bolsa de comida para pájaros y entró por la ventana a su oficina, decidida a poner rápidamente todas sus cosas dentro del coche y marcharse sin mirar atrás. Pero Jez, uno de sus detectives, la esperaba, incómodo, balanceándose sobre un pie y luego sobre el otro, lo que le hizo pensar en ese estúpido cuervo. Sintió ese maldito y doloroso nudo en la garganta, ese calor detrás de los ojos. Seguramente los tendría colorados e hinchados. Debía de resultar obvio.

La salvó el humor. ¿Cómo no sonreír ante los brillantes gemelos dorados de Jez, ante su camisa con cuello inglés bien ajustada sobre el pecho trabajado en el gimnasio y el bonito maletín de cuero que parecía haberle costado una buena suma? Jez era joven y apuesto. Se esforzaba demasiado. Había sido amable y comprensivo cuando ella estuvo tan sola. Le había terminado cayendo bien.

—Mejor me voy —dijo ella.

Hubo un silencio.

—Te he traído algo. —Jez se sonrojó y sacó un paquete plano del maletín. Debió de adivinar que ella estaba a punto de llorar porque agregó—: No te preocupes, Sarah, puedes abrirlo más tarde.

Ella asintió. Todas sus cosas estaban embaladas en una caja azul de plástico que esperaba sobre su escritorio.

—¿Quieres que te lleve la caja hasta el coche? —dijo.

Ella negó con la cabeza. No podía arriesgarse a hablar.

—Cuidaré de Sid —agregó Jez.

Ella cogió un papel, sacó su bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y escribió: “Gracias, Jez”.

Él cubrió la mano de Sarah con la suya.

—No te preocupes. Hablaremos más adelante. Tienen suerte de contar contigo. Homicidios funcionará mejor de ahora en adelante, todo será más sencillo.

Sarah conducía sin prestar atención al camino, salvo cuando este de pronto se convertía en parte de los recuerdos de sus años como policía. La calle Fulham Palace, frente a la floristería: un hombre

elegante, tirado boca abajo sobre la calle, completamente borracho. Había sido cuando recién comenzaba a trabajar, cuando todavía llevaba uniforme. Una vez que lograron ponerlo de pie, el hombre, tambaleándose hacia ella y echando un aliento con olor a vómito, le dijo que estaba *adorable con ese sombrero*. Sarah cambió de carril, giró por Broadway. El departamento de policía de Hammersmith a su izquierda; dos caballos de la policía esperaban que se abriera la verja moviendo la cola. Recordaba la calle Shepherd's Bush como una zona con lavanderías y restaurantes baratos de comida para llevar, pero estaban pintando las fachadas con colores pastel que se parecían más al estilo de las casas de campo que al del centro de Londres. Si hasta para vivir en una calle principal había que ser rico, ¿dónde iban a terminar los pobres? La propia Shepherd's Bush, pacíficamente irrecuperable —un recuerdo breve de ruidosos australianos en el pub Walkabout— y luego, en la isla de arbustos ahogados por el tráfico, el eco del llanto de una niña con las uñas rotas y un moratón en la mejilla.

Nuevamente en piloto automático, se dirigió hacia el noreste; sus pensamientos volvieron a su habitual obsesión: la investigación sobre las muertes del agente Hadley Matthews y Farah Mehenni.

Fue su última investigación en la Dirección de Investigaciones Especiales: la que le hizo buscar un nuevo puesto. Ella y Steve Bradshaw habían sido prácticamente los primeros en llegar al lugar y encontraron a los dos aplastados contra el asfalto, todavía con la tibieza de la vida que acababa de abandonarlos.

De puertas afuera, la investigación había sido un éxito. Internamente, fue todo lo contrario. Tenía la sensación de que la arrastraría consigo durante todo el resto de su carrera. Recordó a la hermosa agente Lizzie Griffiths, que se hallaba en la azotea cuando Hadley y Farah cayeron, que había huido y estuvo desaparecida durante días hasta que Steve y ella pudieron encontrarla e interrogarla. Con más desagrado recordó al jefe de Lizzie, el inspector Kieran Shaw. Si alguien debía pagar tendría que haber sido ser él. No podía descifrar la sensación que burbujeaba incómodamente en su interior: insatisfacción, frustración, rabia; sí, había rabia. Culpa, tal vez. Falta de confianza en sí misma. Sin duda, oscuridad. Trató de recomponerse. No podía seguir dándole vueltas a ese asunto, atascada en el mismo lugar desde hacía meses.

Volvió a centrarse en el camino, en el aquí y ahora. Así era el trabajo de detective, algunas cosas se te quedan dentro. Cosas que no podían resolverse. Había que aceptarlo. Ella estaba haciendo precisamente eso. Estaba saliendo adelante.

Pasó por las calles residenciales de casas adosadas y terrazas victorianas de los años treinta, disminuyendo la velocidad en los

badenes y serpenteando por el laberinto lleno de calles cortadas que intentaban evitar que los conductores los utilizaran como vías de escape. Los años como detective la habían vuelto tan experta en atajos como los conductores de los taxis negros de Londres. Allí, al lado de esa galería de tiendas, vivió su primer homicidio como detective. La víctima había logrado cruzar la calle para caer desangrada frente a su madre, que corrió escaleras abajo desde su piso encima de la licorería. El asesino tenía solo diecisiete años y se imaginó en una película cuando mató al otro muchacho por una bolsita de marihuana.

Como si fuera una paloma mensajera que regresa, aceleró por la A-41 y giró a la izquierda, pasando delante de lujosos complejos residenciales que se elevaban cada vez más arriba como lujosas secuoyas. Cogió la entrada de Peel Centre, pasó el control de seguridad —los civiles que se hallaban en la entrada nunca tenían prisa— y dio la vuelta luego a los soportales de hormigón que enmarcaban la entrada.

Se detuvo un momento en el patio de armas y dejó que el sitio le calara los huesos; sintió todo el amor y el odio que le inspiraba, y poco a poco fue aclimatándose al espacio abierto mientras una leve llovizna caía desde el cielo gris. Estaba rodeada por una serie de edificios de poca altura de cemento, blancos con una franja verde, columnas revestidas de ladrillo, ventanas angostas y una línea de largas azoteas.

Hendon: no tan famoso como el Nuevo Scotland Yard, pero, para muchos de los que trabajaban allí, el corazón mismo de la Policía Metropolitana. Todo lo que fuera lidiar con el público, las víctimas, las familias, los sospechosos, los testigos, se hacía en otro lado. Hendon era la trastienda, un lugar a donde no llegaban las personas que no tenían ni idea de cómo funcionaban las cosas en el mundo de los niños abandonados, la violencia y la locura. Hasta hacía poco tiempo, todos se formaban allí y, al graduarse, desfilaban en ese patio de armas con sus zapatos lustrados, los botones brillantes y guantes blancos; también era un sitio adonde se volvía durante el servicio, donde ocurrían cosas, pero que cuidaba su propia privacidad. De modo que sería un nuevo comienzo en un antiguo emplazamiento.

Con la caja azul en brazos, subió los escalones del edificio de Homicidios y, tras entrar sigilosamente en su oficina, cerró la puerta.

Su nuevo jefe, el inspector jefe James Fedden, le había dicho que le asignarían una investigación de inmediato, y, como era de esperar, ya tenía tres cajas con material sobre el escritorio. Operación Egremont: la desaparición de Tania Mills, una adolescente, allá por 1987.

Dejó en el suelo su caja azul y pasó los dedos sobre la tapa de la primera caja. Quería abrirla y empezar a leer, pero tendría que esperar

hasta poder trabajar de manera metódica.

Con rapidez, comenzó a organizar su campamento base distribuyendo sus cosas en los cajones: las bolsitas de frutos secos para esas noches cuando ya todo está cerrado y no puedes volver a casa, una caja de cereales para las órdenes de arresto tempranas, un cepillo de dientes, dentífrico, jabón y toalla. En el último cajón guardó su arnés, las esposas y la porra; sacó de su caja los manuales de leyes y los colocó en los estantes; luego puso la máquina de café en el antepecho de la ventana. Después, sin ninguna ceremonia, abrió el regalo de Jez. Una foto enmarcada de Sid con una frase manuscrita que decía: *"Illegitimi non carborundum"*.[1] Era un bonito detalle. Lo colgó en la pared junto a la fotografía de su perro. Le hicieron sonreír. Algunas personas tenían hijos. Ella tenía un perro y un cuervo.

Alguien llamó a la puerta y la abrió. La cara del inspector Peter Stokes casi no se veía detrás de las dos grandes cajas que llevaba en los brazos.

—¿Dónde te las dejo? —dijo.

Sarah le despejó el camino:

—Allí, en el suelo.

Las dejó junto a la ventana, se incorporó, se rascó a cabeza y miró hacia el patio de armas. Llevaba treinta años como policía. Este era su último turno y Sarah lo reemplazaría. La oficina en la que se estaba instalando había sido de él. Stokes se volvió y le tendió la mano.

—Bienvenida a Homicidios, Sarah. Gracias por tomar el caso Egremont.

—Bueno, gracias a ti. No hay problema.

Era un detective de larga trayectoria, con las sienes grises, que ya no se entusiasmaba por nada. Era alto, y se veía un tanto sudado y obeso dentro de un traje holgado y una corbata deslucida. Sarah no lo conocía demasiado, pero suponía que no se había interesado demasiado en los ascensos; simplemente le gustaba resolver crímenes. No parecía que tuviera deseos de marcharse, cosa que no era sorprendente. Debía de ser difícil entregar la placa y volver con mucha más edad a la vida de civil.

Las cajas que le había dejado eran de cartón moteado oscuro, de mejor calidad que las que se utilizan en la actualidad. Las etiquetas sobre los lomos decían "Op. Egremont", y se estaban despegando.

Sarah se puso las manos en las caderas.

—La verdad es que estoy a punto de ponerme con ello. ¿Hay algo que necesites decirme sobre el caso?

Él negó con la cabeza e imitó el lenguaje corporal de ella. Era como si ambos se enrollaran las mangas de la camisa para ponerse a trabajar juntos.

—Nada que se me ocurra. Llámame una vez que lo hayas leído. Si

es que tienes alguna pregunta, claro.

Sarah sonrió compasiva y, tras una pausa, él también sonrió.

—No es que tengas el deber de llamarme, por supuesto —dijo.

—No, es bueno saber que no te molestaría. Muchas gracias.

—A propósito, el jefe te envía sus disculpas.

—No pasa nada. Me ha enviado un correo. Está en Tailandia, ¿no es así?

—Exacto. Se casa su hija. —Stokes apoyó las manos en la primera caja—. ¿Me permites?

—Por supuesto.

La abrió, sacó lo que estaba encima y se lo pasó a Sarah.

—Esta es ella.

Era el cartel que se había repartido cuando desapareció Tania Mills. Tenía algo difícil de definir que lo identificaba como antiguo: la rigidez del papel, tal vez, o el brillo de los tiempos en los que la Policía Metropolitana subcontrataba a una imprenta para esas tareas, la tipografía oscura menos nítida, el olor de lo que se guarda durante mucho tiempo en una caja.

El cartel contenía una fotografía en blanco y negro, con bordes negros, de la chica desaparecida, que miraba serenamente a la cámara. Vestía uniforme de colegio, una corbata con rayas en diagonal muy gruesas y llevaba largas trenzas. Desgarbada, pero bonita. El teléfono de emergencia tenía un prefijo de Londres, ya en desuso, reemplazado muchas veces por el crecimiento de la ciudad y la naturaleza cambiante de las telecomunicaciones.

Stokes se cruzó de brazos.

—Para serte franco, hace treinta años que me persigue esta chica. Empecé a trabajar en el caso cuando era un detective joven. Realmente espero que esta nueva pista nos lleve a algún lado. Por supuesto que una parte de mí quiere seguirla. Si logras resolver el caso, te compraré una caja de botellas de champán, te lo prometo. Soy hombre de palabra.

Sarah quería ofrecerle algún tipo de consuelo. Volvió a guardar el cartel en la caja se tomó un instante antes de hablar:

—¿Será el destino de todo detective serio jubilarse y llevarse consigo los temas sin resolver? Tengo casos que todavía me persiguen y aún me quedan veinte años más. —Se rio—. No quiero decir que yo sea una detective seria, claro.

Él se encogió de hombros; seguía mirando el cartel.

—Debo soltarlo. Lo sé.

—¿Cuál es tu teoría? ¿Estás seguro de que la asesinaron?

—Bueno… —Cerró la caja con delicadeza—. Su desaparición fue algo completamente raro en ella. —Abrió las manos como los magos cuando hacen desaparecer un objeto—. ¿Y nunca volvió a ponerse en

contacto con nadie? ¿En todos estos años?

—Parece ser la explicación más creíble. Pero podría haber sufrido un accidente y haber muerto, sin que sea un asesinato.

—Sí, es cierto. Pero no se encontró el cuerpo.

Se hizo un silencio. Luego Sarah dijo:

—¿Y la familia mantiene la esperanza?

—El padre… no lo sé, no quiere recibir noticias a menos que sean muy necesarias. Todo lo hace por teléfono. Le resultan muy dolorosos los encuentros en persona. En cuanto a la madre… decididamente tiene la vela encendida junto a la ventana. Piensa que darse por vencida con la búsqueda de Tania es una traición.

Sarah suspiró. Claro, siempre era así: la esperanza era el último acto de fidelidad.

—¿Les has puesto al tanto sobre esta última línea de investigación?

Él negó con la cabeza.

—Hablé con el padre, pero a la madre te la dejo a ti. Me temo que no soportaría pasar por todo eso con ella otra vez. La esperanza y luego la desilusión. Hemos tenido demasiada información basura en estos años.

—¿No están juntos?

—Se separaron unos doce meses después de la desaparición. Suele ocurrir. Tenía la costumbre de reunirme con la madre una vez al año. Tomábamos un café y le aseguraba que no nos dábamos por vencidos.

—No debe de ser fácil para ti.

—No, no lo es. —Se frotó la ceja derecha con el índice—. Aun así, es mucho más difícil para la familia que para mí. —Abrió las manos con repentina frustración—. ¡El problema siempre ha sido que no ha aparecido el cuerpo! No hay pruebas físicas. Ni la posibilidad de realizar una prueba de ADN que tanto facilitaría las cosas, ahora que la tecnología es mucho mejor y que en aquel entonces los hijos de puta no tenían ni idea de que no había que dejar rastros de sí mismos. —Se hizo otro silencio. Luego Stokes siguió hablando, como si no pudiera contenerse—: En este trabajo se derrocha dinero en los casos que captan la atención del público, pero nadie tiene un interés real en facilitar los recursos para la investigación poco difundida de la desaparición de una quinceañera hace veinte años.

Pero era lógico, pensó Sarah. ¿Cómo podría la policía financiar todas estas desapariciones y causas perdidas? Contuvo su pesimismo. Todavía no sabía si era o no una causa perdida. Y una nueva pista seguramente significaba que habría dinero para investigar. Su responsabilidad profesional era tener esperanza.

Stokes, como si recordara que era necesario hablar de temas triviales, echó un vistazo a la foto del reluciente cuervo negro de ojo vidrioso.

—¿Quién es ese?

—Ah, es Sid —dijo ella sonriendo—, un excompañero.

—¿No le gusta Homicidios?

—No, era un pájaro estrictamente partidario de Investigaciones Especiales. Me prometieron que lo alimentarán.

—¿Y este amiguito? —dijo señalando la foto de la perra cocker spaniel.

—Es Daisy. Acabo de adoptarla. No sé en qué estaba pensando.

—Parece ser una buena perra.

—Así es, es muy alegre.

—¿Qué haces con ella cuando estás de servicio?

—Tengo una paseadora de perros. Se queda con ella cuando no puedo volver a casa.

Stokes asintió con un gesto.

—Recuerdo cuando teníamos permiso para traer a nuestros perros al trabajo. Por las noches, en el Departamento de Investigaciones Criminales, siempre había algún cuadrúpedo debajo de un escritorio. Otra cosa que ya no se nos permite. En fin, los tiempos cambian.

Por primera vez, Sarah sintió que sus ojos se posaban en ella con la mirada penetrante de un detective. Un hábito inconsciente que los buenos detectives tenían: poner su atención profesional sobre asuntos no profesionales.

—Entonces, ¿vives sola? —dijo.

—No es asunto tuyo.

Trató de hablar con una nota de fresco descaro, pero no era un estilo que le saliera con facilidad. Stokes solo escuchó que estaba a la defensiva.

—Perdona —se apresuró a decir—, no fue mi intención entrometerme.

—No, en absoluto, no te preocupes. Solo estaba bromeando. Sí, vivo sola.

Ella volvió a abrir la caja de la Operación Egremont, sacó el cartel y lo pegó en la pared encima del ordenador, con masilla adhesiva que encontró en un cajón.

Stokes asintió.

—Buen gesto, gracias.

—No hay de qué.

Sarah creyó que le había enviado un claro mensaje de que daba por finalizada la conversación, pero probablemente la mirada del detective había captado una cualidad en ella que le transmitía cierta afinidad, porque dijo:

—Escucha, Sarah, no te preocupes demasiado por el caso Egremont. Nunca pude dedicarme a él como corresponde. Simplemente no es posible. Una vez que tengas una investigación en curso, estarás muy

ocupada. Tendrás que encontrar algún rato en el tiempo libre.

Ella trató de quitárselo de encima.

—No te preocupes. Solo haré lo que pueda.

Pero él no se conformó e interrumpió:

—Este trabajo te puede comer viva.

Ella le tendió la mano.

—Nos veremos en el Crown más tarde.

Cogió la pequeña mano de ella entre las suyas y sonrió.

—Escucha, esta investigación, el caso Tania Mills, sé que harás todo lo que puedas. Y te lo agradezco. Pero no te preocupes. También soy realista.

—No hay problema —dijo ella—, de verdad. Lo entiendo.

Él le soltó la mano.

—Perdona, es que tengo dos hijas. A veces hay que frenarme.

—Está bien. Pero sí, frena. —Sarah sonrió.

—Te gustará trabajar aquí. Y estoy seguro de que te irá bien —dijo —. He oído buenos comentarios sobre ti. Me gustaría que hubiésemos trabajado juntos. Admiro a las personas tercas.

La puerta se cerró. Sarah colocó una cápsula en la máquina de café y sacó sus gafas de lectura.

La desaparición de Tania Mills era una investigación que nunca se había podido resolver y había quedado abierta. Ahora, tras muchos años, aparecía una nueva pista. Erdem Sadiq, un recluso que se hallaba en prisión preventiva en Thameside, afirmaba saber lo que había sucedido. Sarah había solicitado interrogar en persona al informante para evaluar sus declaraciones, pero el inspector jefe le informó que era demasiado tarde para eso.

—Ya hemos solicitado el interrogatorio. El Sistema Penitenciario de Su Majestad no permitirá ningún cambio de interrogador a estas alturas. No te preocupes. Enviaré a alguien bueno: Lee Coutts. Te caerá bien. Es picante como la mostaza. Me recuerda a mí mismo en mi juventud. En fin, no te entusiasmes demasiado. El delator es un agresor sexual, tiene sus propias razones para querer hablar con nosotros. Esto es algo como para empezar. Tómate tu tiempo. Las investigaciones en curso tienen prioridad.

Fedden no había sido alentador, pero tenía razón en dudar sobre cualquier información proveniente de Erdem Sadiq. Sadiq tenía un gran incentivo para hablar: si aportaba una pista sólida, podría conseguir una reducción de su sentencia.

Sarah sacó de la caja el resumen de la investigación inicial. Estaba escrito a máquina y corregido con típex. El pasado le parecía tan distante, tan diferente, le costaba creer que ella misma hubiera estado viva en 1987, cuando, con la mochila al hombro, caminaba con su

hermana mayor hacia el colegio. A medida que leía, se acercó a esa brecha de tiempo para llegar hasta aquella otra chica que había salido de su casa la mañana siguiente a la tormenta y había desaparecido.

Informe de situación: Operación Egremont
Víctima: Tania Mills
Fecha de desaparición: 16 de octubre de 1987

Resumen
Tania Mills salió de su casa el 16 de octubre de 1987, aproximadamente a las 09.00 horas. Su instituto estaba cerrado debido a la tormenta. Tania le comunicó a su madre, Claire Mills, que iría a ver una amiga, Katherine Herringham, a fin de repasar para los exámenes finales de secundaria. Tania estudiaba con frecuencia fuera de su casa. Sus padres pensaban que seguiría una carrera relacionada con la música, pero recientemente había decidido estudiar Lenguas Modernas. Tania solía cruzar un parque local para llegar hasta la casa de su amiga. Katherine informó que Tania nunca llegó a su casa, pero que ella no se preocupó porque su amiga solía cambiar de planes.
Se denunció su desaparición a las 19.30 horas. Su madre, Claire Mills, contó a la policía que esperaba que su hija regresara alrededor de las 18.00 horas, pero que al principio no se inquietó. Tania tenía quince años, era casi una adulta. Claire pensó que habría una explicación inocente sobre su tardanza.
Para cuando el padre de Tania, Benedict Mills, regresó a su casa, Claire estaba nerviosa. Benedict Mills subió a su coche y se dirigió al Departamento de Policía de Ellersby, donde denunció en el mostrador de recepción la desaparición de su hija.

Acción inmediata
Los agentes del distrito iniciaron la búsqueda en el parque y los alrededores. La tarea se vio obstaculizada por la oscuridad y los daños ocasionados por la tormenta, que incluían muchos árboles caídos. Se interrogó a los amigos de Tania en su domicilio. Ninguno informó haberla visto el 16 de octubre. A la mañana siguiente el Departamento de Investigaciones Criminales local se hizo cargo de la investigación. Se valló el parque y comenzó una búsqueda exhaustiva. Se encontraron unos vaqueros pertenecientes a Tania. No se recuperó ninguna otra pertenencia. Se arrestó a Robert McCarthy, el guarda del parque, pero posteriormente se lo liberó de la investigación. No se encontraron indicios de lucha ni daños en ningún lugar del parque. Nadie informó haber visto algo inusual. El Instituto Hatchett's, donde asistía Tania, reabrió; se habló con profesores y alumnos. Se publicó un aviso en el periódico local, *Ellersby Gazette*, y se transmitió por la BBC de Londres y por Radio Capital…

La investigación inicial y las revisiones posteriores generaron cientos de declaraciones. Y los archivos contenían más cosas: listas de pruebas instrumentales, informes escolares, fotografías. Sarah continuó leyendo durante tres horas; sin embargo, sentía que acababa de empezar. Necesitaba conocer a Tania, llegar hasta ella a través de los años de silencio. No era por simple sentimentalismo. Su trabajo como detective consistía en concentrarse en cada detalle hasta que esa

víctima a quien nunca había conocido se transformara en alguien que respiraba, alguien traída de regreso a la vida con el solo propósito de que se pudiera ver la película entera. Aquello que revelara lo ocurrido podía ser algo oculto —tal vez una actividad criminal o una amistad secreta— o podía ser solo un detalle al azar. La víctima se desvió de su camino para comprar cigarrillos o se marchó antes de la fiesta o se quedó hasta el final.

Sarah dependía de testigos más de lo habitual. En 1987 no existían tantas oportunidades de inmiscuirse en la vida de las personas. Había pocas cámaras. Nada de navegación útil por internet. Tampoco el teléfono móvil de una adolescente que revisaba sus mensajes a cada hora y actualizaba su estado, lo que daba información a un investigador sobre dónde estaba y quién era importante para ella. Esperaba que los detectives hubieran hecho un buen trabajo: que hubieran arrojado lo más lejos posible las redes y que hubieran animado a la gente a hablar sin miedo.

Finalmente se puso de pie, se frotó la cara, juntó las manos detrás de la nuca y se estiró.

Le molestaba que la investigación la mostrara constantemente como una buena chica: buena alumna, talentosa para la música, pero no mucho más. ¿Dónde estaban las fechorías de Tania? ¿Dónde estaban los detalles que la hacían adolescente, el desorden, faltar a clase sin permiso, un cigarrillo a escondidas? ¿Dónde estaba el crucial detalle atípico que podía ofrecer una nueva línea de investigación?

El único granito de arena que no pasó por el tamiz fue un curioso incidente de hurto en la tienda Selfridges seis meses antes de la desaparición. Tania había sido arrestada. El dato no llevó a ningún sitio. No era mucho, pero podría ser buena idea investigarlo. Otra cosa llamó su atención. En la mañana de su desaparición, la joven se cambió a escondidas los vaqueros por una minifalda. Fue la última vez que la policía tuvo pruebas de que estaba viva. Quizás ese momento también merecía volver a investigarse.

Caía la tarde, y los otros policías de su nuevo equipo ya se marchaban para ir a tomar algo en la despedida de Peter Stokes. Sin embargo, se dijo, tenía tiempo de hacer una visita rápida antes de ir hacia allí.

Hizo una llamada, cerró el ordenador y se puso la chaqueta.

Sarah llamó a la puerta de la casa de la que Tania se había ido casi treinta años atrás. Había telefoneado antes y conducido durante veinte minutos en dirección oeste hasta un bonito barrio residencial de calles arboladas.

Claire Mills abrió la puerta. Tenía más de sesenta años, pero estaba en buena forma. La primera impresión fue la de una de esas mujeres

bien parecidas que no salen de casa sin base de maquillaje ni pintalabios. El pelo gris corto, bien cuidado. Una chaqueta azul de brocado que hacía juego con el vestido hasta la rodilla. Llevaba un pañuelo de estampado Liberty en el cuello. Fue una rápida primera impresión. La madre de Tania la hizo pasar enseguida y la dejó sola en el salón mientras le preparaba un té. Sin embargo, a pesar de lo colorido de su pañuelo, de la elegancia de su ropa y el buen corte de pelo, Sarah notó que Claire tenía poca expresividad en la cara, una cierta rigidez alrededor de los labios y de los ojos: era la marca de un dolor instalado, compartido con muchos otros familiares de personas muertas o desaparecidas con quienes Sarah había tratado. La vida de esta mujer se había detenido en 1987. Todas sus demás actividades solo daban la ilusión de movimiento alrededor de un dolor implacable.

El salón —era eso y no una sala de estar— estaba convertido en un santuario. En una pared había un mueble con estantes de estilo escandinavo dedicado por completo a la adolescente desaparecida. Un recorte de periódico enmarcado donde se veía a Tania y otras chicas en fila con una pelota y con medallas: "Categoría sub-14, premio de baloncesto escolar". Un certificado de octavo año de violín, con mención especial. Fotografías enmarcadas. Tania en el escenario tocando el violín delante de la orquesta. Tania, con un vestido sin mangas y leotardos blancos, haciendo una reverencia junto a un piano y entregándole flores a la princesa Diana. Tania de bebé, en la playa con un cubo y una pala. Nuevamente en la playa, una Tania mayor, a la que comenzaban a florecerle los pequeños pechos, luciendo un traje de baño estilo marinero, con una franja blanca a la altura de las caderas y con unas gafas de sol rojas con forma de corazón. También había objetos. Un oso de peluche. Un pequeño caballo de cristal. El premio escolar de música de 1986: un trofeo con forma de clave de sol.

En esa habitación silenciosa, a Sarah le sobrevino un pensamiento: Claire seguía en la lucha, pero algún día ella también faltaría. Todos esos recuerdos terminarían como algún vídeo familiar dentro de una caja de cachivaches en una tienda de segunda mano, que nadie tendría interés por comprar, y el anhelo de encontrar a Tania también quedaría silenciado.

Se abrió la puerta que daba al pasillo y entró Claire con una bandeja y dos tazas de porcelana, una pequeña tetera, un azucarero, una jarra de leche y un plato con galletas. Dejó la bandeja en la mesita de café redonda y se colocó el vestido con ambas manos antes de sentarse.

—Ben no quería que pusiera fotografías. A él le resulta más fácil que a mí olvidar las cosas que lo entristecen. Cuando se él fue, pude

desahogarme.

Sarah esbozó una sonrisa y se acercó a la silla.

—Espero que no le moleste que mire.

—En absoluto.

Aceptó la taza de té que le ofrecía y dijo:

—Las fotos son preciosas.

—Gracias.

—¿Era violinista?

—Ah, sí. Muy buena. Llegó al octavo nivel a los catorce y con mención especial. Todos decían que podría dedicarse a ello profesionalmente.

Lo repetía como un mantra. ¿Cuántas veces había contado lo mismo desde que Tania se había ido?

—Pero ¿había decidido no continuar estudiando violín en la universidad?

—Bueno, sí, así es. De algún modo me tranquilizaba. Es algo muy competitivo. Cuanto más se avanza, también lo hacen los demás. Provoca ansiedad en las chicas. ¡Y tanto tiempo practicando! Yo pensaba que disfrutaría más de la vida si tocaba como afición.

Sarah asintió e indagó más.

—¿Era una chica particularmente ansiosa?

Clara puso un gesto ceñudo.

—No, no especialmente.

—Debe de echarla muchísimo de menos.

—Todos los días.

—¿Podría contarme algo de ella?

Claire sonrió; complacida, pensó Sarah, de tener la oportunidad de decir esas palabras.

—Era una chica maravillosa. Bonita, buena, inteligente.

—Quisiera preguntarle algo.

Claire sonrió otra vez.

—Pregúnteme lo que quiera.

—Bien, la mañana en que desapareció… se cambió de ropa. Después de haber salido de casa, quiero decir.

Claire negó con la cabeza con fingida desesperación, como si hablara de una chica que acababa de salir de la habitación.

—¡Estos adolescentes! Le dije que me parecía que su falda era muy corta y ella se puso unos vaqueros solo para complacerme, porque parece que en cuanto salió de casa se volvió a poner la falda.

—¿Es todo lo que sabe al respecto?

Claire inclinó la cabeza y entornó los ojos.

—Sí. ¿Por qué? ¿Debería saber algo más? Hubo un arresto, pero me dijeron que se trató de un error. ¿Hay algo más que no sepa?

Sarah sonrió.

—No, en absoluto. Soy nueva en el caso y quería tener un panorama más amplio.

Claire esbozó una sonrisa tensa.

—De acuerdo.

Sarah hizo una pausa.

—Hay algo más que quisiera preguntarle…, espero que no le moleste.

—Adelante.

—Parece que Tania cometió un hurto unos seis meses antes de que desapareciera.

De nuevo Claire puso un gesto ceñudo.

—¡Ah, *eso*! ¡No fue nada! Fue al centro, a Selfridges. Estaba en esa edad, ya sabe. Cuando comienzan a experimentar con maneras de vestir.

—Ajá. ¿Y entonces qué pasó?

—Se probó un cinturón de cuero y salió de la tienda sin darse cuenta de que todavía lo llevaba puesto. Qué tonta. De todos modos, la policía la creyó. No hubo consecuencias. —Tras una pausa, agregó—: ¿Le molesta que le pregunte por qué saca este tema?

—Como le dije, estoy tratando de familiarizarme con el caso, con Tania. Parece algo poco acorde a su forma de ser.

—Sí, pero realmente no lo es, porque ella no había robado nada.

—No. Así que fue en Selfridges, en el centro de Londres. Es bastante lejos de aquí.

—Sí, pero ya sabe cómo son las chicas… han crecido en la ciudad. Se sienten cómodas en los trenes y en los centros comerciales… Pueden probarse ropa, maquillaje, perfume.

—¿Estaba con una amiga?

—Creo que no. Estaba sola. —Hubo una pausa y luego Claire añadió—: Si le parece un dato relevante, puede preguntarle a mi exmarido. Él fue al centro cuando la arrestaron.

—Sí, tal vez lo haga.

—No le gusta hablar de ella, ¿sabe? —dijo Claire con la boca crispada—. Ha seguido adelante. Tiene familia nueva, todo eso.

—No lo conozco aún.

Tras un silencio tenso, Claire agregó:

—Menos de doce meses después, se fue a vivir con ella. Con la primera, quiero decir. Ahora va por la tercera esposa. Nada lo detiene.

—Entiendo.

—Me he preguntado si ya estaban juntos… me refiero a antes de que Tania desapareciera.

—¿Y a usted qué le parece?

—Creo que ya estaban juntos, sí.

—¿Pero no tiene certeza de que fuera así?

—No, certeza, no.

Claire bajó la mirada y estiró los dedos.

—Siento tener que hacer estas preguntas —dijo Sarah.

—No, no, no. No se preocupe. No crea que debe tratarme con pinzas. Todo es para ayudar. —La miró a los ojos—. ¿Una galleta?

Entre las galletas orgánicas Duchy que había en el plato de porcelana estampado con flores había también unas Penguin recubiertas de chocolate con llamativos envoltorios. Pingüinos que chapoteaban, otros en canoa o en patinete. Sarah eligió el pingüino surfista. Claire también cogió uno. Compararon sus galletas sin comentarios. El pingüino de Claire era esquiador. Sonrieron las dos al desenvolverlas.

Sarah le dijo:

—¿Le molesta si la mojo en el té?

Claire mojó la suya en su té.

—En absoluto.

El chocolate derretido era muy dulce y le trajo a Sarah recuerdos del plato de galletas que esperaba en la cocina cuando regresaba del colegio.

—Antes tenían papel de aluminio brillante y los pingüinos eran blancos y negros —dijo Claire—. Ya no se ven de esos.

—Usted siempre tiene un paquete en casa.

La mujer asintió y Sarah sabía que no era necesario completar la idea.

“Para cuando ella regrese”.

Claire habló con un leve tono de protesta:

—A veces, las personas desaparecidas aparecen con vida, aun muchos años después. Jaycee Dugard, Natascha Kampush, Elizabeth Smart…

Se interrumpió, pero la imaginación de Sarah ya había dado un salto espontáneo hacia esas jóvenes secuestradas y violadas, pero que, finalmente, habían sido devueltas a sus familias. Era un dilema envenenado. Si rezabas para que Tania estuviera viva, entonces, ¿qué podrías conseguir con tus rezos?

Claire seguía hablando en un torrente de palabras.

—Lo sé, lo sé. ¡Sé lo que debe de pensar de mí! ¡Mis tontas galletas Penguin! Pero si *supiera*… ¡Cómo quisiera dar marcha atrás en el tiempo, impedirle salir por esa puerta…!

Sarah sintió lágrimas en los ojos. Impulsivamente, apoyó una mano sobre la rodilla de Claire.

—No puede imaginar lo feliz que me haría poder encontrarla.

Claire la miró a los ojos. Asintió, como si le sorprendiera reconocer algo que no esperaba ver.

—Sí, gracias. Me lo imagino. Gracias por atenderme. Muchas

gracias.

Sarah casi no podía oír sus palabras. Sentía que acababa de perder momentáneamente el control de sí misma. Era poco profesional de su parte. Había perdido de vista el hilo de por qué se hallaba allí, de lo que podía ofrecer. Se echó hacia atrás en la silla y le sobrevino un pensamiento desagradable. *Ya estoy dejando que esto cobre demasiada importancia*. Hubo otro silencio. Luego, Claire dijo:

—¿Por qué no me habla sobre esta nueva línea de investigación que tiene?

Más tarde, Sarah se encontraba en el parque ubicado a poca distancia de la casa de Tania en la misma calle. El cielo tenía un color gris metálico y el parque tenía la luminosidad extraña que a veces precede a la lluvia. Tal vez lo estaba haciendo a propósito —se retrasaba para no llegar a la despedida de Peter Stokes—; pero no, descartó la idea. Aún podía llegar a tiempo para tomar algo rápido.

Comenzó a caminar por la ruta que los amigos de Tania habían descrito como habitual. El sendero serpenteaba cuesta abajo por entre los árboles; a la izquierda había un sector infantil con caballos en muelles balancines y una tirolina…, cosas novedosas. Sarah trató de imaginar cómo habría estado el lugar la mañana de la desaparición. Había visto fotografías de árboles arrancados de raíz, ramas desparramadas y tierra removida.

Más abajo se veía la caseta del guardaparque: una pequeña construcción cerrada. Paredes de madera; tablas dispuestas verticalmente, verdes de liquen. Unas cortinas floreadas y sucias en una pequeña ventana cuadrada. Un candado en la puerta. Era una construcción fantasma. En 1987, ese había sido el feudo del principal sospechoso de la investigación, Robert McCarthy. Sarah había leído más de una vez el informe de su arresto.

Cuando la policía llegó al parque, Robert se hallaba allí en la penumbra: un hombre algo corpulento, de unos treinta y cinco años, a quien su madre todavía vestía con chaquetas de punto y pantalones con tirantes. Se había quedado allí, entre los investigadores. Con una flacidez alrededor de la boca y algo en él que denotaba que no las tenía todas consigo, no compartía el mismo estado emocional de los que buscaban a la chica perdida. Les había puesto a todos de los nervios.

Al siguiente día, cuando el parque seguía siendo el foco de la búsqueda policial, Robert había estado allí otra vez, molestando a todos, haciendo demasiadas preguntas. Era el guardaparque, pero nadie sabía cómo había conseguido ese puesto. El parque ocupaba una pequeña superficie y no había necesidad real de tener un cuidador todo el tiempo. Cobraba un sueldo que resultó que habían sido

tramitado por la iglesia local. Robert y su madre, Pauline, habían asistido regularmente a la iglesia. Uno de los agentes uniformados más despiertos le pidió una taza de café.

Robert se sintió honrado de tener a un alto agente uniformado sentado en su caseta. Le ofreció su mejor silla —la que habitualmente reservaba para su madre, dijo— y le preparó una taza de café instantáneo en su calentador portátil. El agente Lawrence felicitó a Robert por lo bien cuidado que tenía el lugar. Había un bidón blanco de plástico para el agua, un pequeño barreño de plástico azul para lavar los cacharros y un paño limpio que colgaba de un gancho. Sobre un estante se veían algunos coches de juguete Matchbox. También había unos vaqueros de mujer doblados sobre la mesa y Lawrence le preguntó de quién eran.

—De Tania.

—¿De Tania? —Luego, tras una pausa le preguntó—: ¿Cómo es que tienes sus pantalones?

—Porque vino aquí a cambiarse.

—¿A cambiarse?

—Sí.

—¿Y por qué los has guardado?

—Se los olvidó. Yo quería devolvérselos.

El policía escribió en su declaración que quiso ponerse en contacto con los investigadores antes de tomar ninguna medida, pero que no quería dejar a Robert en la caseta, donde podría haber más pruebas que corrían riesgo de ser destruidas. Así que lo detuvo. Utilizó esposas, porque si bien Robert no ofreció resistencia, era un hombre de tamaño considerable.

Los detectives hablaron con Claire Mills al poco tiempo. Ella identificó los vaqueros como los que llevaba puestos su hija cuando había salido de la casa la mañana anterior.

Robert parecía estar cómodo bajo custodia. Habló con los agentes que le ofrecieron té y galletas. Pauline, su madre, fue hasta allí y les permitieron hablar en privado en una de las salas de interrogatorios. Pauline le explicó a su hijo que la policía solo necesitaba averiguar todo lo posible, que le harían unas preguntas y que debía responderlas con la verdad. Luego, todo quedaría solucionado. Robert no necesitaba un abogado porque no había hecho nada malo.

Pero el estado de ánimo de Robert comenzó a decaer cuando su madre no tuvo más permiso para actuar como responsable al cargo. Al haberle proporcionado una coartada para todo el día anterior, ella formaba parte de la cadena de pruebas y no podía estar incluida en el interrogatorio. Luego, una vecina contó que le había cortado el pelo a Pauline esa tarde, de modo que su fiabilidad como testigo se hizo añicos. La arrestaron por obstrucción a la justicia.

Robert vio cómo fichaban a su madre. A Sarah no le quedaba claro si eso había sido un ardid para presionarlo. Era otra época. La policía no era consciente de lo peligrosamente influenciable que puede ser un sospechoso en situación de vulnerabilidad. Robert dijo que no comprendía lo que sucedía. A él siempre le había gustado la policía. Muchos de sus coches Matchbox eran vehículos policiales.

Cuando los policías revisaron la caseta, encontraron una fotografía de Tania y Robert. Se lo interrogó por la posesión de esa fotografía. Respondió que la tenía porque amaba a Tania; ella era especial, no como las demás chicas: ella siempre era amable.

El interrogatorio se suspendió. Consiguieron una orden para una detención más prolongada que permitiría un nuevo interrogatorio. Los detectives registraron la casa de Robert. Hallaron una colección de revistas pornográficas debajo de su cama. El vicario local, el reverendo Byers, se presentó a petición de Pauline y fue el nuevo responsable. Los agentes que interrogaron a Robert lo acusaron sin rodeos de ser el asesino de Tania. Robert apoyó la cabeza entre sus manos y comenzó a llorar. Eran tantas las lágrimas derramadas que fue necesario buscar un paño para secar el escritorio. El detective Clarke le preguntó si lloraba porque se sentía culpable por lo que había hecho. Robert le respondió que no se sentía culpable: lloraba porque Tania había muerto.

Clarke le preguntó a Robert cómo sabía que estaba muerta. Él no respondió, solo lloró desconsoladamente.

¿Dónde había ocultado el cuerpo?

Robert comenzó a balancearse en la silla con ojos cerrados y las manos sobre las orejas.

Llevaron a Robert a su celda. Los policías le explicaron al reverendo Byers que querían revisar las pruebas, ver si eran suficientes para imputarlo.

Cuando el agente le llevó una taza de té a Robert, lo pilló masturbándose. Le dijo que debía sentirse avergonzado. ¿Tania estaba muerta y él se hacía una paja? ¿Qué clase de monstruo era? Quizás los comentarios del agente eran comprensibles: era tan solo un muchacho y todos estaban conmocionados. Había carteles con la imagen de Tania por todos lados. Ese mismo día se había dado una rueda de prensa y el agente había visto la expresión congelada del padre de la muchacha, la madre que lloraba y no podía pronunciar palabra. En fin, la situación se desbordó: Robert quiso golpear al agente y luego tuvieron que atarlo para que no se diera cabezazos contra el suelo de la celda. Aún bajo la vigilancia constante de una agente compasiva sentada a su lado, y un policía en la puerta por si acaso, Robert no dejaba de llorar y de mecerse. El reverendo Byers pidió hablar con el comisario. Insistió para que sus observaciones fueran registradas. Él

mismo las anotó en el registro de custodia con una hermosa letra cursiva.

> *Robert, un adulto con necesidades educativas especiales, ha estado detenido durante más de tres días.*
> *Ha estado masturbándose en su celda. Esto es inapropiado, pero indica cuál es su estado mental. Conozco a Robert desde hace unos ocho años y jamás lo he visto comportarse así. Queda claro que su estado mental se está deteriorando bajo presión. Está confundido y angustiado.*
> *Las pruebas contra él parecen ser las siguientes: tenía en su poder una foto de Tania y un par de vaqueros en su lugar de trabajo (para lo que ofreció una explicación) y algunas revistas pornográficas en su casa.*
> *No hay respuestas a las preguntas. Si Robert es el asesino de Tania, ¿cómo pudo, con un coeficiente intelectual tan bajo que solo le permite leer cómics, deshacerse del cuerpo de manera tan eficaz y en tan poco tiempo? ¿Cómo ha podido destruir cualquier indicio de violencia sobre su persona o en algún otro lugar?*
> *Se sugiere que la angustia de Robert es prueba de que es culpable.*
> *Mi opinión es que Robert lloró en el interrogatorio no porque supiera que Tania había muerto, sino por haber malinterpretado al detective cuando lo acusó de ser el asesino. Para una persona con dificultades de comprensión, la acusación llevó a una involuntaria interpretación equivocada de la prueba. Robert pensó que la policía sabía que Tania había muerto.*
> *Robert les ha contado a los detectives que Tania era amable con él. Ella era distinta, pues se tomaba tiempo para hablarle. Es muy entendible que él esté enamorado de Tania y que, por lo tanto, haya llorado cuando creyó que había muerto.*
> *Me preocupa que se estén perdiendo oportunidades por centrarse en Robert McCarthy. La policía no sabe qué le ha sucedido a Tania. No se ha encontrado el cuerpo. Es posible que todavía esté viva.*

Los comentarios del reverendo claramente llevaron a una pausa de reflexión. Robert salió bajo fianza con la condición de presentarse diariamente en el Departamento de Policía. El periódico local solo informó que un hombre del lugar estaba colaborando con la fuerza, sin dar su nombre. De todas maneras, la gente sabía de quién se trataba. Finalmente, Robert fue liberado y los cargos contra su madre por entorpecer a la justicia también se levantaron por razones humanitarias. La investigación por la desaparición de Tania continuó, pero nunca la encontraron y no se imputó a nadie por su homicidio. La nube de sospechas que se cernía sobre Robert nunca se disipó.

En su caseta aparecieron unas pintadas con las palabras “pedófilo” y “pervertido”. Alguien tiró un ladrillo por la ventana de la casa de Pauline. Robert no pudo volver a su trabajo en el parque. Durante un tiempo, él y su madre se alojaron en la rectoría. Era un edificio grande y frío del siglo XIX. El reverendo Byers dijo que había suficiente sitio para todos. Tiempo después, Pauline logró vender su casa y se mudaron lejos de allí. Robert no había sido más que un daño colateral dentro de una investigación que nunca se resolvió y nunca pudo cerrarse.

Sarah volvió al parque. El tiempo había transcurrido. Los árboles jóvenes plantados para reemplazar los que se habían caído ya eran altos.

Habían perdido una oportunidad. Si Robert no hubiera sido un sospechoso, entonces, podría haber servido como testigo. Declaró que Tania se había cambiado de ropa en su caseta. Para la policía, era la última persona que había visto a la joven con vida.

Sarah entró en su coche y fumó con la puerta abierta. El día terminaba allí. Debería darse prisa y llegar a tiempo para compartir unas copas con su nuevo equipo.

Cerró los ojos, se reclinó hacia atrás en el asiento y recordó la muerte de su hermana en un accidente de coche, mucho tiempo atrás: la tierra removida alrededor de la tumba reciente y cómo ella, insensible a la arcilla que ensuciaba su mejor falda y embarraba sus zapatos, se había arrodillado y había encontrado un fósil; el esquisto se partió en sus manos, revelando la impronta de un helecho milenario.

Abrió los ojos y arrancó el coche. Volvió a pensar en dirigirse a la despedida de Peter Stokes. Imaginó al grupo de policías reunidos en el bar, pidiendo copas y bromeando entre ellos. Se conocían bien, habían compartido el esfuerzo de trabajar en Homicidios más de una vez; a estas alturas, ya llevarían bebiendo algunas horas. No le sería agradable encontrar su lugar allí. Por otra parte, se dijo mientras se alejaba de la acera, ya había recorrido una parte del camino hacia su casa. ¿Quería en verdad viajar en la dirección contraria? No importaba que se lo perdiera. Ya habría otras ocasiones.

Cinco minutos después se detuvo en un supermercado turco abierto 24 horas ubicado en una de las calles de las afueras de Londres que llevaban hacia una zona más arbolada. La tienda iluminada resplandecía desde la oscuridad de la calle. Junto a la puerta había enormes ramos de cilantro y de menta. Dentro del local, una pantalla gigante con imágenes de múltiples cámaras de seguridad. Un hombre joven de pelo oscuro estaba detrás del mostrador; parecía estar listo para esgrimir un palo de escoba si alguien intentaba algo.

Sarah saludó y comenzó a circular por la tienda con una cesta de metal. Puso hojas de parra en lata, vegetales para preparar una ensalada (tenían buenos tomates allí), un paquete de carne para mimar un poco a Daisy. Cuando estaba en el fondo de la tienda, frente a la nevera de los lácteos, vio a una persona a la que reconoció, pero no logró recordar de dónde. Sintió un aleteo de emoción que trató de reprimir. Permaneció en el fondo del pasillo repasando su agenda mentalmente. La mujer le daba la espalda, pero había algo muy familiar y en cierto sentido alegre en esos vaqueros ajustados alrededor de su orondo trasero y en los rizos de su pelo oscuro.

Súbitamente, recordó quién era. Dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la caja.

Caroline Wilson, la exmaestra de matemáticas de Farah Mehenni. Sarah la había interrogado como parte de su último caso en la Dirección de Investigaciones.

La mujer le había caído bien desde el primer momento en que la vio subida a una mesa de la clase colgando un póster. Se la veía tan adorable, tan inestable sobre la mesa que se tambaleaba; algo descarada, ya que, al tener los brazos levantados, se le veía un poco el trasero por encima de los vaqueros. El sentimiento no había sido mutuo, al menos al comienzo. Caroline le había hecho muchas preguntas sobre la investigación y a Sarah eso también le había gustado. Le agradaba ver que a Caroline le importaba mucho su alumna muerta y quería que se hiciera justicia al respecto. Para cuando terminó, sentía que la mujer confiaba en ella, que creía que daría lo mejor de sí por Farah. Ahora que aquel caso estaba cerrado, sin ningún resultado tangible, y sin que nadie hubiera tenido que rendir cuentas, Caroline era la última persona con la que quería toparse.

El cajero comenzó a escanear los artículos y a colocarlos en una bolsa azul.

Ella quería gritarle: "¡Date prisa!".

Alguien tocó su hombro.

—¿Subinspectora Collins?

Se encontró con esa cara ancha, bondadosa, que recordaba tan bien, las arruguitas alrededor de sus ojos cuando sonreía.

—Eres tú, ¿no? —dijo Caroline.

Eso no debía hacerse: llamarla en un lugar público estando ella sola y fuera de servicio. Sarah hizo un ademán con la cabeza hacia el hombre detrás del mostrador, que ahora también la miraba. Le alcanzó rápidamente un billete de veinte libras y, con una mirada por encima del hombro, dijo:

—Sarah Collins, sí.

El cajero le dio el cambio. Ella se dio la vuelta como para irse, pero Caroline permanecía allí, obviamente con la intención de hablar. Se hizo una pausa incómoda. La mujer volvió a sonreír.

—Soy Caroline, ¿me recuerdas?

—Sí.

Caroline no notó la deliberada descortesía de ese monosílabo o la pasó por alto.

—Yo era maestra de Farah, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

Era cierto: recordaba el interrogatorio a Caroline en la clase. Farah había sido una chica callada, y muy buena en matemáticas. Recordaba

también algo más: la novia de Caroline había llegado al final de la entrevista. Patti, se llamaba.

Caroline sonrió otra vez; la sonrisa parecía genuina, sin reservas ni desagrado disimulado.

—¿Finalmente no encontraron a ningún culpable?

Sería mucho más fácil enfrentarse a alguien más hostil, que la culpara como ella misma se culpaba por el resultado de la investigación.

—La verdad es que no puedo hablar de ello.

—Pero ya es público, es lo que reveló la investigación, ¿no es así? Que fue un homicidio culposo. —Lo dijo con amabilidad, como si tratara de comprender—. Busqué el significado. Un accidente, un infortunio, no hubo intención criminal.

¿Por qué tenía que dar tantos detalles? Sarah sacó las llaves del bolsillo. Quizás ella captaría la indirecta.

—Así es. Si me disculpas…

—¿Y qué pasó con la agente que desapareció? ¿Lizzie Griffiths? ¿Qué sucedió? ¿Por qué escapó?

—No puedo hablar del tema.

Se hizo una pausa y en esa pausa tuvo un atisbo de esa sonrisa que se dibujaba en los labios de Caroline, de esas arruguitas alrededor de sus ojos.

—¿Siempre estás tan tensa? —preguntó Caroline.

Sarah le sostuvo la mirada.

—Bueno, cuando estoy fuera del horario de trabajo en un supermercado y me ponen en evidencia, sí.

Caroline le apoyó una mano sobre el hombro.

—Disculpa, estoy segura de que hiciste todo lo posible.

Sarah se sonrojó de emoción ante la amabilidad inesperada de la mujer. Lo que lo volvía todo más difícil era que Caroline era una persona con la que le habría gustado charlar. Pero no podía hablar con nadie. No podía arriesgarse. Cualquiera podía contárselo a la prensa. ¿Cómo podía confiar en ella? Imaginó a sus nuevos compañeros, que, a esas alturas, seguramente ya estarían riendo y contando anécdotas. Era patético verse allí, sola, con la bolsa de la compra azul repleta de hojas de parra en lata y carne procesada para perros.

Caroline le habló de nuevo.

—¿Te encuentras bien?

Sarah asintió. Necesitaba irse de allí.

—¿Te puedo invitar a tomar algo, tal vez? No hablaré sobre la investigación, si no quieres.

—En otro momento, quizás. —Tras una pausa, añadió—: ¿Cómo está Patti?

La sonrisa se agrandó esta vez, y le permitió ver los dientes blancos y alineados de Caroline.

—Recuerdas su nombre.

—Soy policía. Mi trabajo consiste en recordar a las personas.

Caroline se rio como si no creyera una palabra.

—Bueno, no importa. Mira, llámame si quieres. Patti no está. Se ha ido a ver a su familia a Santa Lucía. —Se volvió hacia el hombre de detrás del mostrador—: Oye, ¿tienes papel y lápiz?

Sarah condujo casi a ciegas desde que salió del supermercado, abriéndose camino por los suburbios, sin dejar de pensar en la agente Lizzie Griffiths, que había huido y estuvo desaparecida durante días. Recordó el testimonio de Lizzie en la investigación: lo sucedido en la azotea de la torre había vuelto a su mente solo en fragmentos. Un experto atestiguó que Griffiths, que había presenciado cómo su colega el agente Matthews y la muchacha habían caído al vacío, padecía estrés postraumático.

Griffiths contó al tribunal que no tenía ni idea de por qué había huido y Sarah, que la observaba, sintió que el corazón del tribunal sucumbía ante esa preciosa jovencita que declaraba vestida con su uniforme. Se la veía tan joven, tan pálida, tan vulnerable. Había subido a la azotea de la Torre Portland, poniendo en peligro su vida, para socorrer al niño de cinco años al que Farah había secuestrado. Todos habían sentido compasión por Lizzie Griffiths. Pero Sarah sabía que se guardaba información, que había algo más que eso, solo que no podía probarlo. La investigación no había criticado la acción de Griffiths y era una cuestión de días hasta que la investigación disciplinaria interna anunciara lo que habían decidido. Sarah ya no formaba parte de ello. Ya no era asunto suyo, gracias a Dios.

Aparcó el coche. Era una pequeña casa individual que nunca hubiera podido permitirse de no haber tenido la suerte de poder pagar una entrada quince años atrás. La hipoteca que en aquel entonces le había parecido imposible, ahora era una ganga. La casa probablemente había triplicado su valor. Al meter la llave en la puerta de entrada, oyó rasguños y gemidos. Cuando empujó la puerta, la perra se le enredó en las piernas y le bloqueó el paso con el lomo joven en una curva flexible, las orejas hacia atrás, las patas delanteras sobre los pantalones de Sarah, jadeando y estirándose para lamerla.

Sarah se rio.

—Bueno, bueno, Daisy.

Había llegado tarde a casa, tendría que haberle pedido a la paseadora que sacara a Daisy un rato más. Levantó a la perra y le frotó las orejas con su nariz. Daisy era liviana, vivaz: las costillas se le movían debajo de la piel mientras intentaba lamer la cara de Sarah.

No debió adoptar un perro. Con la cantidad de horas que trabajaba, no estaba en condiciones de tener una mascota. Su madre le había aconsejado que no lo hiciera, pero Sarah estaba deprimida cuando vio el anuncio de los cachorros en adopción en un quiosco y la perrita era muy dulce.

Sarah pasó a la cocina. Había un charco de pis en el suelo. No tuvo valor para regañar a Daisy. De todas formas, la perra sabía perfectamente que había hecho algo malo. Puso cara de arrepentimiento con las orejas hacia atrás. Mientras abría la puerta trasera para llevarla afuera, Sarah dijo sin convicción:

—Sí, eres una perra traviesa.

Limpió el suelo y luego abrió la bolsa con las rodajas de carne. Al oír el ruido de su plato contra el suelo, Daisy volvió a toda velocidad desde el jardín. Sarah observó con culpa cómo la perra devoraba su carne.

Se calzó las botas de goma, cogió la correa de paseo de Daisy y salió con ella hacia la noche por el camino empinado detrás de su casa.

---

1 Falso aforismo en latín, a menudo traducido como “No dejes que los bastardos te aplasten”. *(N. de la T.)*

Capítulo 2

ERA CASI MEDIANOCHE. LA URBANIZACIÓN estaba iluminada por charcos de luz de tungsteno que se diluían hacia la oscuridad. Mark Brannon se levantó la capucha y cruzó por el césped del área central, pasando junto al pequeño parque infantil con suelo de goma. En ese espacio abandonado, varios muchachos daban vueltas en sus bicicletas, aburridos. Uno de ellos estiró la mano sin dejar de pedalear para chocarla con la palma extendida de Mark. Mark miró a la derecha y vio con satisfacción que habían arrojado una sudadera sobre la cámara de seguridad que cubría la zona.

Los días en los que Mark montaba en su bicicleta de madrugada para vender droga habían quedado atrás hacía diez años. Había cambiado, actualmente era el chófer de una familia de mafiosos del vecindario. Tenía ese aspecto de "No te metas conmigo". Si bien no medía más de un metro setenta, tenía un pecho ancho, musculoso, y caminaba como un luchador. Vestía vaqueros, unas botas marrones y una cazadora vaquera sobre una sudadera con capucha. Avanzó por el camino de cemento, se quitó las botas en la entrada y metió la llave en la cerradura. Cerró la puerta con suavidad a sus espaldas y se dirigió a la sala en calcetines.

Georgie estaba dormida sobre el sofá con la perra, que levantó la cabeza levemente y movió la cola con precaución. Hacía dos años que él se la había encontrado en la calle dentro de una caja de cartón con el resto de sus hermanos. No era más que una bola de pelos con ojos de un celeste claro, como los suyos. Se la puso bajo el brazo y la llevó a casa de su prima Marley. Ella la había bañado con champú, le había secado el pelo con secador y le había atado una cinta alrededor del cuello; también le consiguió una caja de cartón. Él la colocó dentro y se la llevó a Georgie y a su hija. Aún recordaba los gritos de felicidad de Skye cuando abrió la caja. ¡Un cachorrito! Notó una mezcla de amor y leve enfado en la cara de Georgie. Debería haberle consultado antes de llevar un perro a casa. Le dieron a Skye la tarea de ponerle nombre y ella eligió Candy. Era otra forma de llamar a la heroína. Esto le valió algunas críticas por parte los muchachos. La perra, que

había sido pequeña al principio, no había dejado de crecer. Tenía una contextura delgada y la cabeza angosta que denotaban sangre de galgo o de galgo persa tal vez, aunque el pelaje no tenía nada de eso, era marrón y negro y esponjoso.

Se sentó cerca de Candy en el borde del sofá y trató de estirarse. Había estado bebiendo durante horas. Tras haber discutido con Georgie, se había marchado a casa de Marley. Necesitaba salir cuando se sentía así; y con Marley volvían al pasado, como cuando eran solo dos contra el mundo. Confiaba en ella. Su prima siempre lo respaldaba. La vieja y querida Marley. Cuando hasta ella se cansaba de escucharlo, él se marchaba y se iba a casa de algún amigo. Se fumaba algunos porros, se metía una o dos rayas de coca y terminaba con una botella de whisky solo en el parque.

La tele estaba encendida con el volumen bajo. La pantalla iluminaba la cara de Georgie con una luz blanca intermitente. Era uno de esos *realities* sobre casas. Se veía una con vistas a la playa. Las olas avanzaban y el presentador caminaba lentamente por la arena. El padre quería comenzar una nueva vida en Australia. La madre prefería permanecer en Halifax. A la familia le esperaban decisiones difíciles. Mark sacó de su bolsillo un cigarrillo ya liado, lo encendió, se levantó y fue al cuarto de su hija.

A pesar de que tenía siete años, Skye todavía dormía con una luz azul giratoria que emitía imágenes de la luna y las estrellas. Su cara transmitía paz. Las manos descansaban sobre el edredón de princesas. Era la versión en miniatura de su madre: piernas delgadas, el pelo lacio y rubio. Se agachó junto a la cama, y la contempló; puso su mano sobre la boca de la niña, para sentir el casi imperceptible ir y venir de su cálida respiración. El dormitorio olía a niña aseada, a ropa limpia y a champú. Por Dios, adoraba a su familia tanto que su corazón no le cabía en el pecho. Eso era lo que lo enfadaba muchísimo.

Regresó a la sala de estar. Deambuló por el apartamento y se detuvo en la cocina. No había paredes; el espacio tenía forma de L, el comedor y la cocina estaban situados en la línea inferior de esa letra L. Notó que la cocina estaba perfectamente ordenada. Ella se había puesto a limpiar después de que él se hubiera ido. No había platos sobre la encimera. Su estante de baratijas, ordenado y lustroso. ¿Cómo podía ser tan desalmada? No había podido pensar en nada más que en ella durante toda la noche. Prácticamente se había puesto enfermo de tanto pensar en ella. ¿Pero Georgie? Ni siquiera se había despertado cuando él llegó. Mark sacudió la ceniza en el fregadero de la cocina.

Se paró detrás del sofá y golpeó el pie contra el suelo. El programa de televisión no había finalizado. Cogió el mando del brazo del sofá y subió el volumen al máximo hasta que el presentador pasó a gritar

como un desquiciado algo sobre un entresuelo.

Por fin, Georgie se dio la vuelta y levantó la cabeza con ojos somnolientos.

—¡Shh! Mark, Skye está durmiendo.

¡Por Dios! ¡Ojalá fuera más amable!

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Candy captó su tono, levantó la cabeza y gruñó suavemente. Georgie se levantó, estirando sus largas piernas. Llevaba un pantalón de pijama rosa ancho y una camiseta sin mangas; estaba descalza y era flexible como un sauce. Se acercó al televisor y lo apagó.

—Que no despierte a la niña. ¿Es lo único que te importa?

Georgie se frotó los ojos. Era tan insoportablemente hermosa y sensual.

—¿Dónde has estado, Mark?

Él rodeó el sofá y fue hacia ella.

—Eso no importa.

—Me alegra verte. Me alegra que hayas regresado.

Pero las palabras se malograron ante la ligera tensión en su entrecejo. ¿Por qué no podía quererlo sin condiciones, como la quería él? La familia lo era todo para él. ¿Quién llevaba la comida a la mesa mientras ella se quedaba en casa encendiendo varillas de incienso?

La agarró del trasero y le puso la otra mano entre las piernas. Ella lo cogió de la nuca y lo besó. Pero él sintió que lo hacía con poco entusiasmo. Entonces se detuvo y la apartó de un empujón.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Ha venido tu novio? No quieres hacerlo dos veces en una misma noche, ¿verdad?

—He estado aquí con Skye toda la noche.

Se sacó del bolsillo de la chaqueta el teléfono de ella y lo tiró al suelo.

—Quiero que lo desbloquees. Quiero leer tus mensajes.

Ella se rio, con la seguridad de que de todas maneras no la creería.

—¡Mierda, te parece gracioso!

Le dio un empujón en el pecho. Ella dio un paso hacia atrás y recuperó el equilibrio. La perra volvió a gruñir.

—Te quiero, Mark, lo sabes.

La empujó otra vez, luego oyó que la perra se le acercaba gruñendo suavemente y sus uñas repiqueteaban sobre el suelo laminado. Agarró al animal por el collar y lo arrastró hasta la cocina. ¡Puta perra, le había salvado la vida! ¿Así se lo agradecía?

—¡A mí no me gruñas, hija de puta!

Georgie observaba con las manos en las mejillas.

—¡Por favor, no le hagas daño a Candy!

—Pero ¿qué piensas que soy? ¿Un puto MONSTRUO?

Había levantado la voz y la asquerosa perra se había puesto a ladrar. Levantó una silla para amenazarla, y cuando la perra gruñó con más fuerza, la golpeó con la silla. Se oyó un gemido agudo, luego varios suaves. La perra se escondió bajo la mesa.

Como una tromba, Mark se volvió hacia Georgie y la agarró de la camiseta.

—¿Estás contenta ahora? ¿Te parece gracioso ahora? Mira lo que me has obligado a hacer. ¿Estás contenta de que haya pegado a la perra?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero a esa perra, joder.

—Mark, por favor.

Lo único que tenía que hacer era mostrarse amable.

La puerta del dormitorio de su hija se abrió. Estaba allí, de pie, mirándolo. Le dijo:

—Vuelve a tu cuarto, Skye —le dijo—. Ahora mismo.

Georgie se volvió hacia ella:

—Venga, Skye. Vuelve a la cama.

La puerta se cerró. Mark continuó:

—¿Contenta? ¿Contenta? ¿Estás contenta ahora? —No hubo respuesta por parte de ella—. ¿ESTÁS CONTENTA? ¿ESTÁS CONTENTA AHORA?

Georgie volvió a negar con la cabeza. ¡Ojalá le dijera algo cariñoso! Era lo único que él quería.

—Yo quiero a esa perra, hija de puta.

—Yo también, Mark, todos la queremos.

Le dio una fuerte bofetada en la cara.

—¡Hija de puta! Me obligaste a pegarle a la jodida perra. Así que no me digas que la quieres.

Ella se limpió la boca.

Después de eso, Mark no podía recordar con exactitud qué había pasado.

Capítulo 3

Jueves 10 de julio de 2014

Lizzie Griffiths aparcó su Golf del 2008 en una de las plazas para policías y colocó sobre el salpicadero la carta del inspector que la autorizaba a dejarlo allí.

La comisaría de policía de Caenwood, en el límite de la zona de Londres Central, era un sitio concurrido: un edificio grande, cuadrado, de la década de los sesenta, con ventanas con marcos de acero, muros altos alrededor del patio y cámaras de circuito cerrado que apuntaban a la calle. Lizzie salió del coche y pasó su tarjeta magnética por la puerta lateral que daba al patio. Se encendió una luz roja; por lo visto, todavía no se la habían activado. Vaciló. Era su primer día completo en su vuelta al trabajo y el hecho de que no le estuviera resultando fácil entrar no ayudaba a su nerviosismo.

Se había vestido como para darse valor: un traje nuevo de lana oscura, una blusa celeste de seda y zapatos azules de cuero blando, pero lo único que había logrado era sentirse como si estuviera representando un papel. ¿Por qué se había puesto tacones? Ella era corredora, nunca se sentía cómoda cuando no tenía los pies bien firmes en el suelo. Era delgada y atlética, la ropa le sentaba muy bien, pero se sentía expuesta, demasiado elegante más que valiente. Soplaba un viento frío y ya tenía las manos heladas. Intentó meterlas en los bolsillos de la chaqueta y descubrió que estaban cosidos.

Aparcados a ambos lados de la calle se veían coches policiales y furgonetas forenses blancas. Un grupo de policías de civil salieron por la verja llevando en la mano chalecos antibalas y subieron alegremente a uno de los vehículos. Lizzie podía sentirlo: ese ritmo policial del que había estado alejada durante meses. Se quedó inmóvil allí, atrapada entre dos fuerzas opuestas: una que la instaba a entrar, a volver a ser parte de todo aquello; la otra que le decía que huyera como había huido de manera impulsiva tras la caída mortal de Farah y Hadley. Revivió aquel momento: el viento que castigaba la azotea del

edificio, Hadley y Farah en el borde, el cielo azul y las nubes detrás de ellos. Lizzie sabía lo mal que podían salir las cosas.

Entró en la recepción. Había gente sentada junto a las paredes. Una mujer con una tarjeta de identificación colgada del cuello hablaba por teléfono. Había tres muchachos con acné y zapatillas de deporte viejas. Un vagabundo de cara enrojecida, con un gato atado a un cordel, era probablemente el responsable del olor acre que inundaba la habitación.

En el mostrador, un hombre con gorra de cazador y chaqueta a cuadros hablaba en voz muy alta con la agente policial a cargo. Antes de que Lizzie pudiera mostrar su identificación, el hombre se volvió y dijo con malos modos:

—¿Le molestaría esperar su turno? —Ella sonrió como pidiendo disculpas y le mostró la identificación a la joven agente, que casi ni la miró antes de pulsar un botón debajo del mostrador.

El pasillo era oscuro y pragmático, con suelo de plástico negro, sin ventanas. En las paredes se veían carteles con frases que animaban cumplir con los objetivos y vestirse de manera profesional. "¡No olvides los derechos de las víctimas!". Un empleado de la limpieza bajaba lentamente las escaleras fregándolas con un mocho mugriento. Aunque solo había estado allí una vez, para conocer a su nueva subinspectora, Lizzie sabía dónde estaba su nueva oficina. Subió por las escaleras y giró a la izquierda por el pasillo. La habían aceptado en el programa de formación para detectives y la habían asignado a una unidad a cargo de violencia de género del distrito. Todo formaba parte del nuevo comienzo en el que supuestamente estaba embarcada tras las muertes ocurridas en la Torre Portland.

La junta disciplinaria había cumplido con sus procesos. La acusaron de mala conducta profesional por haberse ausentado sin permiso, pero su abogado logró argumentar con éxito que ella padecía estrés postraumático en el momento de su desaparición. Después, el comisario en jefe la había citado a una reunión. En privado, dijo, algunas personas sostenían que debería recibir un reconocimiento por el valor demostrado al salvarle la vida al niño de cinco años y por el esfuerzo notable que había hecho para salvar a Farah; se encogió de hombros y le dijo que sin duda ella comprendía que, dadas las circunstancias, no había sido posible otorgárselo. Con todo, no querían perderla. Querían integrarla de nuevo en el trabajo. Necesitaba un nuevo comienzo: un nuevo cargo, un nuevo espacio, lejos de todos los agentes que habían conocido a Hadley.

En la antigua comisaría, Lizzie los conocía a todos. Aquí, todos eran desconocidos. Más que nunca, sentía la ausencia de Hadley. Con casi treinta años de experiencia, él habría sabido a la perfección cómo comportarse en el nuevo lugar. Por un instante, sintió el brazo de oso

de Hadley alrededor de sus hombros mientras caminaba por el pasillo con sus ridículos zapatos.

Nadie levantó la mirada cuando ella entró en la gran oficina abierta. El despacho de la inspectora, a su derecha, estaba vacío. Miró a su alrededor. Los escritorios estaban dispuestos juntos en grupos de seis, y la mayoría estaban desocupados. Las mesas estaban sucias, atestadas de expedientes atados con cordeles, bandejas de entrada que rebosaban y periódicos gratuitos desechados. Sobre las paredes se veían fotos de sospechosos, algunos de los cuales habían quedado apresados detrás de rejas dibujadas con rotuladores. En las pizarras blancas estaban escritos los nombres de los agentes y sus turnos rotativos. Junto a algunos nombres había figuras recortadas y pegadas con cinta adhesiva. El personaje Shaggy Rogers de Scooby Doo, Bret Maverick, Foxy Brown, Jessica Rabbit. Directamente delante de ella, un ordenador tenía una nota pegada en la pantalla, escrito en negrita con letras de gran tamaño: “Esta antigualla es una antigualla de MIERDA”.

En el rincón más lejano, un policía había levantado la mirada de la pantalla y, sonriendo, le hacía señas con el índice para que se acercara. De unos treinta y cinco años y ojos oscuros, era bien parecido, pero tenía un aspecto algo desaliñado. Parecía que se hubiese secado el pelo simplemente con una toalla. Vestía una camisa azul anodina y un jersey granate con cuello de pico un tanto dado de sí.

—¿Eres la chica nueva?

Lizzie sintió que se ruborizaba.

—Sí, Lizzie.

Él sonrió y se frotó las manos.

—¡Maná del cielo! —Salió de detrás del escritorio y ella vio que llevaba la parte inferior de los pantalones metida dentro de los calcetines. Él siguió su mirada y sonrió—. Ah, ¿esto? Pulgas de alfombra. Estamos infestados.

De inmediato Lizzie comenzó a sentir picor en los tobillos. Se agachó y se metió los pantalones dentro de las medias de nailon.

El hombre se rio.

—¡Pareces Audrey Hepburn!

Lizzie también se rio. Se sentía mejor. Él sonrió y le tendió la mano. Era cálida y sorprendentemente fuerte.

—Ash Attalah. Soy tu superior. —Volvió a sentarse y miró la pantalla, luego otra vez a Lizzie—. Superior interino, a decir verdad. En realidad, soy solo detective, como tú.

—Bueno, yo estoy haciendo el curso *para ser* detective.

—Francamente, querida, me importa un bledo. Nos entra agua más rápido de lo que podemos sacarla. Todas las manos son bienvenidas. A

propósito, tenemos algo que resolver. No tengo a nadie de turno excepto a ti y debo leer ocho informes de crímenes recién llegados. ¿Puedes hacerte cargo?

—Sí, por supuesto.

Lizzie movió el ratón del ordenador que tenía delante. Hizo un sonido como el de una nave espacial al despegar.

—¿Dónde está la subinspectora? Debería saludarla.

—¿Bridget? Casi nunca está aquí. No me malinterpretes, no es algo malo. —Le entregó una carpeta—. Aquí está el informe de los agentes que llevaron a cabo el arresto. Tu primer detenido es un cabrón de mierda, así que enhorabuena. Está bien comenzar con un tema interesante.

La sala de detenciones era un hervidero. Los agentes hacían cola delante del mostrador y se apoyaban en la pared para conversar con los detenidos y los abogados. En el mostrador, una sargento, sola, estaba fichando a un detenido esposado que se inclinaba hacia delante, hundiendo el cuello entre los hombros como un buitre cansado que espera en el desierto a que algo muera. Lizzie, que era completamente novata en esa comisaría y en su papel de detective, sintió la habitual obligación policial de poner cara de que sabía lo que estaba haciendo. Miró la pizarra blanca donde estaban escritas las detenciones y se dirigió por el pasillo hasta la sala Hombres 3.

Abrió la ventanilla y miró a su detenido a través del panel de metacrilato.

Mark Brannon estaba tumbado de espaldas sobre el colchón plástico, con los ojos abiertos, la cremallera de los vaqueros bajada, la mano derecha apoyada cómodamente sobre el estómago y el brazo izquierdo extendido hacia un lado. No reaccionó ante la apertura de la ventanilla, por lo que Lizzie deslizó hacia abajo el panel y lo llamó:

—Mark.

Él se movió, se abrochó los pantalones sin vergüenza alguna y, tras bajar las piernas al suelo, se puso de pie lentamente. Vestía una camiseta de fútbol a rayas azules y blancas y una sudadera gris. Masajeándose la cabeza rapada con la mano derecha, fue hacia la puerta arrastrando los pies. Tenía manos pequeñas con dedos cortos y uñas redondeadas y cortas. Aunque no era alto, se notaba que era fuerte y tenía el aspecto de ser un hombre que pegaba primero y luego hacía preguntas.

Apoyó la cara contra la abertura y Lizzie se inclinó hacia atrás para alejarse de su aliento. Un olor agrio brotaba de él, pero tenía ojos de estrella de cine, de un color celeste pálido, velados, sorprendentes. No estarían fuera de lugar contemplando el horizonte en una película de vaqueros.

—¿Me puedo lavar la cara?

Lizzie esperó junto a él al final del pasillo sin ventanas mientras se echaba jabón líquido rosa del dosificador en la palma abierta. Se inclinó por encima del lavabo y se salpicó la cara y la cabeza, pasándose los dedos por la nuca y el cuero cabelludo.

—Es del club de fútbol Queens Park Rangers, ¿verdad?

Él no respondió, sino que se inclinó por encima del grifo y se enjuagó la boca.

Lizzie canturreó:

—“Chelsea, cómo te odiamos, Chelsea…”.

Brannon desenrolló una gran cantidad de toallas de papel del expendedor que estaba en la pared. Se secó las manos, la cara y dijo en voz baja:

—No soporto esas idioteces.

Lizzie se encogió de hombros.

—Lo siento. Solo estaba tratando de iniciar una conversación.

Brannon la miró.

—¿Te conozco?

—Lo dudo. Soy nueva aquí.

—No, te he visto antes en algún sitio. —Sus ojos se entornaron, mientras trataba de situarla—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Lizzie.

—¿Lizzie qué?

No había forma de evitarlo.

—Lizzie Griffiths.

—Bien, *Lizzie Griffiths,* hazme un favor, cariño. ¿Puedo llamar a mi parienta? Quiero asegurarme de que mi hija esté bien.

—Veamos cómo nos va con el interrogatorio. Su abogado está esperando para asesorarlo.

Veinte minutos más tarde, estaban en el interrogatorio. El abogado tenía la cabeza inclinada sobre su libreta, lo que revelaba un cuero cabelludo con manchas producidas por el sol, cubierto por pelo ralo. Brannon se arrellanó en la silla frente a Lizzie, con las piernas extendidas delante de él y los brazos cruzados sobre el pecho. La sala olía a él: alcohol y el olor rancio de un hombre que ha dormido vestido.

—Mark… ¿Puedo llamarlo Mark?

—Sin comentarios.

—Bien. ¿Entiende sus derechos o es necesario que se los explique?

—Sin comentarios.

Ella miró al abogado, pero él no levantó la cabeza.

—Tiene usted representación legal. Procederemos, entonces. ¿Les dijo usted “Hola, cabrones” a los agentes?

Esto provocó una sonrisa. Lizzie los vio claramente en su

imaginación: los dos agentes uniformados al final del turno de noche, topándose con Brannon fuera de su apartamento. Al parecer, había estado comiendo pan tostado con queso y fumando.

—Dejo constancia que el señor Brannon sonríe.

—Sin comentarios.

—¿Le dio usted una bofetada a Georgina Teel?

—Sin comentarios.

—¿Y luego la agarró usted del pelo y la llamó "putita traicionera"?

—Sin comentarios.

—¿Le dio usted un empujón en el pecho y, cuando ella cayó, se sentó sobre ella y la llamó "puta de mierda"?

—Sin comentarios.

—¿Le escupió usted en la cara?

—Sin comentarios.

—¿La arrastró de las piernas hasta la cocina?

—Sin comentarios.

—¿Se tumbó usted sobre el sofá y le ordenó a Georgina que le preparara pan tostado con queso?

—Sin comentarios.

—¿Dónde estaba su hija cuando pasó esto?

—Sin comentarios.

—¿Dónde estaba Skye, Mark?

Él la miró, visiblemente enfadado por primera vez. Tenía la boca tensa, la mandíbula apretada.

—¿Dónde estaba Skye?

—Sin comentarios. Sin comentarios. Sin comentarios, ¡joder!

Lizzie miró su reloj. Debería cubrir las defensas. ¿Defensas? Revisó su catálogo mental de excusas y mentiras. ¿Qué defensa posible podría haber?

—¿Georgina Teel se lo ha inventado todo?

Él la miró con atención.

—Entonces, ¿ya ha declarado?

Había que verlo, queriendo tenderle una trampa. Lizzie vaciló. El breve párrafo del informe sobre violencia de género casi no justificaba la palabra "declaración", aunque, por lo menos, estaba firmado. Eran tres renglones escritos con un bolígrafo que o salpicaba tinta o no escribía bien. La caligrafía era un desastre, había tachaduras y faltas de ortografía; seguramente habían sido escritos con mucha prisa. Pero más preocupante para Lizzie que la pobreza de la declaración era la complicación de informarle a Brannon que su compañera había declarado contra él. Admitirlo solo iba a poner a Georgina Teel en más peligro del que ya corría y ¿quién quería que eso ocurriera?

El abogado levantó la mirada. Tenía ojeras y los ojos irritados y enrojecidos.

—Si existe una declaración, deberá notificárnosla si le va a imputar.

—Tenemos una breve declaración, sí.

Brannon se inclinó hacia delante.

—¿Qué dice ella?

—No responderé más preguntas al respecto. No es usted el que me está interrogando a mí.

El abogado levantó la mano lentamente. Los puños de la chaqueta estaban gastados. No había demasiado entusiasmo en el gesto, pero había que admitir que estaba cumpliendo con su deber.

—Si espera sacar conclusiones de este interrogatorio, debe revelarme lo suficiente como para que pueda aconsejar a mi cliente.

Lizzie pensó en cómo Mark Brannon había arrastrado Georgina Teel, a quien ella no conocía, por el suelo para que luego ella le preparara el pan tostado con queso que él se estaba comiendo cuando llegó la policía.

—Georgina afirma que anoche usted la atacó, Mark. Esa información debería bastarle para que pueda decirme si ella está diciendo la verdad o se ha inventado la historia.

Brannon se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sin comentarios.

—¿Existe algún motivo por el que ella pudiera habérselo inventado? ¿Alguna enfermedad mental, o celos, tal vez?

Se sintió tentada de agregar: "Porque, al fin y al cabo, usted es un tipo agradable, un buen partido".

—Sin comentarios.

—¿Y qué me dice de la defensa propia? ¿Lo atacó ella y usted solamente se defendió?

Brannon se volvió hacia su defensor, que habló en voz baja, pero audible para la grabadora.

—Le recuerdo lo que le dije anteriormente.

Brannon hizo una pausa y echó la silla hacia atrás, en una parodia de un hombre que toma una decisión.

—Sin comentarios, entonces.

Resultó todo un desafío volver a meter a Brannon dentro de su celda. Primero Lizzie tuvo que hacer fila para que él firmara. Luego, él pidió volver a hablar con su abogado.

La oficial de custodia —una sargento glamurosa con mechas rubias, pestañas teñidas de negro y una actitud displicente— miró a Lizzie con fastidio como si fuera ella la que lo pidiese.

—Tendrás que tramitarlo tú misma.

Lizzie intentó protestar.

—Sargento, necesito escribir el informe para el fiscal…

La sargento frunció la boca para mostrar su fastidio.

—No, *detective*. El prisionero es suyo. No tengo ningún agente de detención libre.

Así que Lizzie tuvo que esperar de pie con sus incómodos zapatos, apoyada contra la pared, observando cómo Brannon y su defensor hablaban detrás de una puerta de cristal cerrada. Tanto esfuerzo, ¿para qué? ¿Para una sentencia en suspenso? ¿Una sentencia de trabajo comunitario? Su móvil emitió un zumbido. Era un mensaje de texto de Kieran.

¿ ?

Volvería a Londres esa noche para hacer el turno de la mañana al día siguiente. El plan era llevar a Lizzie a cenar para celebrar su primer día de regreso al trabajo. Ella respondió repitiendo el mismo emoticono que él le había enviado, pero luego lo borró. Otra vez lo mismo: vacilaba, pero sospechaba que finalmente no se negaría al encuentro.

Kieran Shaw había sido su inspector cuando Hadley y Farah habían muerto. Aun antes de la muerte de ambos, todo había sido un lío: Kieran estaba casado y tenía una hija. Después de las muertes, cuando Lizzie no había sabido qué hacer, él había tomado el mando y había sido muy claro (demasiado, quizás) en cuanto a lo que ella debería hacer. La había defendido, se había arriesgado por ella y la había acompañado a la audiencia en la que la acusaban de malas prácticas. Pero cuando todo hubo terminado, mostró poca paciencia para la inquietud de ella, que perduraba en el tiempo. Era hora de seguir adelante. Por más introspección que ella hiciera, no traería de regreso a Hadley ni a Farah.

Ash interrumpió los pensamientos de Lizzie. Se situó junto a ella, frente a la sala de consultas, y observó a Brannon hablando con su defensor. Lizzie cerró el teléfono.

—Ese abogado se está tomando su tiempo, ¿no? —preguntó Ash—. Ya no les pagan por hora.

—No es el abogado de oficio.

—¿No?

—Brannon tiene amigos. Al parecer, se están ocupando de él.

—Interesante.

Se hizo un silencio. Luego Ash dijo:

—Me ha contado un pajarito que la malévola sargento de custodia trata mal a la preciosa detective nueva.

Sin poder contenerse, Lizzie se rio.

Ash le informó:

—Ha llamado la pareja de Brannon, Georgina. Necesita hablar contigo.

—¡Pero tengo que quedarme aquí!

—He hecho unas gestiones y el muy amable agente de detenciones Hussein nos ayudará. Cuando pases junto a la sargento Hitchin, no olvides darle las gracias. No te conviene para nada ponerla en tu contra. Puede ser más vengativa que Ana Bolena.

Lizzie estudió la pizarra en la oficina de la inspectora. Todas las matrículas de los coches policiales del distrito estaban escritas en rotulador junto a los nombres y números de móvil de los agentes que se los habían llevado. No había un solo coche disponible. Lizzie no se sentía cómoda con la idea de ir oficina por oficina preguntándoles a los agentes si le prestaban su coche. Su Golf estaba abajo, lo usaría. En realidad, no debía utilizar su vehículo particular cuando estaba de servicio, pero coger el transporte público le añadiría más de una hora a un día que ya parecía estar estirándose hasta la noche.

El apartamento de Georgina quedaba a solo quince minutos en coche desde la comisaría: recto por la principal calle comercial, con su cine independiente y el pub, y luego enseguida hacia las calles laterales más peligrosas y empobrecidas. Lizzie aparcó justo al lado del edificio, subió las escaleras y siguió por un pasillo exterior. Junto al descansillo, alguien había dibujado una rayuela con tiza azul. Contra la pared, junto a la puerta de entrada, se veía una bicicleta de niña con el manillar decorado con borlas.

Georgina era delgada, alta y vestía vaqueros claros ajustados. Tenía el pelo rubio y largo, con algunos reflejos claros y alisado permanente. Vestía una camisa blanca sin mangas que dejaba ver sus pechos pequeños y sus brazos delgados. Guio a Lizzie dentro del pequeño vestíbulo. Hacía demasiado calor. Los radiadores estaban funcionando al máximo.

—¿Le molestaría descalzarse?

—No, en absoluto. De hecho, nada me gustaría más.

Al agacharse para dejar los zapatos sobre un estante, Lizzie se fijó en los pies largos y bien cuidados de Georgina, las uñas pintadas. Del lado interno del tobillo tenía un tatuaje de una flor de loto. Se puso de pie, sintiéndose algo ridícula con sus medias de nailon.

Tras entrar en la sala de estar por la puerta de cristal opaco al final del vestíbulo, vio a una niña de unos siete años sentada a la mesa. Se parecía a su madre: piernas largas con mallas rosas, brazos largos desnudos y el torso delgado cubierto por una camiseta con un dibujo de una magdalena en la parte delantera. Dos trenzas rubias le caían sobre los hombros. Los pies enfundados en calcetines estaban enroscados alrededor de las patas de la silla de madera, y tenía la cabeza inclinada sobre un telar mientras tejía concentradamente con gomas elásticas de colores.

Otra mujer de la edad de Georgina estaba sentada a la derecha, en un sofá blanco detrás de una mesa baja de cristal. La habitación estaba más oscura allí y Lizzie no podía verla bien.

—Skye, sé buena y ve a terminar eso en tu habitación. Tengo que hablar con esta señora.

—Pero necesito la mesa.

—Más tarde podrás ver un DVD. Ahora haz lo que te digo. Ve a tu habitación. No te lo diré dos veces.

Skye le dedicó una sonrisa breve pero encantadora a Lizzie. Cogió el telar y el bote de gomas y desapareció dentro de su dormitorio. Georgina se dirigió a la cocina.

—¿Una taza de té?

—Sí, por favor.

—Yo lo prepararé, Georgie —dijo la mujer que estaba en el sofá.

—Ah, gracias.

La mujer miró a Lizzie, quien sonrió y saludó:

—Hola, soy Lizzie.

La mujer no le devolvió la sonrisa.

—Sí, sé quién eres.

Tendría unos veintiocho años, piel color café claro y pelo rubio rizado; una de sus fosas nasales estaba perforada y su camiseta deportiva corta mostraba un abdomen oscuro, firme, con el ombligo perforado por una barrita con una piedra. Desapareció en la zona de la cocina y Lizzie vio por primera vez que allí había un perro sentado en una colchoneta con una escayola azul en la pata delantera.

Se sentó a la mesa.

—¿Qué le ha pasado al perro?

Georgina se encogió de hombros y se sentó frente a ella.

—Se rompió la pata, ¿puedes creerlo? Qué perra tan tonta. Salió corriendo y la atropelló un coche.

Lizzie paseó la mirada por el apartamento.

—Está impecable.

—Soy un poco obsesiva. Por culpa de mi madre.

—¿Su madre es igual?

Georgina se rio.

—Dios, no. Es todo lo contrario.

Por primera vez Lizzie notó la contusión debajo del ojo de Georgina. La había ocultado habilidosamente con maquillaje. La otra mujer trajo una bandeja con el té y un plato con galletas. Las tazas eran de porcelana con platitos a juego. La mujer se sentó como si fuera parte aceptada de lo que sucedía.

—¿Alguien le ha tomado una foto a ese cardenal? —preguntó Lizzie dirigiéndose a Georgina.

Ella se llevó la mano derecha a la cara por un instante, pero la otra

mujer interrumpió antes de que Georgina pudiera responder.

—Mira, mejor vayamos al grano. Georgie me llamó esta mañana llorando. No quiere seguir con esto.

Lizzie se volvió hacia ella.

—Lo siento, no sé quién es usted.

—Soy una amiga de Georgie.

Lizzie se humedeció los labios.

—De acuerdo. —Se volvió hacia Georgina—. ¿Es cierto?

Georgina miró a la mujer, luego a Lizzie.

—Sí.

La mujer la interrumpió.

—Mark es el padre de Skye. Son una familia.

—¿Podría decirme su nombre, por favor?

—¿Por qué?

—Creo que necesito hablar con Georgina a solas.

—Pero estoy aquí para darle apoyo.

Darle apoyo: la frase se adjudicaba rectitud moral y denostaba a Lizzie, como si ella quisiera hacerle daño a Georgina.

—Georgina, ¿la molestaría hablar conmigo sin su amiga?

La amiga volvió a interrumpir.

—¿Por qué es necesario hacerlo?

Lizzie la miró a los ojos, sin siquiera intentar disimular la hostilidad que le provocaba la mujer.

—Porque este es un asunto legal y usted se niega a darme su nombre. Voy a tomarle declaración a Georgina.

—¡Pero estoy aquí para darle apoyo!

—Ya lo ha dicho. —Lizzie miró la mesa y se recompuso. Habló con suavidad, concentrándose solamente en Georgina—. ¿Necesita que su amiga se quede?

La amiga dijo:

—Puedo quedarme, Georgie, si me necesitas.

Georgina negó con la cabeza.

—No, no es necesario. Estaré bien.

—¿Seguro, cariño?

—Sí, estaré bien.

—De acuerdo. Me puedes llamar por teléfono. En cualquier momento.

La amiga anónima se puso en movimiento; se asomó al dormitorio de Skye para despedirse y luego salió, subiéndose la cremallera de la chaqueta con actitud decidida, como para decir que Lizzie Griffiths no le había causado una buena impresión.

Se hizo un momento de silencio una vez que la puerta se hubo cerrado.

—¿Qué le parece si me cuenta lo que pasa? —dijo Lizzie.

Georgina se apretó las manos contra los ojos. Parecía incapaz de hablar. Lizzie esperó.

—Dice que me quiere…

—Tiene prohibido ponerse en contacto con usted, incluso a través de otra persona.

—No lo ha hecho. Marley pasó por aquí por voluntad propia.

—¿Marley?

—La chica que estaba aquí. A la que has echado. Él la llamó desde la comisaría. Marley quería decirme lo mal que estaba él.

—Espere, Georgina…

—¡Dice que se arrepiente! Me quiere. Quiere a Skye. Quiere cambiar. Comenzar de nuevo.

Lizzie miró su té y se lo pensó dos veces. Le vino a la cabeza la idea de que tal vez Marley hubiera escupido dentro. Dejó la taza sobre el platito.

—¿Le cree cuando dice que cambiará?

—No lo sé. —Se secó el extremo del ojo izquierdo.

—No debería ponerse en contacto con usted para nada.

—Solo quiere que le dé una oportunidad.

—Pero ¿qué pasa si usted no se la da? ¿Si le dice que no hay más segundas oportunidades? ¿Si dice que ya ha sido suficiente?

Georgina no respondió.

—¿No le ha hecho estas mismas promesas antes ya?

—Usted no lo entiende. No puedo dejarlo.

—¿Por qué? ¿Le tienes miedo? —preguntó Lizzie, tuteándola por primera vez.

—Marley dijo que te comportarías así —respondió Georgina, aceptando el tuteo.

Una pausa.

—¿Marley es amiga o pariente de Mark?

—Eso no tiene nada que ver.

Lizzie asintió.

—De acuerdo.

—Dijo que tratarías de presionarme. Que no lo comprenderías.

La puerta de la habitación de Skye se abrió y las dos mujeres dejaron de hablar al instante para mirar a la niña, que sostenía una pulsera de gomas en la mano. Lizzie vio que tenía las uñas pintadas con flores y mariposas.

—Te he hecho esto, mami.

Era rosa, azul y violeta.

—Es preciosa —dijo Lizzie—. ¿La has hecho tu sola?

Skye dio un paso adelante.

—Puedo hacerte una para ti.

—Me gustaría mucho.

Georgina se puso de pie y cogió la pulsera.

—Qué bien, Skye. Te he dicho que te quedes en tu habitación.

Skye le hizo una mueca a Lizzie, pero obedeció. Georgina se puso la pulsera en la muñeca, donde ya tenía otra. Sus miradas se encontraron y Lizzie pensó: *cuánto daño puede hacer un hombre.*

—¿Tienes hijos? —preguntó Georgina.

—No.

—Pero novio sí, ¿verdad?

Lizzie se encogió de hombros. ¿Podía describirse a Kieran como un novio?

Georgina le dedicó una sonrisa de complicidad.

—Los hombres son de Marte, ¿no? —dijo.

Lizzie sonrió, vacilante.

—Supongo que sí.

—Tú no lo has visto, pero Mark es muy cariñoso.

De pronto, Lizzie sintió compasión por Georgina: su apartamento pulcro, su Buda en el vestíbulo, sus pies preciosos, su niñita obediente.

—Es un patrón de conducta —dijo—. ¿No lo ves?

—¡Solo se pone así cuando está borracho! Va a dejar de beber, me lo ha prometido. Se lo dijo a Marley. Dijo que sabe que tiene que dejar de beber.

Lizzie recordó el informe del primer registro de violencia de Brannon: un caso de lesiones graves al dueño de un local que había tratado de impedir que le robara. Brannon tenía quince años en aquel entonces. Al parecer, se había enfadado ante la idea de que alguien le impidiera hacer lo que quería. Había llamado paki al dueño del local, quien se había caído de espaldas por el golpe en la frente que le había dado Mark con una lata de refresco que había cogido de uno de los estantes. Luego lo había pisado con fuerza y le había roto la clavícula. Al salir de la tienda, no se llevó nada. Desde entonces había tenido un comportamiento violento.

Lizzie dijo:

—¿Por qué no te distancias un poco? Dale a Mark la oportunidad de demostrar que puede dejar de beber. Cuando salga, podrían tomarse un tiempo, ¿no te parece?

—Si digo que sí, ¿dejarás sin efecto el asunto?

—Georgina…

Georgina levantó la voz.

—No vas a dejarlo, ¿verdad?

La puerta se abrió y apareció Skye con otra pulsera.

—¡Skye, te dije que te quedaras en tu habitación!

Skye tenía la cara tensa.

—Pero es que le he hecho esto a Lizzie. Ella me lo ha pedido.

—No. No has tenido tiempo de hacer otra. ¡Ve a tu habitación!

Skye arrugó la cara y comenzó a llorar.

De pronto ese lugar habitualmente tan controlado pareció desestabilizarse. Georgina tenía la cabeza entre las manos. Skye parecía varada en medio de la sala de estar, como una figura pequeña sola en una playa, a punto de quedar aislada por la marea. Lizzie se puso de pie y fue hacia ella.

—Es preciosa, gracias… —Cogió la pulsera y la sostuvo en la palma de la mano—. Es genial. —Se la puso en la muñeca y movió la mano de lado a lado—. La cuidaré.

Miró a Georgina. Estaba sentada con los codos sobre la mesa y la cara apretada contra las manos. Lizzie se volvió hacia Skye, se inclinó hasta quedar a la altura de los ojos de ella y le apoyó una mano sobre el antebrazo.

—Tu mamá se pondrá bien en un minuto. Solo necesita hablar conmigo un ratito. ¿Puedes esperar en tu dormitorio? Ya falta poco.

Skye asintió.

—Espera un momento… —Lizzie fue hasta la mesa y cogió el plato de galletas—. ¿Qué te parece si te llevas un par de ellas?

La puerta del dormitorio volvió a cerrarse. Lizzie se sentó a esperar. Georgina se sonó la nariz.

—Tienes un talento natural —dijo.

—¿Qué?

—Con Skye.

Lizzie se rio.

—La verdad es que no lo tengo tan claro.

Georgina esbozó una sonrisa escéptica.

—Tengo que contratarte de niñera.

—Es una niña muy dulce. —Lizzie hizo alarde de su pulsera—. En fin, atesoraré su regalo. Nunca antes había tenido una así, hasta ahora.

Ambas sonrieron. La situación era extraña y agradable; ambas lo sentían.

Georgina dijo:

—Skye se preocupa mucho. No puedo hacerle eso, separarnos. Tienes que entenderlo. Mark solo necesita dejar de beber…

—Pero… ¿y si se tomara un tiempo?

Los ojos de Georgina se movían de un lado a otro.

—No puedo, ¿no lo ves?

—Tienes que pensar en Skye.

Una repentina fiereza.

—*Siempre* pienso en Skye. Siempre pongo a mi hija en primer lugar. ¿Qué estás insinuando?

Había elegido mal las palabras. Claro que sí.

—Georgina…

—Skye *quiere* a su padre. Y él la *adora.*

No habían sido las palabras adecuadas, pero aun así…

—No es bueno que ella vea violencia.

—Va a asistir a un programa de rehabilitación.

—Pues tómate un tiempo mientras lo hace. Skye no debería tener ver que su padre maltrata a su madre.

—¿Me estás amenazando?

—¿De qué hablas? Solo estoy preocupada por vosotras.

—*¿Preocupada?* ¡Detesto esa palabra! Sé cómo sois. Siempre creéis que sabéis más que el resto. ¿Dejar a Mark? ¡No tienes idea! Skye está bien. —Paseó la vista por su apartamento impecable—. ¿Ves algo que te preocupe?

—Claro que no. Es precioso.

—No quiero que vengan los de servicios sociales.

Todo lo que ella había dicho había empeorado las cosas.

Lizzie de pronto recordó a su colega Hadley, su corpachón aplastado en una sillita de madera, una tortuga en el dorso de la mano. Era un apartamentito miserable. El chico mayor había roto varias cosas. La madre, agotada, que había criado sola a sus cuatro hijos durante demasiado tiempo, no quería que detuvieran a su hijo. Hadley había echado al chico y se había quedado conversando para cerciorarse de que no volviera enseguida. Dijo que de niño había tenido una tortuga. “A veces son difíciles de encontrar”. La mujer se había relajado, había sonreído. Hadley había tenido ese don. De todos modos, nadie podría haberlo acusado de sobreestimar su propia efectividad.

“A algunas personas simplemente no se las puede ayudar. Nunca lo olvides: somos policías, no unos putos asistentes sociales, gracias a Dios”.

Otro recuerdo la asaltó: las imágenes de una autopsia. Cosmina, una mujer a la que ella había conocido brevemente, reducida a carne, hueso y cartílagos. El chirrido de la sierra y el olor a quemado.

Lizzie paseó la mirada por la habitación: los estantes ordenados, la perra cariñosa, la fotografía enmarcada de Skye con su padre en una pista de patinaje. Pues bien, lo había intentado. De verdad. Ahora seguiría el protocolo. Abrió el bolso y sacó los documentos de la declaración que había guardado dentro de una carpeta de plástico. Preparó el bolígrafo.

—Si estás completamente segura de que no quieres denunciar a Mark, te tomaré declaración para anular la anterior e informaré a la fiscalía. Ellos serán los que tomen la decisión, no yo.

—Hazlo, entonces.

Lizzie comenzó a completar la información.

—Eso no significa que no vayan a procesarlo…

—Pero no es probable que suceda, ¿verdad?

Lizzie miró el teléfono móvil para completar la fecha.

—Es menos probable. Pueden llamarte o decidir seguir adelante sin que hayas declarado. —Completó el nombre de Georgina—. Bien, ¿qué deseas decir?

Georgina tenía la cara tensa.

—Lo que digas tú tendrá peso, ¿verdad?

Lizzie se encogió de hombros.

—¿Qué les dirás? —insistió Georgina.

Lizzie sabía con exactitud lo que escribiría en el informe para el fiscal: Brannon representaba una amenaza continua y significativa para Georgina. Skye también corría peligro. Brannon debería ser imputado y se debería enviar una citación para obligar a Georgina a declarar.

—Soy policía —dijo—. Mi trabajo es encargarme de los aspectos penales del asunto. ¿Qué te parece si te derivo a una organización de protección contra violencia de género, a alguien que pueda hablar de esto contigo sin ser parte del proceso?

Georgina no se dejó engañar. Negó con la cabeza.

—¿Qué te parece si me dices lo que vas a decir?

—Todavía no lo he decidido. Lo pensaré.

—Pues piensa en la pequeña Skye antes de escribir nada.

—Claro que pienso en ella.

—Una niña necesita a su padre.

Ya eran las cuatro cuando Lizzie volvió a la oficina. No había comido nada desde el desayuno. Se detuvo, entró corriendo en un local de M&S y contempló como en sueños una reluciente nevera llena de pollo *harissa* y ensaladas de camarones. Eligió un *risotto* y luego lo devolvió, indecisa. Su teléfono emitió un zumbido: era Kieran. Pensó en enviarle un mensaje para decirle que terminaría tarde, pero al mirar la pantalla vio que él cancelaba la cita.

> Lo siento, reunión de padres en el colegio. Lo había olvidado. Te veré, pero tarde.

¿Cómo saber qué era lo que realmente lo haría llegar tarde? Ella había aprendido a no preguntar. Guardó el móvil, eligió un curri de patatas y espinacas del estante y sucumbió a la tentación de una chocolatina mientras hacía cola para pagar.

Ash seguía en la oficina, pegado a la pantalla. Ella tiró la bolsa sobre la mesa y él levantó la mirada.

—¿Cómo te ha ido?

—Anuló la declaración.

—Mierda.

—Exacto.

—De todas maneras, tendrás que reunirte con la fiscalía por la imputación.

—Sí, lo sé. —Sacó el curri de la bolsa—. ¿Dónde hay un microondas?

Ash miró la comida y arqueó las cejas.

—Ah, veo que cuidas a tu superior.

—Lo siento. No sabía que seguirías aquí.

—Me ofrecí como un idiota para ayudar con un detenido.

—¿Te fue bien?

—Un idiota que le tiró un edredón a su parienta. —Sonó su móvil —. Ese debe de ser el Señor Dormilón que me busca. —Guardó el móvil y salió de la oficina.

Las sombras se alargaban sobre los edificios frente a las ventanas de la oficina. El abogado que hablaba del otro lado de la línea tenía acento galés. Lizzie lo imaginó con su taza de café y su lista interminable de resúmenes de casos que tenía que abrir en el ordenador y leer para luego tomar una decisión. ¿Tenía acaso una cocina Rayburn y vistas al sol poniéndose sobre los valles? ¿Habría un perro labrador durmiendo a sus pies? Tal vez estaba en pijama. O desnudo. Tal vez era un centauro. ¿Quién narices podía saberlo?

—En primer lugar, agente, ¿se presentará ella ante el tribunal?

—Hizo una declaración inicial, pero ahora la ha anulado.

—Bien, déjemelo a mí. Vuelva a hablarme en veinte minutos. Mientras espera, ¿podría enviarme una evaluación de riesgos, por favor? Quiero saber cuáles son las medidas de protección.

Lizzie puso el cronómetro de su teléfono y colocó un papel grande sobre el teclado: “¡Estoy al teléfono con la fiscalía! Por favor, no desconectar”.

Se sentó ante su escritorio y tecleó el nombre de Brannon y su fecha de nacimiento en el programa de información. La máquina filtraba y cargaba informes de los distintos registros policiales: crímenes, llamadas a la policía, notificaciones a los servicios sociales.

Skye, con sus siete años, había conseguido su primer número de referencia policial cuando todavía se movía en el océano ecográfico de latidos del corazón y extremidades incipientes. Unos vecinos habían llamado a la policía para alertar por una discusión violenta. Se oían gritos y golpes. Georgina, visiblemente embarazada, no dejó entrar a los agentes. Mark, de pie detrás de ella en el pasillo, exigió saber, furioso, cuál de los vecinos había llamado a la policía.

Lizzie clicó en el siguiente número: un informe de urgencias del hospital local. Georgina había acudido con hematomas en los brazos. El médico creía que las lesiones no eran accidentales. Georgina dijo que se las había hecho cuando Mark impidió que ella se cayera por las

escaleras. El médico observó que Skye, de dos años en aquel momento, se mostraba muy apegada a la madre.

Lizzie tecleaba a toda velocidad.

Una taza de té apareció. Levantó la mirada. Ash estaba junto a ella, inclinando la lata de galletas.

—¿Galletas con relleno de vainilla, detective?

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. ¿Cómo es que no estás en el interrogatorio?

—John Grisham tenía más preguntas sobre el edredón. Intenté decirle que no se trataba de *Los doce del patíbulo,* pero fue en vano. Han vuelto a reunirse.

Cogió los auriculares y los agitó amenazadoramente por encima del teléfono. Lizzie negó con la cabeza.

—No hagas que me dé un ataque.

Ash chasqueó la lengua.

—Alerta de tormenta. La chica nueva ya está perdiendo los estribos. —Volvió a dejar los auriculares sobre el escritorio—. ¿A qué viene tanto pánico?

—No es pánico —dijo ella, mientras pulsaba Enviar en el correo electrónico y tomaba una galleta—. El fiscal necesitaba una evaluación de riesgos.

—¿Y qué has decidido? ¿Brannon representa un riesgo de vida real o es solo un imbécil?

—Creo que es ambas cosas.

Sonó el cronómetro del teléfono de Lizzie. Levantó los auriculares y desactivó el botón de silencio.

—Habla la agente Griffiths.

—Sí, agente. Estoy leyendo su evaluación de riesgos. Creo que lo imputaremos.

Lizzie hizo girar la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta. Brannon estaba tendido sobre la cama, mirando el techo. Se incorporó y, ya sentado, sonrió: una bonita sonrisa apesadumbrada.

—Oye, lamento haberme comportado así antes.

Ella se encogió de hombros.

—A veces soy medio gilipollas. Solo cuando he estado bebiendo.

Era más agradable tras unas horas de haber dormido la borrachera. Se le veía apesadumbrado, más humano, con esos penetrantes ojos azules que sugerían un horizonte distante.

—Vale, no pasa nada.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Tengo dos imputaciones por agresión.

—No pierdes el tiempo, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros otra vez.

—¿Quiere representación legal?

Negó con la cabeza, ya de pie para dirigirse al mostrador de custodia.

—No, terminemos con lo que haya que hacer.

Tuvieron que hacer cola para ver al sargento y se sentaron uno al lado del otro. Lizzie recibió un mensaje de texto de Kieran. Le dio la espalda a Brannon y lo leyó. Estaría en Londres pronto. Ella le escribió un mensaje.

Termino con el detenido en 30’. ¿Puedes pasar a buscarme?

Brannon se inclinó por encima de su hombro.

—¿Has quedado con alguien?

Lizzie cerró el teléfono.

—Es usted un poco entrometido, ¿no?

—Así parece. —Él la miró y fingió tocar la guitarra mientras canturreaba una melodía—. ¿Nombre de la canción? —dijo.

Lizzie la había reconocido de inmediato: *I bet you look good on the dancefloor.* Asintió.

—Sí, bueno. Ya vale.

Él se frotó la cabeza de un lado a otro.

—Mira, Lizzie… Te llamas Lizzie, ¿verdad? Sé que piensas que soy un imbécil, pero de verdad que la quiero, ¿sabes?

—Ajá.

Hubo otro silencio. Él lo volvió a romper.

—También quiero a la pequeña Skye.

Lizzie miró al sargento de custodia, un hombre de uniforme impecable con pelo canoso y piel tan negra que prácticamente relucía. Estaba lidiando con muchas pruebas, y escaneaba metódicamente los números de los sellos para introducirlos en el programa de custodia. Había discos duros, teléfonos, un bate de béisbol… tardaba siglos en hacerlo. Lizzie no deseaba pasar más tiempo con Brannon. Él había empezado a hablar otra vez.

—No podría quererla más. —Esbozó una sonrisa apesadumbrada—. Cuando bebo me comporto como un idiota.

—Es mejor que no siga hablando. Continúa bajo juramento. Tendré que dar parte.

—Sí, pero quiero que lo comprendas. No soy un mal tipo. Tengo buen corazón. Quiero a Georgie. Quiero a mi familia.

—Ya.

—¿Ya?

Lizzie se volvió hacia él.

—No sé, Mark. ¿Qué quiere que diga?

¡Aleluya! Los agentes se llevaron las bolsas con pruebas y el sargento de custodia hizo sonar una campanilla imaginaria sobre el

escritorio.

—El siguiente.

Los cargos eran simples. Los problemas comenzaron cuando Lizzie solicitó prisión preventiva.

Se volvió hacia ella.

—¡Ay, *vamos*, no me jodas! ¿Estás de broma? Llevo aquí todo el día. Quiero irme a casa con mi hija.

El sargento intervino; extendió una mano.

—Hable conmigo, no con la agente. Yo soy el que decide.

Brannon puso un gesto ceñudo sin dejar de mirar a Lizzie.

—¿Por qué no te caigo bien?

—No es nada personal, en serio.

—¡Se trata de mi mujer, joder! Y de mi hija. Vivo para ellas.

Un par de agentes se acercaron a Lizzie. Uno de ellos apoyó la mano sobre el hombro de Brannon.

—Vamos, amigo. Cálmese.

Brannon se lo quitó de encima con un movimiento.

—No soy tu amigo. Vete a la mierda.

El sargento miró a los dos agentes.

—Concederé la solicitud de prisión preventiva de la agente Griffiths…

Brannon golpeó el mostrador con el puño.

—¡Tu puta madre, no voy a hacerle daño a Georgie! La quiero.

—Vosotros dos, ayudad a la agente Griffiths a llevar al señor Brannon de nuevo a la celda.

Brannon caminaba rápido, con la cabeza gacha. Lizzie iba detrás de los agentes, que lo escoltaron hasta la celda y cerraron la puerta. Brannon gritó:

—¡Quiero una taza de té!

Lizzie abrió la ventanilla, pero dejó el panel de metacrilato cerrado. Brannon estaba pegado a la abertura.

—¿Nunca has cometido un error?

Al ver que ella no respondía de inmediato, insistió:

—¿Y bien?

—Claro que he cometido errores. Todos cometemos errores.

Él no respondió, se quedó mirándola. Ella sonrió, nerviosa.

—Le conseguiré la taza de té. ¿Lo toma con azúcar?

—Pero ¿te permitieron seguir adelante?

¿Seguir adelante? Bueno, estaba tratando de hacerlo.

—Mire, tengo que irme. ¿Quiere el té o no?

Él se alejó de la ventanilla.

—Dos de azúcar.

De pie en la pequeña habitación junto a cajas de corcho blanco para recalentar la comida y estantes con bolsas y otros accesorios para

almacenar pruebas, verificó que el té no estuviera hirviendo por si él decidía tirárselo encima y revolvió el azúcar con una cucharilla de plástico. Cuando abrió la ventanilla, Brannon seguía allí. Le alcanzó el té con cuidado y dio un paso atrás. Pero él parecía tranquilo, más calmado.

—Gracias, guapa.

—De nada.

Se disponía a cerrar la ventanilla cuando él le dijo:

—¿Puedo preguntarte algo?

Lizzie sintió una punzada de fastidio. Le había dicho a Kieran treinta minutos.

—Tengo prisa…

—¿Crees que hay que darles una segunda oportunidad a las personas?

Ella sonrió.

—¡Qué pregunta para hacerle a una agente de policía!

—¿Por qué lo dices? Eres una persona, ¿no? ¿Qué te hace tan distinta del resto de nosotros?

—Nada. Solo que… bueno, ya sabe que no es parte de mi trabajo. Perdonar y comprender, todo eso. Yo estoy del lado de investigar e imputar.

—Sí, pero crees que las personas pueden cambiar, ¿no? Como persona, digo. ¿Lo crees?

Lizzie pensó en Georgina. Deseaba fervientemente que Brannon pudiera cambiar, pero no estaba convencida.

—¿Le soy sincera? No lo sé.

—*¿No lo sabes?*

Ella se encogió de hombros.

—Soy agente de policía, nada más. —Él parecía molesto otra vez—. ¿Necesita fumar? Le preguntaré a alguno de los agentes de detención si tiene tiempo de acompañarle fuera.

Brannon entornó sus ojos de Paul Newman y apretó la mandíbula. Asintió como si la entendiera muy bien.

—Eres una hija de puta inteligente, ¿no?

Algo impidió que ella cerrara la ventanilla. De pronto, él tenía toda su atención.

—Y también una hija de puta hipócrita.

Lizzie sentía el calor que emanaba de Brannon.

—Te encantan las segundas oportunidades, siempre y cuando seas *tú* quien las tenga. No te engañes. Sé perfectamente quién mierda eres, agente Lizzie Griffiths. Eres la policía que dejó que esa chica cayera de la azotea.

Ash ya se había marchado cuando ella volvió a la oficina. Había una

notita sobre el escritorio: “¡Nos vemos!”.

Sonó el móvil de Lizzie. Kieran la estaba esperando abajo. Tras el encuentro con Brannon, todas sus dudas respecto de Kieran se habían evaporado. Pulsó Enviar en el archivo que se estaba cargando, cogió su bolso y corrió escaleras abajo con sus tacones altos. El Land Rover estaba aparcado en la calle y él le hizo señas con las luces. Lizzie no lo podía ver en la oscuridad del interior, solo distinguía el contorno de su cara en sombras. Él volvió a encender las luces y ella se sintió envuelta en una repentina calidez. Kieran sonreía.

Capítulo 4

SARAH IBA CON RETRASO. ESE día, el detective Lee Coutts interrogaría a Erdem Sadiq, el soplón que aseguraba que tenía información sobre la desaparición de Tania. Sarah se había quedado hasta tarde en la oficina para darle instrucciones a Lee antes de que fuera a la prisión, pero Lee —de unos veintisiete años, pelo brillante y traje nuevo— no parecía demasiado interesado en escucharla. A pesar de ello, el jefe le había dicho que él era un buen policía. Tal vez no era necesario que ella interviniera.

Dejó el coche en una plaza de aparcamiento para residentes y subió corriendo las escaleras hacia el apartamento. La cadena de seguridad estaba puesta y un hombre la espiaba por la rendija que había entre la puerta y el marco. Sarah vio mejillas anchas y grisáceas sin afeitar, orejas grandes, vello en las fosas nasales, ojos celestes. Enseñó su identificación y le dijo la contraseña.

—Lotus Cortina.

El hombre abrió la cadena de seguridad. Era bajo y fornido, vestía pantalones oscuros con tirantes y una camisa blanca con las mangas arremangadas. Detrás de él había un tipo alto, blanco y desgarbado, que llevaba un gorro de punto del que se le escapaban los rizos. Sarah supuso que se trataría de Ewan, el asistente social de Robert.

—Bienvenida a mi casa —dijo Robert con formalidad y haciendo un ademán exagerado.

Ewan sonrió a Sarah y pasaron dentro; Robert los siguió arrastrando los pies hacia la sala. La habitación tenía un olor acre a pelo, lana vieja y jabón Palmolive.

Por toda la sala, en estantes y vitrinas, en cajas apiladas ordenadamente en el suelo, se veían cientos de coches de juguete: camiones, deportivos, furgonetas, ambulancias, autocaravanas, camiones de bomberos, coches policiales, camiones transportadores de vehículos, una camioneta para transportar bombas, tres máquinas quitanieves dispuestas una junto a la otra.

Sarah se acercó a una colección de vehículos policiales: un Austin, una furgoneta Mini Cooper, un Daimler, un Ford Granada y un Capri.

—¿Puedo coger uno, Robert?

—Sí.

Ella cogió un BMW blanco con una franja roja central y una barra en forma de T en el techo. Tenía el peso y los detalles reconfortantes de los antiguos juguetes de metal fundido.

—Ese es un BMW E28 528i de 1987. Los utilizaba la policía de Hampshire.

Ewan, de pie detrás de Robert, meneó la cabeza vigorosamente. Quedaba claro que no era fácil frenar a Robert una vez que arrancaba. Sarah no pudo menos que sonreír. Devolvió el BMW en miniatura a su sitio y dijo:

—En realidad, Robert, he venido a hablar sobre Tania.

Robert dejó caer las manos a los lados del cuerpo. Parecía un viejo soldado recitando su rango y número.

—Me hicieron todas las preguntas aquel día. Solo vi a Tania cuando vino a la caseta a cambiarse y a ponerse la falda.

Sarah había leído las transcripciones de los interrogatorios. Robert se había mostrado inflexible. Había estado en el parque todo el día, pero solo había visto a la joven brevemente, a primera hora de la mañana, cuando le había pedido permiso para utilizar su caseta. El problema era que los interrogadores lo habían visto solamente como un sospechoso. Lo único que les había interesado era desmontar su relato e imputarlo. No le habían hecho las otras preguntas, las que podrían haber llevado en una dirección desconocida.

—Robert, ¿puedo sentarme?

Él asintió. Ella tomó asiento sobre el duro sofá.

—¿Quieres sentarte también tú?

Él se sentó a su lado. Sarah le miró los zapatos: negros, ortopédicos, lustrados y relucientes. Ewan se dirigió a la cocina y llenó el hervidor.

—¿Recuerdas aquella mañana, Robert? ¿El día que Tania desapareció?

—Sí.

Ella intentó darle pistas para que hablara con fluidez.

—Había habido una tormenta.

—Sí.

—Háblame sobre Tania.

—Me pidió permiso para cambiarse.

—¿Cómo estaba? ¿Estaba de buen humor?

Él negó con la cabeza.

—No lo recuerdo.

Lograr que Robert hablara era más difícil que de lo que Sarah había pensado. No sabía si era una cuestión de memoria o de desconfianza.

—¿Tu madre te dijo que no hablaras de eso?

Robert asintió.

—Ojalá tu madre estuviera aquí. Me disculparía con ella por lo que sucedió.

—Mamá está muerta.

—Lo sé, Robert. Lo siento.

—Está bien.

Hubo una pausa. Luego, Sarah dijo:

—No estoy tratando de tenderte una trampa. No creo que le hayas hecho nada a Tania. Creo que eras su amigo. Sé que te incomoda hablar de eso, pero, verás, eres muy importante. Tal vez recuerdes algún pequeño detalle que me ayudaría a encontrarla. Su madre sigue esperando que ella vuelva a casa. Estoy segura de que debes querer que averigüemos qué fue lo que sucedió.

Robert se rascó la nariz. Miró a Ewan, que seguía junto al fregadero. Ewan asintió.

—Si puedes ayudar, Robert, creo que deberías hacerlo.

Robert se miró los pies y levantó las relucientes puntas de sus zapatos un par de veces. Luego habló:

—Fue por la mañana. Se habían caído muchos árboles. Tania vino corriendo. Estaba emocionada, tenía prisa. Me preguntó si podía utilizar mi caseta para cambiarse.

—Muy bien.

—Yo esperé fuera. Salió de la caseta con una falda. Le pregunté si quería una taza de té, pero dijo “no, gracias” y se fue corriendo. Entré en la caseta. Sus vaqueros estaban en el suelo. Los había dejado allí. Estaban dados la vuelta. Los puse del derecho, los doblé. Quería devolvérselos.

—¿No volviste a verla?

Él negó con la cabeza.

—No.

—Háblame sobre el resto del día. ¿Te quedaste en el parque?

Sarah lo dejó hablar.

Había estado preocupado por los árboles. Había ramas por todas partes y algunas colgaban. Era peligroso. Había buscado las tijeras de podar grandes y la escalera. Era un trabajo difícil, subirse a la escalera sin que nadie la sostuviera. Los niños cuyas escuelas estaban cerradas jugaban en el parque.

Sarah se imaginó el parque concurrido en 1987. Aunque ella había vivido aquella época, el pasado seguía teniendo una pátina casi como si fuera una parodia: peinados voluminosos, la policía con chaquetas largas, el Muro de Berlín todavía en pie. Era difícil creer en la realidad de todo aquello ahora, en los deseos y las acciones verdaderas, en el hecho de que en un tiempo había sido el presente, con resultados que podrían haber sido distintos.

Robert se había preparado un té, se había comido sus sándwiches.

Había recorrido el parque, todos los senderos laterales, los escondites. Había hablado con los paseadores de perros, con las madres que esperaban junto a los columpios. Para facilitarle la conversación, su madre le había enseñado los nombres de las flores de los arriates: potentillas amarillas, flox blancas, alegrías del hogar de colores tan brillantes que él no soportaba estar cerca de ellas. Su pasatiempo favorito era quedarse junto a la calle principal y mirar los coches.

Nada del relato de Robert le sugería a Sarah que hubiera sido otra cosa que un día animado tras una tormenta. Era un sitio pequeño, y aun si hubiera habido un lugar, un rincón escondido donde algo pudiera haber ocurrido, ¿no habría sido imposible llevarse un cadáver sin causar un revuelo o que alguien viera algo? Al día siguiente, habían revisado el parque minuciosamente y habían solicitado la presencia de testigos, pero nadie se había personado.

—Tenías una foto de Tania en tu caseta.

—Todavía la tengo.

—Creí que se la había llevado la policía.

—El reverendo hizo que me la devolvieran.

—¿La tienes aquí?

Fue hasta una cómoda arrastrando los pies. Encontró la foto enseguida. La imagen tenía el borde blanco ancho de una Polaroid y estaba en malas condiciones. Los colores se estaban disolviendo y comenzaban a parecerse entre sí. La imagen parecía bañada de gris. Con todo, debajo de esa pátina todavía se veían los vestigios de un Robert más joven, con una sonrisa enorme en la cara y el brazo alrededor de la cintura de Tania.

—Qué foto tan bonita. Los dos estáis sonriendo. Os caíais bien.

Robert se miró los zapatos.

—¿Quién hizo la foto, Robert?

—Nadie.

—Tiene que haber habido alguien detrás de la cámara. ¿Quién era?

—Tania la hizo.

—Pero ¿cómo pudo hacerla? Ella está en la foto.

—Tenía una de esas cosas… no sé cómo se llama. Hace un sonido.

—¿Tenía una cámara con temporizador?

Robert se encogió de hombros.

—Puede ser.

Se tomaron un descanso. Ewan preparó más té para todos y repartió galletas integrales de chocolate.

—Bien, volvamos al pasado —dijo Sarah—. Justo al principio de vuestra amistad. ¿Cuándo hablaste por primera vez con Tania?

—Oí gritos.

—¿Gritos?

—Sí. Me preocupé. Corrí hacia allí. Estaban discutiendo.

—¿Quiénes?
—Tania y un hombre.
—¿Cuándo fue eso?
—Era un día de sol. No había demasiada gente en el parque.
—Ajá.
—Tania vestía el uniforme del instituto y el hombre me vio y se apartó de ella.
—¿Qué aspecto tenía el hombre?
—Alto.
—¿Cómo de alto?
Robert negó con la cabeza.
—No lo sé.
—¿Más alto que tú?
—Tal vez.
—¿Más alto que Ewan?
Robert esbozó una gran sonrisa.
—¡No!
Sarah disimuló su decepción. No había nada fuera de lo común en la estatura del hombre.
—¿Algo más?
—No.
—¿Negro, blanco?
—Blanco.
—¿Qué edad?
—Mayor que Tania.
—¿Lo que llamarías un adulto, una persona mayor?
—Sí, una persona mayor.
Un hombre blanco, adulto, tal vez más alto que la media, tal vez no. Genial.
Estaban discutiendo la primera vez que Robert los vio, pero cuando él apareció del otro lado del seto, pararon. El hombre había dicho: “Ay, mierda”, y se había apartado de ella.
—¿Cómo estaba Tania, Robert?
—¿A qué se refiere?
—¿Estaba contenta, triste, tranquila, enfadada?
—Estaba llorando.
—¿Llorando?
—Sí. Pero paró cuando me vio. Dijo: “No pasa nada”.
Después de eso, Robert se había hecho amigo de Tania. A veces ella hablaba con él en su caseta o pasaba un rato con él al anochecer. Él la había visto con el hombre de vez en cuando.
—¿Por qué nunca se lo contaste a la policía?
—Nunca me lo preguntaron.
—¿Esa es la única razón?

Robert miró a Ewan, que asintió para animarlo.
—Tania me dijo que nunca se lo contara a nadie. Ella era mi amiga.
—Bien. Entonces… ¿viste a Tania caminando hacia su casa por el parque con ese hombre?
—No.
—¿No?
—Fue después de que él la dejase.
—Ah, ¿él la dejó?
—Sí, en el otro lado del parque. A veces se quedaba con ella un rato en el parque, pero ella siempre volvía a su casa sola.
—¿Él tenía coche?
—Sí.
—¿Lo recuerdas?
—Por supuesto. Era un Jaguar verde X16 Serie III.

Sarah entró en el patio de armas de Hendon y llamó a su nuevo jefe. Todavía no la habían puesto al tanto sobre qué información había conseguido Lee en su visita a Erdem Sadiq en la penitenciaría de Thameside.
—Tomémonos un café en la cafetería —dijo Fedden—. Bajaré a buscarte. Soy el tipo gordo con traje azul.
El cielo blanco lentamente perdía luminosidad y el patio de armas se estaba vaciando de coches. La jornada laboral de la mayoría de las personas ya había terminado o lo haría en breve. Sarah empujó el asiento hacia atrás y esperó, pensando en la reunión y en lo mucho que anhelaba que saliera bien. Algunos oficiales superiores tenían reputaciones esquivas, pero Fedden no era uno de ellos. En cuanto le habían asignado su puesto, Sarah había comenzado a hacerse una idea de él por comentarios que le llegaban.
—¿Fedden? —decían todos, sonriendo y entornando los ojos como si no estuvieran convencidos de que fuera una buena idea—. Hace siglos que es policía. Le gustan los resultados. Es un tipo duro. Se hizo famosa una anécdota en la que cantó la canción *It´s not unusual* en una fiesta de policías donde corría el alcohol. Por supuesto, le pusieron un mote: La Apisonadora.
Se preguntó qué habría oído Fedden de ella y cuál sería su mote.
Salió del edificio de Homicidios; Sarah lo reconoció con facilidad por la descripción que él mismo le había dado. Bajó del coche y él avanzó como un pato hacia ella por el patio de armas.
Sarah le tendió la mano.
—James.
La mano de él era pequeña, con dedos cortos y regordetes.
—Todos me llaman Jim, por favor.
Echaron a andar hacia la cafetería. Sarah bajó el ritmo ante la falta

de resuello del inspector jefe.

—¿Ha disfrutado de sus vacaciones? —preguntó ella.

—¿Ya te lo han contado? Una vez en la vida. Nunca más volveré a hacer algo así. —Se quedaba sin aire al reír y se le veían los dientes pequeños y espaciados en la boca ancha—. No, la verdad es que fue fantástico, pero no sé qué tiene de malo casarse en Chipping Norton. Es muchísimo más barato, además.

La cafetería estaba casi desierta, pero un grupo de policías especialistas en búsquedas estaban haciendo cola delante del único mostrador disponible. Vendía bollería: cafés, panecillos, *brownies* de chocolate y galletas de avena envueltas en celofán. Fedden y Sarah se quedaron un poco apartados.

—Bien, nuestro confidente nos dio el nombre de un sospechoso —dijo Fedden, y se frotó las manos.

Entusiasmo, pensó Sarah, esa era la clave: a los hombres como Fedden les gustaba el entusiasmo.

—¡Qué bien!

La mujer que estaba sirviendo —de pelo canoso, pulcra y paciente con su uniforme azul— miró a Sarah y sonrió.

—¿Qué quieres, querida?

—Un café expreso, por favor. ¿Y usted, Jim, qué va a tomar?

Él sacó su tarjeta de identificación.

—Yo invito. Lo de siempre, cariño. Y una galleta de avena. Están buenísimas, deberías probarlas. Danos dos, por favor.

Se dirigieron a una mesa vacía que estaba junto a una ventana con vistas al patio de armas. Los abedules que formaban parte del monumento a la policía brillaban como huesos blancos en la luz del anochecer.

Fedden tiró su amplia chaqueta sobre el respaldo de una silla.

—Bien, entonces el tal Erdem Sadiq dice que sabe quién fue: Andrew Walker. —Desenvolvió la galleta de avena sobre su plato y le dio un mordisco—. Jamás creo a los chivatos, pero debo admitir que la información que tenemos sobre Walker es buena. Agresor sexual fichado, así que hay pruebas de que pueda tener esas tendencias. Vivía cerca de Tania Mills en 1987.

—¿Cómo dijo Sadiq que había conseguido la información?

—Eran compañeros de celda. Walker se lo contó mientras compartían fantasías sexuales para masturbarse.

—Pues va a ser interesante si Sadiq tiene que declarar ante el tribunal.

Fedden echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿Te imaginas las repreguntas?

—Entonces, señor Sadiq —dijo Sarah—, usted se estaba masturbando y…

Fedden resopló de risa. Se calmó y se secó la frente con una servilleta de papel.

—En fin, nos vale para detener a Walker. Le he pedido a Lee que consiga una orden de registro.

—Lo siento, me he perdido todo esto. Lee todavía no ha escrito la declaración para obtener la orden, ¿verdad?

Deseó de inmediato haberlo expresado de otra manera. El jefe, evidentemente, también deseaba lo mismo: su mandíbula se tensó por un instante. Luego sonrió.

—Sí. Lo hizo esta tarde… Me gustaría haberlo hablado contigo, pero habías salido a hacer unas averiguaciones. —Terminó la galleta de avena y tomó unos sorbos de café—. Me encanta poner tras las rejas a los malos.

—A mí también.

—¡Fantástico! Sigamos adelante, entonces.

—Pero usted mismo dijo que hay que ser escéptico. Sadiq tiene sus propios motivos para hablar con nosotros. Está imputado por agresión sexual a una niña de trece años y van a imputarlo también por compartir imágenes sexuales de niños. Sin una carta para el juez de parte nuestra, se enfrenta a una condena larga…

—Sí, pero no se lo ha inventado todo. Walker vivía en la zona en aquel momento. ¿Cómo podía saberlo Sadiq?

—Reconozco que vale la pena seguir la pista de esa información. Pero preferiría ir despacio. Tenemos que seguir investigando. Tal vez podríamos posponer la orden de registro.

—Ya sabes cómo son estos tipos, siempre se guardan objetos, trofeos. Si Walker se entera de que le estamos siguiendo el rastro, destruirá todo lo que pueda tener. Registraremos su casa mañana. Lee ha organizado un equipo de búsqueda. Walker es una amenaza latente para las mujeres.

A Sarah le pareció que Fedden pensaba que las palabras “amenaza para las mujeres” era lo que ella quería escuchar.

Él siguió hablando:

—Lee puede ayudar con los interrogatorios…

Sarah sintió un repentino ardor en el cuello y la cara. Acababa de ver al detective Steve Bradshaw entrando en la cafetería, con las llaves del coche en mano, junto con un grupo de detectives. Seguía teniendo ese aspecto tranquilizador: la cara como una bolsa de papel marrón gastada, la ropa simple, los zapatos cómodos. El jefe también lo vio, porque levantó la mano con entusiasmo para saludarlo. Hasta que no se volvió hacia ellos, Steve no vio a Sarah. Ella recordó en un instante —como seguramente lo hizo también él— que lo había considerado su amigo cuando, en realidad, él había estado contradiciéndola sin decir nada. Al final de la investigación del caso de la Torre Portland, él le

había dicho que había entrado en la policía para quitar de circulación a los malos, y que por lo que a él respectaba, la agente Lizzie Griffiths —joven e inexperta— no era uno de ellos. Eso había sido antes de recomendarle a Sarah que adoptara un perro.

Steve estrechó la mano de Fedden.

—Jefe. —Luego, un ademán con la cabeza en dirección a ella—. Sarah.

—Steve —dijo ella con otro movimiento de cabeza.

—¿Os conocéis? —preguntó Fedden. Estaba claro que le parecía algo positivo.

—Estuvimos juntos en el Departamento de Investigaciones Especiales —dijo Steve.

—¡Y los dos os hartasteis de estar allí! Muy comprensible. Un trabajo imposible. Vi que emitieron un comunicado de prensa sobre aquel caso de la Torre Portland.

Sarah y Steve se miraron durante un segundo. Sarah sabía que eso sucedería, pero, de todos modos, la noticia la tomó por sorpresa. Steve jugueteó con las llaves y miró a los hombres con los que había llegado, que se habían sentado alrededor de una mesa, lejos de allí.

—En fin, lo siento, debo irme…

—No hay problema, lo entiendo.

Steve se volvió hacia Sarah y la saludó con la cabeza.

—Sarah.

—Me alegro de verte, Steve. Ah, una última cosa.

—¿Sí?

Ella sonrió.

—Te hice caso, seguí tu consejo.

Él ladeó la cabeza.

—¿Qué consejo?

—He adoptado un perro.

Él arrugó el entrecejo un instante, pero enseguida una sonrisa vacilante pasó por su mirada.

—Ah, qué bien. ¿Qué clase de perro?

—Una spaniel. Daisy.

Fedden los miraba perplejo.

Steve vaciló un instante, como si fuera a decir algo. Luego miró a Fedden y volvió a juguetear con las llaves.

—Bien, debo irme. Os veré luego.

Se hizo un silencio mientras se alejaba.

—Un detective de primera —dijo Fedden.

—Sí, así es.

Fedden miró la galleta intacta en el plato de Sarah.

—¿No te la vas a comer?

—No.

—¿Te molesta si…?

—Adelante. —Empujó el plato hacia él—. Si me permite…

Él asintió a modo de respuesta mientras masticaba.

—El caso de Tania Mills. Necesito investigar los antecedentes de la víctima.

—Me gustaría ayudar, pero no puedo darte lo que no tengo —le dijo después de tragar.

—Solo un agente…

—Tengo tres casos que van a los tribunales. Acabo de perder a dos agentes que tuve que destinar a protección infantil. Un detective está de baja por estrés. Últimamente en cada turno sucede un homicidio. Francamente, no damos abasto para las investigaciones actuales.

—En el momento en que derribemos la puerta de Walker, esto se convertirá en una investigación actual.

Fedden se echó hacia atrás en la silla y se aflojó la corbata. Se la quitó sacándosela por la cabeza y la dejó sobre la mesa.

—Mira, presenta una solicitud de información sobre Walker. Pide testigos, cualquiera que lo haya conocido. Eso podría proporcionarte antecedentes o llevarte a encontrar vínculos con Tania.

—Eso me preocupa. Es un agresor sexual.

—¿Y qué?

—Lo estaríamos exponiendo.

—¿Sí? ¿Por qué debería alguien enterarse de dónde vive? En cualquier caso, solo nos interesa saber en qué andaba en aquel entonces. Si te preocupa realmente, utiliza una fotografía de aquella época y no des su nombre. Ya sabes: “Cualquiera que tenga recuerdos de este hombre…”. Podemos justificarlo. Como dije, es una amenaza para las mujeres.

Al ver que Sarah no respondía, Fedden se secó la frente con la servilleta de papel.

—¿Todavía no estás conforme?

Ella intentó disimular cualquier incomodidad que pudiera estar colándose en su expresión.

—No, está bien.

Fedden se frotó el labio inferior con el dedo índice.

—Sarah, debo decirte que llegaste aquí con la reputación de ser algo difícil.

Ella sintió que se le erizaba la piel.

—Lo siento.

—Hago lo posible para que en mi barco la tripulación esté contenta. Todos son bienvenidos, pero yo soy el puto capitán.

Sarah logró esbozar una sonrisa y hacer una venia.

—Sí, mi capitán.

Fedden se echó hacia atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No te has comido la galleta ni te has tomado el café. ¿Qué mierda te pasa?

—Tengo máquina de café en la oficina. Necesito hacer algo antes de marcharme.

Él asintió y se ablandó.

—Me gusta la gente trabajadora. También he oído hablar bien de ti, Sarah.

—Me alegro.

Él se dispuso a mover la silla hacia atrás para ponerse de pie.

—Entonces, ¿hemos terminado?

—Si pudiera darme solamente un agente durante un par de días, aunque solo fuera eso…

—Mierda. ¡Eres como un perro con un hueso!

—Es una de mis mejores cualidades.

Fedden no pudo evitar reírse.

—De acuerdo… ¡qué coño! A ver, qué te parece esto: hay una chica en la oficina que trabaja… ¿cómo se supone que hay que llamarlo hoy en día? Ah, sí: horario reducido. Media jornada, digamos.

Sarah sabía perfectamente a quién se refería. Había oído los rumores: perezosa, desmotivada, no era una policía de verdad.

—No será Elaine, ¿verdad?

—¿Has oído hablar de ella?

Sarah se encogió de hombros con expresión inocente.

—La llaman la Gorda Elaine, ¿verdad?

—Sí. Pues no me la está vendiendo muy bien.

—Mira, yo soy gordo, así que no la culpes por serlo. Te la puedo prestar ahora mismo, sin ningún otro compromiso, te la paso directamente a ti. ¿Qué te parece?

—El hecho de que me la esté ofreciendo en un paquete con lazo después de decir que no tiene a nadie disponible significa que no cree que vaya a ser una gran pérdida para el equipo.

—Ay, vamos. Dale unos días para ver si es capaz de taparle la boca al equipo. Si no sirve, te prometo que buscaré a otra persona.

—Pero entonces al menos tendrá pruebas para deshacerse de ella.

Él abrió las manos y levantó los hombros.

—Solo si no está a la altura del trabajo.

Alguien había dejado un ejemplar del *Evening Standard* sobre una de las papeleras junto a las escaleras del edificio de Homicidios. Sarah lo recogió, subió las escaleras y siguió por el pasillo. Las luces diurnas se habían apagado y, a medida que avanzaba, activaba los detectores de movimiento y se encendían las luces fluorescentes. Asomó la cabeza dentro de la sala de coordinación. Elaine estaba sola delante de su ordenador metiendo información. Levantó la mirada y Sarah dijo:

—¿Puedes reunirte conmigo cuando tengas un minuto?

Colocó una cápsula dentro de la máquina de café.

El periódico estaba doblado en la página pertinente y Sarah leyó el titular.

AGENTE DE POLICÍA QUEDA FUERA DE TODA SOSPECHA EN EL CASO DE LAS MUERTES DE LA TORRE PORTLAND

La Comisión Independiente de Denuncias Policiales pidió hoy que se considerara hacer obligatorio para todos los agentes policiales portar una cámara adosada al cuerpo. La agencia de control policial hizo la recomendación después de anunciar que la agente Lizzie Griffiths, que presenció la muerte del agente Hadley Matthews y la adolescente Farah Mehenni, no enfrentará acciones disciplinarias.

El agente Matthews y la señorita Mehenni cayeron de un edificio de Londres…

Sarah pasó directamente al final, a las declaraciones obligadas, a las inevitables quejas.

Younes Mehenni, el padre de la adolescente fallecida dijo que no estaba conforme con la investigación. En la declaración que presentó a través de su abogado, manifestó: “Esto no es justicia. La policía inglesa se ha protegido a sí misma y ha encubierto las pruebas de su corrupción”.

Pero un portavoz de la Federación Policial declaró: “Tras la tragedia ocurrida en la Torre Portland, una investigación tanto policial como penal no ha arrojado pruebas de mala praxis profesional por parte de la agente Lizzie Griffiths ni de su oficial superior en aquel momento, el inspector Kieran Shaw. En la audiencia, el doctor Millar presentó pruebas de que Lizzie Griffiths había sufrido estrés postraumático severo como resultado de haber presenciado la trágica muerte de su colega, el agente Hadley Matthews, y de Farah Mehenni. Ella ha pedido que la dejen en paz para poder continuar con su carrera.

Sarah cerró el periódico y lo dobló. Asunto terminado, entonces. El debido proceso había llegado a su fin. No tenía motivos para reprocharse nada. Trabajar: esa era la cuestión.

Se sentó y se puso a revisar las notas del interrogatorio a Robert McCarthy.

Al principio le resultó difícil, pero luego, de repente, se sumergió en la nueva investigación e imaginó a Tania corriendo hasta la caseta de Robert en el parque para cambiarse y ponerse una falda con tanta prisa que dejó los vaqueros en el suelo.

Pensó luego en el hombre del parque, que, según Robert, solía encontrarse con Tania. Era imposible rastrearlo basándose en la descripción: blanco, mayor que Tania, de estatura indeterminada. Pero había conducido un Jaguar Serie III XJ6 color verde.

Sarah lo buscó en Google: vio un sedán alargado con llantas de aleación, techo curvo y rejilla cromada. Era un coche que lograba ser al mismo tiempo llamativo y conservador. El coche de un hombre al

que le iba bien y le gustaba que la gente lo supiera.

Levantó el teléfono y llamó al equipo de información.

Una voz aguda de mujer del otro lado de la línea le informó que había habido una producción de 400.732 unidades de ese mismo vehículo.

—Espere un momento… —Tras una pausa, le explicó el significado exacto de eso—: Equivale a la población de Stoke-on-Trent o las de Oxford y Swindon juntas.

—¿Ha buscado esa estadística o se la sabía de memoria?

—No se enfade; es solo que no quiero que crea que podemos hacer milagros.

Hubo una pausa. Luego, la mujer cedió:

—¿Tiene alguna información más que me ayude a reducir la búsqueda, algún dato de registro del vehículo, aunque sea?

—Nada.

—Es información histórica. Debería dirigirse a la Agencia de Registro de Vehículos y Conductores, pero seguramente habrá muchos coches verdes. Era un color muy buscado.

—De acuerdo, gracias por su ayuda.

—De nada.

Pobre Tania. Un hombre mayor con un Jaguar verde, un cliché imposible de rastrear. Tal vez Andrew Walker había tenido un Jaguar, pero sería demasiada suerte. No podía depositar sus esperanzas en esa clase de suerte.

El Hombre del Jaguar, entonces: al parecer, Tania tenía secretos. Si estaba muerta —que era lo más probable—, entonces tal vez lo que la había matado habían sido esos secretos.

Sarah no la culpaba. ¿Qué chica de quince años no oculta secretos? Recordó sus años de adolescencia, cómo se fijaba en algunas chicas en particular y ansiaba su compañía, se sentía atraída hacia ellas. Cómo intentaba ocultar sus sentimientos.

Había salido algunas veces con chicos. Había ido a ver *Robocop* con un muchacho que le había pasado un brazo por los hombros y había tratado de darle un beso en la boca. Recordaba otras torpezas sexuales en fiestas adolescentes: un chico le había desabrochado el sujetador y se habían besado en el asiento trasero de un coche. Se había sentido —cómo podía decirlo— rara, poco motivada, como si estuviera en una excursión de la clase de geografía en un país poco interesante en el que realmente no le gustara la comida.

Con las chicas era distinto; en realidad, era todo lo contrario. Se había deleitado en secreto con su belleza dulce, con los pechos florecientes debajo de las camisas escolares, con el encanto de sus tobillos fuertes cuando jugaban al hockey en el campo de deportes, con la V atractiva de sus piernas.

Pensó en Jessie Adams, una amiga del colegio: muy delgada e inteligente. Fumaba cigarrillos detrás de la parada del autobús; tuvo un coche antes que ninguna otra y les hacía gestos obscenos a los otros conductores. Jessie: caótica, salvaje, se acostaba con muchísimos chicos. Era adorable. Sarah la observaba furtivamente, la ayudaba con los deberes, la encubría cuando se escapaba del instituto, trataba de caerle bien sin que Jessie notara cuánto se esforzaba.

Una tarde de verano, treparon a un árbol juntas y se tumbaron sobre las ramas anchas. Jessie hablaba sobre los amoríos que había tenido en el pueblo de su padre, de la depresión de su madre. Sarah, tumbada sobre la rama generosa del castaño de Indias, contemplaba cómo se filtraba la luz por entre las hojas en charcos resplandecientes que se movían sobre el vello rubio y fino de las piernas y los brazos de Jessie. Jessie podría haber estado hablando de la lista de la compra o del horario del autobús y Sarah se habría sentido feliz. Estaba perdida en una ensoñación ardiente; deslizar la mano por la escalera que formaban las costillas de Jessie estaba a solo un movimiento de distancia…

Se oyeron unos golpecitos a la puerta y entró Elaine.

—¿Necesitabas hablar conmigo?

Sarah movió la silla hacia atrás y se pasó una mano por la cara.

—¿Quieres un café? Tengo mi propia máquina. Está bueno.

—No, gracias. ¿De qué se trata?

Sarah pensó en todas las cosas que podía decir, pero las descartó. No había otra forma de proceder que con hechos y sin emotividad.

—Necesito ayuda con la Operación Egremont.

Una expresión suspicaz cruzó por la cara de Elaine.

—¿Por qué me lo dices *a mí?*

—Necesito información sobre una persona implicada en un crimen. Quiero que contactes con los amigos del instituto de la víctima…

—Lo siento, pero no estoy disponible para tus averiguaciones. Trabajo en la sala de coordinación.

Sarah respiró hondo, pero no pudo contenerse.

—Eres policía, concretamente *detective*. El cuerpo te ha proporcionado formación especializada. El jefe te ha liberado para trabajar en la Operación Egremont. ¿Hay algún problema?

Elaine sabía que no podría negarse. Miró a Sarah.

—No tengo problema en trabajar en la Operación Egremont…

—Bien.

—Pero ¿podrías decirme si tengo que hacerlo fuera de mi horario de trabajo? He negociado mis turnos. Tengo responsabilidades familiares. Mi marido también es policía. Tengo que trabajar en los horarios en los que él no trabaja.

Sarah suspiró. ¡Qué pesadilla!

—¿Cuál es tu horario?

—Tengo jornada reducida cinco días por semana. Hago este turno de tarde cuando mi marido tiene el de mañana. No hago fines de semana.

"¿No trabaja los fines de semana?"

—¿Y eso te resuelve la situación?

—No. La jornada reducida es una mierda. Fue lo mejor que pude conseguir.

—Pues yo no me quejaría en voz alta. Es mucho mejor que lo que tengo yo.

Elaine frunció los labios; no parecía impresionada.

—No voy a discutir este asunto. Puedes pensar lo que quieras. —Cerró la boca con tanta fuerza que se le tensó la mandíbula. Claramente, quería contenerse, pero no pudo—. Y tampoco esperes que sienta pena por ti. Si eliges no luchar por tener una vida fuera del trabajo, la decisión es tuya. —Miró a Sarah con frialdad—. De todas maneras, pienso que muchas veces las personas que se quedan trabajando hasta tarde no tienen demasiados motivos para volver a su casa.

Sarah sintió que se le endurecía la expresión ante el comentario tan desagradable de Elaine. Intentó ignorar la rabia que la inundaba.

—Durante la próxima semana, organízate el horario como desees. No me interesa cómo te las apañes, pero necesito que hagas el trabajo. Puedes hacer las horas extra que necesites. Pero si las haces, debes mostrarme resultados.

Elaine se dispuso a ponerse de pie, pero Sarah comenzó a hablar de nuevo y ella volvió a sentarse, en un simulacro de desganada obediencia.

—Te enviaré por correo electrónico un resumen de lo que tienes que hacer antes de marcharme. Lo principal que quiero que hagas es hablar con los amigos de Tania sobre posibles novios y tratar de rastrear a un hombre que tenía un Jaguar verde. Tania tenía una mejor amiga, Katherine Herringham. Había quedado con ella en encontrarse la mañana que desapareció. Deberías hablar con ella en primer lugar.

Elaine dejó que se hiciera un silencio antes de hablar.

—¿Es todo?

—Sí, es todo —asintió Sarah.

La puerta se cerró. Sarah cerró los ojos. Era un alivio estar sola. Sentía un torbellino de emociones. Vergüenza por cómo le había hablado a Elaine, utilizando el lenguaje brutal del mando. Había sido una represalia, por supuesto. Solo ahora comenzaba a asimilar lo que Elaine le había dicho: "Las personas que se quedan trabajando hasta tarde no tienen demasiados motivos para volver a su casa". Era cierto.

Ella no tenía ninguna prisa por volver a su casa. La única responsabilidad que tenía era Daisy, y la perra estaba con la paseadora.

El *Evening Standard* seguía abierto sobre el escritorio. Sarah buscó dentro del bolso y encontró el papel en el que Caroline había escrito su número en el supermercado. Sin pensarlo dos veces, lo marcó. Caroline respondió de inmediato y Sarah se arrepintió enseguida de haber llamado.

—Hola, sí, perdona que te moleste. Soy Sarah…

La voz era ronca, juguetona.

—¿Sarah?

—Inspectora Sarah Collins. Trabajé en…

De nuevo, la voz juguetona.

—¡Sí, sé quién eres! No sabía que te habían ascendido a inspectora.

—Solo quería decirte…, bueno, seguramente habrás leído la noticia. No hubo acciones disci…

—Sí, lo he visto.

—Lamento no habértelo dicho ayer. Pero no podía. Espero que lo comprendas.

Hubo una pausa. Luego Caroline habló.

—Pareces más alterada que yo.

—¡No! —Sonó demasiado fuerte. Bajó la voz—. No, no, en absoluto, no lo estoy. Es solo que… sé que le tenías mucho cariño a Farah y que tal vez esperabas un resultado diferente.

—Oye, ¿por qué no quedamos? Podríamos hablar del asunto con tranquilidad. Podríamos comer algo. ¿Qué te parece?

—No. O sea, me encantaría. Pero no puedo. No es buena idea socializar con testigos.

Lo que decía era cierto y razonable. Terminaron la conversación.

Capítulo 5

Viernes 11 de julio de 2014

El estado de ánimo de Lizzie Griffiths iba cambiando tan sutilmente como tinta que se diluye en agua. Kieran, con la mano en la parte baja de la espalda de ella, se había quedado inmóvil, pero mantenía los ojos cerrados con fuerza como si quisiera concentrarse en algún sabor que se disipaba. Abrió los ojos lentamente y la miró.

—Lizzie —dijo; sonrió y rodó para quedar de espaldas. Estiró los brazos y las piernas.

Lizzie contemplaba el techo.

—Tengo que renunciar a ti.

Kieran sonrió.

—¿Renunciar a mí?

Ella se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Sí. Debo hacerlo.

—Nunca han renunciado a mí. ¿De dónde has sacado eso?

Ella sonrió y abandonó la seriedad.

—De *Jane Eyre.* Tuve que leerla en el bachillerato.

Él se incorporó, se sentó en el borde de la cama y se puso los calzoncillos.

—Demasiado intelectual para mí, me temo. En fin, tendrás que renunciar a mí más tarde. Tenemos que irnos.

Moviéndose por la habitación, se echó desodorante y se enfundó los vaqueros. Lizzie lo observaba. Ese bronceado de policía que comenzaba debajo de la línea de la camisa y esa rosa tatuada en el bíceps. Era un cliché desvergonzado, aunque bello: una rosa de cuento de hadas. Así era Kieran: podía adueñarse de las cosas buenas sin sentir vergüenza. Tal vez cuando ella se cansara del tatuaje, también se habría cansado de él.

Había una latencia en su cuerpo, una sugerencia de poder y una especie de invisible claridad respecto de sí mismo, que Lizzie sentía que ella no tenía. Quería envolverse en ellas. Los vaqueros le llegaban

justo debajo del ombligo. Aunque acababan de terminar de hacer el amor, ella podría haber vuelto a empezar. Sin embargo, quedaba un momento entre ellos que no lograba borrar. Fue después de la muerte de Hadley y de Farah. Ella había huido, y más allá de la charla y de toda la emoción, allí, de pie junto a ella en el campo, él había reducido todo a la más básica supervivencia. “No pienses ni por un segundo que puedes arrastrarme contigo, porque no puedes”. Ella tenía en las manos un trozo de rama que había estado mordisqueando y sentía el sabor de la corteza y la amargura en su boca.

Se volvió hacia ella y la miró con una sonrisa bondadosa.

—¡Qué triste estás!

Lizzie se encogió de hombros. Se había tratado solamente de un momento, al fin y al cabo, y la situación había sido desesperada. Hubo otros momentos mejores que tuvieron más peso, sin duda. Cuando terminó la investigación inicial y se decidió que no debería enfrentarse a ningún cargo, se puso enferma. Pidió una baja médica y pasó meses viviendo sola en la casa rodante de un amigo en la costa inglesa, fuera de temporada. Kieran se había preocupado, hasta su confianza inamovible se había visto sacudida por la fragilidad de ella. El breve intervalo de frialdad entre ellos hacía tiempo que había desaparecido. Él se había mostrado consternado y había buscado tiempo para estar con ella. Lizzie había sentido su calidez. Era real, tan real como aquel momento de frialdad. A Kieran se le daba bien eso de cuidar. La había visitado, la había invitado a comer en cafés vacíos frente al mar, se había sentado ante mesas de formica a tomar chocolate caliente y había caminado con ella por la playa bajo el viento fuerte y salado.

Ahora se encontraban en una nueva etapa. Tras la audiencia por la supuesta mala praxis profesional, si la relación Kieran-Lizzie tuviera un titular, este sería: “¡Lizzie sigue con su vida!”. No hablaban de eso, tal vez porque sabían que si escarbaban debajo del titular podrían no estar de acuerdo todavía.

Kieran le tiró una de sus camisetas y sacó la camisa limpia de Lizzie de su bolsa.

—Te la plancharé.

Mientras se dirigía al baño por el pasillo, ella oyó los sonidos de música soul de los años setenta, una guitarra, una voz triste, un ritmo movido. Al principio no reconoció la canción, luego cayó en la cuenta de que era *Let’s get it on,* de Marvin Gaye. Miró hacia la sala de estar, a su derecha. Kieran estaba de frente a ella, bailando soul delante de la tabla de planchar; se movía hacia un lado, hacia el otro, con la plancha en la mano derecha, mientras deslizaba el brazo libre por su cuerpo. Bailaba bien y con sentido del humor. ¡Ella se lo tomaba todo demasiado en serio! Kieran desenchufó la plancha y llamó a Lizzie con un ademán, siguiendo el ritmo de la música.

Ella no pudo evitar sonreír y le dio la espalda.

Con los ojos cerrados, dejó que el agua de la ducha le corriera por el cuerpo. Se secó y se lavó los dientes.

Estaban en el apartamento de Kieran en Londres, supuestamente un sitio donde él dormía cuando estaba de servicio. Su mujer y su hija vivían en una casa en el campo, cerca de Lewes. Él había descolgado la foto enmarcada de su hija de la pared, pero Lizzie sabía que estaba escondida en algún sitio y que sería muy fácil recuperarla y volver a colgarla. Seguramente también había una de su mujer. Pero no se trataba solamente de que él estuviera casado: los secretos eran parte de su temperamento, al igual que el rugby o la pesca lo eran para otros hombres. Él había vuelto de ese otro mundo, el mundo de las operaciones encubiertas al que había estado destinado antes de que lo ascendieran y fuera —brevemente— el inspector a cargo de un equipo de agentes uniformados en el que estaba Lizzie. No le contaba nada de su nuevo trabajo. Era alguien que nunca se abría por completo a otra persona. Lizzie sospechaba que siempre necesitaría escondites secretos y más de un teléfono.

Salió del baño. La tabla de planchar había desaparecido. Su camisa colgaba de la puerta. Ahora sonaba Otis Redding: *These arms of mine*. Kieran tenía los ojos cerrados, los brazos cruzados alrededor del cuerpo y bailaba consigo mismo. Abrió un ojo y le hizo una seña para que se acercara.

—Llegaremos tarde —dijo ella.

Él negó con el índice en señal de risueño desacuerdo. Así era Kieran: el momento, el momento. Lizzie se volvió para hacerse un café rápido en la cocina, pero él la rodeó con los brazos y la movió de lado a lado, a su ritmo.

—Llegaré tarde.

Él la besó y susurró contra su cuello:

—No pasa nada si llegas cinco minutos tarde. Te llevaré en coche.

Ella se volvió hacia él y bailó apretada contra su cuerpo, inspirando su aroma.

Lizzie subió al Land Rover Discovery. Él arrancó el motor y le dijo que mirara dentro de la guantera. Allí había un ejemplar del periódico del día anterior.

—Página dos —dijo mientras ponía el coche en movimiento.

Lizzie leyó el artículo que informaba sobre la resolución de la Comisión Independiente de Denuncias Contra la Policía.

> Ha pedido que ahora la dejen en paz para continuar con su carrera.

“Que ahora la dejen en paz”. ¿A quién se le había ocurrido esa frase

tan ridícula?

—Estás fuera de peligro —dijo Kieran mirándola. Como siempre, no quería escuchar sus dudas y evasivas—. Esta noche no estoy libre —agregó—. Pero el miércoles tienes el último turno. Prepara una bolsa y pasaré a buscarte por el trabajo.

Detuvo el coche delante de la comisaría de policía e hizo algo que nunca había hecho antes: cuando se inclinó para besarla, dijo:

—Es un fastidio, pero creo que te quiero.

Ella bajó del Land Rover y él se alejó, dejándola con la repentina soledad del asfalto. No era justo que él le dijera “te quiero”. La frase exigía su propio eco y ella deseaba decirlo. “Yo también te quiero”. Pero ¿cómo podía ofrecérsele de ese modo? Seguramente esa noche él no podía quedar con ella porque iría a ver a su mujer y a su hija.

Sonó su móvil. Era Ash.

—Disculpa, cariño. Se trata de Brannon. Han presentado una solicitud urgente para desestimar el caso. Tienes que presentarte en el tribunal cuanto antes.

No había ningún vehículo policial disponible. Lizzie cogió el metro y caminó los quince minutos hasta el tribunal en solo diez, a un paso tan rápido que era casi un trote. Juró que nunca más volvería a usar tacones. Sentía que la chaqueta le apretaba en los hombros. Pensó en quitársela, pero temía tener manchas de sudor en las axilas y en la espalda.

Nunca antes había estado en ese edificio de tribunales y no había nadie en el mostrador de recepción. Siguió a uno de los abogados con toga que cruzaba con prisa el vestíbulo de mármol. En las puertas numeradas de las salas de los tribunales, la gente esperaba. Del otro lado de una puerta vio que hacían cola delante de una fotocopiadora. Mostró su identificación y entró en las oficinas de la Fiscalía General de la Corona.

Sobre los escritorios se veían expedientes apilados. Los abogados defensores se quejaban a los fiscales por no recibir la información requerida. ¿Por qué todo se hacía en el último momento? Uno de los empleados administrativos señaló a un hombre bajo y delgado de unos sesenta años, con caspa sobre los hombros de su toga, y le dijo que era el fiscal a cargo de la solicitud presentada por Brannon para que desestimaran su caso. Estaba inclinado sobre una hoja de papel, con la peluca junto a él sobre el escritorio, leyendo con suma concentración, como si participara en un extraño deporte olímpico de velocidad. Su mano derecha, que sostenía un bolígrafo, se movía como si quisiera ir más rápido que sus ojos.

Lizzie se le acercó. Él no habló ni levantó la mirada.

—Em… soy Lizzie Griffiths —dijo—, la agente a cargo del caso de

Brannon. ¿Esa es la solicitud para desestimarlo?

Él ni siquiera la miró.

—Tribunal Cinco. Puede que no la requieran durante un rato. Tiene tiempo de tomarse un café.

—¿Hay algo que necesite saber? ¿Ha visto sus antecedentes?

—Está todo aquí. Lo estoy leyendo ahora mismo.

—¿Puede decirme algo sobre en qué se basa la petición para desestimar la imputación?

—No, lo siento.

—Solo quería decir que…

—Tengo muy poco tiempo.

—Sí… que, a pesar de la negativa de la víctima, realmente pienso que deberíamos seguir adelante con la imputación.

El abogado le dirigió una mirada penetrante. Sus ojos eran dos astutas canicas oscuras.

—Una cosa más, antes de que vaya a por ese café: por favor, no hable con la víctima si está en el tribunal.

La penetrante mirada de advertencia que le dirigió fue solo momentánea. Volvió a hundir la cabeza en el expediente.

—¿Por qué? —preguntó Lizzie.

La cabeza del fiscal no se movió, pero Lizzie vio que no estaba leyendo. Quería que ella se marchara.

—No puedo hablar del asunto. Seguramente la llamarán para que declare. Espere fuera del tribunal hasta que la hagan pasar.

¿*Fuera* del tribunal? ¿Por qué fuera?

Él apoyó los codos sobre el escritorio y se llevó ambas manos a las sienes como para bloquear todas las distracciones. Lizzie vaciló y se quedó allí unos instantes más; luego, se dirigió a la zona común del tribunal. Georgina estaba allí con Skye y su amiga Marley. La miraron con una intensidad que le resultó desconcertante; se recordó que no debía establecer ningún contacto con ella. Decidió ir a la cafetería del primer piso.

De pie junto a la ventana que daba a la calle, observaba las obras que se llevaban a cabo. El brazo de una grúa colocaba un pesado bloque de hormigón en su lugar. Sonó el altavoz del tribunal.

—*Agente Griffiths, al Tribunal Cinco, por favor. Agente Griffiths, al Tribunal Cinco.*

Lizzie siguió a la ujier, una mujer regordeta con túnica negra, hasta el banquillo de los testigos. Subió al estrado, apoyó las manos sobre el atril delante de ella e hizo el juramento. Vio que Marley estaba en la zona destinada al público. Brannon, desde el banquillo de los acusados, le dirigió una de sus sonrisas agresivas, cautivadoras.

La jueza, una mujer blanca delgada, con bolsas debajo de los ojos y nariz grande, se inclinó hacia delante.

—Hoy estamos frente a un caso algo inusual. Me ha llevado bastante tiempo decidir cómo deberíamos proceder.

—Sí, señoría.

—Me preocupa que se sienta intimidada por lo que sigue, ¿comprende?

Una frase estúpida cruzó por la mente de Lizzie. "A su disposición, su señoría". Estuvo a punto de soltar una carcajada. Estaba tan nerviosa que corría peligro de caer en un protocolo absurdo de tribunal. Con todo, no podía decirle a una jueza "Perdón, no la entiendo". Como no sabía qué responder, no dijo nada, sino que se limitó a esperar.

La jueza sonrió.

—Por supuesto que no lo comprende. Todavía no se lo he explicado. Al parecer, la víctima ha sido persuadida para presentar ciertas acusaciones serias contra usted…

"¿Acusaciones?".

Lizzie sintió el corazón como un martillo en el pecho.

—Como el acusado actualmente está en prisión preventiva por este asunto, creo que nos incumbe a todos escuchar estas acusaciones cuanto antes. No obstante, tengo muy presentes sus circunstancias. Lo ideal habría sido que usted tuviera asesoramiento legal.

"¿Asesoramiento legal?".

—En unos instantes, la abogada que actúa en representación del acusado la interrogará. Comenzará el interrogatorio leyéndole sus derechos y le explicará que, si desea interrumpirlo para obtener asesoramiento legal, puede hacerlo. No es una mera formalidad. Si *en cualquier momento* durante el interrogatorio usted considera que requiere de representación legal, quiero que se vuelva hacia mí y me solicite que detenga el procedimiento.

Lizzie inspiró hondo.

—De acuerdo. —Luego, añadió—: Señoría. —Se ruborizó y apoyó las manos sobre las piernas para serenarse.

—¿Está lista para comenzar?

—Sí, señoría.

Al volver la cabeza para mirar a la abogada defensora, Lizzie cerró momentáneamente los ojos para no ver, ni por un instante, la cara sonriente de Brannon. No iba a mirarlo a él ni a Marley, con su expresión rencorosa, pero sí al fiscal. Tenía las manos sobre el escritorio y parecía estar mirándoselas concentradamente. Por lo visto, no iba a recibir ayuda de él. Estaba sola.

La abogada defensora, una mujer desaliñada y carnosa de unos cincuenta años, que no dejaba de darle tirones de su toga como si no supiera bien cómo colocársela sobre sus grandes pechos, comenzó a hablar:

—Agente Griffiths, no está obligada a hablar, pero puede perjudicar su defensa todo aquello que no mencione ahora y desee utilizar más adelante en el tribunal. Todo lo que diga puede ser presentado como prueba. Tiene derecho a obtener representación legal y podemos detener el procedimiento para que así lo haga. ¿Comprende sus derechos?

—Sí.

—Agente, el año pasado usted estuvo involucrada en la muerte de dos personas, el agente Hadley Matthews y Farah Mehenni, que sufrieron una caída mortal desde un edificio de Londres.

Lizzie sintió una oleada de calor. Quería abandonar el estrado, sí, y pedir el asesoramiento legal que la jueza le había ofrecido, pero de algún modo estaba atrapada allí, aprisionada por las formas, por su trabajo, por sí misma. Si detenía el procedimiento judicial, todos se enterarían. Se montaría un gran alboroto, correrían los rumores entre sus colegas como el viento sobre un pastizal. No podría soportar todas esas terribles conversaciones en voz baja detrás de las puertas cerradas de la comisaría, el silencio cuando entraba en una habitación, el miedo y la angustia que se apoderarían de ella otra vez. Sabía, también, que entre todos esos, la acusación contra Brannon se perdería entre la cuestión repentinamente más urgente de si ella era culpable de mala praxis profesional.

—¿Puede responder la pregunta, por favor?

—¿Podría repetirla?

—El año pasado, usted estuvo implicada…

—No.

—¿No?

—No. No estuve *implicada* en sus muertes. Estuve *presente* en el momento en que murieron, pero no se me encontró culpable de falta de ética ni mala praxis laboral.

La abogada revolvió sus papeles.

—Bien, implicada no, entonces. ¿*Involucrada,* digamos?

—No. Tampoco estuve involucrada.

—¿Estaba allí?

—Estaba allí, sí.

—¿Y cómo llegó a estar allí…?

La jueza la interrumpió.

—Abogada, no veo de qué manera estas preguntas son relevantes en el asunto que nos concierne…

—Señoría, solo estoy tratando de demostrar que los antecedentes de esta agente no son impecables.

—Abogada, si me permite decirlo, no está demostrando eso. De hecho, está demostrando lo contrario. —Se volvió hacia Lizzie, ofreciendo una mano firme a una mujer que se debatía en arenas

movedizas—. Agente, para terminar con esta línea de preguntas. ¿Se le han aplicado sanciones disciplinarias o penales de algún tipo?

—No, señoría.

A Lizzie le ardía la nariz y sentía un calor doloroso detrás de los ojos. La inundó un recuerdo, aquella última visión irremediable de Hadley y Farah antes de que cayeran, enmarcados por el azul intenso del cielo detrás de ellos. No la habían encontrado culpable de falta de ética o negligencia alguna, pero eso no significaba que no se sintiera responsable. Se masajeó la nuca y bebió un sorbo de agua.

Tuvo un atisbo de Brannon y su sonrisa atormentadora. Él había logrado darle la vuelta a la situación y ponerla en desventaja.

Habló la jueza:

—Agente, ¿está en condiciones de seguir?

Lizzie apoyó los pies en el suelo, en la madera barata del atril sobre el que apoyaba las manos.

—Sí, señoría.

—Abogada, prosiga, por favor.

—Agente, la denunciante en este asunto, la señorita Georgina Teel, ha declarado al tribunal que usted la presionó indebidamente para que declarara contra el acusado, su pareja, el señor Brannon.

—Ah, ¿sí?

—Como dicen en todas esas películas, agente, soy yo la que hace las preguntas. No obstante, hoy haremos una excepción. Sí, lo ha hecho.

La abogada sonrió ante su propia broma. Seguramente era muy divertida con una gran copa de vino tinto en la mano. Pero Lizzie recordó a Kieran de pie junto a un arroyo mientras ella mordisqueaba una ramita de abedul y la boca se le llenaba de tierra. “Si tienes que aprender una sola cosa de él, que sea esta: a los cabrones no hay que darles nada”. Tal vez no había sido frío con ella, después de todo. Tal vez solo había tenido razón.

Miró a Brannon y sintió el olor punzante de alcohol y sudor que había emanado la mañana después de haber atacado a Georgina. Ahora Georgina presentaba una acusación contra la persona que había tratado de ayudarla.

“Muere entonces, Georgina. Sigue adelante y muere”.

Estuvo a punto de decirlo en voz alta.

—¿Comprende que se trata de una acusación seria, agente?

—Sí, claro. Seria, pero infundada.

—¿Infundada?

—Completamente.

—Repasaremos los detalles. El señor Brannon dice que cuando estaba detenido intentó hablar con usted sobre el amor que siente por su familia, pero que usted lo desestimó. ¿Cuál diría usted que fue su

actitud?

—No me corresponde a mí tener opiniones sobre los sentimientos del señor Brannon por su familia. No afectan la investigación en ningún sentido.

—Responda la pregunta, por favor. El señor Brannon afirma que usted fue descortés. ¿Cómo describiría usted su comportamiento?

—Profesional.

—El señor Brannon manifiesta que tuvo la impresión de que usted no trataba esta investigación de manera profesional. Que para usted se había vuelto algo personal. Que usted sentía antipatía por él.

La jueza interrumpió.

—¿Piensa hacer una pregunta en algún momento, abogada?

—Sí, señoría, de inmediato. Agente Griffiths, ¿cómo describiría su actitud hacia el señor Brannon?

—Profesional.

Esa palabra, “profesional”: Lizzie comprendió, con una sonrisa amarga, que se estaba convirtiendo en su versión de “sin comentarios”.

—¿Profesional?

—Sí.

La jueza pulsó el botón de su bolígrafo una y otra vez con impaciencia.

—Una palabra que tal vez quiera tomarse a pecho, abogada. ¿Hemos terminado con el tema?

—Sí, señoría. Me disculpo. ¿Y cuál fue su actitud con Georgina, agente?

Lizzie recordó el alegre recital de Brannon de “sin comentarios”. Abrió las manos hacia fuera, en un gesto de desconcierto, le dedicó una amplia sonrisa a Brannon y dijo:

—Pues tendría que decir que fue profesional.

Entonces recordó que todavía llevaba en la muñeca el brazalete que le había hecho Skye.

—Georgina afirma que la presionó. Que no permitió que su amiga Marley permaneciera con ella.

—Marley se negaba a darme sus datos personales. Yo no sabía cuál era su relación con el acusado ni con la denunciante. Me dio la impresión de que, si alguien estaba presionando a Georgina, era Marley, y por supuesto, el acusado, el señor Brannon.

—Marley estaba allí para apoyar a su amiga. ¿Le ofreció usted a la denunciante alguna alternativa cuando excluyó a Marley? La señorita Teel es una joven vulnerable, como seguramente sepa.

—Es vulnerable, sí.

—Responda la pregunta. ¿Le ofreció usted alguna alternativa a Marley?

—No. Le tomé la declaración de anulación de denuncia anterior a la señorita Teel y le pregunté si quería que la derivara a un organismo contra la violencia de género, para que pudiera hablar en confianza con alguien que no estuviera relacionado con la investigación.

—¿Y por qué hizo eso?

—Porque estaba angustiada.

—Ah, entonces estaba *angustiada*.

—Claro que sí. No quería romper su familia. Dijo que su pareja, el señor Brannon, solo se ponía violento cuando estaba borracho.

Intervino la jueza:

—Agente Griffiths, debo pedirle que pare. No estamos aquí para examinar las pruebas en este asunto, solamente la admisión de esas pruebas. Su último comentario, además, fue de oídas.

—Lo siento, señoría.

La abogada defensora se acomodó la túnica sobre los hombros y revisó sus notas.

—Entonces, ¿admite que Georgina estaba angustiada?

—No veo por qué eso es una admisión.

—Se lo explicaré luego. ¿Georgina estaba angustiada y usted no se detuvo a considerar cómo podría afectar eso a su declaración? Tal vez necesitaba apoyo independiente cuando hablaba con la policía.

—Yo solo estaba tomándole la declaración de anulación de su denuncia anterior.

—Pero trataba de convencerla de que hiciera una declaración que no sería verdadera.

—No, no trataba de convencerla de que hiciera una declaración que no fuera verdadera.

—Y la hija de la señorita Teel, Skye, estaba con ella.

—En algunos momentos. La mayor parte del tiempo estuvo en su dormitorio.

—¿Sugirió usted que la señorita Teel debía tener en cuenta a Skye cuando decidía si declarar o no contra su pareja?

Las preguntas habían sido tan rápidas que Lizzie no había podido pensar ni seguir la dirección que tomaba el interrogatorio de la abogada. De pronto, comprendió la naturaleza de la acusación: que ella había amenazado a Georgina con quitarle la custodia de Skye para obligarla a declarar contra Brannon. Por eso la jueza le había ofrecido representación legal. Si la acusación quedaba sustanciada, se trataba de un delito. ¿Qué decía la ley? Se consideraría intimidación de un testigo… tal vez tergiversación de la justicia. La situación se había invertido. Ella, no Brannon, era la que corría peligro en este tribual. Intentó recordar los detalles de la conversación que había tenido con Georgina. Skye le había dado la pulsera de gomas. Ambas se habían relajado, sí, lo recordaba. Y luego ella había dicho…, había dicho…

¿Qué había dicho exactamente?

—¿Agente?

Lizzie levantó la mirada. El fiscal la observaba con mirada penetrante. Nunca mientas: eso era algo que había aprendido. Nunca, pero nunca, mientas.

—Hice algún comentario general. No era sobre que ella declarara. Dije que tenía que pensar en el bienestar de su hija. Verá, Skye había estado llorando. Eso fue lo que me llevó a decirlo.

—Continúe.

—Yo estaba hablando de manera general. Dije que no era bueno que Skye presenciara violencia… —La jueza tomaba nota. Lizzie sintió que el asunto se le escapaba de las manos—. Hablaba de manera general. Tenemos el deber de ocuparnos de las víctimas de violencia de género y de los niños.

—¿Pasó luego a hablar sobre servicios sociales?

—No.

—¿No? ¿En serio?

Lizzie tenía grabado en el corazón el peligro de cometer siquiera el menor error en lo que declaraba: *Piensa en ti antes que en todo lo demás, incluso antes que una imputación exitosa. Di la verdad. Que explote todo el resto, pero tú di la verdad.*

—Fue Georgina la que lo hizo.

—¿Georgina? ¿Podría hablarme de eso?

—Dijo algo como que estaba harta de que vinieran asistentes sociales. Que Skye estaba bien.

—¿Usted entendió eso como que ella temía que se llevaran a Skye si ella no declaraba contra el señor Brannon?

Lizzie recordó que de pronto ella se había ablandado con Georgina, le había caído bien y había temido por ella. Comprendió ahora que había sido una debilidad de su parte.

—No, no entendí eso. No se me ocurrió. Es difícil, claro. Uno ve las circunstancias personales de una persona…

Se interrumpió, sin saber qué decir; de pronto estaba al borde de las lágrimas.

—Continúe.

Pero Lizzie no podía, porque estaba en otro lado.

Estaba sentada con Hadley en la casa de aquella madre soltera cuyo hijo se estaba poniendo la chaqueta, a punto de marcharse, furioso, de la casa; Hadley sostenía una tortuga en la palma de la mano. Dijo que de niño había tenido una y Lizzie no supo si era cierto o si lo decía solo para tranquilizar a la madre angustiada. Ahora que había muerto, ella nunca podría preguntárselo. Sonrió. ¡Qué tontería! ¿Por qué le parecía tan importante? Imaginó a Hadley riéndose de ella en el tribunal. “¡Si serás boba! ¡Haces quedar mal a la policía!”. Él tenía la

capacidad de reírse de cualquier cosa. Lizzie pensó: *No puedo hacer este trabajo*. Estaba perdida, completamente perdida. Ni siquiera sabía dónde estaba.

—¿Agente?

Apoyó una mano sobre el atril para estabilizarse.

La jueza intervino.

—¿Se siente mal? ¿Está en condiciones de continuar, agente Griffiths? ¿Necesita un descanso?

En algún rincón de la oscuridad encontró el hilo de lo que había estado diciendo, se aferró a él y lo siguió para salir de la zona de peligro.

—Sí, señoría. Estoy bien, gracias. Tenemos que comportarnos de manera *profesional*, eso es lo que quería decir. Recuerdo que un colega mío me dijo en una ocasión: "Somos policías, no asistentes sociales". Creo que lo que quería decir es que no nos corresponde involucrarnos demasiado. Nuestro trabajo es diferente y tiene motivos para serlo. Así que, aunque temía por la señora Teel y su hija, dejé de tratar de aconsejarla y le tomé la declaración en la que se retractaba de su denuncia.

La abogada defensora prosiguió:

—¿Escribió usted luego un informe a la Fiscalía General de la Corona recomendando que se continuara con la imputación y que el tribunal llamara a comparecer a la denunciante?

—Así es, sí.

—¿Pensó usted en cómo los comentarios que usted hizo sobre la niña podrían afectar la declaración de Georgina?

—No.

—Gracias, agente Griffiths. No tengo más preguntas, señoría.

Lizzie esperó fuera del Tribunal Cinco. Sentía como si estuviera llena de agua hirviendo, como si su piel se estuviera llenando de ampollas desde debajo de la superficie. Quería ir a un sitio menos público, pero la sala de la Fiscalía de la Corona no sería un buen refugio y tampoco deseaba sentarse en la sala atestada de policías y encontrarse con otros agentes cargados de bolsas con pruebas. Georgina, que estaba sentada en un extremo de la sala de espera con Skye, le dirigió una mirada. Lizzie fue hacia las escaleras. La cafetería estaba cerrada, compró una botella de agua. Cerró los ojos, esperando que el calor que sentía en el cuerpo pasara. Cuando volvió a la sala de espera, Brannon salía del tribunal con su abogada.

Entonces, todo había terminado. El caso había sido desestimado. Él había ganado. Se preguntó si habría repercusiones que pudieran afectarla. Era imposible dirigirse al despacho de la fiscalía sin toparse cara a cara con Brannon, así que se quedó mirando desde el vestíbulo

de entrada cómo él iba hasta donde estaba Georgina y, tras un instante de vacilación, se abrazaban. Luego, él levantó a Skye en brazos, la abrazó con fuerza, poniéndole la mano alrededor de la nuca. La dejó en el suelo, le pellizcó las mejillas hasta que ella se retorció y le hizo cosquillas en la tripa.

—¡Papá!

Él se volvió, besó a Marley en la mejilla y le apretó la mano. Luego, estrechó la mano de la abogada con entusiasmo.

Cualquiera que los mirara desde cierta distancia se alegraría por ellos. Era una historia feliz: una celebración, una familia reunida; se había evitado un error judicial.

Familia: ¿existía algo en ese momento que fuera más incómodo? Lizzie pensó en Kieran, su mujer y su hija y decidió que nunca, jamás, tendría hijos.

Las felicitaciones habían cesado; la abogada se despidió y se marchó. La pequeña familia se dispuso a abandonar el tribunal. El grupo feliz iba a pasar directamente delante de ella. Era demasiado tarde para irse sin quedar en evidencia.

Marley habló con expresión triunfante:

—¿Qué tal si te dedicas a atrapar a delincuentes reales?

—Te deseo más suerte la próxima vez —dijo Brannon.

Georgina miraba hacia abajo y apretaba la mano de Skye.

Lizzie deseaba decirle una sola cosa, algo que no podía decir y no dijo.

"La próxima vez, no llames a la policía".

Lizzie estaba sentada en la parte superior del autobús, en el asiento delantero. Veía manchas de vida debajo de ella mientras el autobús avanzaba, se detenía, giraba, se ponía en movimiento y frenaba. Puestos de venta de frutas, los techos de las paradas de autobús, un cochecito con un bebé que pateaba, una bicicleta que se tambaleaba entre el autobús y la acera.

El fiscal se había mostrado algo aburrido, hasta impaciente, cuando había hablado con ella en la oficina de la Fiscalía. Estaba todo bien, dijo, mirando de reojo la pila de papeles que debía leer para su siguiente caso. La jueza lo había dejado perfectamente claro: Lizzie no tenía responsabilidad alguna en cuanto a haber interferido con la testigo. No obstante, su señoría había decretado que el miedo de Georgina de que le quitaran a su hija hacía que su declaración no fuera fiable. Por ese motivo, había desestimado el caso. Brannon ni siquiera había tenido que declarar.

Una revelación cegadora comenzó a desplegarse dentro de Lizzie: estaba harta de todo eso. ¿Por qué se había puesto en ese aprieto por personas a las que ni siquiera conocía?

Intentó calmar sus pensamientos, evaluar su situación y pensar en qué era lo que quería. Tenía veintiséis años y sentía terror. La vida se le escapaba de las manos y no parecía poder sujetarla. ¡Ese puto trabajo!

Había intentado ayudar a Georgina.

Sintió deseos de bajarse del autobús y correr hasta que ya no pudiera seguir corriendo. En cuanto llegara a su casa, se dijo, se pondría las zapatillas de correr. Experimentaba una sensación de libertad como ninguna otra cuando sentía el ritmo de los pies sobre el suelo, de su corazón y de la respiración. De adolescente, en el instituto, había competido por su distrito; había corrido diez mil metros en treinta y seis minutos. Había dejado de competir porque tener que reducir ese tiempo le quitaba toda la alegría a su pasatiempo favorito, significaba tener que esforzarse y forzar el cuerpo para acortar el tiempo. Ahora sentía lo mismo respecto de su trabajo como policía. ¡Antes lo encontraba divertido, lo había disfrutado! Actualmente le resultaba difícil creerlo. Había imaginado un futuro emocionante: resolver crímenes, hacer trabajos encubiertos, tal vez hasta impedir ataques terroristas. La realidad de su presente era… Sus pensamientos se atascaban. ¿Qué era? Trabajos de mierda, vidas de mierda y gente a la que no podía ayudar.

Y, ocasionalmente, un desastre. Hadley muerto. Farah muerta.

Había decidido continuar. Sobreviviría a todo eso convirtiéndose en una buena policía. Ahora, sentada en el autobús, sentía que eso era imposible. No era un trabajo predecible, de nueve a cinco. Ni siquiera era de ocho a diez. Era como reorganizar el patrón del sistema nervioso hasta convertirte en alguien tan distinto que terminabas perdiendo el hilo de quién habías sido. Era como si su vida fuera a convertirse en un par de zapatillas para correr hechas pedazos de tanto usarlas.

Caminó con paso rápido hasta la comisaría de policía, colándose por entre la gente que avanzaba con lentitud, los voluntarios de organizaciones de beneficencia, el puesto de periódicos, el florista, un grupo de muchachos que caminaban juntos.

Se dirigió directamente a la oficina de la inspectora jefe, pero no estaba allí. Lizzie no sabía qué hacer con el impulso que había tomado. Ash estaba sentado ante su escritorio. Levantó la vista y sonrió.

—Hola, belleza.

—Ay, vaya puta mierda, Ash.

—¿Qué pasa?

Ella sacó del bolsillo la funda con su identificación, y se la acercó sobre el escritorio, sintiéndose como una estúpida, sin ninguna esperanza.

—Ya no quiero esto y no encuentro a la jefa para entregárselo. ¿Podrías cogerlo tú?

Él extendió el brazo por encima de la mesa.

—Claro que sí, cariño. —Abrió la funda, miró la fotografía con una sonrisa y luego curioseó el bolsillo interior—. Te has dejado tu tarjeta de fidelidad de Caffè Nero aquí dentro. Y diez libras. ¿No las quieres?

Lizzie se sentó. Se masajeó la frente. Ash tamborileó en el escritorio con el dedo corazón unos instantes.

Luego dijo:

—Estoy de acuerdo contigo. Una jovencita como tú, de verdad creo que deberías dejar el trabajo. De hecho, creo que *todos* deberían dejar el trabajo. ¿No sería maravilloso?

Lizzie no podía hablar. En vez de eso, intentó sonreír. Ash se rio ante sus esfuerzos por hacerlo.

—Ay, Dios. —Entornó los ojos con expresión compasiva—. Con toda sinceridad, ¿piensas que es un buen momento para tomar una decisión? —Le ofreció la funda con la tarjeta de identificación y la placa—. Quédatela por ahora. Dale un día o dos, mira a ver cómo te sientes.

Lizzie, avergonzada, la guardó en el bolsillo interno. A pesar de todo, tal vez había sido necesario el impulso melodramático para hacer el cambio que tenía que hacer. Ahora estaba de vuelta en el mismo lugar.

Ash dijo:

—Para serte franco, no se me da demasiado bien eso de la intensidad. ¿Qué te parece si nos vamos a tomar un helado? Trabaja allí un muchacho guapísimo, debería mejorarnos el estado de ánimo a ambos.

—No, pero gracias de todos modos. Creo que terminaré y me iré a casa.

Lizzie terminó de cerrar el informe sobre Brannon, como Ash le había recomendado que hiciera: actualizó la información sobre por qué la fiscalía no había proseguido con la imputación, derivó el caso a un organismo contra la violencia de género y envió un correo electrónico a la inspectora jefe detallando la situación. Finalizó justo para la hora de salida, así que fichó, recogió su bolso y salió a la calle.

Brannon estaba en la acera de enfrente, fumando. Le dedicó una sonrisita. Al ver que tendría que pasar junto a él, Lizzie vaciló. Él se balanceó sobre sus pies y sonrió ampliamente.

—Hola, Lizzie.

Ella asintió.

—Mark.

Solo tenía permiso para dejar el coche en la plaza de aparcamiento

de la calle durante un día, pero allí estaba, sano y salvo, su pequeño Golf azul, esperándola. Pulsó el mando de la llave y las luces parpadearon. Pasó junto a Brannon, sintiendo un escalofrío en la espalda. Subió al coche, resistió el impulso de trabar las puertas, tiró el bolso sobre el asiento del copiloto y salió marcha atrás para incorporarse al tráfico. ¿Qué hacía él allí? Le habían incautado el teléfono como parte de la investigación; tal vez, ahora que el caso había sido desestimado, había ido a buscarlo. Mientras conducía por calles secundarias y pasaba los badenes, comenzó a soltar el asunto. Alguien como Brannon seguramente pasaba mucho tiempo entrando y saliendo de la comisaría de su vecindario. Si no estaba allí por un asunto propio, seguramente estaría por alguno de sus amigos. Con toda seguridad, si ella seguía trabajando en la comisaría de Caenwood, se lo encontraría a menudo. Era una de esas personas que siempre volvían.

Capítulo 6

El jardín delantero estaba pavimentado y solo tenía cubos de basura de plástico con ruedas. Sarah abrió el portón de madera y, como una gran oruga azul, un grupo de agentes, todos vestidos con monos azules, pasaron en silencio junto a ella para colocarse en posición. El que iba primero era enorme: medía alrededor de dos metros y tenía espaldas anchas. Cargando con el pesado instrumento rojo que se usaba para forzar puertas como si fuera un maletín vacío, avanzó hacia la puerta con pasos seguros y sorprendentemente gráciles. Lo sostuvo con el codo flexionado, miró por encima del hombro para ver si todos estaban listos. El sargento contó en silencio uno-dos-tres con los dedos.

El enorme artefacto salió impulsado hacia delante y la puerta se astilló y cedió en el primer intento.

Subieron todos juntos por la escalera, gritando.

—¡Policía, policía, policía!

Con el libro de registro y la orden en manos de Lee, Sarah siguió lentamente a los agentes del orden público, que tenían la situación bajo control y seguramente ya estaban pensando en un trabajo bien hecho y una mesa llena de comida frita y café caliente. El trabajo de Sarah acababa de empezar.

El apartamento de una sola habitación se encontraba en una casa de estilo victoriano subdividida. Los platos grasientos se secaban sobre un escurridor de acero inoxidable lleno de cal. La puerta del baño estaba entreabierta y había olor a orina. Las cortinas estaban manchadas de nicotina. Sobre la mesa junto a la cama se veía un cenicero desbordante de colillas. Andrew Walker, sentado en la cama, se pasó la mano por la cara y bostezó. Vestía camiseta y calzoncillos, tenía el pelo largo y fino, frente curva y brazos largos y desgarbados en los que se veían prominentes venas azules.

—¿Puedo fumar? —dijo.

Todos miraron a Sarah, que asintió.

—Sí.

Mientras Andrew encendía el cigarrillo con manos temblorosas, Lee

se adelantó.

—Queda arrestado por el asesinato de Tania Mills en octubre de 1987. Los motivos son que nos ha llegado información de que ha confesado haber cometido el asesinato…

Sarah, que paseaba la mirada por la habitación, vio en las paredes una cantidad poco habitual de fotografías en blanco y negro enmarcadas. Una foto de una anciana comiendo un helado sobre un banco de madera. Una foto con gran angular de niños que brincaban en un callejón. Supuso que eran obra de un entusiasta fotógrafo aficionado.

Uno de los agentes hizo un movimiento de cabeza hacia un estante que contenía unas tres cámaras antiguas.

—Le gusta hacer fotografías.

—El típico pervertido —agregó el oficial.

—Incautad todas las cámaras y los carretes, por favor —indicó Sarah.

Andrew no reaccionó ante el procedimiento y, sin protestar, ofreció las muñecas para que lo esposaran. Con el cigarrillo entre los labios, cerró un ojo para protegerse del humo.

La comisaría de Ellersby había reemplazado la antigua comisaría policial de comienzos del siglo XX, donde el padre de Tania había denunciado la desaparición de su hija. Construida durante los años de bonanza de Blair, dominaba la calle: cristales tintados, fachada azul y blanca y una imponente torre redonda de oficinas a la izquierda.

En la sala de interrogatorios, sonó el móvil de Sarah. Miró la pantalla. Era un mensaje de voz de su padre. Sabía de qué se trataría sin necesidad de escucharlo. Faltaban menos de diez días para la ceremonia en memoria de su hermana. ¿Estaría presente? Apagó el teléfono y volvió a guardarlo en el bolsillo. Dejó el boli sobre el escritorio junto a su libreta, inspiró hondo, se compuso y se esforzó por concentrarse.

—Disculpe por la interrupción. Por favor, continúe.

Walker, que ahora vestía una camisa celeste con el cuello gastado y pantalones azules, estaba sentado con expresión imperturbable. No había nada particularmente llamativo en él, tal vez solo su nariz afilada, su piel pálida, pero lo rodeaba un hedor a soledad. Su abogado, Derek Holt, un hombre pequeño, fibroso, de movimientos rápidos, vestido con traje, leyó con acento del norte del país la declaración de Walker.

—“Me llamo Andrew Walker y esta es mi respuesta a la acusación de que asesiné a Tania Mills en 1987. Estoy en libertad condicional y asisto al programa de tratamiento para agresores sexuales en la penitenciaría de Ripon. Este programa es solo para hombres que han

admitido sus ofensas y quieren cambiar su vida.

”Me gusta la ropa interior de las chicas, es lo mío. No siento deseos de tocar a las personas ni de hacerles daño. No soy violento. Solamente quiero mirar.

”Imagino a las chicas abriendo las piernas y mostrándome su ropa interior. Fantaseo con que desean hacerlo. Tengo esos pensamientos constantemente. No puedo hablar con una mujer ni estar junto a ella sin imaginar qué lleva puesto.

”Cuando trabajaba en una oficina, constantemente dejaba caer mi bolígrafo al suelo junto a los escritorios de las mujeres. Casi podríamos decir que inventé el palo para selfis. Una de las veces que me arrestaron me había vestido como empleado de limpieza en un centro deportivo y había pegado una cámara al mango de una fregona. La coloqué debajo de la puerta del cubículo donde se estaba cambiando una mujer. Suelo ir a las piscinas públicas y nado mucho debajo del agua con gafas. Me he vuelto un experto en contener la respiración. Ridículo, ¿verdad? ¿Quién podría culparme por pensar que con eso no dañaba a nadie?

”Pero cuatro años atrás, comprendí que tenía que controlarme. Voy a explicarlo para que comprendan cómo sucedió.

”Me encontré con dos chicas que estaban tomando el sol en una parte protegida del parque. Se habían levantado la falda para broncearse las piernas. Cuando pasé, pude verles las bragas. Madre mía, fue la cosa más sensual que había visto en mi vida. Había un baño de hombres allí cerca y me encerré dentro e intenté quitármelas de la mente y del cuerpo. Pero no funcionó. No podía dejar de pensar en ellas, tendidas allí, conversando y mostrando su ropa interior. Lo sentí como una urgencia.

”Volví y una de las chicas se había marchado. La otra se había bajado la falda. Estaba tumbada, leyendo un libro.

”Hay una cancela de hierro que lleva a una pequeña reserva natural. Allí hay un banco y me senté a esperar, casi deseando que la chica tomara otra salida del parque. Cuando pasó junto a mí me pareció cosa del destino. Me puse de pie e intenté que pareciera como que, casualmente, salía del parque en el mismo momento que ella. Ella comenzó a caminar más deprisa, pero la cogí del brazo y le dije: “Tienes que venir conmigo”.

”La llevé detrás de un tronco caído. Jamás había sentido algo tan irresistible. Le dije que se tumbara, se quedara quieta y se levantara la falda.

”Hizo lo que le pedí. Si no nos hubieran interrumpido, habría hecho lo que necesitaba hacer y la habría dejado ir. Pero me interrumpieron. Apareció un perro labrador negro y la chica gritó. El perro comenzó a ladrar. Me puse de pie y eché a correr. Un hombre

me agarró del hombro y me tiró hacia atrás. Me llamó asqueroso pervertido y me dio un puñetazo en la cara. Logré echar a correr nuevamente. Me sangraba la nariz. Un helicóptero sobrevolaba en círculos. Me oculté en una zanja. Oía pasos entre la vegetación y una radio policial. Un perro se me acercó jadeando. Lo vi entre las ramas: un pastor alemán que ladraba furioso. La voz de una mujer gritó: "Si no obedece, soltaré al perro".

"Excepto para arrestarme, nadie me habló mientras esperábamos el coche policial. Tenía la nariz rota y me dolía un montón. Uno de los agentes policiales escupió al suelo. Yo pensé: si me hubieran dejado terminar, la habría dejado ir y se habrían dado cuenta de que no era violento. Nunca pude demostrárselo.

"Publicaron la fotografía que me tomó la policía cuando me detuvieron. Parecía como cualquier monstruo sexual que se haya visto. El inspector dijo que yo era uno de los individuos más viles y depravados con los que se había cruzado. Repitieron todo eso en todos los periódicos e informativos. "El más vil y depravado". Dijo que el hombre que me había golpeado era un héroe. Que podía haber salvado una vida. Pero era mentira. Nunca le habría hecho daño. Solo quería verle la ropa interior.

"No obstante, comprendí que había cruzado un límite. Comencé a aceptar que tenía que hacer algo, así que me apunté en el programa de Ripon.

"He pasado mucho tiempo preguntándome por qué soy así. Tal vez se trata de algo químico o de algún suceso de mi infancia, algo que podría comprender y cambiar. Pero mi terapeuta en Ripon me dijo que preocuparse por los motivos es una pérdida de tiempo. Soy así. Es algo permanente y tengo que controlarlo. Así que hago todo lo que puedo. Vivo en la dirección asignada. Tomo las medicinas que me recetan. Acudo a todas las citas. Pero es una vida difícil. Ahora dicen que he matado a alguien. Me hace preguntarme: ¿qué sentido tiene? ¿Podré en algún momento tener una vida normal, satisfactoria?

"Cuando estuve en prisión preventiva, compartí celda con Erdem Sadiq y deduzco que debe de haber sido vuestro informante.

"Todavía no me habían condenado, así que aún no estaba en el programa. Pasábamos encerrados casi veintitrés horas al día. Erdem también es un agresor sexual. Nos hacíamos compañía hablando de lo que nos gustaría hacer. Había mucho tiempo para inventar historias y estábamos aburridos. Masturbarse es una forma de matar el aburrimiento. También es un alivio tener a alguien con quien hablar. Son pensamientos privados que no te atreves a compartir con nadie. Compartirlos te hace sentir mejor, pues no eres el único.

"No tuve que pensar demasiado para inventar esa historia sobre Tania. Ella vivía a pocas calles de mi casa cuando yo era joven.

Después de que desapareciese, publicaron su foto en todos los periódicos. Recuerdo que bajaba la calle para esperar el autobús. Comencé a fantasear con lo que había hecho con ella.

”Hablé con Erdem de esto. En ningún momento dije que la había matado, solo que ella había accedido a mostrarme su ropa interior. Y que le había gustado. La había excitado. Tal vez la imputación que pesaba sobre mí le hizo pensar que no solo le había visto las bragas, sino que la había asesinado. Pero no maté a Tania. Ni siquiera la conocí. Revisen mi expediente. ¿Cómo podría haber matado a Tania en 1987 y luego no haberle hecho daño a nadie más desde entonces?

”Erdem estaba con prisión preventiva por tenencia de imágenes de menores. Eran de primera: las chicas hacían cosas que ni siquiera haría la mayoría de las mujeres adultas. No sé qué delito ha cometido ahora, le he escuchado decir lo que le gustaría hacer. Si ha hecho algo de eso, pasará mucho tiempo en la cárcel. En esas situaciones, la gente empieza a buscar maneras de salir.

”Debe de haberse puesto a pensar cómo podría utilizar el hecho de que yo hubiera fantaseado con Tania. Imagino que vosotros también ayudasteis. Le dorasteis la píldora, ¿verdad? Algunos de vosotros lo hacéis muy bien. Le hicisteis sentirse bien consigo mismo: tenía fotos pornográficas, pero no era como yo, ¿verdad? Lo entiendo, porque así son todos. Todos, y lo remarco: todos; usan a los malos para poner distancia entre ellos mismos y sus propios pensamientos impúdicos. Pero no os engañéis. Erdem es mucho más manipulador y embustero sobre su vida que yo.

”Erdem me está usando y os está usando a vosotros. Soy un hombre solitario que tiene la maldición de sufrir una obsesión, pero jamás le hice daño a Tania”.

Se tomaron un descanso. En una sala contigua, Sarah comenzó a escribir lo que necesitaba preguntarle a Walker. No prestó atención a los comentarios de Lee sobre el “monstruo enfermo” al que acababan de entrevistar. Era como un bingo de pervertidos: pronto tendría el cartón lleno de epítetos. Comprendía que Lee estaba furioso y afectado, pero era una distracción tener que fingir que lo escuchaba. Deseó haber entrevistado ella misma a Erdem Sadiq, haber tenido la oportunidad de evaluar su declaración. Finalmente, dijo:

—Disculpa, pero estoy tratando de concentrarme.

Lee sacó otro chicle y dijo:

—Solo una pregunta. ¿Crees que lo hizo?

—No lo sé.

—Estos pervertidos son los mejores mentirosos que vayas a conocer nunca. Es su naturaleza.

—Sí, lo sé. —Lee no parecía satisfecho—. ¿Algo más?

—Solo que por lo general es la persona más obvia.
Sarah lo miró.
—¿No confías en mí?

Lee guio a Walker por la lista de preguntas de Sarah. Fechas, horas, ubicaciones. Era un buen entrevistador: meticuloso para los detalles. Walker dijo que no tenía recuerdos de tantos años atrás. No sabía qué había hecho el día después de la gran tormenta de 1987.
Sarah dijo:
—¿No recuerda el día después de la tormenta? Fue un día memorable. Un poco como el 11 de septiembre. Uno de esos días que todos recuerdan.
—Pues yo no lo recuerdo.
Ella tomó nota, luego prosiguió:
—Entonces, ¿lo suyo es mirar, no tocar?
—Así es.
—¿Usted y Erdem solo estaban fantaseando?
—Sí.
—¿Por qué fantasear con una chica de carne y hueso?
—Solo me interesan las chicas reales. Ella vino a mi mente. No le pedí que lo hiciera.
—¿Fue solo una coincidencia que fantaseara con una chica desaparecida?
Él sostuvo la mirada de Sarah.
—Tal vez porque estaba desaparecida, la asocié con cosas guarras. Fantaseaba que era una chica guarra a la que le gustaría mostrarme su ropa interior.
Sarah pensó un momento, luego hizo la pregunta sencilla.
—¿Tenía usted un coche en 1987?
—Sí. Un Mini. Rojo. Era viejo. Lo habían dado como siniestro total.
Ella tomó nota.
—¿Fantasea con otras chicas desaparecidas? ¿Chicas que han sido asesinadas?
—No.
—¿Cuándo comenzó a fantasear con Tania?
—¿Por qué?
Era la primera vez que respondía a una pregunta de ella con otra pregunta. Algo lo había molestado, algo que ella no podía identificar. Esperó a que él dijera algo más que pudiera resultarle de ayuda, pero no lo hizo. Sarah volvió a la pregunta simple que lo había molestado.
—No importa por qué. ¿Cuándo fue la primera vez que fantaseó con Tania?
—No lo recuerdo.
—¿Antes de su desaparición o después?

—Después.
—¿Cuánto tiempo después?
—No recuerdo.
—¿Cuál fue el detonante?
—No lo sé. Sus fotos en el periódico, tal vez. Todo lo que salió por televisión.
De inmediato Sarah recordó el llamamiento que habían hecho los padres de Tania: su padre, con la cara inmóvil; su madre, incapaz de articular las frases. Algún gesto involuntario debió de revelar su reacción a las palabras de Walker, porque él la miraba con expresión astuta. Su emoción había permitido que él la arrastrara dentro de su relato. Tal vez ese era el primer paso para creerlo. Tal vez Walker se había vuelto habilidoso hasta para utilizar la aversión de los demás en contra de sí mismos.
—¿Dice que nunca conoció a Tania?
—Nunca.
—¿Nunca le habló?
—Nunca.
—¿Seguro?
—Ya se lo he dicho.
Sarah mordió su bolígrafo.
—¿Qué le dijo usted a Erdem que había hecho con Tania?
Él giró las manos con las palmas hacia arriba.
—Lo de siempre. Ya se lo he dicho.
—Vamos, sabe que voy a necesitar los detalles.
Él suspiró, como si estuviera aburrido.
—Ella accedía a venir a mi casa. A tumbarse boca abajo con las piernas abiertas. Podía verle las bragas. Me permitía masturbarme allí, sobre ella.
—¿Cuántas veces?
—Una. Era la misma fantasía, una y otra vez.
Sarah pensó en eso: “La misma fantasía, una y otra vez”.
—¿Por qué estaba tan obsesionado?
—No lo sé.
—¿Y en algún momento le dijo usted a Erdem que la había matado?
—Nunca. Si le ha dicho eso, se lo ha inventado.
Liberaron a Walker. ¿Qué otra cosa podían hacer? No tenían pruebas contra, él salvo la palabra de otro agresor sexual.

La carretera A-40 estaba concurrida; los coches avanzaban dejando poca distancia entre sí antes de frenar delante de las cámaras amarillas y luego volver a acelerar. Sarah tomó la salida hacia el denso tráfico del centro de Londres. Llegó al círculo exterior de

Regent's Park. Se detuvo junto al zoológico y se tomó un momento para inspirar el aroma del césped y observar a las jirafas desde el asfalto. Le encantaba que estuvieran allí, tan inverosímiles, justo en el corazón de Londres, y deseaba encontrar en su caprichosa gracia algo de consuelo después del atisbo que había tenido de la mente de Andrew Walker. Sonrió, fascinada por su andar asimétrico, pero sorprendentemente elegante, como si les saliera mal, pero lo lograran de todas maneras. Le habría gustado apoyar una mano sobre sus cuerpos tibios, tal vez presionar la mejilla contra un flanco manchado.

De mala gana, volvió a subirse al coche y arrancó el motor.

Sin quererlo, volvió a pensar en Jessie, desaparecida hacía tanto tiempo. Había estado tan enamorada, tan encerrada en sus deseos secretos. En una ocasión, durante las vacaciones escolares, Jessie la había llamado por teléfono.

—¡Ven a mi casa, rápido! Mi madre no estará en todo el día.

Habían recorrido las habitaciones amplias y limpias de la casa imitación Tudor de la madre de Jessie como cachorras de leonas liberadas en la sabana. Jessie la había hecho subir hasta el dormitorio de su madre y Sarah se había quedado allí, con tímido optimismo, sintiendo la mullida alfombra debajo de los calcetines.

Jessie sonrió, e imitando la voz de la reina, dijo:

—¿Lo hacemos? *¿Te atreves?*

Por un instante, Sarah estuvo al borde de hacer un movimiento que habría sido innegable, extender la mano para atraer la cara de Jessie hacia ella y besarla. En el último momento comprendió el verdadero significado de la pregunta de Jessie. Sintió fuego en el cuello y las mejillas al pensar en la vergüenza del error que había evitado por poco. Se recuperó rápidamente y, sin pensarlo demasiado, respondió:

—Sí, de acuerdo. ¿Por qué no?

Había un chico. Sarah no recordaba su nombre. Solo que Jessie se sentía muy atraída por él y que el chico había insinuado que podrían intentar un trío.

Tenía moto y llegó en pocos minutos, haciendo rugir el motor en la calle. A través del cristal esmerilado de la puerta principal, Sarah vio la vulnerabilidad de él con la misma claridad que veía la propia. Antes de bajarse de la moto, se había quitado el casco y se había despeinado. Apoyó la moto en el caballete, y avanzó a zancadas hacia la casa, como si tuviera mucha prisa. Qué decepción que él tuviera que estar allí, pero era alguien secundario. La maravilla era que por fin ella estaría tendida con Jessie sobre las sábanas de algodón de su madre.

Recordó que Jessie llevaba un sujetador de encaje de algodón sobre sus pechos pequeños y bragas de encaje haciendo juego. Las manos de Sarah le habían recorrido las nalgas, el estómago, la entrepierna. Sarah le mordisqueó el cuello, subió hasta su oreja. Jessie se volvió y

comenzó a besarla.

Y entonces el chico lo estropeó todo: ese pobre chico bobo, molesto, celoso. Qué ridículo que el celoso hubiera sido él cuando era Sarah la que estaba fingiendo, Sarah la que se ocultaba.

—¡No me estáis prestando nada de atención! —protestó al tiempo que se levantaba y se alejaba, furioso, de la cama.

Se puso los calzoncillos con rabia adolescente, todo granos y cara enrojecida, y estuvo a punto de caerse mientras se ponía los pantalones a toda prisa.

Jessie se incorporó y trató de consolarlo. Fue hasta donde estaba y presionó su hermoso cuerpo contra él. El chico le apoyó una mano en la parte baja de la espalda. Ella lo besó. Era muy evidente dónde estaba su verdadero interés. Con el corazón roto, en silencio, Sarah balbuceó una excusa y bajó por la escalera sin que se lo impidieran, sin que lo notaran casi.

Unos días más tarde, intentó llevar la conversación a lo sucedido, insinuando de la forma más casual posible que tal vez podrían volver a intentarlo.

—¡Ay, por Dios, Sarah, no! Podría empezar a gustarme demasiado.

"¿Demasiado?".

Fue doloroso, pero al menos las cosas comenzaron a estar más claras. Sarah reconoció lo sucedido como lo que realmente era: un vacilante primer paso. Tal vez no sería Jessie, pero habría otras. Se mostraría menos desesperada, más exigente, disimularía menos. La próxima vez no habría hombres. Ni tampoco chicas que quisieran estar con hombres.

Pero luego ocurrió algo que jamás podría haber imaginado. Patrick, el novio de su hermana Susie, el muchacho que les caía bien a todos, estrelló el automóvil contra un árbol. Susie partió para siempre y todo cambió.

Sarah condujo sin fijarse en el trayecto. Pasó delante de la seguridad y una vez que aparcó a la sombra del edificio, se detuvo para escuchar el mensaje de voz de su padre. Rápidamente, escribió una respuesta. No quería correr el riesgo de que él contestara al teléfono.

> Lo siento mucho, papá. Este año no voy a poder asistir al servicio en memoria de Susie. No puedo tomarme ese día libre, lamentablemente. Os tendré muy presentes a ti y a mamá. Os quiero.

Vaciló, luego pulsó "enviar". Sacó su bolso del coche y pasó la tarjeta magnética para entrar en el edificio de Homicidios.

Todos los demás miembros de su equipo se habían marchado, habían vuelto a sus casas para disfrutar de los días de descanso antes de que comenzara la siguiente guardia, pero desde el pasillo se oían

voces y se veían luces en las puertas abiertas de las oficinas de otro equipo. Seguramente les había caído una investigación. Buscó en el bolso la llave de su despacho. Le dedicaría una hora a revisar el expediente de Tania y actualizarlo con los resultados del interrogatorio. Abrió la puerta, se frotó los ojos, encendió la luz. Había una carpeta de cartón sobre su escritorio. Sobre ella, la Gorda Elaine había pegado un pósit: "Richard Stephenson, profesor de violín de Tania. Casado en aquel entonces. Ahora, divorciado. Conducía un Jaguar verde".

Abrió la carpeta. En el momento de la desaparición de Tania, Stephenson enseñaba en el instituto Hatchett's, al cual asistía Tania. El director de aquel entonces había muerto, pero Elaine había logrado contactar con el que había sido vicedirector, que recordaba el coche. Sarah encendió el ordenador y envió un correo electrónico a Elaine.

> Buen trabajo con Stephenson. Por favor, sigue investigando —colegios donde haya trabajado, orquestas que haya dirigido, motivos por los que dejase— y envía una solicitud a los otros cuerpos para que compartan cualquier tipo de información que puedan tener y los informes penales.

Mientras releía el menaje, se preguntó si lo que tenía era suficiente como para justificar investigaciones tan invasivas. Elaine había llevado a cabo búsquedas básicas de datos. Stephenson no tenía antecedentes penales. No había informes de delitos cometidos dentro del distrito de la Policía Metropolitana. No había denuncias, ni siquiera rumores obtenidos exclusivamente a través de información.

Pensó también en la carga de trabajo que iba a poner sobre los hombros de Elaine y lo mal que le caería. Terminó su mensaje con tono de entusiasmo.

> ¡Gracias por todo el trabajo! ¡Sé que es un montón y lo valoro!

Pulsó "enviar", e inmediatamente se preguntó si no se había excedido con los signos de exclamación. Elaine no le parecía la clase de persona a la que le caería bien la puntuación entusiasta.

Tenía doce correos sin leer en su bandeja de entrada. Uno era del jefe, y el asunto decía: "Petición de información sobre Andrew Walker: sugerencia de borrador". Lo abrió.

> Los detectives anuncian una recompensa de 40.000 £ a quien ayude a resolver la desaparición de Tania Mills, ocurrida en 1987…

Esta era la parte que realmente la inquietaba.

> El inspector jefe Fedden desea atraer la atención del público sobre las fotografías de este hombre [Sarah: adjuntar] que residía en la zona en el

momento de la desaparición de Tania. Se solicita a toda persona que lo conozca o se tope con él actualmente que se contacte con el número del centro de coordinación que figura a continuación.

Fedden la estaba empujando a moverse demasiado deprisa. Era demasiado pronto para emitir un comunicado como ese. Necesitaban dominar la información, no deambular por allí con las luces apagadas. Ciertamente, no deberían estar fomentando que cualquier infeliz rencoroso cobrara protagonismo. Pero sabía que no había forma de contradecir a Fedden, de modo que le envió una respuesta rápida, intentando sonar positiva a pesar de su recelo.

Me parece bien. Gracias por comentármelo. Sarah.

Necesitaba avanzar con sus propias averiguaciones. Envió un correo electrónico a la secretaria del instituto Hatchett's, solicitando una visita la mañana del primer día de guardia. Podría hacerle un hueco a la reunión antes de que comenzara el turno oficial por la tarde. Ahora empezaban sus días de descanso. Cuando volviera a la guardia, su equipo tendría que responder a cualquier homicidio dentro de Londres. El horario podía ser agotador.

Apagó el ordenador, cerró la puerta del despacho y bajó la escalera. Se detuvo junto al edificio para fumar un cigarrillo.

La luz del atardecer caía sobre el patio de armas desierto; el calor del día brotaba como sangre del asfalto. Las ventanas de las oficinas estaban todas a oscuras salvo las contiguas a su despacho, que brillaban anaranjadas. El equipo de Homicidios trabajaría toda la noche. Le encantaba el edificio de Hendon cuando lo veía así, con todas las impurezas e irrelevancias suavizadas por la hora tardía. Cualquiera que estuviera de guardia allí ahora tenía verdadero trabajo policial que hacer, y Hendon se había convertido en lo que realmente era: un sitio secreto y útil que solo los policías conocían.

Se apoyó en la pared y pensó en Tania; repasó lo que sabía de ella, vio en su mente cómo la adolescente con talento musical corría hacia el parque aquella mañana. Vio la foto que le había enseñado Robert. Detrás de los colores desteñidos y la tonalidad gris, Robert y Tania estaban juntos a la sombra de un árbol; él le pasaba un brazo alrededor de la cintura y sonreían; parecían felices.

Y luego, al contemplar esa fotografía, una posible línea de investigación se le volvió repentina y cegadoramente obvia. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Apagó el cigarrillo y subió corriendo otra vez hasta su despacho. Encendió el ordenador, sacó del cajón el libro de registro de pruebas instrumentales de la inspección llevada a cabo en el apartamento de

Walker, pasó el dedo por la lista de objetos y verificó con una búsqueda en internet la descripción de cada uno de los que le parecieron relevantes. Anotó la referencia SBB/23 C3427680 en un papel, buscó las llaves del depósito de pruebas instrumentales y bajó nuevamente.

Las luces de neón cobraron vida. El sótano era de hormigón gris, carecía de ventanas y estaba mal ventilado. Con excepción de un constante zumbido bajo, estaba en silencio. En las filas de jaulas de alambre aseguradas en el hormigón se veían estantes que iban del suelo hasta el techo. Caminó por el pasillo central, pasando junto a hileras de cajones de plástico azul que contenían prendas con sangre seca, teléfonos, cartas, juguetes de niños y otros desechos humanos que inesperadamente habían cobrado vida como pruebas materiales en los asesinatos y homicidios de la capital.

Al final del pasillo, abrió la puerta de una de las jaulas y se sentó en el suelo junto al estante que estaba dedicado al caso Egremont. Allí estaban los objetos que habían incautado durante el registro del apartamento de Walker. Buscó entre las cajas hasta que encontró la indicada. La sacó del estante y la revisó hasta que encontró la prueba SBB/23. Se la llevó consigo, cerró la jaula y regresó arriba. Envió un correo electrónico a Elaine.

> Tengo la prueba SBB/23 del registro realizado al apartamento de Walker guardada bajo llave en mi cajón. Por favor, envíala para que hagan una comparación rápida de huellas y ADN con los de Tania. Las investigaciones están activas, la solicitud es urgente. Pídeles que busquen huellas en las partes internas de la cámara, sobre todo donde se coloca el carrete.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 7

Viernes 16 de julio de 2014

SARAH DESABROCHÓ EL CINTURÓN DE seguridad del arnés de Daisy. La perra salió de un salto y corrió hasta la entrada. La señora Edwards, una mujer regordeta, en bata y pantuflas, ya estaba esperándolas en la entrada. La perra comenzó a saltar, la señora Edwards se inclinó, la cogió en brazos y la acarició detrás de las orejas.

Sarah sacó la colchoneta, las golosinas, los juguetes y la comida para perros y entró por el camino cargando con todo en los brazos. Dentro de la colchoneta había guardado un sobre con dinero en efectivo. A la señora Edwards no le gustaba hablar de dinero.

—Gracias por recibirla tan temprano.

—No te preocupes, querida. Aquí todos estamos encantados con Daisy. —Le hizo un mimo a la perra—. Envíame un mensaje para saber cuándo vendrás a buscarla. Si no recibo noticias tuyas, es que la recoges al final de tu guardia. Pobre pequeña, te echará de menos.

Solo con ver cómo la señora Edwards la sostenía en sus brazos, era algo difícil de creer.

Sarah llegó a la oficina a las ocho. Su solicitud al instituto de Tania había sido derivada al doctor Gower, quien le había enviado un correo con su número de móvil. Observó que tenía un título poco común: “Director de relaciones externas”, y firmaba sus correos con las iniciales PhD, MA(Oxon), PGCE (certificado de posgrado en Educación). Sarah lo llamó y explicó las razones de su petición. Gower ofreció una disculpa por no poder reunirse antes de las diez y media.

Sarah dudó. La cita sería más tarde de lo que hubiera preferido. De todas formas, le pareció que tendría tiempo de ir antes de comenzar su ronda de oficial de servicio. Desayunó, consiguió un coche y se dirigió al oeste.

Situado en un barrio tranquilo de casas victorianas, el edificio más

antiguo del instituto era una rareza gótica: el frente de ladrillo ornamentado, un techo inclinado de pizarra con tejas que iban de mayor a menor y una pequeña torre con rosetones como ventanas. Había buscado el sitio en Google. Hachett's había sido un instituto de secundaria subvencionado hasta que en 1980 se había independizado. Según la Oficina de Estándares Educativos, era excepcional, y ahora estaba a la altura de los mejores institutos femeninos. El edificio original se hallaba protegido, pero de alguna manera los directivos habían conseguido permiso para una ampliación modernista de vidrio y acero que salía desde un lateral y descansaba sobre pilares de piedra pálida, protegiendo así la zona de juegos del viento y la lluvia. Esta ampliación hablaba tanto de privilegio como de ambición: pretendía ser audaz, pero cualquiera se daba cuenta de que era sumamente costosa.

Gower la recibió. Tendría unos treinta y cinco años, con algunas canas prematuras. Todo en él era elegante: los zapatos lustrosos, la camisa impecable, una corbata gris claro, un pañuelo que asomaba por el bolsillo de la chaqueta. Insistió en hacer una visita. "Para que se haga una idea del lugar".

El instituto era un mapa caótico de décadas de cambios de estilos arquitectónicos, un edificio de los años cincuenta, de ladrillo rojo con escaleras exteriores, un bloque de los años setenta con vigas en el techo. El campo de deportes se extendía más allá de los edificios. Estaban practicando atletismo, carrera de relevos, y las chicas corrían a toda velocidad por la pista.

—¡Joder, Tabitha! —El grito traído por la brisa cálida terminó con un silbato estridente.

Faltaban solo dos días para el final del trimestre y Sarah imaginó las largas vacaciones de verano que les esperaban a esas chicas.

Gower retomó el camino hacia los edificios de la escuela. Vieron pasar a un grupo de chicas con americanas de buena calidad y buenos cortes de pelo, que se movían con afectada apatía. Una de ellas llevaba pantalones y un hiyab. Todo se veía reconfortante, diverso y contemporáneo.

—¿Pudo echarles un vistazo a los registros del señor Stephenson?

—Sí, lo hice, pero no hay mucho más que contar. Llegó a la escuela en 1985 y se marchó en 1988 con excelentes referencias. El departamento de música prosperó bajo su mando. Se organizaban eventos, viajaban a Salzburgo. No hay nada que sugiera ningún tipo de problema.

—¿Puedo hacer una copia de esos registros?

—Debo consultar con el director. Es posible que haya cuestiones de protección de datos.

—¿Y tienen registros de las alumnas de aquella época? ¿Cuentan

con una sociedad de exalumnos?

—¿Podría usted decirme algo más sobre su investigación? Nos ayudaría para poder decidir si corresponde compartir esos datos.

Sarah lo escuchó con algo de escepticismo. Gower le pareció una persona muy atenta a los peligros de un escándalo histórico en una institución como Hatchett's. Pero se contuvo. El hombre tenía sus razones; ¿en serio quería ella desatar una tormenta de rumores basados en que el señor Stephenson se movía en un Jaguar verde?

—Por el momento, no puedo —respondió ella.

—La llevaré hasta nuestro archivo —le ofreció Gower—. Es público. Verá algunas fotos de la orquesta y ese tipo de cosas.

La guio hasta el hall de entrada —baldosas de diseño geométrico, un gabinete con trofeos bien lustrados, pinturas al óleo de exdirectores en la pared— hasta llegar a una estrecha escalera de madera que subía en espiral. Allí se encontraba el antiguo corazón de la escuela y Sarah pudo imaginar cómo habría sido, antes de que fuera remodelado, con escalones de madera gastados, barandillas que necesitaban una mano de pintura, escaleras que crujían. A la izquierda estaban las pequeñas salas de música, con ventanas abovedadas por las que se veían el cielo y las nubes. Detrás de un panel de cristal vio cómo una muchacha regordeta con falda azul y camisa blanca de algodón, arañaba un violín. Ciertamente era fácil imaginar un posible acto furtivo y apresurado en ese lugar. Gower, quizás anticipando lo que Sarah tenía en mente, mencionó que esas salas de prácticas eran recientes.

Veintisiete años atrás, ese recinto había sido un aula donde las niñas se sentaban en filas y se sumergían en las matemáticas y el latín.

Al final del pasillo se encontraba la vieja sala de profesores, que había sido transformada en archivo. Las carpetas forradas en cuero tenían las fechas grabadas en los lomos.

Echó un vistazo a las páginas del año 1987: días de deportes, instantáneas de chicas que competían por el Premio Duque de Edimburgo con chubasqueros y pantalones impermeables. La orquesta en una sala de música local: camisas blancas y faldas oscuras. Se acercó un poco más a la imagen y descubrió a Tania, una figura pequeña que tocaba el primer violín. Allí, unas páginas más adelante, un recorte del periódico local: "Hatchett's se remanga". Sarah sacó sus gafas para poder leer la letra pequeña. Había fotografías de los daños causados por la tormenta y una descripción de la iniciativa de plantar árboles en Morville Park: "Patrocinado por el ayuntamiento local y financiado en parte por las actuaciones de la orquesta escolar de Hatchett's". Un recorte manchado del periódico: la imagen de un hombre sentado sobre un árbol caído: "El señor Stephenson, director de Música del instituto Hatchett's"; delante de él, unas chicas sostenían árboles con la raíz desnuda y palas.

A Sarah le era fácil entender por qué a Hatchett's le gustaba tener algún tipo de conexión con Morville Park. Ese parque había sido el coto de caza de los príncipes Tudor, según se leía en la página web, y era muy diferente del pequeño parque suburbano donde Tania había desaparecido. Buscó en Google cuánto le llevaría el recorrido y se convenció de que podría hacerlo. Su guardia duraría una semana, y si les tocaba una investigación, tal vez no tendría otra oportunidad en mucho tiempo. Pero resultó que los carriles de la carretera se habían reducido de tres a uno, y el tráfico estaba literalmente parado. Una mujer de falda larga y pañuelo colorido caminaba entre los coches con un cubo lleno de rosas bajo el brazo izquierdo.

Sarah tomó un camino lateral y condujo hasta un área de oficinas y de personal del parque que estaba marcada en la página web del sitio. Aparcó junto a una verja que tenía un portón de cinco barrotes, cerrado con llave, y una entrada abierta para peatones a un lado. El sendero era boscoso. Una repentina lluvia había humedecido el aire y las gotas salpicaban las hojas anchas, liberando el aroma de la tierra.

La caseta verde del guarda quedaba más lejos de lo que había pensado. A un lado había un área cerrada con un pequeño tractor y algunos vehículos de trabajo. Llamó a la puerta, luego probó abrirla. Se encontró con una zona de descanso con mesa, sillas, un pequeño frigorífico y una tostadora. Había una puerta que daba a otra habitación, quizás un baño, o un lugar para cambiarse de ropa. Un hombre blanco con rastas y auriculares estaba comiendo una tostada. Era alto y delgado, y vestía un forro polar verde y pantalones de trabajo a juego. Sarah le enseñó su identificación. Él se quitó los auriculares y le tendió la mano.

—Soy Tom. Adelante. ¿Quiere una taza de té?

—No, gracias. Solamente necesito hacer una rápida averiguación: me preguntaba si tiene algún registro de la replantación de árboles que se llevó a cabo en 1987 después de la tormenta.

—Harry es la persona con quien debería hablar.

—¿Harry?

—Harry Medcalfe. Lo sabe todo sobre este lugar, y cuando digo todo, me refiero a *todo*. Ha trabajado aquí durante más de treinta años. Ya está jubilado, pero lo vemos a menudo.

Tom se inclinó hacia un lado y sacó de su bolsillo trasero un móvil con la pantalla rota.

—Aquí tiene su número —dijo, y le ofreció el móvil.

Ella sacó sus gafas del bolso.

—Me ha sido de mucha ayuda, gracias. —Sarah desbloqueó su teléfono para grabar el número, pero vio que la pantalla mostraba que no tenía conexión. Salió para buscar señal.

No era grave: el jefe le había dejado un mensaje de voz hacía

solamente dos minutos, pero de todas maneras debía calmarse. Les habían asignado una investigación.

Tom la condujo de vuelta por el camino en uno de los vehículos eléctricos de mantenimiento; mientras rebotaban sobre los baches y él hacía sonar la bocina, Sarah llamó a Fedden y habló como si lo tuviera todo bajo control. Ya en el coche, encendió la luz azul y también la sirena y recorrió diecinueve kilómetros por Londres en menos de veinte minutos.

Los vehículos de emergencia habían aparcado por toda la calle. Una ambulancia, dos coches de apoyo sanitario y otros de policía con y sin identificación. La furgoneta forense blanca. Un grupo de espectadores se apiñaba detrás de las cintas, hablando en voz baja y observando el movimiento de policías y sanitarios. Una mujer con sombrero ataba flores con una cinta amarilla a una farola. Alrededor de la base ya se veían flores y más ositos de peluche.

Con el primer vistazo de la escena, Sarah calculó la logística. El pasillo que llevaba al apartamento era demasiado público. No había llegado la prensa aún, pero era solo una cuestión de tiempo. Lo mejor sería retirar el cuerpo antes de que llegaran, pero en la práctica, seguramente resultaría imposible. Mantener la privacidad sería una tarea difícil.

Se dirigió hasta el cordón exterior. Lee estaba allí, junto a Joanne Robinson, la investigadora forense. Sarah conocía a Joanne de otras investigaciones y se alegró al verla. El inspector jefe local se encontraba allí con otros dos detectives. Se presentó y le tendió la mano:

—Soy Chan Kapoor —dijo, e hizo un movimiento con la cabeza hacia los dos detectives—. Louise Marsh, Andreas Lippi.

Sarah los estudió rápidamente: Andreas, de unos veinticinco años, apuesto, de pelo lacio; Louise, de unos treinta y siete años, expresión dura. Las escenas del crimen eran siempre iguales. Durante algunas horas dependería de esos policías a quienes nunca había visto para asegurarse de que no se dejara pasar nada. Tal vez jamás volviera a trabajar con ellos.

—Encantada de conocerlos —dijo con una sonrisa—. Inspectora Sarah Collins. —Señaló a sus dos colegas—. Detective Lee Couts. Joanne Robinson, forense.

Se estrecharon las manos. Todos sabían que era algo grave; a Sarah le pareció que en esas largas cortesías todos estaban tratando de juntar valor. Kapoor tenía una agenda en mano y la abrió:

—¿Todos listos?

Sarah asintió.

—Sí, gracias. Díganos qué tenemos.

Chan los puso al tanto. Había cubierto todo lo básico: había delimitado la escena; se había localizado, aunque no informado, al familiar más cercano; había identificado al sospechoso; había incautado la ropa de los primeros intervinientes y había comenzado con el análisis de las grabaciones de las cámaras de seguridad. Se había emitido una petición de arresto, pero no habían podido localizar al sospechoso.

—¿Ha estado en el apartamento? —preguntó Sarah.

Kapoor hizo una mueca. Tenía la suficiente madurez como para no disimular el hecho de que no era una escena agradable. Hizo un gesto hacia una mujer regordeta de uniforme verde que fumaba un cigarrillo sentada en el escalón de la ambulancia mientras que un oficial uniformado le tomaba las huellas de sus zapatos.

—Ella es la oficial de turno de los sanitarios. Muy profesional. Fue la que certificó la defunción. No parecía tener sentido seguir contaminando la escena mientras esperábamos que vosotros llegarais, así que no ha entrado nadie excepto los primeros agentes que llegaron y se pusieron a buscar a la niña.

—Estupendo. Se lo agradezco. Entonces, ¿quien le informó de lo que vamos a encontrarnos dentro es la oficial de turno de los sanitarios?

—Así es.

Sarah garabateó unas notas en su registro de actuaciones y dijo:

—¿Hay alguna novedad sobre la niña?

Kapoor negó con la cabeza.

—Nada, por el momento.

—Bueno, debemos informar con urgencia al familiar más cercano. ¿Podría ordenarle a un agente local que lo haga? —Sarah le entregó su tarjeta—. Aquí tiene mi número de móvil. La oficina de Inteligencia debe hacer una evaluación de riesgos. Dígale al oficial de turno que me llame y lo pondré al tanto. A él o a ella, claro.

Miró hacia el pasillo que llevaba al apartamento. En la puerta principal, un agente uniformado sostenía, imperturbable, el cuaderno de registro de la escena del crimen.

—Me pondré el traje protector y entraré a echar un vistazo con Joanne.

Capítulo 8

LIZZIE DEJÓ SU BOLSO DE viaje en el suelo. Ella y Ash eran los únicos agentes de la unidad que trabajarían durante el último turno del día. Deseaba no tener demasiado trabajo. Se encontraría con Kieran a la salida.

—Buenas y malas noticias —dijo Ash, mientras entraba en la oficina con una tetera—. Buenas, porque no hay detenidos en las celdas. La mala es que te he asignado un par de asuntos domésticos no relacionados con un delito.

Ella se inclinó sobre el ordenador examinó el primero de los dos informes. Era un informe de terceros: un vecino había oído gritos. Las dos partes implicadas habían insistido en que no necesitaban a la policía. Aun así, debía llamarlos.

El hombre que respondió casi ni saludó, y gritó:

—¿Justin, puedes *creerlo*? Es la policía *otra vez*.

Cubrieron el auricular del teléfono. Luego otro hombre se puso al habla.

—Me disculpo en nombre de Adam. El pobre agente que se presentó… Adam estuvo muy *grosero* con él. Quiso seguir haciendo su trabajo, preguntó si alguna vez habíamos sido crueles con los animales. Señalé a nuestros dos gatos siameses y le pregunté si había visto gatos más malcriados que esos…

Una inspectora de uniforme entró en la oficina: era baja, de alrededor de un metro sesenta, y se movía con agilidad. Lizzie supuso que era la inspectora de turno, la oficial a cargo de las decisiones operativas importantes hasta que llegara alguien de mayor rango. Algo debía de estar sucediendo. La mujer miró Lizzie y le hizo un gesto de que terminara la llamada.

La voz por el teléfono seguía hablando:

—¿Cómo puedo dejarla tranquila y convencerla de que de verdad no los necesitamos?

—Pues la verdad es que ya lo ha hecho. Cerraré el informe. Disculpe la molestia.

La inspectora habló en voz baja, con acento de Edimburgo.

—Hola, gente de la División de Investigaciones Criminales. Estamos frente a un incidente grave. Sesión informativa en la cafetería en diez minutos, por favor prepárense para salir.

Capítulo 9

SARAH Y JOANNE, LA TÉCNICA forense, se colocaron máscaras protectoras, cubrezapatos de plástico y guantes dobles; luego, se pusieron la capucha y la ajustaron. El equipo era sofocante, hacía que moverse fuera complicado y no permitía ver bien. Sarah sintió que la boca y la nariz se le humedecían debajo de la máscara.

Joanne se agachó para abrir la puerta desde abajo.

Dentro, todo era oscuro y estrecho. Ni Joanne ni Sarah tenían intención de tocar los interruptores de luz, así es que Sarah examinó el pasillo con su linterna mientras Joanne colocaba los reposapiés para caminar sin contaminar la escena. En la pared se veían chaquetas colgadas y una pila de zapatos más abajo. El suelo estaba manchado con huellas ensangrentadas. A la izquierda, una puerta. Sarah la abrió y miró dentro.

Era un baño pequeño con un radiador toallero que emitía demasiado calor para un espacio tan reducido. En el suelo había una montaña de ropa ensangrentada. Una toalla manchada con sangre dentro de la bañera. El lavabo y los grifos tenían manchas de sangre, al igual que la toalla de manos.

Detrás de todo eso se veían los rastros de un baño común y corriente, pulcro y femenino. Una piedra pómez a un lado en la bañera, una caja de Tampax y un paquete de compresas en una cesta pequeña junto al inodoro. Un quemador de aceite de piedra oscura al lado de la bañera. Hileras de esmalte de uñas cuidadosamente colocados en el estante bajo el espejo.

Sarah retrocedió hacia el pasillo, que finalizaba en una puerta de cristal esmerilado con manchas de sangre del otro lado. Joanne se arrodilló y la abrió.

Se veía mucha sangre: la sala olía a sangre, un hedor metálico. La mujer se hallaba tendida de espaldas en el suelo sobre un charco que se había desparramado por el suelo formando una laguna cuya superficie oscura tenía una capa coagulada y seca. Junto a la mujer, una botella vacía de whisky Johnny Walker. Había salpicaduras de sangre en las paredes, sobre la mesa de café, en la pantalla del

televisor. Dos sillas del comedor volcadas. Una huella de mano ensangrentada sobre el sofá, otra sobre la pared, cerca de donde había caído la víctima.

En medio de esta carnicería, la mesa era un oasis extraño de serenidad: sobre ella, un vaso de whisky vacío, una bandeja de plástico transparente con divisiones llena de gomas de colores. Había también un yogur infantil empezado, con la cuchara todavía en su interior. Junto al sofá se veía una maleta con ruedas y asa. La cremallera estaba a medio cerrar.

Era difícil saber por dónde comenzar. Con tanta sangre y tanto potencial de pruebas, sería complicado trabajar allí. Necesitarían mantener aislada la escena durante varios días.

Joanne colocó reposapiés por el camino más corto para llegar al cadáver.

La víctima estaba vestida. Llevaba vaqueros y una camiseta de manga corta empapada de sangre. Los pies descalzos, las uñas de los pies pintadas y una flor de loto tatuada en la parte interna del tobillo izquierdo. Tenía la boca y los ojos abiertos con la mirada fija hacia la esquina izquierda de la habitación, como si hubiera algo allí que hubiese captado para siempre su atención. La mejilla derecha mostraba un hematoma. Probablemente solo un puñetazo, pero efectivo. El pelo largo estaba apelmazado a la izquierda en un mechón sangriento. Su brazo derecho estaba apoyado sobre el pecho y la mano, empapada de sangre, yacía con la palma hacia abajo. Tal vez había resbalado desde su cuello, donde se veía una herida sangrienta, un corte abierto. Tanto el cuello como el pecho estaban completamente empapados, Sarah supuso que una herida en la arteria había salpicado chorros de sangre antes de que la víctima perdiera el conocimiento, cayera y muriera.

Se puso en cuclillas para poder ver mejor. Las uñas rotas. Moratones en la parte interna del antebrazo. Esta mujer se había defendido. En su muñeca izquierda llevaba dos pulseras de gomas. Sarah no pensaba tocarla: sería mejor fotografiarla y hacer venir al forense.

—¿Listo? —dijo con la voz distorsionada por la máscara.

Joanne asintió.

—Revisemos la habitación de la niña. Luego hablaremos fuera sobre los pasos a seguir.

Las cortinas del dormitorio estaban cerradas y una luz violeta se colaba a través de ellas. Sobre la cama había un edredón con búhos que hacía juego con la funda de la almohada. Sobre la pared, un póster de *Frozen* y un diploma de la escuela: “Alumna del mes. ¡SOBRESALIENTE! Continúa con tu buen trabajo”. Había una fotografía de la niña, con gafas de sol rosas, una diadema de plumas y

abalorios, y el brazo sobre los hombros de otra niña vestida igual, de su misma edad. Las dos sonreían. Abajo, escrito en cursiva, decía: “¡Feliz cumpleaños! Amigas para siempre. Te quiero, Irit”.

Uno de los cajones estaba abierto. Sin señales de violencia, solo una pila de camisetas planchadas y dobladas cuidadosamente. La primera de todas tenía la imagen de un delfín saltando desde un sereno mar turquesa.

El dormitorio se encontraba perfectamente ordenado. No había indicio alguno de adónde podría haber ido la niña.

Capítulo 10

LA INSPECTORA DE TURNO HABÍA reunido al personal del Departamento de Investigaciones Criminales de toda la comisaría y la máquina expendedora de bebidas se estremecía ruidosamente mientras liberaba latas de Coca-Cola y Red Bull. Ash había celebrado la noticia llevando la lata de galletas de la oficina a la cafetería y todos la habían atacado, por lo que se estaba vaciando rápidamente.

—¡Soy un fuera de la ley! —dijo con falso acento del norte—. No puedo esperar para verle la cara a la inspectora cuando no quede ni una galleta. ¿Creéis que redactará un informe del delito?

Un agente que se estaba metiendo dos galletas en la boca al mismo tiempo dijo:

—Estás a salvo, compañero. No hay testigos.

La inspectora de turno entró con pasos rápidos en la cafetería y se sentó a una de las mesas.

—Cuando estéis listos…

Se agruparon a su alrededor, la mayoría de pie. Ella repartió los informes recién impresos.

—Con radio macuto en pleno funcionamiento, supongo que la mayoría de vosotros ya sabrá de qué se trata esto…

Lizzie tenía los ojos fijos en el informe. En la parte superior había una foto de la ficha policial de un hombre blanco: cabeza redonda, pelo corto, camiseta del club Queen's Park Rangers. Era la imagen más reciente, tomada la última vez que lo habían detenido. Recorrió la página con la mirada y vio el nombre de la víctima. Sacó una silla y se sentó. Ash la estaba mirando, pero ella no levantó los ojos del informe. La inspectora Redwood seguía hablando.

—Se cree que el sujeto asesinó a su pareja. Cuando digo "se cree" me refiero a que es el sospechoso del crimen. Lamentablemente, no hay ninguna duda de que ella ha muerto.

Se hizo un silencio breve, interrumpido por un murmullo de "Hijo de puta".

La inspectora prosiguió:

—Bien, tropa, este es un caso abierto: el sospechoso está prófugo y

hay una niña desaparecida. Homicidios me mantiene informada, pero si tenéis preguntas, podéis llamarlos a sus móviles, y os sugiero que lo hagáis. Todo debe hacerse correctamente, por favor. Esta es una investigación por asesinato. Los informes que repartí están numerados y no pueden salir de esta sala, los quiero todos de vuelta cuando terminemos esta conversación.

Ash dijo:

—Disculpe, inspectora, pero podría ser útil, si nos topamos con él…

La inspectora levantó la mirada:

—Espero que no sea una de tus bromas, Ash.

—No es broma, inspectora. Tenemos que pensar en nuestra seguridad. ¿Cómo la mató?

—Ah, perdón. Puñaladas múltiples. No hemos recuperado el cuchillo. Nadie debería intentar arrestarlo sin antes haber pedido refuerzos.

A Ash y a Lizzie se les encomendó notificar al familiar más cercano. Lizzie cogió las llaves de un vehículo y se encontraron en la oficina para recoger su equipo. La frase que le había venido a la mente a Lizzie en el tribunal seguía dándole vueltas en la cabeza. “Muere, entonces”. Trató de bloquearla. Se colocó el arnés que contenía la radio, la porra y las esposas, y encima de él se puso la chaqueta.

—¿Todo bien? —preguntó Ash.

Ella lo miró. Ash le sonreía.

—Sí, todo bien.

—¿Por qué no te quedas en la oficina? Seguramente puedes intercambiar la tarea con alguien.

—No, no pasa nada. En serio.

Verificó que su bolsa contuviera formularios en blanco de declaraciones, bolsas para pruebas y salieron al aparcamiento. Lizzie pulsó el mando del llavero para localizar el coche y parpadearon las luces de un viejo Ford maltratado.

—¿No quieres conducir? —preguntó.

Ash levantó las cejas.

—¿Conducir en el trabajo? ¿Yo? Nunca. No te pagan más por hacerlo y hay miles de cosas que pueden salir mal.

Lizzie empujó el asiento hacia atrás y colocó los espejos. Durante el breve tiempo que llevaba en la policía, varias veces había tenido que informar a familiares de la muerte de un ser querido, pero en esta ocasión, la notificación de la muerte la perturbaba de una manera especial. Sentía el corazón acelerado y tenía las manos frías. ¿Cómo iba a poder comunicarle a la madre de Georgina que habían asesinado a su hija y que su nieta había desaparecido? Arrancó el motor. Era como todo lo que te tocaba cuando eras policía: simplemente tenías

que hacerlo.

—¿No vas a revisar el coche? —dijo Ash.

—Si algo no funciona, no me quiero enterar. No hay posibilidades de conseguir otro.

—Allí lo tienes —dijo Ash, mientras se ajustaba el cinturón—, abriéndote a un mundo de sufrimiento. Si le pasa algo al coche y ocurre un accidente, la responsabilidad será tuya.

Lizzie puso el coche en marcha y salió por la verja. Aceleró hacia el semáforo y Ash apoyó la mano sobre el salpicadero.

—¿Estás segura de que puedes ocuparte de esto? Para serte franco, te veo algo alterada.

—¡Joder! ¿Cuántas veces vas a preguntármelo?

—Bueno, está bien, pero por lo menos frena un poco. Hiciste todo lo que pudiste por Georgina. Notificar su muerte no es una emergencia. La emergencia tuvo su momento y pasó.

Sacó un papel doblado del bolsillo de la chaqueta y lo desplegó.

—¿Quieres información sobre la dirección?

—Sí, adelante.

—*Adelante*… ¿Tú te oyes? Eres tan *policía. Te encanta*, te lo juro. ¿Cómo se te ocurrió pensar que ibas a renunciar?

—Ni idea. Basta, Ash. ¿Qué tenemos?

—Nada demasiado malo. Fergal, el novio de la madre, solía ser amigo de lo ajeno, pero hace años que no ejerce, al menos que nosotros sepamos. Ahora trabaja para el ayuntamiento, como recolector de basura.

—¿Y la madre?

—Julie Teel. Montones de hurtos en tiendas, una imputación por fraude. No tiene condenas por violencia. Solía drogarse mucho. Heroína. Por lo visto, ahora lo ha dejado. No tiene nada reciente.

Construida en los años setenta en fincas destruidas por bombas alemanas, la urbanización Deakin no se habría visto fuera de lugar en una película de Kubrick: edificios altos, corredores cubiertos, luces blancas, redondas, que iluminaban hacia arriba. Entre los policías era famoso como un sitio al que le habría venido bien otro bombardeo. El ayuntamiento había intentado demoler la urbanización en los ochenta y volver a construirla, pero los residentes lograron que se declarara “de especial interés”. Actualmente —embellecido por dinero de la lotería— seguía allí para quedarse y aparecía en webs de inmobiliarias tentando a los aventureros con poco dinero con palabras como “icónica”, “fuera de lo común”, “emocionante”. En una de las entradas había un grupo de jóvenes enfundados en sudaderas con capuchas. Al ver a los dos policías, se alejaron.

El portero automático del edificio parecía no funcionar. Lizzie

revolvió su bolsa y sacó la llave maestra de Hadley para las puertas cortafuegos. La había encontrado en el suelo, como si él la hubiera dejado caer especialmente para ella, a unos metros de la azotea de la Torre Portland desde la que Hadley había caído. La llave la perseguía: un talismán del dominio que tenía Hadley de las destrezas menos conocidas de un policía, y que ella sentía que todavía no tenía. Se puso de puntillas, pero no llegó a la cerradura. Se volvió hacia Ash y le alcanzó la llave.

—Tendrás que hacerlo tú.

Ash cogió la llave.

—Mierda, ¿qué te he dicho? Hasta tienes una de estas. Solo los realmente buenos las tienen.

—La he heredado.

Él la miró y luego se estiró y metió la llave en la cerradura. La puerta se abrió y Ash le devolvió la llave. Se dirigieron por los pasillos de hormigón blanco hasta el número 14, en un extremo. Las luces estaban encendidas.

Un hombre blanco, enfundado extrañamente para el momento y el lugar en una chaqueta reflectante, abrió la puerta. Tenía sobrepeso y sus mejillas redondas parecían estar bajo presión, surcadas por miles de capilares reventados. Las uñas comidas estaban manchadas con tierra. Tanto Lizzie como Ash le mostraron su placa de identificación, pero solo como una formalidad. Él se dio cuenta de que eran policías en el momento en que abrió la puerta. Apoyó una mano sobre el marco y los miró con frialdad; sin haberse visto nunca antes, todos se conocían.

—¿Qué buscan?

—¿Podemos pasar? —preguntó Ash.

—Primero dígame de qué se trata.

—Nadie se ha metido en ningún lío.

—No van a entrar sin una orden de reg…

Lizzie lo interrumpió:

—Fergal, ¿verdad?

Él asintió. Algo en la actitud de ella lo había cambiado.

—Lo siento muchísimo —dijo Lizzie—, pero necesitamos entrar, de verdad.

Fergal vaciló, con el rostro tenso, como si ya hubiera adivinado de qué se trataba y quisiera encontrar una forma de evitar lo que vendría a continuación. Luego dio un paso atrás y los dejó pasar a la sala de estar. Había un penetrante olor a cannabis y en la pantalla de un enorme televisor emitían un programa antiguo de *Master Chef*.

Julie estaba sentada en el sofá junto a un perro pit bull gordo que dormía con la cabeza apoyada sobre su regazo y roncaba por lo bajo. Era delgada y fibrosa, pero con cierta elegancia. Vestía vaqueros

gastados y guantes sin dedos, y estaba envuelta en una manta escocesa. Los guantes sugerían que tenía mala circulación tras años de inyectarse droga, pero eran preciosos: con el típico dibujo de las islas Shetland en colores otoñales.

Ash le ofreció el único asiento libre a Lizzie con un movimiento del brazo, pero ella no aceptó y se arrodilló en el suelo frente a Julie. Ash se sentó a su lado.

Sobre una mesa baja de cristal se veían los artículos de primera necesidad: latas de cerveza abiertas y sin abrir, un gran cenicero de metal lleno de colillas de cigarrillos liados, un paquete gigante de papel Rizla al que le habían arrancado el cartón para hacer el filtro de porros de marihuana. Sobre la pared había una foto enmarcada de un bebé con la leyenda “Un año maravilloso”. Junto a ella, un marco plateado en forma de corazón con la imagen de Georgina enfundada en una camiseta de “Mejor madre del mundo”. Sobre el regazo sostenía a Skye, de alrededor de un año, con botas de goma y un tutú.

Ash miró rápidamente a Lizzie, pero ella lo ignoró porque Julie estaba buscando en su cara la noticia que le había traído. Sus ojos eran sorprendentemente bellos y vivaces en una cara marcada por largos años de consumo de drogas: mejillas y cuello hundido, profundas arrugas alrededor de la boca y de los ojos. Después de tantas drogas, pasión, desesperanza, peleas, arrestos, finalmente había sentado cabeza junto a un viejo perro y la televisión, con un par de porros a mano para mantener la situación en calma. Pero el desconsuelo iba a volver a entrar en su vida.

—Se trata de Georgie, ¿verdad? —dijo.

Habló con vehemencia, pero quedaba claro que lo que verdaderamente les estaba exigiendo era que refutaran su miedo más profundo.

Ni Fergal ni Julie propusieron apagar el televisor, de manera que Lizzie se vio obligada a notificarle la muerte a la madre de Georgina mientras el chef calvo comentaba el plato de uno de los participantes.

Julie no se movió, pero apretó los labios hasta que se le quedaron blancos. Luego se llevó una mano a los ojos y se inclinó hacia delante con la boca abierta. Las uñas eran las de una adolescente: pintadas de rosa con corazoncitos y purpurina. Lizzie inmediatamente pensó en Skye. Desde el televisor oyó la frase “Qué fabuloso hacer esto con una berenjena”. Fergal pasó un brazo alrededor de la espalda de Julie y se la masajeó.

—Lo siento mucho, cariño. —Julie negó con la cabeza, pero no habló. Levantó las rodillas, apoyó los pies sobre el sofá y se ajustó la manta alrededor del cuerpo.

Transcurrido alrededor de un minuto, miró a los dos agentes.

—No —dijo—, no me lo puedo creer.

Lizzie asintió. Creerlo, por lo general, era demasiado difícil. Podía llevar días, meses. La verdad tal vez nunca penetraba del todo. A ella también le estaba resultando difícil. Ante sus ojos, Julie pasaba por esos cambios, como si el dolor fuera una reacción química y cada transformación la cambiara para siempre. Ahora mostraba una expresión ceñuda y tenía la boca cerrada en un círculo tenso. Se concentró en Lizzie, como si fuera una comadrona que estaba ayudándola a dar a luz.

—¿Está segura? ¿De verdad está muerta?

Lizzie sintió la habitual tentación de mentir. Al fin y al cabo, ella tampoco quería creerlo. Decir la verdad de manera directa era una disciplina bastante sencilla, pero ¿quién no flaquearía? Ante la negación de Julie, sintió que su propia confianza en el hecho irreversible de la muerte de Georgina también se tambaleaba.

—Sí. Lo siento mucho. Es verdad.

Julie se estremeció, pero no bajó la mirada. Su boca se tensó en una mueca torcida.

—¿Y la pequeña Skye? —preguntó con voz ronca.

Lizzie se esforzó para que la voz no la abandonara.

—Ha desaparecido, Julie.

La mujer asintió, pero sin comprender.

—¿Ha desaparecido? ¿Qué significa? ¿Se la llevó él?

—No lo sabemos. El vecino dice que ella estaba con Georgina…

Julie la interrumpió.

—¿Cómo la mató?

Lizzie recordó la descripción de la inspectora: “puñaladas múltiples”. Buscó otra forma de decirlo, pero no la encontró. Intuyendo tal vez su fracaso, Ash intervino.

—Todavía no le han realizado la autopsia. Allí es cuando se establece la causa precisa de la muerte.

—Pero ¿qué se sabe?

—La información que tenemos es que fue herida con un arma blanca.

“Un arma blanca”.

Julie tardó un momento en comprenderlo y Lizzie vio cómo su cara se transformaba en una expresión de horror.

—¿La han visto?

—No.

Julie volvió a mirar a Lizzie.

—Pero ¿está completamente segura?

Lizzie recordó a Georgina, con sus pies bellos y elegantes y a Skye tendiéndole la mano en la que sostenía la pulsera hecha de gomas. La que ella aún llevaba en la muñeca. Tener que insistir con la noticia cuando a ella misma le costaba tanto entenderla le resultaba una carga

imposible de soportar. Y entonces pensó otra vez en el tribunal y en su propio impulso. "Muere, entonces". ¿Cómo había podido pensar eso? ¿Cómo había podido demostrar tan poca compasión?

—Sí, estoy segura —dijo.

Julie inspiró bruscamente y comenzó a sollozar, con la cabeza entre las manos, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Un gemido brotó de la desesperada figura envuelta en la manta.

—¡Tienen que encontrar a Skye! ¡Tienen que encontrarla!

Lizzie se inclinó hacia delante y apoyó la mano sobre la rodilla de Julie.

—La están buscando.

En la pantalla del televisor, el calvo estaba hablando a la cámara, diciendo algo sobre postres.

Julie de pronto dejó de llorar. Parecía haber perdido la razón, hasta se la veía furiosa.

—No, no. ¡No lo puedo creer!

El perro levantó la cabeza. Saltó del sofá al suelo y corrió hacia la puerta con las orejas levantadas, moviendo la cola ligeramente. Una sombra cruzó por la ventana.

—¿Esperan a alguien? —preguntó Ash en voz baja.

Se oyó llamar a la puerta. Una voz de hombre, cortés:

—Julie, ¿estás ahí, querida? Tenemos que hablar.

No había duda alguna de que era Brannon, con su actitud más encantadora. Lizzie habló en voz muy baja.

—Que nadie responda. Julie, ¿cree que él quiere hacerle daño?

Ella asintió.

—Es probable. Me odia.

Llamó otra vez.

—¿Julie?

Fergal habló en voz baja, con absoluta convicción.

—Dejémosle pasar. Lo mataré, al muy hijo de puta.

Lizzie negó con la cabeza.

—No. Lo necesitamos con vida para encontrar a Skye. Si lo dejamos entrar, habrá una pelea. Quiere hacerle daño a Julie y tiene un cuchillo. Lo peor sería darle lo que quiere.

Se oían más golpes a la puerta y el perro ladraba. Julie miró a Lizzie. Había una nota de urgencia en su voz.

—No puede dejarlo ir. Prefiero morir.

Lizzie señaló la ventana en un extremo de la sala.

—¿Puedo salir hacia la parte posterior por allí y rodear el edificio hasta volver al frente?

Julie asintió.

Lizzie se dirigió a la ventana y la abrió. Ash se unió a ella.

—Yo también iré —dijo en voz baja.

—No. Uno de nosotros tiene que quedarse con Julie y Fergal. Eres más fuerte que yo, si él entra por la fuerza. Daré la vuelta y lo vigilaré. Llama para pedir refuerzos.

Ash, paralizado por la indecisión, no respondió enseguida. Luego dijo:

—Ya ha matado antes, Lizzie.

—Solo lo vigilaré.

—No intentes arrestarlo.

—No.

Se oían gritos desde el pasillo.

—Sé que estás despierta. ¡Oigo la tele y al perro de mierda!

Alguien golpeó el techo y desde el piso superior se oyó una voz:

—¡Eh, vosotros, bajad la voz!

Fergal y Julie miraban a los dos agentes. Lizzie les hizo una seña para que fueran hasta la ventana.

Brannon habló nuevamente.

—¡Abre la puerta, puta asquerosa!

Fergal, ya junto a ellos, dijo:

—Dejémosle pasar. Puedo sujetar al cabrón ese.

Más golpes a la puerta. Lizzie negó con la cabeza y se llevó el dedo a los labios.

—Lo atraparemos, no se preocupen.

Bajó el volumen de la radio al mínimo y se la alcanzó a Ash.

—Ve a llamar desde el dormitorio…

Él cogió la radio.

—Claro.

—Te llamaré con mi móvil.

Ash la agarró del brazo con fuerza por un instante.

—No te acerques a él.

Mientras salía por la ventana, Lizzie oyó a Brannon otra vez en la puerta.

—Sé que estás despierta. ¡Abre la puta puerta!

Lizzie saltó desde el alféizar y se dobló el tobillo. El dolor agudo la distrajo por un momento. Se inclinó para masajeárselo, luego corrió a protegerse contra la pared, mientras llamaba a Ash por el móvil. Él cogió la llamada, pero ninguno de los dos habló. Lizzie mantuvo la llamada mientras se movía por el perímetro del edificio. Desde allí podía ver la salida del pasillo. Oía golpes y gritos. En los otros apartamentos se encendían luces. Por encima de la cabeza de Lizzie, alguien abrió una ventana. Ella sacó la porra del arnés y la mantuvo oculta contra el lado izquierdo del cuerpo. El corazón le latía a toda velocidad.

Se apoyó contra la pared e inspiro hondo. Tras otra andanada de golpes y gritos, oyó pasos que se acercaban y luego se alejaban. Se

asomó fuera de las sombras, miró hacia la izquierda y vio a Brannon, vestido con vaqueros y una chaqueta caqui de estilo militar. Esperó a que cruzara la zona común de césped y girara a la izquierda por la acera antes de hablar por el móvil.

—A la izquierda por la calle Simmonds.

—Entendido.

Solo cuando él estuvo fuera de su vista, Lizzie atravesó corriendo el césped y se escondió en la sombra de otro edificio. Se asomó desde detrás de la pared y lo vio desaparecer por la calle. Caminaba rápido. Lizzie volvió a guardar la porra en el arnés, salió a la acera y comenzó a hablar por teléfono.

—Sí, siento haber tardado. Voy hacia allí… no te enfades.

—Muy bien —se burló Ash—. Pareces toda una espía, querida. Oye, que no te apuñale.

Brannon iba muy por delante, llegando al final de la calle. Parecía sostener algo en la mano derecha, junto a la pierna. Giró a la derecha en una intersección y Lizzie lo perdió de vista.

—Estoy en el cruce donde se corta la calle Simmonds. Vaqueros oscuros, chaqueta caqui. Es Brannon, seguro. Puede tener un cuchillo en la mano derecha.

—Por el amor de Dios, no te acerques. Le encantaría matarte.

—No pasa nada. Ni siquiera me puede ver.

Echó a correr y luego redujo el paso al llegar al final de la calle para recuperar el ritmo de la respiración y calmarse antes de girar a la derecha.

Él iba delante, caminando con pasos rápidos. Tenía el brazo derecho tieso y a Lizzie le pareció ver el brillo plateado de una hoja de cuchillo junto a su muslo.

Habló por el teléfono:

—Te dije que no te preocuparas, mamá.

—Muy graciosa. Mencionaré ese comentario en tu funeral. Van hacia allí. Alrededor de seis minutos, dicen. ¿Estás segura de que es él?

—Segurísima. ¿Les diste la descripción?

—Sí.

—Oigo una sirena. ¡Diles que la apaguen!

—Vuelve. Ya no te necesitan.

—Ha comenzado a correr. A la izquierda en el siguiente cruce. Hay un quiosco en la esquina. Lo estoy perdiendo.

Lizzie corría a toda velocidad y al girar en la esquina, vio que él le había sacado cien metros de ventaja.

—Ya no puedo seguirlo.

Pero entonces Brannon frenó y se volvió. Debió de haberla oído correr y se dio cuenta por los pasos de que lo seguía una sola persona.

—Viene hacia mí.
—En serio, no es gracioso.
—No, de verdad.
Dejó caer el teléfono y esgrimió la porra.
—¡Atrás!
Él avanzaba con paso decidido, con el cuchillo en la mano derecha. Lizzie lo vio con claridad a la luz de una farola. Tenía una hoja lisa, de unos veinte centímetros de largo.
—¡Suelta el arma! —gritó.
A Lizzie le resultaba incomprensible lo que él le gritaba. Brannon tenía la cara tensa, los ojos muy abiertos. Ella supuso que estaría drogado, lo que le daba ese aspecto de loco y de invencible. Sostenía el cuchillo en el puño, con la hoja hacia arriba. En un instante absurdo, Lizzie recordó todo el entrenamiento sobre seguridad y lo inútil que siempre se había sentido al practicar la lucha contra alguien que tenía un cuchillo. Hasta se habían reído al respecto.
Le quedaban minutos, segundos, tal vez, antes de que él la apuñalara. Se puso detrás de una farola, intentando utilizarla como protección, mientras se esforzaba por no perder el valor. “No dejes de pensar ni de pelear”. Había visto un apuñalamiento: sangre por toda la calle. Él ya estaba cerca y, en la penumbra urbana, Lizzie vio una mancha negra en la hoja del cuchillo. Su entrenamiento le volvió a la cabeza como una respuesta para una prueba de preguntas tipo test. “Mantente fuera de su arco de alcance”. Brannon *s*e abalanzó hacia ella; Lizzie dio un paso atrás y lanzó un golpe con la porra, pero falló por completo. Había perdido la protección de la farola. Ahora ya no había nada entre ella y el cuchillo.
Él se abalanzó nuevamente hacia ella, moviendo el cuchillo hacia arriba en un barrido brutal que pasó junto al tórax de Lizzie. Pero había subestimado la velocidad de ella y, por un momento, perdió el equilibrio. Lizzie dio un paso hacia delante en diagonal y lanzó otro golpe con la porra. Soltó un gruñido que sonó como el de una tenista en Wimbledon.
El impacto le provocó dolor en la mano. Brannon no soltó el cuchillo, pero se inclinó hacia delante y sacudió la muñeca. Ella volvió a lanzar un golpe, esta vez hacia su cabeza, pero carecía de convicción para esa brutalidad y él la esquivó con facilidad. Se enderezó y dio un paso hacia ella, hablando en voz baja.
—Hija de puta.
Lizzie pensó en correr, pero él estaba demasiado cerca y no se atrevía a darle la espalda. Estaba sorda y ciega a todo lo que no fuera Brannon. Llevó la porra hacia atrás para volver a golpear, pero él saltó hacia delante, moviendo el cuchillo de izquierda a derecha, cortando el aire delante de su cuerpo.

—¿Quieres que te dé de esto, puta?

La mancha de sangre sobre el cuchillo se veía claramente. Lizzie tenía que darle un buen golpe, uno solo. Retrocedió y dijo:

—Por favor, no lo hagas.

—La pusiste en mi contra, ¿no es así? Hija de puta. ¡Hija de puta!

Se lanzó hacia delante otra vez. Lizzie retrocedió a toda velocidad y perdió el equilibrio al pisar el bordillo de la acera detrás de ella. Cayó hacia atrás y perdió el control. Sintió una punzada de dolor agudo en el sacro.

El suelo: el peor lugar para estar. Él estaba encima de ella, con los pies a ambos lados de sus caderas. En ese instante, Brannon le resultó extrañamente familiar —la cabeza redonda, los ojos claros— y de pronto el terror se apoderó de ella. Recordó todos los apuñalamientos que había presenciado. Se retorció, intentando ponerse de lado para darle una patada. Con la porra todavía en la mano derecha, buscó a tientas el aerosol de gas debajo de su axila.

Él se agachó. Lizzie se retorció y roció el gas. No podía ver nada. Arremetió violentamente, a ciegas, y sintió que la porra hacía impacto en algo. Los ojos le ardían y comenzaban a lagrimear. Sintió un golpe en el hombro, como un puñetazo. La calle se iluminó con luces de automóviles. Volvió a lanzar un golpe, pero falló. Una oleada borrosa de maravillosas luces azules y una sirena ensordecedora. Sintió otro dolor, un golpe seco en el antebrazo. Él se había vuelto y corría, las suelas borrosas de sus zapatos desaparecían por la calle. Lizzie sintió que le caía sangre por la cara.

Una sanitaria con cara ancha y trenzas con cuentas se agachó a su lado y le puso una máscara de oxígeno. Lizzie inhaló grandes bocanadas. Podía ver con más claridad, pero le chorreaba la nariz por el gas lacrimógeno. La cabeza le daba vueltas. Unas personas trabajaban sobre su cuerpo, le desgarraban la ropa. Vio envoltorios de vendas sobre el asfalto y también sangre, como tinta derramada. El pulso le latía en los oídos. Un agente de policía le apoyó la mano en el hombro. Lizzie vio la funda del arma sobre su cadera. Él se inclinó hacia ella: pelo corto canoso, cara delgada.

—¿Sabes dónde te ha herido, cielo?

Pero a ella de pronto le vino a la mente adónde podría estar yendo Brannon.

—Marley —dijo.

La sanitaria le alcanzó nuevamente la mascarilla.

—Inspira profundamente. Te levantaremos en un segundo.

—Marley —repitió ella antes de inspirar y recostarse. Le acercaron la camilla de emergencia y la levantaron. Por encima de su cabeza, oyó el ruido de la hélice del helicóptero policial que buscaba a Brannon.

Capítulo 11

En cuanto se enteró del ataque sufrido por un policía, Sarah fue en su coche directamente al hospital. La condujeron a una sala en el sexto piso, y la enfermera detrás del escritorio le señaló una habitación que contenía cuatro camas, todas con las cortinas de alrededor cerradas. Había habido un error en el informe. Tumbado en la cama no estaba el agente que ella había imaginado, sino una mujer de entre veinte y treinta años, pálida, con los ojos cerrados. En el instante en que entró en el espacio delimitado por la cortina, Sarah reconoció esa cara, pero al principio no logró identificarla. Luego, al mirar hacia la izquierda, reconoció inmediatamente al hombre que estaba sentado junto a la cama. El inspector Kieran Shaw, vestido de civil. Volvió a mirar a la mujer que dormía. Era la agente Lizzie Griffiths, por supuesto.

Shaw levantó la mirada. Al reconocer a Sarah, él también se levantó sin hacer ruido y le hizo señas para que saliera con él. En la sala de reanimación, con enfermeras que pasaban junto a ellos haciendo sus rondas, le habló en un susurro furioso.

—¿En qué mierda estaba pensando?

—¿De qué habla?

—¿Se le ocurrió hacer una evaluación de riesgos?

La miraba con dureza y desdén y Sarah recordó cómo se había burlado de ella cuando los estaba investigando a él y a Lizzie Griffiths. Sarah había registrado su domicilio y él le había llevado una taza de café y le había preguntado qué cojones le habían enseñado en la "escuela de detectives". El tipo era un matón, entre otras cosas.

—Se la encomendé al distrito y al Departamento de Información…

En el momento en que habló, comprendió que era una estupidez responderle.

—¿Acaso sabía que la madre de la víctima tenía una orden de alejamiento contra el sospechoso? ¿En algún momento se detuvo a considerar si estaba poniendo en riesgo a sus colegas? —Levantó la voz—. ¡Es una incompetente de mierda!

Una enfermera que pasaba se detuvo para mirarlos, claramente

preocupada.

Sarah sonrió para disculparse.

—Perdón por el alboroto.

Kieran no dijo nada. No era necesario: su cara expresaba perfectamente el desprecio que sentía.

La mirada de la enfermera pasó de uno a otra. Luego siguió su camino hacia las otras salas.

Sarah dijo en voz baja.

—Entiendo que esté enfadado, pero este no es el momento ni el lugar indicado.

—¡Podría haber muerto! No está capacitada para estar a cargo de la respuesta a incidentes serios. ¡Haré todo lo posible para que la imputen por negligencia en sus funciones! —Se interrumpió súbitamente y miró hacia la izquierda. Lizzie, descalza y enfundada en un camisón de hospital, estaba de pie en la puerta. Tenía el brazo y el hombro vendados.

—Lizzie —dijo Kieran, ablandándose de inmediato.

Ella parpadeó y se volvió hacia Sarah.

—Usted es la sargento Collins, ¿verdad?

En contra de su voluntad, Sarah sonrió. Era difícil ver en esta joven temblorosa a la agente a quien hacía tan poco tiempo ella había querido imputar por mala praxis.

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás?

Kieran la interrumpió.

—Déjela en paz. —Se acercó a Lizzie—. Ven, te llevaré a la cama.

Lizzie retrocedió un paso.

—Espera. —Se volvió hacia Sarah—. ¿Lo han atrapado?

—Lamentablemente, no.

—Necesito volver a echarme. Pero venga a hablar conmigo. Les mencioné en la ambulancia el nombre de alguien que podría ayudarlo a evadir a la policía.

Por fortuna no había tiempo de quedarse a discutir con Kieran Shaw. La información de Lizzie requería de acción inmediata. Sarah fue hasta las escaleras del hospital y llamó a Lee. Esperó mientras él buscaba información sobre Marley, la joven que según Lizzie había convencido a Georgina de no declarar contra Brannon. Lee le devolvió la llamada a los quince minutos. Las sospechas de Lizzie habían sido corroboradas por informes antiguos enviados a servicios sociales, que, tras averiguaciones hechas por los detectives, demostraron que Marley y Brannon eran primos y habían vivido juntos de niños.

Era una historia de terror familiar: una gran familia bajo un techo demasiado pequeño, una sucesión de novios y nacimientos, una cadena de incidentes antes de que finalmente la familia fuera separada

por orden del servicio de protección de menores. Marley y Brannon fueron puestos bajo el cuidado de la misma autoridad local antes de pasar a hogares de acogida separados.

Lee había conseguido la dirección de Marley. El equipo estaba preparando una respuesta de emergencia. Sarah debía dirigirse al punto de encuentro.

Corrió escaleras abajo y salió del hospital atravesando pasillos en los que la gente se movía bajo las luces fluorescentes. El punto de encuentro quedaba cerca: a solo unos minutos a toda velocidad hacia las afueras de la ciudad por la autopista congestionada y con la luz azul encendida.

Sarah era la que estaba más cerca y llegó la primera a la gasolinera. Esperó, aparcada a oscuras cerca del lavadero de coches y contempló el tráfico que pasaba, los conductores que se detenían a llenar el depósito en la zona iluminada para dirigirse luego al cajero, que estaba detrás de la ventanilla de pago. Muy pronto llegaron los BMW de la policía armada. También llegó una camioneta con un pastor alemán en la parte trasera. Luego el coche de Homicidios, con Lee y Fedden. Los policías formaron un círculo abierto, con Fedden en la cabecera, plantado sobre el asfalto con solidez, las piernas separadas. Lee procedió a informarles sobre la información obtenida.

—Marley no parece ser un peligro. Tuvo condenas por falsedad más que por violencia; al parecer es una experta en estafas con catálogos. Pero sus credenciales criminales son de primera: tiene contacto con la familia Young y un exnovio es miembro de la banda de los Tottenham Bloods.

Fedden comenzó a tomar decisiones. No podían acceder a las cámaras de vigilancia alrededor del apartamento de Marley porque las oficinas del ayuntamiento municipal estaban cerradas. Tras una vigilancia básica del edificio, no habían descubierto nada. Las luces estaban apagadas, las cortinas, cerradas. Lo que tenían era poco más que una corazonada. Con todo, la información obtenida sugería que Marley era la persona más cercana a Brannon. Fedden había evaluado las opciones y se había decidido por una entrada a la fuerza. No podían correr el riesgo de quedarse hablando en la puerta si Brannon se encontraba dentro, desesperado y violento, con Skye y un cuchillo.

—Es mejor pedir perdón que permiso, jefe —convino Lee, y Sarah notó que dos de los agentes armados cruzaban miradas y sonreían ante la frase trillada.

Lee volvió a hablar:

—Una vez que hayamos entrado, ¿quiere que me encargue de hablar con Marley?

Fedden sonrió.

—Gracias, pero creo que una mujer sería mejor. Vete a dormir unas

horas y regresa temprano. Sarah se encargará de Marley. Es decir, si no te molesta, Sarah.

—No, claro.

—De acuerdo, jefe. Me iré a casa en uno de los coches policiales, si le parece bien.

—Sí, por supuesto. Vuelve a las seis de la mañana, si es posible.

—No hay problema.

Lee salió del aparcamiento y fue hacia el oeste. Sarah buscó su chaleco antibalas en el maletero y se lo puso. Fedden era su copiloto y entraron en el vecindario detrás de los coches de los policías armados; se detuvieron a unos trescientos metros del edificio, fuera del ángulo de visión. Esperaron, protegidos en la sombra de una pared, a que el equipo de policías armados hiciera su trabajo.

Sarah deseó ser más hábil para la conversación trivial.

—Es un buen chico Lee —comentó Fedden.

—Sí, lo es.

Él se explayó sobre el asunto. Era un tema con el que se sentía cómodo.

—Quería quedarse, pero tuve que enviarlo a su casa. Mañana necesitaremos refuerzos.

—Así es.

—Pero me agrada que sea así. No mira el reloj. No quiere saber a qué hora volverá a su casa.

Sarah pensó en la Gorda Elaine, a la que no le quedaba otra opción que mirar el reloj y que se había ido a su casa hacía horas. Pensó también en su propia cama plegable, oculta en uno de los depósitos de Hendon, y en Daisy, que estaba con la paseadora de perros.

Oyeron los golpes y gritos de la entrada a la fuerza. El informe de situación llegó enseguida: el apartamento era seguro. Solo había una ocupante: Marley Davies. Se le había permitido llamar a su abogado.

Sarah entró en el apartamento con Fedden. Marley, con un pijama de seda violeta, estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, inclinada sobre su móvil, en el que estaba dejando un mensaje de voz furioso: "¡Llámame en cuanto oigas esto!". Sus delgados pies morenos estaban descalzos y tenía pulseras en un tobillo y anillos en los dedos. Dos agentes uniformados —una mujer asiática y un hombre blanco corpulento con barba tupida— que habían sido enviados como apoyo por el distrito para ayudar a asegurar la escena, se mantenían apartados y esperaban en la puerta de la cocina. Fedden hizo un movimiento de cabeza hacia los dos agentes y se acercó a ellos.

—Gracias por ayudarnos. —Quería que Sarah condujera la conversación con Marley para poder observar.

Sarah se quedó junto a la mesa y dejó que Marley terminara su llamada. Al pasear la mirada por la sala, vio las ganancias de las

estafas con catálogos: un televisor gigantesco, una secadora, una lavadora, una licuadora. Sobre la mesa de café delante de ella había un portátil Apple abierto, cigarrillos y un cenicero, una lata de Coca-Cola light, una mano de porcelana blanca con muchos anillos y collares en los largos dedos. Marley terminó la llamada y dejó el teléfono Samsung blanco sobre la mesa.

—Bien. Mark no está aquí, así que pueden irse ahora mismo a la mierda. Presentaré la denuncia a primera hora.

Sarah probó con una sonrisa.

—Hola, soy Sarah Collins. Soy inspectora del equipo de Homicidios. —Hizo un ademán hacia Fedden—. Jim Fedden…

Marley la miraba con la inexpresividad de alguien que aborrece a la policía desde lo más profundo de su corazón.

—¡Los vecinos lo han visto todo! ¿Qué van a pensar?

—Lo siento, pero ¿puedo hablar con usted un momento?

Marley pasó los dedos por el panel táctil del portátil y comenzó a teclear con dos dedos.

—Supongo que sí.

—Gracias. ¿Mark ha estado aquí?

—No.

Marley seguía mirando el portátil. Con movimientos cautelosos, Sarah se puso detrás de ella. En la pantalla se veía una foto del santuario improvisado de flores, ositos y velas que ella había visto antes fuera del apartamento de Georgina y Mark. Marley desplazaba la pantalla hacia arriba y leía la nota de prensa sobre la investigación. Tenía las puntas de cuatro dedos de la mano izquierda apretadas contra la boca. Volvió a su búsqueda. Escribió "Skye Brannon" en el buscador. Aparecieron varias imágenes y Marley clicó sobre una de ellas. Mostraba a un grupo de alumnos jugando fuera de Wagamama, un local de comida asiática. El periódico había puesto un círculo alrededor de la cabeza de Skye. "Desesperada búsqueda de la niña desaparecida". Marley maldijo en voz baja.

Sarah se apartó.

—Revisaremos las cámaras del edificio por la mañana. Si estuvo aquí, lo averiguaremos. Como puede ver por los artículos periodísticos, no le conviene mentir.

Marley se quedó mirándola unos segundos. Resultaba evidente que lo estaba pensando. Luego dijo:

—Sí, bueno, da igual. De acuerdo. Estuvo aquí. Apareció con Skye y el perro. Pero yo no sabía nada de… todo eso.

—¿Qué le dijo?

—Que habían discutido. Iba a quedarse en algún sitio, solo necesitaba que cuidara a Skye mientras él se organizaba. —Volvió a mirar la pantalla del portátil—. No me lo puedo creer. No puedo creer

que la haya matado. —Miró a Sarah con una especie de acusación desesperada en sus ojos, como si fuera ella, y no Brannon, la responsable de lo que había sucedido.

—¿La dejó con Skye? —preguntó Sarah—. ¿Qué pasó después?

Pero Marley había vuelto a concentrarse en el portátil; abría diferentes páginas y miraba.

—¿Qué está viendo?

—La página de Facebook de Georgie. Todo el mundo está publicando mensajes, diciendo cuánto la echan de menos.

—Le ha impresionado.

—¡Mierda, claro que me ha impresionado!

En un instante, Marley levantó el portátil y lo tiró al otro lado de la habitación. Al hacerlo, derribó la lata de Coca-Cola que estaba sobre la mesa de café. La bebida se derramó y el líquido burbujeó en el suelo. Fedden se dirigió a uno de los agentes:

—Trae un paño.

Pero Marley ya estaba de pie.

—¡No! Yo me ocupo. Es mi apartamento.

Se movió para pasar entre los agentes y Sarah vio que el policía se llevaba la mano rápidamente a las esposas. No lo culpaba. Ella misma se estaba preguntando si sería prudente dejar que Marley fuera a la cocina, donde había una costosa tabla de madera para cortar, con un juego de cuchillos de mango negro.

La mujer policía le interrumpió el paso.

—Dígame exactamente lo que quiere, dónde está y se lo traeré.

—Pero ¿qué es esta ridiculez? —Marley miró a Sarah y luego otra vez a la agente—. Ay, por el amor de Dios. Cajón superior. Paño de cocina.

La agente le alcanzó el paño. Marley habló mientras limpiaba la Coca-Cola derramada con movimientos furiosos.

—Estuvo aquí como una hora. Volvió y se llevó a los dos. Yo no sabía nada.

—Ya —dijo Sarah—. ¿Y cómo estaba Skye?

—Bien. No habló demasiado, solo vio televisión. Se la veía callada, pero Skye siempre es callada.

—¿No estaba herida?

—¿Herida? ¿Pero qué mierda se cree? Claro que no estaba herida. Si lo hubiera estado, yo habría dicho algo, ¿no? —Dejó el paño mojado en el suelo, encendió un cigarrillo e inspiró; el humo le entró en los ojos.

—¿Tiene alguna idea de dónde podría estar? ¿Con quién tiene una relación de confianza?

—No me dijo nada. Dijo que me llamaría por la mañana, cuando hubiera arreglado las cosas.

—¿Tenía coche?

Marley dejó el cigarrillo en el cenicero. Se cogió los dedos de la mano derecha con la izquierda y apretó con fuerza, como si sufriera una especie de espasmo. El humo se elevaba caracoleando desde la mesa.

—Sé que esto es difícil. Le pido que piense…

—¡Estoy pensando! —Se levantó y cogió el teléfono—. No sé qué ha sucedido, pero él no es un monstruo. Trataré de llamarlo.

Sarah se acercó y cubrió el teclado con la mano.

—Por favor, no lo haga.

Marley apartó bruscamente el teléfono.

—¿Cómo que no lo haga? ¡Es mi teléfono! ¡Mi apartamento! —Apretó el teléfono en el puño—. Yo os conozco. Lo matarán si tienen la posibilidad de hacerlo. Yo puedo lograr que se entregue.

Volvió a mirar el teléfono, se relajó y tocó la pantalla. Con un movimiento veloz, Sarah se lo quitó. La mujer policía se había adelantado por si requería ayuda, pero la velocidad de la acción de Sarah tomó a Marley por sorpresa. No hubo forcejeo. De inmediato, Sarah sacó una bolsa para pruebas del bolsillo de su chaleco y colocó el teléfono dentro. La temperatura de la sala se estaba caldeando.

—¿Qué mierda hace? Eso es ilegal…

—Lo siento. Es posible que le solicitemos que llame a Mark. Pero no ahora.

—¡Su puta madre, eso es ilegal! ¡Devuélvame ahora mismo el teléfono!

—No es ilegal. Estoy en su casa de manera legal y el teléfono puede contener pruebas de un crimen. Tratemos de trabajar juntas para encontrar a Skye.

—¡Pues ya no está de manera legal en el piso porque le estoy ordenando que SE MARCHE!

Sarah miró a Fedden para ver cómo quería manejar él el asunto. Había intentado mostrarse amable, pero les habían ordenado marcharse. Ya estaban excediendo el poder que tenían, era cierto. Fedden tomó el mando. Se volvió hacia el agente masculino.

—Por favor, arresta a la señorita Davies por ayudar a un agresor.

Marley le escupió a Sarah. La saliva dio en la chaqueta.

—¡Putos CERDOS!

El policía ya estaba listo. Se movió rápidamente con las esposas. Era un hombre macizo y Marley no era tan tonta como para querer resistirse. Gritó mientras Sarah y Fedden salían del apartamento.

—¡Quiero mi teléfono! ¡Necesito llamar a mi abogado!

Se quedaron fuera. Fedden sacó un pañuelo de papel y se lo alcanzó a Sarah para que se limpiara la chaqueta.

—No estuviste hábil al permitir que te escupiera.

—Tiene razón.

—¿Quieres que la impute por eso?

—Claro que no.

La mayoría de las luces de los apartamentos estaban apagadas, pero una mujer los miraba desde su ventana abierta. El perro policía estaba sentado pacientemente junto a su entrenador, mientras que los agentes armados recogían su equipo. El sargento repartió barras de chocolate Cadbury. Sarah aceptó una; el sargento le dijo que cogiera dos. Ella guardó la segunda en el bolsillo.

—No nos queda otra opción que detenerla —dijo Fedden—. Admite que él dejó a Skye con ella cuando fue a tratar de matar a la abuela. Tenemos que revisar el apartamento e incautar teléfonos, ordenadores.

—¿Quiere que vuelva a intentar hablar con ella? ¿Que trate de convencerla de que nos ayude por su propia voluntad? Podríamos retractarnos del arresto. Tal vez consigamos más información de ese modo.

—No tiene sentido. Está furiosa como un saco de víboras. No creo que vaya a revelar nada y no confío en una sola palabra de lo que dice. Esa chica es mentirosa como nadie. —Miró el reloj—. ¿A qué hora comenzaste tu turno esta mañana?

Sarah recordó por un instante su visita al colegio Hatchett´s por la mañana. Le parecía que había sido hacía un siglo.

—A las ocho.

—Organiza la búsqueda y vete a tu casa. Es tardísimo y para cuando hayamos terminado de revisarlo todo, descargado los datos del teléfono y la hayamos fichado, será ya de madrugada. Haré que Steve y Lee la interroguen a primera hora. ¿Puedes dejarme en Hendon?

Capítulo 12

HABÍA SIDO UN MOMENTO DE ansiedad, pero ahora había entrado en ese hueco de la noche, ese espacio en el que podía moverse con total libertad. El sueño de la gente se hallaba en su fase más profunda. Las cortinas estaban cerradas completamente en la pequeña terraza victoriana. No había luces en las ventanas. Brannon imaginaba a las personas durmiendo de espaldas, con la boca abierta o acurrucadas de lado. Parejas desparramadas en sus camas dobles. Bebés en sus cunas con el trasero apuntando al techo. Los viejos, solos, con olor a rancio. Los había observado incontables veces, saboreando el hecho de que no eran conscientes de su presencia.

Se movió con rapidez por el camino que discurría junto al parque. No había luna, pero las luces de la calle eran tan intensas que no podía ocultarse en la oscuridad. Con todo, lo único realmente malo que podía suceder era que un vehículo policial pasara por casualidad: un hombre solo, encapuchado y a esa hora de la noche, seguramente llamaría la atención. Pero esto no era el centro de Londres. Estaba convencido de que nadie lo molestaría. Estaba el asunto de Skye y Candy, a quienes había dejado encerradas en el maletero del coche, cerrado y aparcado a pocos metros del parque. Ya había tenido que hacerlo una vez, cuando utilizó el teléfono público de la estación de tren, y aunque no se había retrasado, a Skye no le había gustado el encierro. Las enormes puertas eran de estilo victoriano, tal vez de dos metros y medio, de hierro fundido y puntas decorativas doradas. Para una persona común y corriente, resultarían intimidatorias, pero la verdad es que entrar en el parque sería sencillísimo. Lo más increíble —lo gracioso, en realidad— era que la reja medía un tercio de la altura de la puerta y era muy fácil de escalar. Puerta elegante: reja de mierda. ¿Cuántas veces lo había visto ya?

Decidió el recorrido mientras caminaba con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, como alguien que va de camino a su casa. La parte inferior de la reja, que tenía una cenefa decorativa, serviría para apoyar el pie. Luego, muy útil, el armazón metálico que sostenía el letrero con los horarios del parque. Otro punto de apoyo, el adorno en

la parte superior. La clave radicaba en traspasarla con el mínimo esfuerzo. Con movimientos fluidos y sin mirar atrás, trepó: pie derecho en la base, mano derecha en el soporte, pie izquierdo sobre el soporte superior, mano derecha en el adorno más alto; tuvo un momento de inestabilidad al colocar ambos pies sobre el adorno superior y antes de poder pasar el pie hacia el otro lado. Saltó al suelo y echó a correr por el parque. Ni siquiera se había quedado sin aliento.

Allí todo era más oscuro, y le sobrevino su acostumbrada oleada de euforia. Era un cazador, más eficiente por la noche. Prefería siempre los parques oscuros y cerrados al público: los caminos vacíos, la oscuridad, los estanques silenciosos. Trepó por la cerca de madera sin dificultad y cruzó por el pequeño jardín. No había luces. Llevaba un cuchillo en la parte trasera del cinturón. Tenía el cepillo del pelo de Skye y un par de llaves maestras en el bolsillo. La puerta que daba al jardín tenía una cerradura del tipo Yale. Introdujo una de las llaves y le dio unos pequeños golpes con el cepillo. El primer intento falló, pero en el segundo, el golpe y el giro fueron los correctos; sintió que la cerradura giraba y empujó la puerta en ese mismo momento, disfrutando de la sincronización.

Entró en la sala de estar e inspiró el silencio del apartamento, tratando de intuir si había alguien allí. Luego se dirigió al pasillo. Había un solo dormitorio cuya puerta estaba entreabierta. Se asomó y vio que la cama doble estaba sin hacer, pero vacía. Sábanas blancas. Y un detalle inusual: un osito de peluche. ¿Quién lo hubiera imaginado en ella? Era de pelo gris duro y le faltaba un ojo. Bueno, él no estaba para esas cosas. Lo cogió. Por el pasillo a la izquierda había un baño. Le agradaba todo esto, la intimidad de un hogar del que se había apoderado. Nunca había sido uno de esos hombres que tiemblan, que temen cagarse encima, que lo estropean todo, que se cortan con un cristal u olvidan colocarse guantes. Siempre se había sentido en su elemento en casas ajenas de noche. Sintió deseos de dominar el lugar, explorarlo, revolver las pertenencias, pero sería comportarse como un aficionado. Además, ya tendría tiempo de hacerlo más tarde.

Con el osito en la mano, abrió la puerta de entrada y echó un vistazo hacia a la calle. El coche de Lizzie estaba aparcado allí, oscuro y sin vida. Entornó la puerta y colocó uno de los zapatos que encontró en el pasillo para que no se cerrara del todo. Recorrió el apartamento, tiró el osito en el cubo de basura de la cocina y lo empujó hacia el fondo. Se lavó las manos y se las secó con un paño de cocina. Luego volvió al jardín. Advirtió que el tiempo corría. Las personas comenzarían a despertarse. Se encenderían las luces, se abrirían las puertas. Pasados unos minutos ya estaba de vuelta en su coche y había colocado a Skye en el asiento del copiloto. Estaba dormida y se

frotaba los ojos.

—Siento mucho hacerte esto, mi amor. Pero no puedo arriesgarme. Dentro de unos minutos estaremos en un lugar cómodo y precioso. Te dejaré dormir con Candy si quieres.

Capítulo 13

Jueves 17 de julio de 2014

SARAH DEJÓ QUE EL AGUA caliente le cayera como la lluvia sobre la cabeza. Había llegado a su casa casi a las tres de la mañana. Podría haber dormido en la oficina, pero había preferido hacerlo en su propia cama. No vería a Daisy durante días. La perra probablemente pensara que la señora Edwards era su dueña. Cumplió con las rutinas básicas —lavarse los dientes, maquillarse, tomar un café rápido— y, al cabo de veinte minutos, ya estaba en camino a Hendon, donde llegó a las siete y media.

La oficina estaba llena de detectives y había mucho bullicio. Todos estaban ocupados, revisando y coordinando la búsqueda de Skye. Los que hablaban, lo hacían en voz baja. La mayoría estaban bien vestidos —detectives de Homicidios, la cara pública de la Policía Metropolitana—, pero también había un grupo menos numeroso de la secreta, la mayoría en vaqueros. Lee obviamente se había considerado como uno de ellos ese día: en lugar de traje vestía una gastada camiseta de Los Pollos Hermanos y vaqueros. En los hombros llevaba el arnés para operaciones encubiertas.

—¿Ya te vas? —preguntó ella.

—No, en realidad acabo de llegar.

—¿Has estado interrogando a Marley con Steve?

—Sí. ¡Qué bien lo hace!

—Sí, es muy bueno. —Sarah miró a Lee y frunció la cara en una mueca falsa de dolor—. No llevas el atuendo adecuado para el trabajo, ¿puede ser?

Él sonrió.

—Sí. Pensé que tendría que rellenar formularios. ¿Crees que al jefe le molestará?

—Supongo que no. —Sarah sonrió—. ¿Y bien? ¿Marley reveló algo?

—Nada. Tenemos preparada una declaración: Brannon estuvo en su

casa, pero ella no tenía ni idea de que lo buscaba la policía. Luego empezó con “Sin comentarios”. No dijo absolutamente nada, ni siquiera extraoficialmente. El jefe la liberó bajo fianza y le puso vigilancia. Le devolvió el teléfono; tiene esperanzas de que Brannon la llame.

Se hizo un silencio incómodo. A pesar de sus esfuerzos por interactuar, habían llegado al final de la conversación de trabajo. Lee dijo:

—¿Quieres desayunar?

La invitación le hizo sonreír a Sarah. Probablemente iría a una de esas cafeterías baratas con los muchachos. Sin duda lo que menos deseaba era que ella se les uniera. Era muy amable en invitarla y tuvo un atisbo de lo que a Fedden le agradaba tanto de él. Era uno de ellos: algo engreído, tal vez, pero nada rencoroso.

—Gracias, pero no puedo. Acabo de llegar. Tengo que ponerme al día.

Se alejó por el pasillo. Lamentaba no haberlo hecho mejor con Marley la noche anterior. Con todo, si Steve tampoco había podido sacarle nada… La puerta del despacho de Fedden estaba cerrada, pero por el cristal vio que estaba hablando con Steve en ese mismo momento. Llamó a la puerta y Fedden asintió.

Cuando ella abrió, Fedden dijo:

—Estoy ocupado en este momento, Sarah, pero ven a verme dentro de media hora. Te haré una llamada perdida cuando esté listo para que vengas. La identificación del cuerpo se llevará a cabo en un par de horas; ¿puedes supervisarla?

—Por supuesto.

Recorrió la corta distancia hasta su oficina. Brannon estaba conectado con la familia Young. Steve manejaba confidentes, entre otras cosas, y seguramente estaba intentando que hablaran con la policía. De las conversaciones sobre ese arte tan oscuro, siempre se revelaba lo estrictamente necesario.

Sobre su escritorio se apilaban informes y la bandeja de entrada estaba llena de noticias de última hora. Parte del equipo se había quedado trabajando en el asesinato durante la noche. La operación ya tenía un nombre: Woodhall. Agradeció haberse comprado esa máquina de café.

Un correo electrónico de Elaine la ponía al tanto de las novedades sobre el caso Egremont. Había conseguido la antigua dirección de Stephenson a través del instituto y había localizado al dueño del apartamento a través del registro de la propiedad: un buen trabajo. El propietario recordaba bien a Stephenson, al parecer porque había sido un inquilino pesadísimo. Siempre se quejaba, nada le venía bien, siempre exigía algo: ventanas nuevas, una cocina mejor, un espacio

reservado en la calle para su coche, por el amor de Dios. Un detalle lo resumía todo: cuando Stephenson se mudó, el dueño descubrió que, sin pedir permiso, había quitado la moqueta y había pulido el piso de madera. Y la moqueta era de las caras, una Axminster, verde claro con flores. El dueño le descontó el coste de la fianza. A Stephenson no le gustó, pero ¿qué podía decir? ¡Nada, claro! Elaine no agregó más comentarios, pero la sugerencia de que eso podía resultar interesante estaba implícita, y Sarah estaba de acuerdo. Aun así, pensó mientras le enviaba un mensaje de agradecimiento a Elaine, en sí mismo no significaba nada.

No era momento de pensar en el caso Egremont. Cogió su café y concentró su atención en Brannon.

El equipo había estado revisando las cámaras de seguridad y Sarah leyó el informe. Las capturas de pantalla del edificio de Brannon lo mostraban saliendo con Skye y el perro después del asesinato. Brannon aparecía de perfil: un hombre bajo con cabeza redonda, rapada, vaqueros oscuros y una chaqueta caqui de estilo militar. En la espalda llevaba una bolsa de lona, y una bandolera a la altura de la cadera. Skye iba a su izquierda, y él la sujetaba de la mano con fuerza: pelo rubio peinado con dos trenzas, plumífero color marfil con capucha forrada en piel, mallas verde lima y zapatillas brillantes. El perro trotaba junto a ellos, con la pata delantera vendada; Brannon sujetaba la correa con la mano derecha.

Las imágenes eran excelentes: la ropa era sumamente particular y la combinación de hombre, perro y niña, muy específica. Pero no eran algo inamovible. Brannon podía no volver a aparecer con el perro ni con la niña. Sin Skye y sin el perro era mucho menos reconocible. Seguramente, también tendría ropa diferente en las bolsas. Aun así, pronto su cara aparecería publicada en todos lados. Alguien lo vería, sin duda.

Se había puesto a inspeccionar los datos descargados del teléfono de Georgina cuando sonó su móvil una sola vez. Recorrió el pasillo otra vez hacia el despacho de Fedden.

Lo encontró concentrado, con la cabeza gacha, sin corbata, con las gafas puestas, leyendo papeles. Tenía muchas servilletas de papel sobre el escritorio y varias de ellas las había arrugado y tirado sobre la moqueta.

—Sí, pasa, cierra la puerta.

Se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. Se secó la frente con una servilleta, hizo una bola con ella y la arrojó al suelo. Miró a Sarah, y una expresión de exasperación cruzó por su cara.

—Esta mañana temprano recibí una llamada del inspector Kieran Shaw. No le gustó nada que enviaras agentes al domicilio de la madre de Georgina sin hacer una evaluación de riesgos completa. Dijo que

los pusiste en peligro.
Hubo una pausa.
—¿Puedo sentarme? —preguntó Sarah.
—Claro que puedes. ¿Por qué lo preguntas? ¡Esto no es la academia de formación!
Fedden se pasó la mano por la cara y Sarah se preguntó cuánto habría dormido.
Se sentó. No era el momento de explicar por qué Kieran podía estar tan interesado en quejarse de ella. Sin embargo, se acordaba muy bien de cuando esperaba en el coche, fuera de la casa de él, a que se llevara a cabo el registro. Su mujer daba vueltas por la casa; por un instante, se había acercado a la ventana y la había mirado. Era delgada, con pelo oscuro y largo. Cuando Shaw había llegado a su casa en el Land Rover, la hija había salido descalza a saludarlo. Él la había levantado en brazos y la había llevado dentro. Una postal idílica estropeada solamente por el hecho de que Shaw mantenía una relación con Lizzie Griffiths. Instantes más tarde, Shaw había salido y se había burlado de ella sobre la inutilidad de registrar su casa. “Si yo tuviera algo, a estas alturas ya no estaría aquí”. Le había dado una taza de café y le había dicho que la dejara junto al coche cuando hubiera terminado. Pero detrás del sarcasmo había ira real. Por supuesto que se había negado a que ella registrara su casa, a que llevara la investigación a su núcleo familiar, poniendo en riesgo su matrimonio, tal vez, si su relación con Lizzie Griffiths salía a la luz. Se sentiría feliz de darle vuelta la situación ahora. Sarah no lo subestimaba; como enemigo, podía ser muy poderoso. Recordó cómo se había enfrentado a ella cada vez que le había preguntado algo.
—Quiero la información básica —dijo Fedden—. ¿Por qué le pediste a la policía del distrito que hiciera la notificación en lugar de que lo hiciéramos nosotros?
—Fue una decisión basada en mi propio juicio. Debido a la naturaleza pública de la escena del crimen y a que la niña estaba desaparecida, pensé que era probable que la investigación apareciera enseguida en las redes sociales y en la prensa londinense. No quería que ellos llegaran a los familiares antes que nosotros, así que decidí solicitarle al Departamento de Investigaciones Criminales local que informara de la muerte.
Fedden asintió, pero parecía enfadado.
—Bien, suena razonable.
—Gracias. —Todavía no había terminado. Siguió hablando, eligiendo las palabras con precisión—: Le solicité a la policía local y a la Oficina de Información que realizaran una evaluación de riesgos sobre el domicilio y sus ocupantes. Está escrito en mi libro de decisiones y lo confirma una transmisión por radio. Le enviaré la

referencia por correo electrónico.

Él agitó las manos, como si ella estuviera haciendo una montaña de un grano de arena.

—No es necesario. —Pero Sarah no se dejó engañar. Estaba decidida a dejar claro que la queja de Shaw no tenía fundamento alguno.

—No es ningún problema. La referencia está en mis notas. La revisé anoche antes de dejar el turno. Resulta que la orden judicial que prohibía a Brannon presentarse en el piso no había sido introducida en la base de datos de la Policía Nacional. Lamentablemente, no vieron el riesgo, pero eso ya no depende de mí.

El inspector jefe golpeó el escritorio con el boli un par de veces.

—Bien. Entonces estamos cubiertos. —Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. De todas maneras, no hay una denuncia formal. —Seguía sin parecer satisfecho. Apoyó las manos abiertas sobre el escritorio—. Una última cosa y luego nos pondremos a trabajar. Lamento tener que mencionar esto, pero anoche no tuve oportunidad…

Sarah sintió que se le tensaba la cara.

—¿Sí?

—¿Por qué no estuviste en la oficina ayer al empezar tu guardia?

Sarah se lo pensó un momento antes de responder. Lo mejor parecía ser no echarse atrás.

—Tenía una pista sobre la Operación Egremont y me tomó más tiempo de lo que pensé. Pero me dirigí directamente al escenario del crimen. Llegué al mismo tiempo que los demás.

Fedden levantó el mentón y miró el techo durante un segundo. Con el cuerpo ancho, sudoroso, las piernas abiertas y las manos pequeñas apoyadas sobre el escritorio, se parecía mucho a un sapo astuto. Pero también a uno malhumorado.

—Sarah…

—No volverá a suceder.

Él sonrió, esforzándose para dominar su mal humor.

—Puede que estemos avanzando con el caso Egremont. Me alegro de que lo hayas aceptado. Se dice por allí que si hay alguien que puede llegar a algún lado, eres tú.

Sarah también se estaba impacientando. Ella tampoco había dormido mucho y ya no estaba en la escuela primaria. Ya era hora de terminar con tanto disparate.

—Gracias.

—Eres como yo. Quieres resultados.

“Como yo”. Como cumplido, era revelador. De todas maneras, no era como él, cosa que sin duda les quedaba clara a ambos.

—Pero no quiero que olvides lo que dije sobre que el capitán del

barco soy yo.

Ella trató de sonreír y tranquilizarlo con tono desenfadado, pero supuso que su lenguaje corporal era tan poco convincente como el de él.

—No hay problema, lo comprendo. Estuve mal. No volverá a suceder.

—Gracias. No pensé que tuviera que explicártelo. —Asintió, pero sin calidez. Sarah recordó la noche anterior: habían trabajado bien juntos. Pero esa mañana era como si otra vez él no pudiera decidir si ella era algo bueno o no.

—De acuerdo entonces; bien: Operación Woodhall. Nos reuniremos después de que identifiquen el cadáver de Georgina; quiero juntar a todos en la oficina para intercambiar información. ¿Puedes volver aquí directamente desde la morgue?

—Por supuesto. —Se puso de pie—. ¿Quién es el enlace con la familia de Julie?

—Ay, mierda, sí, sabía que había algo más que tenía que decirte.

Capítulo 14

OJOS, LABIOS, MANOS: EL MISMO acto, y sin embargo… Un dolor cuando se movía, el cuello rígido. Dolor en el antebrazo donde la habían apuñalado, y en el hombro. Una laceración en la palma de la mano. Tenían que moverse con cuidado, y en esa cautela, ella descubrió algo distinto. Sintió la piel de él, su sabor. Se sentía casi avergonzada de lo consciente que era de él, del momento en el que la penetró. Luego, como sobrecogido por el acto, él terminó en una oleada repentina. La besó, sonrió y dijo “Disculpa”. Ella casi sentía pesar también ante ese cuidado por parte de él, su inesperada vulnerabilidad, el temor ante la dirección que tomaba la relación. Él movió la mano hacia abajo para acariciarla.

Despertó con el sonido del agua de la ducha. Se inclinó con movimientos rígidos hacia la mesilla de noche y se tomó dos de los calmantes que le habían recetado.

Kieran entró en el dormitorio y comenzó a vestirse.

—Espero que presentes una queja formal contra esa Sarah Collins. —Revolvió los cajones buscando ropa.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —dijo él, mientras se ponía los vaqueros —. Ahora la situación se ha invertido.

Ella se cubrió hasta los hombros con el edredón.

—No me molestes con eso ahora.

Él se abrochó el cinturón.

—De acuerdo. Lo dejaremos por el momento.

Se acercó y la besó en la mejilla.

—Puedes quedarte aquí hoy si quieres.

—No, iré a trabajar.

—¿Estás loca?

—Ay, basta ya, Kieran.

Rodó hacia el otro lado y se cubrió la cabeza con el edredón. Cerró los ojos y dormitó. Luego, sintió los sonidos y olores de la cocina. Tostadas, tocino, café. Él asomó la cabeza por la puerta.

—Está listo el desayuno si te apetece. A propósito, has salido en los

periódicos. La Policía Metropolitana no ha revelado tu nombre, pero deberías llamar a tu madre, por si acaso.

Lizzie seguía acostada, pensando en Georgina, esforzándose por comprender que estaba muerta. La veía saliendo del tribunal con su pequeña familia. Brannon levantando a la pequeña Skye en brazos y abrazándola con fuerza. Lizzie no lo entendía, había dicho Georgina. No sabía lo cariñoso que podía ser Mark. "Solo se pone así cuando está borracho". Allí, en la sala de espera del tribunal, Lizzie había visto a ese Brannon cariñoso. Había dejado a la pequeña Skye en el suelo, le había hecho cosquillas en la tripa y Skye había protestado, retorciéndose de alegría ante la broma de su padre. "¡Papá!". Pero Georgina —en sus recuerdos, al menos— no parecía tan feliz. Había esquivado la mirada de Lizzie.

Kieran gritaba algo. Oyó la mitad.

—¿… te planche una camisa?

Lizzie cogió su iPhone roto, que estaba junto a la cama. Se le había caído en la calle y la pantalla se había rajado. Se puso una camiseta y unos pantalones y se dirigió, descalza, al pequeño rincón que era la cocina. Sobre la mesa la esperaban una taza de café y unas tostadas. Kieran estaba de espaldas, sirviendo el desayuno en platos.

—¿Quieres que te planche una camisa? Si es que vas a ir a trabajar, claro.

Lizzie dirigió una mirada a su bolsa de ropa, que estaba sobre el sofá. Kieran la recogido de la comisaría de camino al hospital. Dentro había un par de camisas, unos pantalones, ropa interior. Su maquillaje. Se dio cuenta de que había caído en una rutina.

—Si no te molesta…

—No es el planchado lo que me molesta.

Lizzie se sentó a la mesa y mordió la tostada. Kieran colocó delante de ella un plato de huevos revueltos con jugosos champiñones. Se sentó del otro lado de la mesa. En su plato había panceta, champiñones, tomates, huevos.

—Estás loca si piensas ir. No estás en condiciones de prestar servicio.

Lizzie pinchó un champiñón y lo colocó sobre la tostada.

—Está delicioso. Gracias.

—¿Qué narices estabas pensando anoche? Tienes demasiada experiencia como para correr tanto riesgo.

Ella tomó un sorbo de café y puso los ojos en blanco.

—Mmmm, qué delicia.

—En serio. Eres una idiota, Lizzie.

Ella se encogió de hombros. Kieran insistió:

—Quiero saber qué te pasaba por la cabeza. Perseguir a un loco con un cuchillo.

Lizzie revisó el teléfono. Tenía un mensaje de texto de Ash.

Buenos días, desquiciada. ¿Estás en condiciones de trabajar? Diría que no, ¿verdad? Avísame.

Lizzie escribió:

Llegaré en una hora.

—Soy demasiado mayor para tener que esperar a que dejes de mirar el teléfono —dijo Kieran.

El teléfono de Lizzie volvió a vibrar, pero ella lo dejó.

—¿Entonces? —dijo Kieran.

Ella lo miró con cierto enfado.

—No pensé que fuera peligroso.

Kieran se rio y esbozó una sonrisa ancha de incredulidad.

—¿En serio?

—La madre de la víctima estaba allí. No podía dejar que él escapara.

—¿Por qué? Siempre vuelven.

Recordó a Brannon llamando a la puerta y la expresión en los ojos de Julie.

Kieran puso huevo sobre su tostada y le dio un buen mordisco. Habló con la boca llena:

—¿Fue por la niña? —Miró a Lizzie y torció la boca hacia la izquierda como para considerar su estado de ánimo—. Porque no valía la pena correr ese riesgo, ni siquiera por una niña. Mira cómo ha terminado. No ha cambiado nada.

Dijera lo que dijera Kieran, ella no iba a discutir. Los calmantes habían hecho efecto y se sentía un poco mejor. No iba a dejarse enredar en eso.

Miró el teléfono. Ash, otra vez.

Si piensas venir, entonces a) estás loca y b) el mandamás quiere verte así que ponte algo sexy.

Lizzie sonrió y respondió: □

—Lizzie, ¿vas a responderme?

Su voz era insistente. Lizzie habló con aspereza:

—Ay, Kieran, ¡¿puedes dejarme en paz?!

Dejó el teléfono, apoyó la frente sobre las manos por un momento antes de seguir con el desayuno. El teléfono volvió a zumbar con una respuesta de Ash. Lo miró.

Yo también te quiero.

Le envió un corazón, apoyó el teléfono en la mesa y siguió comiendo.

Kieran dejó los cubiertos en el plato.

—Perdóname. Esa llamada de anoche diciendo que te habían herido fue terrible.

Ella pinchó otro champiñón y se lo comió. Kieran insistió:

—Lo que hiciste fue una locura. Necesito saber que no volverás a hacer una cosa así. —Al ver que no respondía, prosiguió—: ¿Tuvo algo que ver con Hadley?

Ella negó con la cabeza y bebió un sorbo de café.

—Dime que no estabas tratando de enmendar errores del pasado. Eso es lo que me preocupa.

Ella no respondió.

—Porque no tienes que hacerlo. No cometiste ningún error. Esas muertes no sucedieron por tu culpa.

Lizzie apartó el plato.

—No tuvo nada que ver con aquello.

Comenzó a recoger los platos y a meterlos en el lavavajillas. Kieran se puso de pie, se puso detrás de ella y le pasó los brazos alrededor del pecho. Le besó el cuello. Lizzie se liberó y siguió quitando la mesa.

—Déjalo —dijo él—. Lo haré yo.

Ella se volvió para ir hacia el baño, hizo una pausa y luego dijo con tono desenfadado:

—Simplemente me gusta jugar al pilla-pilla. Solo fue eso. Siempre me ha gustado jugar al pilla-pilla.

Lizzie había logrado cubrir el vendaje del brazo con la camisa que Kieran le había planchado. Aun así, la noticia sobre su pelea con Brannon se había difundido y cuando entró en la oficina hubo una ronda de aplausos y se oyeron risas. Fue a sentarse frente a Ash, pero él la detuvo.

—Ni te molestes en encender el ordenador. Sube directamente a ver a King Kong al tercer piso.

Ella sonrió.

—Gracias.

—No me agradezcas. Estoy de pésimo humor. ¿A quién mierda le voy a dar hoy los informes de los crímenes?

Ella abrió el último cajón de su escritorio y sacó un par de zapatos formales.

Ash sonrió.

—Me alegra que sigas mi consejo sobre ponerte sexy.

Lizzie los levantó y los miró con aire escéptico.

—¿Sexy? —Se calzó—. Necesito hacer una llamada rápida. ¿Crees que puedo usar la oficina de la jefa?

—Yo no lo haría. Anda por allí. Podrías terminar teniendo que hablar con ella. —Hizo un ademán hacia una pequeña sala en un

extremo del piso—. Ese sitio me es muy útil. Si atraviesas los abrigos que cuelgan al fondo, tal vez aparezcas en Narnia.

El lugar estaba lleno de carpetas de archivos, gavetas de plástico con bolsas de pruebas y chalecos policiales abandonados. También había una bicicleta plegable y, algo extraño, una silla infantil para el coche.

Lizzie llamó a su hermana, Natalie.

—Hola, Natty. ¿Cómo están los chicos?

Natalie le contó las cosas habituales. Seb se había caído de un columpio. Su esposo trabajaba demasiado. Habían conseguido billetes baratos para Barcelona y ella había encontrado una fantástica casa sobre una colina, con piscina propia. No era demasiado cara porque había sido en el último momento. Lizzie miró el reloj y le dio a su hermana cinco minutos sin interrupción.

—Oye, Natty, te llamaba porque quería ver si podías telefonear a mamá. Anoche hubo un incidente y no quiero que se entere por los periódicos. Lo mejor sería que hablaras con ella antes. No es nada serio.

El comandante del distrito, el comisario en jefe Trask, tenía un amplio despacho en la planta más alta. Allí había poco ruido y la moqueta estaba verdaderamente limpia. Su asistente tenía una oficina contigua, y había una pequeña sala de espera con varios cuadros enmarcados en la pared: una inscripción hebrea de una sinagoga local pintada a mano, una foto de algunos policías delante de un castillo, un escudo. La puerta del comandante estaba abierta y él la llamó de inmediato.

—Adelante, Lizzie, pasa.

—Señor.

Cuando ella entró, Trask se puso de pie y Lizzie comprendió por qué Ash lo había llamado King Kong. Era realmente un gorila: medía más de un metro noventa y tenía un tórax poderoso. Aunque ya estaba cerca de jubilarse, sería un adversario intimidante en una pelea. Vestía un traje holgado.

Detrás de él, sobre la pared, había una foto de su familia: un hijo alto y una hija, ambos con togas académicas. En una vitrina se veían recuerdos de fuerzas policiales extranjeras, reconocimientos enmarcados, artículos de periódicos y fotos de los distintos equipos con los que había trabajado. Sobre el escritorio tenía una radio policial y una taza del Equipo de Respuesta Inmediata.

—Siéntate.

—Gracias.

—No estés tan nerviosa. No muerdo.

Él también se sentó y abrió las manos sobre el escritorio. Eran manos grandes. La miró con ojos que transmitían efectivamente su

personalidad laboral: años de buen servicio, muchos casos difíciles, ordenado, con carácter. “Soy alguien con quien quieres trabajar”.

—Te estarás preguntando por qué estás aquí.

Ella esquivó la pregunta.

—¿Señor?

—Brannon.

—Sí, señor.

—¿Crees que lo heriste?

—Es posible. Lo golpeé con fuerza.

Hubo una pausa. Luego Trask esbozó una sonrisa ancha, que casi terminó en risa.

—Bien hecho, entonces.

Lizzie no pudo contenerse e hizo una curiosa mueca en la que frunció el ceño y sonrió a la vez.

—Gracias, señor.

Otra pausa. El comandante del distrito ladeó ligeramente la cabeza hacia la izquierda. Le daba un aire que contrastaba con su aspecto de tipo duro. Evidentemente, también era un gorila inteligente.

—Cuando digo bien hecho, ¿comprendes a qué me refiero?

—Creo que sí, señor.

—Quiero decir, bien hecho por intentar que Brannon fuera detenido lícitamente y bien hecho por defenderte de manera efectiva y proporcionada.

—Por supuesto, señor. Es precisamente lo que entendí.

Él pensó en la respuesta de ella con un destello risueño en los ojos. La sonrisa se le trasladó a la boca. Resultaba evidente que no se podía contener.

—Y si de paso le rompiste la muñeca, es un plus.

A su pesar, Lizzie se echó a reír. Él también se rio.

—En los buenos viejos tiempos —dijo reclinándose contra el respaldo y abriendo los brazos—, te habría ofrecido un trago. Ahora no es posible, por supuesto. —Se puso de pie y le tendió la mano por encima del escritorio. Era una mano cálida y firme y él apoyó su otra mano sobre la primera, encerrando la de Lizzie entre las suyas—. Muy valiente, Lizzie.

—Gracias, señor.

—¿Tú estás bien? ¿Los puntos y todo eso? ¿Estás en condiciones de trabajar?

—Sí, señor.

Él asintió.

—Bien. De la vieja escuela. Eso me gusta.

Lizzie se encogió de hombros.

—No sé si tanto.

Ambos volvieron a sentarse.

—Bien —dijo él, sin lograr mitigar su presencia y transformarla en la de un hombre detrás de un escritorio—. Tenemos que ocuparnos de las cosas prácticas. He leído el informe del crimen cometido por Brannon y queda claro que hiciste todo lo posible. Siempre hay una revisión cuando se trata de un asesinato de género, pero no veo ningún problema con tu conducta. Yo también soy de la vieja escuela. Puedes estar segura de que te apoyaré hasta las últimas consecuencias. En cuanto a lo sucedido anoche…, fue defensa propia, sin ninguna duda. No obstante, hoy en día nunca se sabe. Algún cretino con peluca podría decidir ir a por ti. Si tienes alguna pregunta, quiero que vengas a verme personalmente. No seas tímida. —Escribió algo en un papel —. Aquí tienes mi móvil.

—Gracias.

—De día o de noche.

—Sí, señor. Gracias.

—El equipo de Incidentes Graves necesitará que declares ante el tribunal, pero para eso falta mucho.

—Por supuesto. —Se movió para levantarse.

—Una última cosa.

—Sí, señor.

Él esperó. Ella volvió a sentarse.

—La madre de Georgina Teel, ¿Julie? Te está muy agradecida. Dice que siente que puede confiar en ti después de lo que has hecho. Quiere que la ayudes con todo el asunto de identificar el cuerpo. El inspector jefe de allí quiere sumarte a su equipo, pero yo no estoy tan seguro. Quiero que seas sincera. ¿Piensas que puedes con eso? Tendrás que correr. Van a llevar a cabo la identificación en aproximadamente una hora.

Capítulo 15

SARAH VOLVIÓ A DEJAR SOBRE el escritorio los papeles que estaba leyendo. Lloviznaba sobre el patio de armas que se veía desde la ventana de su oficina. Se puso la chaqueta y bajó por las escaleras. Protegida por el edificio, encendió un cigarrillo y observó cómo los nuevos reclutas marchaban bajo la lluvia. Serían unos de los últimos en pisar ese suelo.

Los senderos cubiertos que serpenteaban alrededor del patio de armas como si fuera un campus universitario, el gimnasio frío y lleno de ecos donde Sarah había hecho la prueba de aptitud física y había practicado la técnica de esposado más veces de las que podía recordar, la cantina acristalada donde se reunían las brigadas cuando había operaciones: dentro de un año, todo eso desaparecería, demolido y reemplazado por una visión más compacta de la policía para los ocho millones de habitantes de Londres.

La lluvia cesó. Sarah apagó el cigarrillo y caminó a lo largo del patio, por la pista de conducción en desuso y luego por las canchas de deportes a su derecha.

Necesitaba aclararse las ideas antes de asistir al reconocimiento del cuerpo por parte de los familiares. No podía creerse que fuera Lizzie la agente de enlace con la familia.

Fedden se lo había explicado en su despacho.

—Sí, la agente local que trató de arrestar a Brannon. Le causo muy buena impresión a la familia… y a mí también, debo decir. Su comandante se lo pedirá esta mañana. No creo que vaya a negarse. —Bajó la mirada hacia sus notas—. La agente Lizzie Griffiths. Está haciendo las prácticas para detective y es muy nueva en el servicio.

Sarah había cerrado los ojos de manera involuntaria. Fedden seguía hablando.

—Muy valiente, muy valiente, la verdad. Causó una muy buena impresión en la madre…

Sarah lo interrumpió.

—Jim.

Él frunció el ceño.

—¿Sí?

—Lizzie Griffiths. Es la agente a la que investigué. Por las muertes de la Torre Portland.

—Mierda.

Hizo una pausa mientras pensaba.

—Bien, no veo ningún problema, la verdad. No encontraron ningún tipo de negligencia. No existe inconveniente. Ambas tenéis que comportaros con profesionalidad.

Comportarse con profesionalidad. ¿Acaso había detectado la insinuación de que tal vez ella no lo hacía? ¿O estaría paranoica? Últimamente no se daba cuenta de cuándo algo era real y cuándo era una obsesión. Por supuesto, Fedden no había querido profundizar en el asunto, no había querido sumar dos más dos respecto de la queja de Kieran Shaw. Después de todo, tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Por su parte, Sarah no había podido decir que más allá de cualquier otro asunto, para ella era difícil —desde un punto de vista personal— trabajar con Lizzie Griffiths. Pero parecería una debilidad si decía que no podía hacerlo. Ni siquiera había podido mostrar su temple aún ante el inspector jefe Fedden.

Delante de ella, los edificios grises para estudiantes se elevaban hacia un cielo cubierto. Recordó las camas estrechas, los colchones finos, la ventana que daba a la línea del metro. Muy pronto esos edificios desaparecerían también, demolidos en una nube de polvo y ladrillos. En su imaginación vio los edificios propuestos para el futuro: los árboles dibujados por el arquitecto, las figuras felices en los patios, un desarrollo urbano que podía quitarse de allí y trasladarse a cualquier ciudad moderna. La Policía Metropolitana se estaba contrayendo, adaptando, vendiendo lo que tenía de valor y empaquetando reliquias como las normas de regimientos extintos que ahora colgaban, abandonadas, en cafeterías desconocidas. Se sorprendió ante la tristeza que le producía todo eso.

Concentró sus pensamientos en las pruebas.

A las 11.00 horas Georgina le había enviado un mensaje de WhatsApp a su madre: "Mark está otra vez de mal humor".

Se habían sucedido más mensajes. Brannon quería saber qué había declarado ella a la policía y la estaba molestando: "¿Querías que me encerraran?". Una hora después, Georgina había hecho un par de llamadas perdidas a su madre, luego otra cadena de mensajes de WhatsApp.

Por favor, llámame, mamá.
Ha salido. Seguramente a beber.
¿Puedes llamarme?
Iré hacia allí con Skye. Llámame si lees esto.

Julie no había recibido los mensajes porque su wifi no funcionaba y no tenía datos en su bono mensual. Si los hubiera leído, tal vez habría ido a casa de Georgina. Tal vez las cosas habrían sido distintas. O tal vez no.

Las grabaciones de las cámaras mostraban que durante ese período, Brannon había ido a la licorería. Compró dos botellas de 700 cc de whisky Johnny Walker. Las cámaras lo mostraban bebiendo en la zona comercial. Habían recogido una botella vacía de Johnny Walker de uno de los cubos de basura y la habían enviado al laboratorio para que le hicieran pruebas de ADN y buscaran huellas dactilares.

A las 12.57 había vuelto al edificio.

Habían encontrado una segunda botella vacía de Johnny Walker dentro del apartamento. También había una maleta junto al sofá, llena de ropa de Georgina.

Sarah imaginó cómo podía haber sucedido.

"Él regresa a su casa. Ve la maleta hecha en la sala de estar. Georgina tal vez se encuentra en el dormitorio de Skye, guardando la ropa de la niña".

Marcharse: la cosa más peligrosa que puede hacer una víctima de violencia de género. Sarah pensó en cómo el abogado defensor de él podría buscar una condena menor por homicidio involuntario. Brannon había llegado a su casa completamente borracho, había visto las maletas y había perdido el control. Había estado tan borracho que ni siquiera había podido tener la intención específica de causar el daño necesario que implica un homicidio.

Pero no había sido así. Sarah no creía que el asesinato se hubiera llevado a cabo de inmediato. Estaba esa segunda botella de whisky en el suelo, junto al cuerpo de Georgina. Sobre la mesa había un vaso vacío.

La borrachera no era un indicador sencillo, ni para la ley ni en la realidad. La defensa, por supuesto, podía optar por decir: mi cliente estaba borracho, no tenía control de sí mismo. Fue homicidio involuntario. Pero existía otra posibilidad, hacia la que Sarah se inclinaba.

Había leído el informe de Lizzie Griffiths sobre la fallida imputación de Brannon. El relato había sido detallado y apoyaría una sugerencia de la fiscalía de que Brannon sabía perfectamente bien lo que hacía. Georgina le había dicho a Griffiths: "Solo se pone así cuando está borracho". Dijo que él había prometido dejar de beber si ella le permitía volver. Y también estaba la frase que Lizzie había grabado tras haber estado sentada con él en el banco mientras esperaban que el sargento a cargo de la custodia estuviera disponible: "A veces soy medio gilipollas. Solo cuando he estado bebiendo".

Brannon no había cometido el asesinato porque estuviera borracho,

sino más bien había sido a la inversa: se había puesto a beber de manera premeditada y deliberada. Se había quedado en la zona comercial bebiendo sin cesar, incrementando un estado de furia y ebriedad que sabía perfectamente bien que solo satisfaría con violencia. Y luego, tras beberse una botella entera de Johnny Walker solo y entregarse a una tormenta de celos e ira, había vuelto al apartamento, listo para hacer lo que tenía que hacer.

Así que allí estaba en el apartamento, sentado a la mesa, bebiendo todavía —aquel vaso vacío— y haciéndole preguntas a Georgina sobre las maletas, diciéndole que era una perra por haber hecho una denuncia en su contra. Georgina comprendía el peligro. ¿Por qué no se había marchado? Sobre la mesa también estaba la bandeja de gomas de colores y un yogur infantil abierto. Sarah había leído los informes de los servicios de protección al menor sobre Skye de varios años. Georgina era meticulosamente pulcra, todos decían lo mismo. El apartamento estaba impecable. Si Skye hubiera terminado de comer, Georgina no habría dejado un yogur abierto ni una cuchara sucia sobre la mesa. Era algo que nadie llegó a comerse ni a limpiarlo. ¿Brannon habría arrastrado a Skye a la mesa? ¿La habría obligado a sentarse? "Siéntate, Skye. ¡Dale algo de comer!". ¿O Skye habría estado llorando junto a su yogur sin terminar y Georgina habría ido a buscar las gomas de colores para distraerla?

Como mínimo, resultaba creíble que Brannon hubiera obligado a Skye a sentarse con él mientras seguía bebiendo. Y si Skye había estado allí, rehén de su repentina violencia, Georgina no se habría atrevido a hacer nada, menos aún a marcharse ni a llamar a nadie. ¿Habría tenido el cuchillo allí Brannon? ¿Sobre la mesa o en la chaqueta?

Sumida en sus pensamientos, Sarah había llegado a la escalinata que llevaba al antiguo edificio de las aulas. Delante de la entrada de cemento blanco había una pequeña plataforma sobre la que estaba montada una estatua de Robert Peel. Un bronce del siglo XIX que parecía fuera de lugar junto al edificio de los años sesenta. Allí se erguía Peel, indiferente a los cambios a su alrededor, aristocrático y gallardo sobre su pedestal; chaleco con botones, un rollo de pergamino en una mano, la otra apoyada ligeramente sobre la cadera, verdín en los pliegues de su chaqueta. Al parecer, cuando demolieran las aulas, el plan era envolverlo en plástico de burbujas y ponerlo en otro sitio.

Le dio la espalda a la estatua y contempló las canchas de deportes, recordó su período de ingreso en el cuerpo, cómo pateaban la pelota allí, maldiciéndose unos a otros mientras caían al suelo y se reían, sin tener ni idea de lo que les esperaba en las calles de Londres.

Volvió a imaginar la escena.

La violencia había ocurrido en la sala de estar. Rogaba que Skye no la hubiera visto, que hubiera estado encerrada en su dormitorio, pero el yogur sobre la mesa sugería lo contrario. El informe preliminar del médico forense en la escena del crimen mostraba a Georgina con tres puñaladas en el pecho. La sangre que le empapaba el pecho provenía de allí y no de la hemorragia de la arteria carótida, que se había producido después de las puñaladas. No habría sido una muerte rápida. Antes de la hemorragia arterial, habría habido una pelea. Sarah tenía experiencia con asesinatos de género, la violencia increíble, la crueldad y la ira salvajes.

Lo vio en su mente. Skye sentada a la mesa. El perro, encogido de miedo o ladrando. Georgina luchando: el puñetazo en la cara, las magulladuras en los brazos. Luego las puñaladas en el pecho: una, dos, tres. Tal vez se había caído. El corte en el cuello que había perforado —y no seccionado— la arteria. Georgina de espaldas, desangrándose en minutos.

Casi tres cuartos de hora después del regreso de Brannon al apartamento, las cámaras lo captaron marchándose con Skye. Habían transcurrido momentos oscuros dentro de aquel apartamento.

Brannon, borracho de whisky y empapado de sangre, se había lavado. Se había cambiado de ropa, había aprovechado la maleta que Georgina había hecho para Skye y había guardado sus propias prendas en otra. ¿Dónde había estado Skye mientras él hacía todo eso? ¿Cómo la había controlado? Sarah solo vio la imagen de la cámara que los mostraba alejándose del apartamento: Skye con su abrigo de plumas, con su padre y el perro. La imagen había sido casi una parodia de una familia que se va de vacaciones.

A Sarah se le aflojaron las piernas. Ya había visto en otras ocasiones esa crueldad, esa necesidad imperiosa de controlar. Había visto documentales donde hombres trajeados explicaban pomposamente los motivos. ¡Como si los supieran! Sarah había visto los cadáveres sobre la mesa de autopsias, los cráneos con golpes, las marcas de ataduras. El acto siempre ahogaba cualquier explicación. Ella ya sabía por qué sucedía y, a la vez, jamás lo sabría.

Se enderezó e inspiró el aire húmedo, contempló la cancha de deportes vacía.

La ley, afortunadamente, era más simple, más binaria que esas contemplaciones. En el momento en que pudieran demostrar que Brannon había elegido llevar a cabo ese horror, sería culpable de homicidio. Actuar siguiendo los peores instintos no servía como defensa. Imaginó los expedientes del caso, los informes, las pruebas instrumentales numeradas que detallarían fríamente la intención de Brannon, deshilvanando cualquier defensa que pudiera alegar. Ante la ley, no habría excusa. Una condena de por vida era todo lo que la

policía podía ofrecerles a la familia y a los amigos de Georgina.

Pero antes tenían que encontrar a Skye. Para ello, tenía que ser más inteligente que sus sentimientos. Se metería dentro de la cabeza de Brannon, vería el mundo desde su punto de vista frágil, discordante, furioso.

Comenzó otra vez la misma trayectoria circular, canchas de deportes a su derecha, la cabina azul de la policía, la línea de metro con sus usuarios que corrían en paralelo por el lado izquierdo.

De nuevo en la oficina, leyó rápidamente las declaraciones recientes que habían llegado a su escritorio. Había una de Irit, la amiga de Skye, que había descubierto el cadáver de Georgina. Irit había estado jugando a la rayuela con Skye antes esa mañana en la entrada y luego quiso volver a jugar. Tras llamar con impaciencia varias veces a la puerta, se subió a la bicicleta de Skye y miró por la ventana. Salió corriendo directamente a su casa.

"¡Mamá, mamá, mamá! ¡Georgie está en el suelo!".

Sarah anotó sus pensamientos en su cuaderno.

Operación Woodhall: Pruebas de premeditación y planificación

1. Beber.
2. Línea temporal: 40 minutos dentro del apartamento. ¿Larga escena antes de matar a Georgina? Se toma su tiempo para cambiarse, etc.
3. Cámaras de vigilancia: Brannon sale con ropa distinta de la que vestía cuando llegó. Lleva bolsas. Se lleva a Skye y al perro. Su intención es la de evitar el arresto.
4. Descubrimiento del cadáver: ¿antes de lo que Brannon había planeado? Él no sabía que Skye había quedado en volver a jugar con su amiga Irit. Tal vez creyó que tenía hasta el día siguiente antes de que descubrieran el cadáver. La urgencia de Irit por ver a su amiga hizo que las cosas no salieran como él había planeado.

Dejó el boli y buscó la fotocopia de la declaración de Lizzie Griffiths en la pila de papeles. Uno de los detectives de Homicidios la había interrogado la noche anterior en el hospital. Sarah leyó rápidamente hasta la parte que hablaba de la llegada de Brannon.

La primera vez que llamó a la puerta fue amable. Brannon habló en voz baja. Dijo: "Julie, ¿estás allí? Tenemos que hablar". Al ver que nadie respondía, comenzó a golpear a la puerta con fuerza.

Marcó el párrafo con un asterisco rojo e hizo otra anotación.

5. Hay pruebas de que tiene intención de sorprender a Julie Teel antes de que se entere de la muerte de su hija. (Ver MG11: agente Lizzie Griffiths).

Atravesó rápidamente el pasillo. Fedden no se encontraba en su escritorio. Lee estaba solo en la sala de coordinación, trabajando en un

ordenador. Sarah acercó una silla. Él no apartó enseguida la mirada de la pantalla y, cuando lo hizo, fue con expresión perpleja, como si no pudiera comprender por qué lo molestaba.

—Siento tener que pedírtelo, pero no tengo tiempo de hacerlo yo misma. Tengo que ir a la identificación…

—Perdona, no puedo ayudarte. Estoy haciendo una solicitud de información bancaria y financiera sobre Brannon. Es prioritario.

Lo dijo con tono implacable. Aunque Sarah tenía un rango superior, comprendió que sería una tontería discutir con él.

—De acuerdo.

Una vez que se supo ganador, se ablandó.

—¿Qué era lo que necesitabas?

—Necesito que alguien consiga alojamiento temporal de emergencia para Julie Teel y su pareja. Un hotel bonito para que quieran quedarse allí. Y quiero que instalen una alarma en su apartamento. Creo que Brannon tenía un plan y matar a Julie era parte de ese plan. Si estoy en lo cierto, entonces el asunto no ha terminado y es posible que él vuelva. Según mi evaluación de riesgos, continúa siendo una amenaza para ella.

Lee no respondió de inmediato y Sarah sintió una oleada de fastidio. Luego le dijo:

—Elaine anda por ahí. Le pediré que lo haga.

Lee no tenía un rango superior al de Elaine. ¿Quién se creía que era para endosarle las tareas que él no podía hacer? Aun así, no había tiempo para esas nimiedades. Sarah ya llegaba tarde.

—De acuerdo.

—¿Va tu nombre en la autorización?

—Sí, no esperes a nadie de más arriba. Hablaré con el jefe al respecto en cuanto pueda. Le enviaré un correo electrónico antes de salir para la morgue.

Lee levantó las cejas ligeramente, pero no dijo nada más. Sarah pasó por alto su escepticismo: había tenido que hacer frente a cosas peores.

Se dirigió a su oficina y le envió a Fedden un mensaje explicando por qué creía que Julie necesitaba protección. Luego revisó los mensajes recibidos por si había algo de último momento que debiera saber antes de marcharse. Uno de Elaine: había conseguido resultados forenses con la cámara que había enviado a analizar por el caso de Tania.

Capítulo 16

LIZZIE HABÍA PASADO A BUSCAR a Julie y Fergal por la casa de una de las amigas de Julie. Ahora esperaba con ellos en sillas de metal con asientos tapizados en tela azul que parecían más adecuados para la sala de espera del consultorio de un médico. Ninguna conversación trivial podía disimular el nerviosismo y el temor que todos sentían. Julie olía a alcohol. ¿Quién podía culparla?

Llegó Sarah, y tras saludar a Lizzie con un movimiento rápido de cabeza y presentarse ante Julie y Fergal, comenzó a explicarles el procedimiento de la identificación. Julie escuchó con atención, como si le estuvieran dando detalles de cómo sería andar por la cuerda floja y ella no se hubiera preparado lo suficiente.

—Habrá una ventana entre usted y Georgina. Eso es porque todavía no hemos terminado con todo el trabajo forense.

Julie asintió rápidamente para que Sarah avanzara: los detalles forenses eran seguramente demasiado duros para considerarlos.

—Sí, sí.

Fergal cogía a Julie de la mano y no dejaba de mirarla. Lizzie experimentó una oleada de ternura hacia él. Si Fergal tenía algo de grandeza, estaba haciendo gala de ella. Inexplicablemente, otra vez llevaba puesta su chaqueta reflectante. ¿Habría venido de trabajar?, se preguntó Lizzie. ¿Habría vaciado cubos de basura esa mañana?

Él debió de leerle la mente porque dijo:

—Disculpe mi ropa…

Ella negó con la cabeza.

—No…

—Si no voy a trabajar, no cobro.

Sarah los miró y Lizzie se sintió inmediatamente en falta.

Sarah reanudó su explicación.

—Pasaremos a la antesala de la morgue y ella se encontrará del otro lado del cristal, sobre una camilla. Puede mirarla lo mucho o lo poco que desee. Solamente necesitamos que la identifique con seguridad.

Julie se había quedado paralizada. Miraba más allá de Sarah, hacia

la puerta que llevaba a la antesala.

Lizzie dijo:

—¿Le parece bien, Julie? ¿Va a poder hacerlo?

—Sí, sí. Quiero hacerlo.

—¿Quiere que ella tenga la cara cubierta cuando entremos o prefiere que la tenga descubierta?

Julie se volvió hacia Lizzie como si ella fuera una experta en el tema.

—¿Qué opina?

Lizzie no sabía qué decir. Se sentía como en un retorcido concurso de televisión en el que fuera era el “comodín de la llamada” que no sabía la respuesta.

—Lo que le parezca mejor.

—No lo sé.

De alguna manera, habían quedado atrapadas en ese asunto. Era casi una tontería, excepto que no lo era. Lizzie pensó que si se tratara de cualquier otro oficial que no fuera Sarah, hasta tal vez podrían reírse sobre el asunto más tarde. *Aquel momento terrible cuando…* Pero cualquier risa, en cualquier situación, se encontraba en otra dimensión en ese momento.

—¿Quiere que yo decida? —preguntó Sarah.

Julie se volvió de nuevo hacia Lizzie, e insistió:

—¿Qué le parece?

La decisión se había magnificado fuera de toda proporción: se sentía como una explosión estelar. Entonces, Lizzie comprendió súbitamente que no tenía ninguna importancia. No había una respuesta correcta. Cubierta, descubierta: no cambiaría nada. Cualquier decisión era mala porque Georgina seguiría estando muerta. La pausa sobre la elección más simple no era más que el producto de la pérdida. La forma en que podía ayudar a Julie sería acelerando las cosas.

—Creo que sería mejor que estuviera descubierta.

Julie soltó un sollozo. Luego se controló y dijo:

—Descubierta, entonces.

Sarah tomó la iniciativa.

—Bien, iré a asegurarme de que todo esté listo. Una última cosa. ¿Quién quiere que la acompañe adentro?

—Solo Lizzie.

Allí, ciertamente, estaba el meollo del asunto, el velo rasgado. El cadáver del otro lado del cristal privaba de cualquier otra experiencia. No había nada más allá de eso. Julie se paralizó y, por un instante, Lizzie vio la cara inexpresiva, como de cera, de Georgina Teel, a quien nadie podría volver a insuflarle vida. Luego Julie se arrojó contra el

cristal con tanta fuerza que lo hizo temblar. Parecía moverse hacia abajo contra una fuerza de fricción que la había clavado contra el panel, en el que quedaban las marcas de sus manos y de su boca.

—¡Georgie, Georgie, Georgie, Georgie!

Estaba de rodillas, arañándose la cara y el cuello. Un sonido gutural brotó de su garganta.

—¡No, no, no, no, no!

Lizzie se agachó a su lado, le cogió las manos y se las apretó con fuerza entre las suyas. Luego, cuando las manos de Julie quedaron inertes, Lizzie la abrazó y la sostuvo mientras caminaba.

Después, Julie se quedó reducida, pequeña, inmóvil. Como un pájaro resignado a su jaula.

Sarah ya había preparado la declaración. La leyó en la antesala.

—... vi a una mujer tendida sobre una camilla. Era mi hija, Georgina Teel.

El teléfono de Sarah comenzó a sonar. Ella miró la pantalla.

—Lo siento mucho. Esto tiene que ver con la investigación. Debo contestar.

Salió de la sala. Julie seguía sentada mirando hacia delante, inmóvil y en silencio, como si sufriera de alguna enfermedad grave que empeorara con el movimiento.

Comenzó a sonar también el móvil de Lizzie: la melodía de llamada era sonora y furiosa: *Cleanin' out my closet.* Sucedía en el peor momento. Manoteó rápidamente el teléfono para cortar la llamada antes de que la letra se volviera peor.

—Lo siento.

Julie negó con la cabeza.

—No. No importa. —Parecía aturdida todavía, como ajena a todo—. Es una canción de Eminem, ¿no?

Lizzie guardó el teléfono en el bolso, deseando que Julie no hubiera visto el identificador de llamadas.

—Sí.

Ella había reconocido quién era de inmediato, puesto que le había adjudicado esa melodía de llamada a su madre como una especie de broma. Por lo visto, su hermana la había llamado y ahora su madre tenía que hacerle la escena telefónica de pánico en toda regla.

—Contesta la llamada si necesitas hacerlo.

—No, está bien. Debería haber silenciado el teléfono.

Sarah regresó.

—Lizzie, debo irme. ¿Puedes terminar aquí sin mí?

Lizzie asintió.

—Sí, por supuesto. No hay problema. Solo la declaración, ¿verdad?

—Así es. Un miembro de mi equipo viene hacia aquí. Elaine Lucas.

¿Puedes esperarla? —Sarah dio un paso hacia Julie—. El que llamó fue un colega: hemos hecho gestiones para que usted y Fergal se muden a un alojamiento provisional.

—No comprendo.

—Creemos que Brannon aún es una amenaza para usted. El nombre de la agente es Elaine. Viene hacia aquí para hablarlo con vosotros. Lo siento mucho, pero debo irme.

—No hay problema. Váyase, por favor. Quiero que encuentre a Skye. Es lo único que importa ahora.

La puerta se cerró detrás de Sarah. Tras unos instantes. Lizzie y Julie se miraron. Julie esbozó una sonrisita.

—¿No os lleváis del todo bien vosotros dos?

Lizzie se sonrojó, avergonzada por el hecho de que Julie hubiera notado algo.

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé. Se las veía incómodas. Casi no le habló.

El teléfono de Lizzie vibró ante la llegada de un mensaje de voz; seguramente de su madre, pidiéndole que la llamara.

—Bueno, es que la inspectora Collins y yo no solemos trabajar juntas. Pero es una excelente detective, de eso puede estar segura. —Y era verdad. Lizzie se recuperó, apoyó la declaración sobre el regazo de Julie y le dio un boli—. ¿Puede firmar aquí, por favor? —Julie lo hizo —. Y aquí. —Ella volvió a firmar—. Gracias.

Julie habló en voz casi inaudible.

—Gracias por hacer lo que está haciendo.

—Ojalá pudiera hacer algo más.

—Trató de detenerlo.

—Es mi trabajo.

Se oyó un golpe a la puerta y entró una mujer gorda, con vestido estampado, piernas desnudas y zapatos bajos. No se parecía nada a la idea que Lizzie tenía de una detective de Homicidios. Lizzie sonrió, pero la mujer casi no pareció notar su presencia. Se dirigió directamente a Julie y le tendió la mano.

—Hola, mi nombre es Elaine. Soy detective, pero más que nada soy madre. Siento muchísimo su pérdida.

Julie estalló en llanto de inmediato. Elaine la abrazó, le palmeó la espalda con sus manos carnosas y le acarició el pelo como si fuera una niña. A pesar de la diferencia de edad y de circunstancias entre ambas, parecía que las dos mujeres se conocieran desde hacía años.

Elaine se encargó de llevar a Julie y a Fergal al hotel, lo que estuvo bien: Lizzie comenzaba a sentirse exhausta. Tenía gotas de sudor en el labio superior. El brazo le dolía. Tomó otro calmante. Estaba bien. Solo necesitaba irse a su casa y tumbarse.

Se sentó en su coche policial, que estaba en el aparcamiento de la morgue, y llamó a su madre. Tenía que hacerlo. Posponer la llamada no ayudaría. Pero en cuando su madre cogió la llamada, se sintió peor.

—Lizzie, voy para allí.

—No, mamá, gracias, de verdad…

—No soporto ni siquiera pensar en ello. ¡Te han apuñalado, Lizzie! ¡Apuñalado! Tienes que dejar ese trabajo de mierda.

Lizzie alejó el teléfono de su oreja. Si hubiera esperado a estar de regreso en la oficina, podría haberle pedido a alguien que interrumpiera la llamada, que fingiera que la necesitaban.

—Mamá, suena mucho peor de lo que fue.

—¿Quién te está cuidando?

—No necesito que me cuiden.

—¿Sigues viéndote con ese hombre… el que vino al funeral de tu papá?

—No puedo hablar ahora…

—Me doy cuenta de que te estoy molestando. *Sé* que te molesto. Pero soy tu madre. Tienes que entenderlo. Te quiero. Detesto pensar que estás en peligro.

—No estoy en peligro.

—No pareces tener una vida…

—Por favor. Estoy bien. Desearía no haberte contado nada. Iré pronto a verte, te lo prometo.

Cortó la llamada y apoyó la cabeza sobre el volante. Le envió un mensaje de texto a Kieran.

No me siento tan bien. ¿Alguna posibilidad de que pudieras pasar a buscarme?

Capítulo 17

El tráfico fue muy denso durante todo el trayecto de regreso a Hendon. El cielo estaba pesado de niebla y contaminación. Alrededor de una subestación de electricidad se veía una verja verde alta y letreros de advertencia. “Peligro de muerte”. Unos caballos inmóviles y tristes en un pequeño pedazo de verde, con las patas traseras flexionadas. Una caseta de construcción. “Compro palés”. Sarah pensó en la llamada de Elaine que había recibido antes, en la morgue. Elaine ni siquiera le había dado los buenos días.

—He reservado el hotel para Julie y Fergal. Voy hacia la morgue ahora mismo.

—Gracias, tengo que ir a esa reunión…

—No importa. Ayudaré a esa pobre mujer con mucho gusto, pero, por favor, nunca más le digas a ese cretino de Lee que me dé indicaciones. No tiene un rango superior al mío, lleva menos tiempo de servicio y es un imbécil.

—Lo siento.

—Es parte de la brigada de los que me llaman la Gorda Elaine.

—Lo siento, de verdad.

—Él cree que sabe qué aspecto tiene un buen policía porque ve uno en el espejo todas las mañanas. Por lo general, mea de pie. Por supuesto que no puede tener el aspecto que tengo yo. De ninguna manera. Mucho menos tener hijos que necesiten que los cuiden.

—Lo siento. Estás haciendo un gran trabajo. Yo tenía mucha prisa y…

El teléfono se había quedado en silencio antes de que Sarah hubiera terminado la frase. Ahora, conectado al salpicadero, volvía a sonar. “Número oculto”. Sarah cogió la llamada con el manos libres.

—Inspectora Collins.

Oyó las vocales cerradas de Holt, el abogado de Walker. Estaba gritando algo. Sarah encendió los intermitentes y paró el coche a un lado de la carretera. Lo interrumpió.

—¿Ha llamado a emergencias? —Los coches pitaban y la esquivaban. Enganchó la luz de emergencia en el techo y la encendió.

La sirena comenzó a chillar—. Voy hacia allí ahora mismo. Tengo que cortar. —El camino delante de ella se despejó y Sarah aceleró.

Minutos después, había salido de la radial Norte hacia la zona más residencial y acaudalada, cerca de la casa de Tania. Grandes miradores. Cerezos y lirios. Reconoció una curva a la derecha y allí, junto a unas tiendas, la casa ruinosa con los cubos de basura de plástico en el jardín delantero. Fuera, un coche policial estaba aparcado en doble fila, con las luces encendidas.

La puerta principal estaba abierta. Sarah cogió su arnés y corrió por el pequeño jardín; subió los escalones de dos en dos, pero cuando llegó a la entrada del apartamento, todo había terminado. Andrew Walker estaba tumbado de lado, agarrándose las costillas. Su cara era una masa sanguinolenta; tenía un ojo hinchado y cerrado. Junto a dos agentes uniformados había un hombre alto, con las manos esposadas detrás de la espalda. Se lo veía completamente fuera de sí. Vestía un traje elegante y una camisa cara. Era Ben Mills, el padre de Tania.

El sistema de seguridad de la comisaría de Ellersby comenzaba a molestar a Sarah. Siempre era difícil ser oficial en una comisaría que no era la propia, pero Ellersby estaba en otro nivel. Era necesario pasar la tarjeta de identificación para poder ir a cualquier lugar del edificio y, por supuesto, como ella no era fija, la suya no estaba activada. Había tardado cinco minutos simplemente en poder entrar en la comisaría, otros diez encontrar a alguien que pudiera hacer pasar su tarjeta en el ascensor para encontrarse con Fedden en la cafetería que estaba en la última planta del edificio: toda de cristal con buenas vistas de los barrios residenciales de casas bajas y el cinturón de verde.

Fedden la estaba esperando; Lee se hallaba sentado a su lado, delante de los restos de dos raciones de pescado con patatas fritas. Lee se había puesto un traje, observó Sarah, y ambos hombres se habían quitado las chaquetas y se habían enrollado las mangas de la camisa. Fedden tenía una servilleta de papel sujeta en la parte superior de la camisa y otra sobre su regazo. Empujó por encima de la mesa hacia Sarah una bolsa con patatas fritas y una botella de agua.

—Yo invito. Espero que todavía estén calientes.

—Gracias.

—De nada.

Las patatas fritas estaban calientes y saladas. Sarah estaba famélica.

—Qué puta mierda es todo esto —dijo Fedden.

Sarah, con la boca llena, se limitó a asentir. No había sido idea de ella publicar un comunicado diciendo que Walker era sospechoso de la desaparición de Tania Mills. El abogado de Walker ya había hecho una denuncia al respecto.

—¿El padre de Tania ha dicho algo sobre por qué lo hizo? —preguntó Fedden.

—Un periodista lo abordó en la puerta. Estaba al tanto del comunicado. Se lo contó todo sobre el intento de secuestro. Le preguntó qué opinaba sobre el vínculo entre Walker y Tania.

—¡Hay que joderse!

Sarah se metió otra patata frita en la boca y no hizo ningún comentario.

—¿Y cómo se enteró Mills de dónde vivía Walker?

—No quiere decirlo. Podemos revisar sus ordenadores y su teléfono, pero deduzco que no fue difícil. Walker sigue en la zona. La gente sabe dónde vive.

—Lee ha estado con Walker en el hospital.

Sarah se volvió hacia Lee, que dijo:

—Tiene la mandíbula rota, pero es una fractura muy muy leve. No quiere presentar cargos. Dice que solo correrá más peligro.

Sarah se preguntó hasta qué punto Lee habría intentado convencer a Walker de hacer una declaración, pero no dijo nada. Se concentró en la comida.

Fedden dijo:

—¿Mills manifestó algún tipo de arrepentimiento?

Sarah negó con la cabeza.

—Pues yo no me arrepentiría si se tratara de mi hija.

—He hablado con su abogado —dijo Fedden—. Tiene oficinas en el número 3 de Holden Court. Buenas oficinas. Es un buen tipo, en realidad. No la clase de sujeto que ves habitualmente por aquí. Amigo de la familia, al parecer. En fin, hablará con Mills, lo convencerá de aceptar una advertencia.

Ahora que ya no tenía hambre, Sarah se dio cuenta con cierto desagrado de que las patatas fritas en realidad no estaban tan calientes. Las apartó a un lado y dijo:

—Podríamos solicitar una imputación sin víctima. Con las declaraciones de los agentes podría bastar.

Un músculo se tensó en la mejilla de Lee.

—No es mi intención ser grosero, Sarah —dijo—, pero no lo entiendo.

Sarah se volvió hacia él.

—¿Cómo dices? ¿Qué es exactamente lo que *no entiendes*?

—Ya te lo he dicho. Walker no quiso declarar.

—Sí, y por ese motivo sugiero que imputemos a Mills sin su declaración.

—Y eso es lo que no entiendo. ¿Quieres imputar a un hombre que atacó al asesino de su hija?

Fedden intervino.

—Un momento, Lee.

Lee vio la expresión severa del jefe y se contuvo.

—Por supuesto. Perdona si me ha pasado, Sarah.

—No hay problema.

—¿Nos darías unos minutos, Lee? —dijo Fedden.

Lee se puso de pie y salió de la cafetería, pero Sarah podía verlo, parado junto al ascensor porque su tarjeta de identificación tampoco estaba activada para los sistemas de seguridad. Finalmente tuvo que asomar la cabeza otra vez dentro de la cafetería y pedirle a uno de los agentes locales que lo ayudara a salir. Lee sonrió y Fedden le hizo un ademán con la cabeza, menos encantado que de costumbre.

—No te preocupes por Lee, hablaré con él —dijo—. No puede ser que las tropas le falten el respeto al rango superior.

Respetar el rango superior: una frase que a Sarah nunca le había gustado. Habló rápidamente, con la esperanza de disimular su objeción.

—Gracias por el apoyo, pero creo que es mejor que me defienda sola.

Fedden frunció el ceño como si no estuviera de acuerdo.

—Como quieras. —Tras una pausa, añadió—: Espero que no te lo tomes como algo personal.

—En absoluto.

—De acuerdo: Mills. Quiero cerrar este asunto. Ese abogado suyo le hará decir un par de palabras de arrepentimiento, tú le presentarás una advertencia policial y yo la firmaré. Es probable que la hija de ese pobre hombre esté muerta. No queremos imputarlo, de verdad, sabes que no es lo que queremos.

Con razón a Fedden lo llamaban la Excavadora. Sarah no sabía qué decir, y mucho menos qué pensar. Recordó la cara ensangrentada de Walker. Todos merecían la protección de la ley. Y, sin embargo, tenía que admitir que también sentía alivio. Habría sido difícil juntar valor para ir por el padre de Tania. Fedden seguía hablando.

—Quiero que te concentres en conseguir una imputación para Walker.

—Jim…

—Sé lo que vas a decir, pero somos muchos los que estamos buscando a Brannon. Ahora tienes que concentrarte en Walker. Lee se ocupará de que lo envíen a una dirección nueva, pero la única forma de protegerlo realmente de más represalias sería conseguir una condena por homicidio y meterlo por un buen período entre rejas. No hay seguridad mejor que la que brinda Su Majestad, ¿no crees? He visto que el laboratorio forense encontró algo en la cámara que enviaste a analizar. Buen trabajo.

—Fue Elaine…

—Tal vez ella envió la cámara, pero la idea fue tuya. Vuelve a detener a Walker mañana e interrógalo otra vez. —Empujó la silla hacia atrás—. Bien, si logro encontrar la forma de salir de aquí, emprenderé el regreso a Hendon. Todavía no tenemos nada útil sobre Brannon.

Capítulo 18

KIERAN HABÍA SALIDO A ÚLTIMA hora de la noche a comprar un curri. Lizzie estaba en la bañera sumergida en agua caliente, tomando vino blanco. Combinado con los calmantes, la estaba ayudando a sentirse mucho mejor. Salió, se secó y se sentó sobre el retrete envuelta en una toalla. Algo le vino a la mente. Se llevó una mano a la entrepierna. Al ver que no había nada, buscó más profundamente dentro de la vagina. Se lavó la mano con agua del grifo, se puso una camiseta y unas bragas y se fue al dormitorio.

La puerta se estaba abriendo en ese momento.

—¡Prepárate para el mejor *aloo gobi* del oeste de Londres!

—¡Fantástico! —gritó Lizzie.

Pero tenía el teléfono en la mano y estaba revisando su agenda. Tres días de retraso. Seguramente no era nada para preocuparse. Tras lo sucedido en las últimas veinticuatro horas, habría sido sorprendente que no se le retrasara el período.

El apartamento se estaba llenando de aroma a curri. Fue a reunirse con Kieran. Él estaba colocando los envases de aluminio sobre la mesa. Era un festín: arroz *biryani*, coliflor, langostinos, espinacas, pan *papadam* y *paratha.*

—¡Has traído muchísimo! —dijo con forzado entusiasmo.

Kieran sacó vino de la nevera y se sirvió una copa. Tomó un sorbo.

—Estamos de celebración.

—¿Qué hay que celebrar?

Él volvió a llenar la copa de Lizzie y se la dio.

—Hace alrededor de un año que nos conocimos.

—¿*Alrededor* de un año?

—Soy un desastre para las fechas —dijo, y Lizzie pensó en su agenda y en la discreta letra P que aparecía religiosamente cada veintiocho días. ¿Él sería un desastre también para esas fechas? Kieran le acercó su copa.

—Salud, entonces.

—Salud.

Comenzaron a comer. La comida sabía muy bien, pero Lizzie estaba

distraída. Apoyó las manos sobre la mesa.

—Tu hija —dijo—. Has quitado su fotografía.

Él sonrió.

—Porque creí que tal vez te molestaría.

—No, no me molesta. Lo que me molesta es que la hayas quitado.

Él se levantó lentamente y sacó de un cajón la foto enmarcada La colgó en la pared y volvió a sentarse. Sonrió.

—¿Satisfecha?

Ella miró la imagen de la niñita bailando y apartó los ojos enseguida. Se detestaba a sí misma por haberlo obligado a colgarla.

—Sí —dijo—. Gracias. Está mejor así.

Capítulo 19

ERAN LAS DIEZ DE LA noche y Sarah conducía hacia el este de Londres; salió de las calles transitadas y se dirigió hacia el frondoso y tranquilo suburbio de Hampstead Garden. Pensaba en Skye: una noche más sin que apareciera.

Una vez que el padre de Tania hubo aceptado la advertencia policial, Sarah llamó a Fedden desde su oficina para pedirle otra vez que pospusiera el interrogatorio de Walker, a fin de que ella pudiera ayudar en la búsqueda de Brannon. Pero Fedden se había mostrado inflexible.

—Necesitamos resultados en el caso Egremont y quiero que te concentres en eso. Lo has dicho tú misma: en el momento en que derribamos la puerta de Walker, esto se convirtió en una investigación activa.

Y así, Sarah había tenido que disciplinarse. Había expulsado de su mente la desagradable sospecha de que la denuncia del abogado de Walker era lo que había causado que Fedden se desesperara tanto por conseguir una imputación, y se obligó a concentrarse en Tania, en que la joven había salido de su casa y había desaparecido. Pensó también en Claire Mills, que desde 1987 estaba esperando saber qué le había sucedido a su hija.

Si bien era tarde, le había explicado a Ben Mills que era necesario que respondiera de manera urgente a unas preguntas sobre el caso, y él había accedido a hablar con ella en su casa.

La calle de grandes viviendas unifamiliares estaba bordeada por abedules jóvenes y delante de las casas se veían setos tupidos. Los coches eran todos de alta gama o modelos veloces y pequeños para la niñera o los hijos adultos: dos Porsches, un Daimler, un Fiat 500 celeste, un Morris Minor Traveller clásico.

Ben se había cambiado y vestía un suéter gris claro y vaqueros azules. Le estrechó la mano rápidamente. La hizo pasar a una sala en la parte delantera de la casa. Un gran florero con lirios y tulipanes adornaba una chimenea de piedra tallada. En una esquina se veía un piano de media cola; mientras se sentaba, Sarah, preguntó:

—¿Toca el piano?

—Mis hijas tocan, sí. Yo al principio no podía soportar el sonido de las prácticas en la casa, pero Olivia insistió. Su padre es pianista.

Resultaba difícil creer que Ben en algún momento hubiera estado casado con Claire Mills, o ni siquiera que fueran de la misma edad. Parecían pertenecer no solo a mundos distintos, sino también a eras diferentes.

No había fotografías en la sala y Sarah comentó:

—Su exmujer, Claire, tiene…, bueno, como una especie de santuario de Tania.

—Sí, así es. Todos los días, cuando yo volvía del trabajo, había añadido otra fotografía. —Buscó en el bolsillo trasero y sacó una cartera de cuero oscuro—. Esta es la única foto de Tania que tengo a mano.

Se la ofreció a Sarah. Detrás de una cubierta de plástico algo opaca, vio la imagen de una niña pequeña: regordeta, de rizos rubios, en una playa, con arena en las rodillas y en las manos.

—¿Qué edad tendría en ese momento?

—Unos tres años. Imagino que ahora puedo recordarla a cualquier edad, puesto que ya no está. Hace algunos años acepté que debe de estar muerta.

Sarah le devolvió el portamonedas y él lo guardó en el bolsillo.

—¿Ha elegido recordarla como una niña pequeña? —Al ver que no respondía, Sarah añadió—: ¿Por qué?

La expresión en la cara de él era severa.

—No quiero recordar cómo era cuando desapareció. Claire puede haberla convertido en un angelito, pero estaba metida en toda clase de cosas a nuestras espaldas. Hacía tiempo que yo pensaba que corría peligro.

—¿Metida en toda clase de cosas? ¿A qué se refiere?

—Era desagradable. Volvía tarde y no nos decía dónde había estado. Había dejado de practicar violín…

Nada de eso sonaba tan grave.

—Hubo un hurto en una tienda. Hábleme de eso.

—Me llamó la policía al trabajo. Había robado un cinturón de la tienda Selfridges.

—Su exmujer dijo que no lo robó.

Él asintió.

—Es típico de Claire. Va por la vida con los ojos cerrados. Por supuesto que lo había robado. Cuando llegué, un hombre se había ofrecido a pagarlo. Quedaba claro que era un buen cliente, porque después de eso, la tienda no siguió con el caso.

—Ese hombre… ¿podría describirlo?

—Cuando llegué, ya no estaba. No le di importancia. Solo pensé

que mi hija no era más que una chica bonita que había aprendido a escabullirse de los problemas llorando. Ahora que usted lo menciona, me hace pensar en ello.

Sarah se preguntó si podría haberse tratado de Walker. Pero no le parecía la clase de persona que —ni siquiera entonces— pudiera haber intervenido de manera tan eficaz. ¿Quién podría haber sido, entonces? Pero no tenía sentido especular. Aunque intentaría localizar a los agentes que habían estado a cargo del asunto, comprendía que a esas alturas sería casi imposible identificar al hombre de la tienda.

—¿O sea, que usted se la llevó a casa y allí terminó todo?

—Le dije que no me engañaba con su historia de haberse olvidado de que llevaba puesto el cinturón.

—¿No la creyó?

—No se trataba solo del hurto en la tienda. Había otras cosas. Tenía una lata en su dormitorio… que a simple vista era de carretes de fotos sin revelar. Pero era un escondite, claramente. Contenía marihuana y hongos alucinógenos.

—¿Le interesaba la fotografía?

—Eso decía. Había un curso nocturno. Creo que solo asistió un par de veces. La realidad es que ya no demostraba constancia en nada.

—¿Sabe el nombre de ese lugar?

—No, pero Claire seguramente lo sepa.

Se hizo un silencio breve. Luego, Ben dijo:

—Lo que he dicho no significa que no la eche de menos todos los días.

Sarah recordó lo primero que había visto de Mills en el apartamento de Walker: sangre en sus manos y en su elegante camisa rayada. Lo había golpeado hasta que se le habían hinchado los nudillos. No era un hombre que estuviera en paz consigo mismo: eso quedaba claro.

En voz baja, dijo:

—Por supuesto.

Él no respondió y Sarah se dio cuenta de lo tarde que era. Tenía que revisar más pruebas antes de interrogar a Walker por la mañana. También tendría hablar con Claire para averiguar más cosas sobre esas clases de fotografía.

—Si hay algo más que pudiera ayudarme, cualquier cosa…, tal vez algo que ni siquiera piense que podría ser relevante.

—No sé si esto es relevante, pero…

—¿Sí?

—En aquel entonces, yo tenía una relación con otra mujer… no sé si lo sabe.

Sarah asintió y esperó.

—Un par de días antes de que Tania desapareciera, yo estaba en un

café con la mujer que luego se convirtió en mi segunda esposa. Tuvimos mala suerte y Tania nos vio. Entró directamente al café. *Furiosa.* Me insultó. Yo me avergoncé. La cogí del brazo, la llevé afuera del café y dije: “Esto no es lo que piensas”. Me dijo que era un mentiroso y yo le di una bofetada. Le dije que no era asunto suyo: tenía que concentrarse en sus estudios, practicar violín y dejar de faltar al colegio sin permiso. —Se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza entre las manos—. Todavía no puedo creer que le diese una bofetada.

Sarah quería apoyarle una mano en el hombro, pero no daba la impresión de ser un hombre al que le agradase el contacto físico.

—Lamento haber sacado a la luz todo esto…

Él la miró. Parecía como si tuviera la cara fruncida por un cordel.

—Si hubiera reaccionado de otra manera… Eso es lo que me persigue.

Sarah no pudo evitar pensar en Tania. Cada vez la veía más aislada, perdida en secretos adolescentes.

—Por favor, señor Mills. No se culpe —dijo.

—¡Sí, pero tal vez las cosas podrían haber sido diferentes! ¿Lo entiende? Si yo hubiera sido sincero con ella, tal vez me habría hablado abiertamente. Tal vez me habría enterado más de lo que hacía. Tal vez todavía estaría aquí.

Capítulo 20

Viernes 18 de julio de 2014

"POR fiN", PENSÓ. LA ÚLTIMA toma era buena. Le había salido muy bien. Brannon había montado la cámara de vídeo mirando hacia una pared blanca y había cubierto una silla con una sábana. Había estado muy enfadado, pero ahora estaba mejor. Fue hacia la cámara y pulsó el botón para interrumpir la grabación. Llevaba más de un día trabajando intermitentemente en su declaración. Esos presentadores de televisión parecían tener una vida fácil, pero hacerlo bien era más difícil de lo que había creído. Y eso que ellos tenían gente que los ayudaba, mientras que él había tenido que hacerlo todo solo y en una sola toma. Era difícil trabajar sometido a tanta presión. Se había sentado con la perra, Candy, a su lado, porque quería causar una buena impresión. Quería que la gente viera que la perra no lo había abandonado. Eso era importante. La perra lo seguía queriendo. Contuvo las lágrimas. Necesitaba ser fuerte. Era su oportunidad de contar su versión de la historia. Había sido un hombre perfectamente feliz antes de que hubieran comenzado a entrometerse. Lo habían obligado a hacerlo. Había tratado de decirles cuánto amaba a su familia, cuánto significaba su familia para él, pero no le habían escuchado.

Abrió las cortinas y contempló la mañana. La luz entraba, dorada, por la ventana. Era una habitación pequeña con un ventanal que daba a un jardín trasero sorprendentemente largo. En el extremo, se veía la cerca de madera oscura con la puerta que daba al parque. Era temprano y se preguntó si podía arriesgarse a llevar a Skye y a Candy a pasear unos minutos. Ahora Skye tenía el pelo corto y oscuro. No le había gustado nada que él se lo cortara. Se había resistido y había llorado. Él se vio obligado a darle una bofetada. Había sido un día largo dentro de ese apartamento pequeño. ¡Por Dios, qué largo! Pero cambiarle el aspecto había valido la pena. Estaba muy diferente. Aun así, sacarla del apartamento era demasiado peligroso. Podría hacer

cualquier cosa. No podía confiar en que ella supiera qué era lo mejor. Solo él podía protegerla. Todo terminaría pronto, seguramente. Esa zorra no podía desaparecer para siempre.

Oyó un golpe suave en la puerta. Desmontó la cámara y se la puso debajo del brazo izquierdo. Sujetando al perro del collar, cogió el cuchillo de la mesa y se lo introdujo en la parte trasera de los vaqueros; luego, fue rápidamente a la puerta. Skye estaba durmiendo, pero a pesar de sus esfuerzos por no molestarla, apareció en la puerta del dormitorio, con los brazos a los lados y los ojos atentos. Él le hizo un ademán para que se marchara.

—Es un amigo, Skye. Vuelve a la cama. —Observó por la mirilla, abrió la puerta y entregó la videograbadora y un móvil que tenía en el bolsillo trasero. Estrechó rápidamente la mano de la persona, dijo “Gracias” y cerró la puerta.

Mantenía la situación bajo control, pero a veces sentía que su mente iba a explotar. Tenía marihuana y cocaína. El whisky que había comprado aquella primera noche. Todo eso ayudaba. Pero Skye no era fácil. Todas esas putas preguntas. Él había tratado de explicárselo, pero ella seguía y seguía. ¿Mamá estaba bien? ¿De verdad que estaba bien?

Las esposas estaban sobre la mesa de la sala de estar. Estaba listo para utilizarlas en cualquier momento.

Se dirigió al dormitorio y abrió la cortina por un instante para mirar el coche de Lizzie Griffiths, inmóvil en su sitio lo había estado desde el momento en que habían llegado.

Skye estaba revolviendo los cajones de la cómoda. Ropa interior de mujer. En el suelo se veían camisetas y pantalones de deporte. Debería haberle traído más cosas para hacer. Sobre la mesa junto a la cama se veía una fotografía en blanco y negro de un hombre con uniforme de soldado. Skye la cogió.

—¿Quién es este?

—No te importa.

Skye puso gesto de enfado y Brannon se arrepintió de sus malos modos. Ella necesitaba que él fuera toda su familia en ese momento, padre y madre. Debería mostrarse sereno, bondadoso. Le había dicho que una amiga le había prestado el apartamento por unos días hasta que todo se arreglara, así que decidió adivinar y dijo:

—Es el padre de mi amiga.

—¿Está muerto? ¿Por eso tiene la foto junto a la cama?

La pregunta hizo que se enfadara de nuevo. Sabía que no era bueno que ella se obsesionara con que la gente estaba muerta. Ese hombre seguramente estaba muerto, pero ¿y qué? Los viejos morían.

—No. Es solo que lo quiere mucho y por eso tiene la foto junto a la cama.

—Me gustaría tener una foto de mami.

—Claro que sí. Te conseguiré una en cuanto pueda.

—¿Cuándo sabremos si mami está bien?

—Ya falta poco. Espera…

—¿Él era soldado?

—Sí. Era un héroe. Ahora cállate un instante, Skye.

Oyó que un coche aparcaba fuera. Movió ligeramente la cortina. Era un Land Rover Discovery negro y vio a Lizzie Griffiths en el asiento del copiloto. De inmediato cogió las esposas de la mesa de la sala de estar.

—Vamos, Skye. Ya te he dicho lo que tenemos que hacer.

—¡No quiero!

Encerró la perra en el dormitorio y arrastró a Skye del brazo hasta la sala de estar. La perra gemía y arañaba la puerta para que la dejara salir. Le enfurecía que Skye tuviera esa expresión asustada. Él estaba tratando de encontrar la forma de que pudieran estar juntos.

—Es la única manera en la que puedo mantenerte a salvo. Vamos, lo hemos practicado.

En el apartamento había radiadores y él la esposó a una de las tuberías. Skye lloraba.

—Sé buena y no hagas ruido. Volveré en un instante. Luego nos marcharemos.

—¿Puedo estar con Candy?

—¡No, no puedes estar con Candy! —Trató de disimular su arrebato de mal humor con una sonrisa—. Ya te lo he explicado, cariño.

Esperó junto a la puerta, apoyado contra la pared, cuchillo en mano. Estaba exultante. Lo haría y luego huiría con Skye. Encontraría un bonito lugar donde estar juntos. Tal vez en algún sitio en Yugoslavia. Había oído que las playas eran preciosas.

Oyó que un coche se alejaba. Bien. Seguramente se trataba del Land Rover. Esperó a oír los pasos, la llave en la cerradura. Actuaría rápidamente. No habría palabras ni intentos de negociación. Se lo merecía. Ella lo había jodido todo. Brannon temblaba de emoción.

Capítulo 21

LA NOCHE ANTERIOR, SARAH HABÍA trabajado hasta las dos de la mañana preparándose para el interrogatorio. Elaine y ella habían arrestado a Walker en su nuevo alojamiento y habían pasado a buscar a su abogado, Holt, para acelerar las cosas; los habían llevado a ambos a la comisaría de Ellersby. Walker tenía la cara hinchada y con hematomas que abarcaban la paleta entera de tonos de azul, violeta, verde y amarillo. Walker no mencionó el asunto mientras fumaba en silencio en el patio; Holt estaba a su lado para evitar cualquier acusación de interferencia. El abogado también fumaba, con más energía de lo que la actividad parecía requerir.

Sarah envió un mensaje rápido de cortesía a la señora Edwards.

> Imposible pasar a buscar a Daisy al menos hasta dentro de dos días. ¡Gracias por su ayuda, señora E!

Palmeó el paquete de cigarrillos.

—¿Quiere otro?

Walker negó con la cabeza.

—No. Sigamos con esto.

Ninguno de ellos era nuevo en una sala de interrogatorios. Se situaron rápidamente alrededor de la mesa y Elaine se ocupó de las formalidades.

Sarah abrió el expediente.

—Bien, Andrew. Como le explicó Elaine cuando lo arrestó, tenemos nueva información. La repasaré con usted. Después podrá tomarse un descanso para consultar a su abogado si necesita hacerlo.

Sarah se puso las gafas de lectura.

—Tengo aquí una transcripción de nuestro primer interrogatorio. —Siguió con el bolígrafo las palabras resaltadas—. Aquí está. Le pregunté si conocía a Tania y usted dijo: “No.” Le pregunté si había hablado con ella y usted respondió: “Nunca”. —Se quitó las gafas—. La declaración es bastante categórica: usted no conocía a Tania. ¿Está de acuerdo?

Holt intervino. Tenía acento de Manchester y hablaba rápido.

—Andrew, de acuerdo con lo que hablamos, te aconsejo que no hagas comentario alguno ante las preguntas de la oficial hasta que ella haya revelado la información nueva que tiene y hayas tenido la oportunidad de consultarme.

Sarah asintió.

—Bien. —Volvió a mirar a Andrew—. Hoy lo estamos interrogando nuevamente porque tenemos pruebas que contradicen su declaración de que no conocía a Tania. Si cometió algún error al respecto en el primer interrogatorio, puede corregirlo ahora.

Holt volvió a intervenir.

—Ay, por el amor de Dios, inspectora…

—Solo estoy haciendo preguntas, señor Holt. Usted puede asesorar a Andrew, pero él puede responder según le parezca.

Hizo un ademán con la cabeza a Elaine, que sacó una foto de Tania del expediente y la empujó hacia Walker por encima de la mesa.

Sarah dijo:

—Por si no está seguro de quién es Tania Mills, le enseño una foto de ella de cuando desapareció. Es la prueba instrumental DJF/4. Teniendo delante su imagen, ¿desea corregir su declaración anterior de que no conocía a Tania?

Walker miró a Sarah, luego a Elaine.

—Sin comentarios.

—Un hombre llamado Robert McCarthy fue arrestado como sospechoso en las etapas iniciales de la investigación. Más adelante, fue descartado. Robert tenía una fotografía de él mismo con Tania. Cuando le pregunté quién la había tomado, dijo que fue Tania, con un temporizador. Podría no parecer importante, pero lo que sí resultaba extraño era que se trataba de una Polaroid. Las cámaras Polaroid con temporizador no eran fáciles de conseguir. Elaine, aquí presente, se reunió con la madre de Tania, quien confirmó que, por lo que ella sabía, su hija solo tenía una cámara, una Pentax K1000 que utilizaba película convencional de 35 mm. La única otra cámara que la familia poseía era una Kodak Instamatic. Sin embargo, Walker, cuando revisamos su apartamento, encontramos esto.

Sarah buscó dentro de la bolsa que estaba junto a ella en el suelo y sacó una bolsa para pruebas sellada. Dentro había una cámara grande, pesada, de plástico gris, con forma de platillo volante y la palabra “Spectra” en la parte delantera. La colocó sobre el escritorio.

—Prueba instrumental SBB/23, sellada en la bolsa C3427680. Es una cámara Spectra SE y es bastante poco corriente: una cámara Polaroid diseñada para uso profesional. Y algo que no es común, tiene temporizador. Otra cosa que la vuelve diferente es el tamaño de la película, que es un producto especial: Polaroid 1200. La fotografía que

tiene Robert McCarthy está tomada con este tipo de película. ¿Esta cámara es suya, Walker?

Holt levantó ligeramente una mano.

—Solo me gustaría leer algo para que quedara registrado.

Sarah asintió.

—De acuerdo.

Holt leyó de las notas que había tomado a toda prisa.

—Debido a que la inspectora Collins hasta el momento no nos ha explicado claramente la naturaleza de las pruebas nuevas que desea presentar ante el señor Walker, le aconsejo que responda "Sin comentarios" a todas sus preguntas.

Sarah tomó nota en su registro diario y luego dejó el boli nuevamente sobre la mesa.

—Andrew, la decisión de responder o no a mis preguntas es suya. Incautamos esta cámara de su apartamento y solamente le estoy preguntando si es suya. Es cuestión de responder sí o no.

—Sin comentarios.

Sarah dijo:

—Anoche, la madre de Tania me dijo que su hija había asistido a clases de fotografía vespertinas en el centro cultural de Ellersby. ¿Estuvo usted alguna vez allí?

—Sin comentarios.

—Usted trabajaba allí, ¿no es así? ¿Cómo técnico?

—Sin comentarios.

—Bien. Volvamos a la cámara. Se le han hecho pruebas de ADN y de huellas dactilares. ¿Existe la posibilidad de que Tania haya tocado alguna vez esta cámara?

Walker volvió a mirar a Holt, que negó con la cabeza.

Walker respondió con voz casi inaudible:

—Sin comentarios.

Holt intervino:

—¿Qué es esto, una especie de juego de la ruleta? ¿Tiene algo realmente, inspectora?

—Sí, tenemos algo. Un frotis del mecanismo de carga de la cámara produjo resultados que coinciden con el ADN de Tania. Es una muestra débil, no es excelente, pero también hay una huella dactilar parcial que coincide.

—Todo lo que tiene es circunstancial —objetó Holt—. Además, pueden existir problemas de contaminación…

Sarah lo interrumpió:

—Creo que es mejor que guarde silencio. —Se volvió hacia Walker —. Su abogado le ha hecho un par de sugerencias, pero las preguntas son simples: ¿conocía a Tania? ¿Esta cámara le pertenece? ¿Es posible que Tania la haya tocado?

Él negó con la cabeza.

—No tengo nada que decir.

—Hay un sitio donde usted y Tania podrían haberse conocido: en el centro cultural de Ellersby. Usted tenía la cámara utilizada, que no es una cámara corriente y tiene una coincidencia parcial de ADN y una huella dactilar. Cada prueba de forma independiente no es mucho, pero combinadas resultan convincentes. Usted conocía a Tania, ¿no es así?

—Sin comentarios.

—Tenemos un testigo que dice que usted confesó haber matado a Tania.

Walker empujó la silla hacia atrás.

—Quiero interrumpir el interrogatorio.

Holt también empujó su silla hacia atrás.

—Detenga la grabación. Ahora mismo.

Elaine había convencido a uno de los agentes de detención de que le prestara su tarjeta magnética. Sarah y ella subieron a la cafetería de la última planta. Sarah pidió dos cafés. Elaine acercó dos sillas a una de las paredes de cristal. Sacó unas magdalenas de su bolso y se las ofreció a Sarah.

—No te atrevas a decir que no quieres una.

—No me atrevería.

La mojó en su café.

—¿Qué ha pasado, el jefe te ha dicho que no podías traer a Lee a este interrogatorio? ¿Que lo necesitaban para la búsqueda de Skye?

Sarah se limpió la boca con una servilleta de papel.

—En ningún momento hablamos del tema.

—¿A qué te refieres?

—Yo no quería traer a Lee. Quería que vinieras tú.

Elaine soltó una risita.

—No es porque sienta atracción por ti, si es que te estás riendo por eso.

Elaine volvió a reírse.

—¡Me lo merezco!

Sarah también se rio. Luego pensó que intentaría decirle a Elaine por qué había querido que asistiera al interrogatorio. Lo disimularía con una broma, pero deseaba que Elaine supiera que tenía buena opinión de ella.

—Lee no tiene la menor idea de lo que piensa —dijo—. Le importan demasiado las opiniones de los demás. Siempre está pensando en qué diría un buen policía y eso lo convierte en un imbécil. A ti, por el contrario, no parece importarte una mierda y creo que eso me gusta.

Transcurrió una hora hasta que volvieron a reunirse en la sala de interrogatorios.

En cuanto comenzaron a grabar y tras dar las explicaciones pertinentes, Sarah dijo:

—Andrew, usted suele mentir para protegerse.

—No.

—La verdad es que no era una pregunta. Era una afirmación.

—Pues no es cierto. No miento para protegerme.

Holt intervino:

—Andrew, te recuerdo mi consejo anterior.

—Dice usted que no miente y que no le hace daño a nadie. Pongamos eso a prueba. Anoche leí la declaración de la víctima que le llevó a su última condena. La declaración de ella difiere mucho de la suya. —Sarah se puso las gafas—. Sí, aquí está. Solo leeré las partes relevantes. "Él se me acercó por detrás y dijo: 'Cállate o te daré un puñetazo la cara'. Me arrastró por el sendero hasta la verja. Yo le suplicaba, diciendo: 'Por favor, por favor, por favor, suéltame', pero era como si yo no existiera…". —Pasó un dedo por el texto y se saltó algunas partes—. "Me empujó detrás de un árbol caído y me obligó a tumbarme en el suelo. Cuando intenté levantarme, me empujó y me dio una bofetada".

Sarah miró a Andrew.

—Nada de esto estaba en lo que usted me relató a mí. Usted dijo que solo deseaba tocarla. No habló de decirle que se callara ni que le daría un puñetazo. No dijo nada sobre abofetearla.

Él se encogió de hombros.

—Usted dice que se ha reformado y que dice la verdad, pero su declaración demuestra que no es cierto.

—Estoy reformado.

El abogado dijo:

—Andrew…

Walker respondió:

—Yo decidiré.

Sarah se volvió hacia Elaine.

—¿Puedes…?

Elaine abrió el portátil que estaba sobre el escritorio. Movieron las sillas para poder ver. Sarah dijo:

—Bien, Andrew. La declaración de su víctima fue grabada en su momento. Procederemos a enseñarle algunas de sus partes.

Holt objetó:

—No veo qué tiene que ver esto con el asunto actual. Todo esto será inadmisible.

Sarah habló con tono neutral.

—Puede ser. Dejaremos que los tribunales decidan si quieren

excluirlo o no. Por ahora, continuaré, pues tengo derecho a hacerlo.

La imagen estaba congelada sobre una adolescente menuda que se encontraba sentada en un sillón. Vestía vaqueros y una sudadera con la capucha puesta. A la derecha de la pantalla se veía a una mujer adulta con traje azul; solo se veía su perfil.

Sarah dijo:

—A la víctima le resultó difícil hacer la declaración. Preguntó si podía ponerse la capucha.

Andrew asintió.

—Ajá. Sí.

—La otra mujer…

—Sí, lo sé, es la agente de policía.

—Bien, Elaine, cuando quieras.

La chica hablaba en voz tan baja que al principio resultó inaudible. Elaine subió el volumen.

—Me dijo que me tumbara y me levantara la falda. Si no lo hacía, me dijo que me daría un puñetazo en la cara. Le dije mi nombre y que tengo un hermano menor y dos gatos y que mi madre seguramente estaba preocupada por mi ausencia. Me dijo que me callara.

La joven agente a la derecha de la pantalla se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Qué palabras utilizó?

La chica carraspeó.

—Dijo: "Cierra la puta boca".

—Bien. Continúa.

—Comenzó a desabrocharse los pantalones. Estaba como en cuclillas por encima de mí y hacía ruidos como gruñidos. Me inmovilizaba las piernas con sus rodillas y tenía la mano izquierda sobre mi hombro derecho. Dijo: "Di que te gusta". Yo no me pude controlar. Creo que grité. Me pegó en la cara. Me lo decía una y otra vez. "Di que te gusta. Di que te gusta". Empezó a masturbarse.

La chica dejó de hablar.

La agente habló con amabilidad:

—Sé que esto es difícil.

—Yo le dije: "Si hago lo que quieres, ¿me dejarás marcharme?". Pero me dio una bofetada. Me sangraba la nariz. "Cierra la puta boca. Cierra la puta boca. Di que te gusta".

Sarah miró a Walker. Tenía un gesto hosco y estaba completamente absorto en la grabación.

La chica se había llevado las manos a la cara y se había cubierto los ojos. Luego cruzó los brazos alrededor del cuerpo. Estaba completamente cerrada sobre sí misma, cubierta por la capucha. Solo salía su voz, en tono muy bajo.

—Tenía miedo de que volviera a pegarme. Pero él no me había

dicho que me soltaría si hacía lo que él quería y fue como si algo se apoderara de mí. Me daba tanto asco. Lo odiaba. No podía decir que me gustaba y luego dejar que me matara. Apoyó su mano sobre mi cuello y comenzó a apretar. Yo lo oía decir: “Di que te gusta”. No podía respirar. Luego, gracias a Dios, apareció un perro. —Se rio, avergonzada, y meneó la cabeza. Sarah tuvo un atisbo de su naricita respingona—. Un precioso labrador negro que ladraba. Él se puso de pie, se subió los pantalones y echó a correr. Fue el mejor momento de mi vida y, más tarde, cuando vino la policía y vi sobrevolar el helicóptero, deseé que lo mataran.

Sarah movió la mano y tocó el brazo de Elaine. Ella pausó la grabación.

A veces, Sarah tenía dificultad para ordenar sus pensamientos. No lograba identificar la pregunta exacta que tenía que hacer. Tras una pausa, se dirigió de nuevo a él:

—Dijo usted, en el interrogatorio anterior, que hacerle daño a alguien no forma parte de sus fantasías.

—Así es.

—Tal vez sea cierto. No quiere hacerle daño a nadie, pero sí desea con fervor hacer aquello con lo que fantasea…

Él la interrumpió, apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Sí, ahora mismo, por ejemplo, me está costando concentrarme porque solo quiero que deje de hablar y hablar y hablar; quiero que abra las piernas y me muestre su ropa interior.

Elaine dio un respingo.

Holt dijo:

—Creo que es necesario hacer otro descanso.

—No veo motivos para ello —respondió Sarah. Se volvió hacia Walker—. Me preguntaba cuándo llegaría a eso. ¿Por qué piensa que lo ha dicho ahora?

Por primera vez en el interrogatorio él habló con furia.

—No lo sé. Solo me vino a la mente: usted, con las piernas abiertas y las bragas, un trozo de tela estirado por encima de su coño peludo. ¿Qué clase de bragas lleva puestas?

Holt dijo:

—El señor Walker está alterado; se lo advierto, cualquier comentario de mi cliente debería ser excluido en el tribunal.

Sarah miró al abogado.

—A mí no me lo parece. La conducta del señor Walker en este interrogatorio es relevante. El hombre que vemos ahora contradice por completo a la persona amable y reformada que fingió ser en el primero. —Se volvió hacia Walker—. Bien, digamos que ha encontrado un modo drástico de cambiar de tema.

Él meneó la cabeza.

—No.

—No es la persona honesta y no violenta que dijo ser en el primer interrogatorio. No es alguien que "solo quiere mirar".

—¡Sí que lo soy!

—Espere, seré más precisa. Esto de mirar, no es solo…, ¿cómo lo llamó…? No es solo una fantasía. Usted desea desesperadamente hacerlo *de verdad*. Y está dispuesto a utilizar la violencia cuando cree que puede hacerlo. La usó cuando raptó a su víctima en el parque. La amenazó. Le pegó, la abofeteó. Le apretó el cuello.

—Solo una vez.

—Existen dos clases de asesinos sexuales. Están los que matan porque les gusta hacer daño, matar. Usted es de los otros: no le interesa hacerles daño a las personas, pero si es necesario hacerlo para conseguir lo que quiere o para evitar que lo identifiquen, entonces lo hará.

—No.

—Usted es un hombre peligroso. Un mentiroso, manipulador y violento. —Hizo una pausa y lo miró a los ojos—. Usted mató a Tania. Se encontró con ella; Tania confiaba en usted. Hizo lo que quería hacer y luego la mató.

Andrew miró primero a Sarah, luego a su abogado. Después, dijo:

—No maté a Tania.

—No quería matarla, pero tuvo que hacerlo. Era la única forma de salir impune después de lo que había hecho.

—No.

—Y he de decir que ha tenido éxito. Nunca la hemos encontrado. ¿Dónde está, Andrew?

Capítulo 22

EL HOTEL DONDE SE ALOJABA Julie, la madre de Georgina Teel, quedaba en las afueras de Londres. Lizzie planeaba tomarle declaración y luego ir a casa de su madre, para regresar al día siguiente y dirigirse directamente al trabajo. Tenía la esperanza de poder pasar por su apartamento y buscar algo de ropa limpia, pero ya llevaba retraso y no quería hacer esperar a Julie. Así que cuando Kieran la dejó frente a su casa, metió directamente la bolsa de viaje en el maletero de su Golf. En cualquier caso, su madre tenía lavadora. Podría usar la misma ropa de trabajo para la guardia nocturna al día siguiente.

Por la A-41 se veían campos, árboles, setos, pero, sin embargo, era demasiado transitada, demasiado rápida y estaba demasiado bien diseñada para que se la considerase un camino rural. Sus márgenes arbolados se veían interrumpidos por elementos suburbanos que indicaban la proximidad de la ciudad. Hoteles con instalaciones para conferencias, salones de exposición de automóviles, un McAuto y un supermercado Costco.

Lizzie entró rápidamente en un gran aparcamiento, cruzó por el vestíbulo decorado con mármol artificial y se dirigió a la habitación de Julie, impersonal, con la típica moqueta azul y las cortinas plisadas gris topo.

Julie estaba sentada en la cama; era una figura pequeña y delgada. No hacía frío en la habitación, pero ella, no obstante, estaba envuelta en una manta y liaba un cigarrillo con los mitones puestos.

—Me muero por un pito, pero no quiero disparar las alarmas de incendios.

Tenía el aspecto de un pájaro flacucho al que habían echado del nido, un pájaro con pocas probabilidades de sobrevivir.

Lizzie manipuló con torpeza el estuche plateado, y supuestamente portátil, de la grabadora de doble cinta.

—Parece que eso la pone un poco nerviosa —dijo Julie.

Lizzie la miró y sonrió.

—Tómate su tiempo —continuó—, es evidente que no me iré a

ningún lado.

Los cables del delgado micrófono negro estaban enredados en el compartimento trasero.

Julie dijo:

—Aquí hay una piscina, un gimnasio y un restaurante. Siento como si hubiera llegado a Marte.

Lizzie colocó las cintas en su sitio.

—Ya casi estamos. ¿Le molesta que tome nota de su declaración mientras habla?

—No, ¿por qué?

Lizzie se arrodilló junto a la mesa baja de cristal y presionó el botón de grabar. Julie comenzó:

—Ser madre es probablemente la cosa más importante en la vida. Sin embargo, por el motivo que sea, yo era una pésima madre. Sé que es así. Cuando me quedé embarazada de Georgie yo ni siquiera sabía lo que estaba ocurriendo.

”Consumía heroína. La llamábamos de muchas maneras: pasta, H, polvo blanco, jaco, reina. Bueno, todas esas palabras son como una expresión de amor hacia la H, para que suene glamurosa, y tiene que parecer glamurosa de alguna manera, ya que es algo muy, pero que muy malo.

”Cuando comencé, solo al principio, la ingería. Pensaba que podía dominarla. Luego me dominó ella a mí y ya no supe lo que sucedía. Era como la canción de los Rolling Stones: *Can’t get no satisfaction*. Me veía obligada a ir de un lado a otro para conseguir la cantidad que necesitaba. Comencé a inhalarla, ¿sabes?; y luego un conocido dijo que me resolvería el problema. No fue culpa suya, yo sabía de qué se trataba. Me enseñó cómo inyectarme y ese fue el final. Me convertí en una adicta absoluta. Llevaba lo necesario en una pequeña bolsa rosa con bordados chinos: una cuchara, un mechero y mi aguja.

”La sensación después de inyectarte no tiene comparación con nada. Te vuela la cabeza. Pero al despertar te sientes tan mal…, sin energía, solo tiemblas. En un día soleado, tienes que ponerte gorro, tres camisetas y un jersey. Y te castañean los dientes, no te miento. Yo no era más que hambre. La heroína te come desde dentro, y la deseas intensamente, como si tuvieras hormigas bajo la piel. La única salida para no sentirse mal es consumir, y luego te sientes enferma otra vez. Es como el diablo. Tienes tus amigos adictos, pero vamos… La verdad es que no puedes relacionarte con nadie, con nadie que no sea la droga.

”Yo fui todo lo que te puedas imaginar en una drogadicta. No pude haber caído más bajo. ¿Que si llegué a prostituirme? Lo he hecho. En esa época nada me importaba. Solo quería hacerlo, acabar pronto y que el cliente me pagara para poder inyectarme después. Le he robado

a mi propia madre. Tengo marcas en los brazos y en las piernas, he buscado venas en la parte interna del muslo o en el pulgar del pie.

”Georgie nació con el síndrome de abstinencia. En el hospital la desintoxicaron. Me dieron una oportunidad, realmente yo la quería, pero la alejaron de mí. Al fin y al cabo, me gasté todo el dinero que me dieron para comida y ropa en drogas. La asistente social me aconsejó que la entregara en adopción, pero no pude hacerlo. Georgie fue lo único más potente que la H. Por eso pienso que ella fue como una especie de ángel, porque solo un ángel puede luchar contra el mal. La eché tanto de menos que la parte buena de mi persona se recompuso y abandoné la droga. El juez dijo que había hecho un gran trabajo y que lo mejor para Georgie era permanecer con su madre.

”Tuve un par de recaídas, lo admito. Mi madre se llevaba a Georgie y me cerraba la puerta en la cara. Me decía: “No vuelvas por aquí. Georgie no puede verte en este estado”.

”Pero también pasamos momentos buenos. Cuando estaba bien podía hacer muchas cosas con ella. Gastaba todo mi dinero mi hija. La llevaba al parque de atracciones, a patinar sobre hielo. Una vez la llevé de vacaciones a España. Teníamos una piscina y todo. Solas, ella y yo. No necesitábamos a nadie más. La quería.

”Georgie era muy buena guardando secretos. Demasiado. Limpiaba la casa, la dejaba impecable para la visita de la asistente social. Era buena alumna. Nunca se metía en problemas. Callada, eso sí. Era limpia. Mi madre solía decir que tenía la cabeza de un adulto sobre los hombros de una niña.

”Finalmente, decidí dejar la droga para siempre y, de una vez por todas, cogí la bolsa china, la llené de piedras y la tiré al canal. Después de eso solo éramos Georgie y yo. No quería más problemas. Fergal no vino a vivir a casa hasta después de que Georgie se hubiera marchado, aunque siempre fue bueno conmigo.

”Ella dejó la escuela a los diecisiete años. Consiguió un trabajo en una tienda de telefonía. Allí conoció a Mark. Le vendió un teléfono. ¡Dios mío! ¡Ojalá no hubiese ido al trabajo ese día! Me dijo que él la trataba bien. No iba muy deprisa. Era respetuoso. Siempre tenía dinero, por supuesto, y se lo pagaba todo. Desde el principio fue el Gran Hombre. Ella se fue a vivir con él casi inmediatamente. Le dio un hogar y todo eso. Al principio creo que a ella le gustaba que él fuese autoritario, ya que cuando ella era pequeña yo no había podido tener nada bajo control.

”Lo admiraba. Todo era Mark esto, Mark lo otro. Pasaron meses hasta que me permitió conocerlo. Y el día antes, vino a casa y me dijo que debía vestirme bien, ordenar todo, vaciar los ceniceros. Nada de hablar sobre las marcas en mis brazos.

”Me dijo: “No me ofrezcas tabaco, ya no fumo”. “¡Qué bien!”, le

dije yo. Y ella añadió: “A Mark no le gusta que fume”.

”Hice lo que me dijo. Me puse una camisa de manga larga y una falda larga. En un momento, yo estaba liándome un cigarrillo en la cocina y él entró y dijo, muy ridículo, la verdad, como si tuviese un palo metido por el culo: “No pensarás fumar cerca de Georgie”.

”Si no hubiera sido por mi hija, le habría respondido que no se metiera en lo que no le importaba.

”Pero no tenía otra salida, ¿verdad? Obedecí; vacié el cenicero frente a él y guardé el tabaco en un cajón. Quería que viera que era una buena madre, para que me quisiera cerca cuando llegaran los hijos. La cuestión es que hubiera sido una mejor madre si lo hubiera mandado a la mierda. Nunca sabes lo que va a pasar en esta vida. Debería haberme enfrentado a ese hombre. Nunca hice las cosas bien con Georgie.

”Había comenzado a hacer punto, cosas para bebés y niños, y las vendía en esos puestos para turistas de Covent Garden. Resultó que se me daba bien. Podía hacer trenzas, cenefas de la isla Fair y todo eso. Y lo hacía rápido y bien. Creo que la gente decía que yo era una pescadora de una isla de Escocia. ¡La única isla que he pisado es la isla de los Perros en Londres! Tengo mi propio sitio en eBay y ahora soy proveedora de buenas tiendas: en Hamsptead, Kensington, ese tipo de sitios. En fin, cada vez que Mark y Georgie aparecían por casa, me ponía a tejer como para salvar a la patria. Me mantenía lejos de los cigarrillos, ¿sabes?

”Cuando nació Skye, yo solía cuidarla. Mark la llevaba a casa. Ni siquiera me dirigía la palabra. Solo decía: “Nos vemos” y se marchaba. Es duro cuando sientes que no puedes enmendar lo que has hecho. Te sientes impotente. Era como que yo siempre estaba haciendo algo mal.

”Ella no me contaba nada al principio, pero yo lo notaba. Me choqué con la alacena. Sí, claro. Un golpe con la mesa. Nadie se lleva por delante una alacena, ¿no? No nací ayer. Y después estaba la pequeña Skye. Ella me dijo un día en casa: “Papá le pega a mamá”. “¿En serio?”. Y me respondió: “Sí”.

”Traté de hablar con Georgie. De decirle: “¿Hay a algo de lo que quieras hablar?” o “No he sido la mejor madre, pero, ¿sabes?, estoy para ayudarte con lo que sea. Lo que necesites. Daría mi vida por ti”. Georgie respondía: “Está todo bien, mamá”. Hasta que una vez él le arrancó un diente de un golpe y por fin logré sentarme con ella: “¿Estás lista ahora para hablar del tema? Sabes que te quiero más que a nada en el mundo”. Era una chica preciosa, no podía ocultar que le importaba. Le había dejado un agujero enorme en la boca. La amenazó con matarla si recurría a la policía.

”Yo no podía dormir. Sabía que era culpa mía que ella hubiera buscado a alguien fuerte, que pusiera las reglas y todo eso.

”Le dije: “Tienes que dejarlo, lo sabes. Piensa en Skye. La niña no puede ver lo que él te hace. Sé que he cometido muchísimos errores. No soy quién para hablar. Pero estaré para lo que necesites ya que no estuve antes. Fergal y yo haremos todo lo que sea necesario por ti. Fergal te quiere como si fueras su hija, lo sabes”.

”Pero ella no veía la manera de irse. Estaba Skye, el apartamento, todo. Además, él le había dicho que la mataría si lo abandonaba. Yo estaba decidida. Le dije: “Algún día querrás marcharte, y cuando llegue ese día, lo haremos y rápido. Te sacaremos de allí cuando él no esté en casa”.

”Entonces fue cuando él comenzó a presentarse por aquí, a patear la puerta con amenazas: “¡Ocúpate de tus cosas, vieja de mierda!”. Ese era su otro lado, ¿sabes? Se volvió tan violento que tuve que impedir que viniera. Entonces acudí a los tribunales, y conseguí una orden judicial.

”Georgie consiguió un trabajo como asistente de maestra. Solo dos días a la semana, pero ya era un comienzo. Yo la ayudaba con Skye. La dejaba conmigo y Skye me ayudaba con las madejas de lana. Yo extendía los brazos, abría las manos y ella hacía los ovillos. Me tejió una bufanda de preciosos colores. ¡Debió de tardar un siglo! Fergal dormía en el sofá. Y Skye, en la cama conmigo. Tenía su propio cajón con pijamas, mudas de ropa, su edredón, su osito, todo. Corría a buscar ese oso, Roly Poly. Solíamos decirle que él la había estado esperando. Sally, la perra, también; dormía junto a su cama cuando ella venía.

”Eso nos unió a mí y a Georgie. Fue como si me hubieran dado la posibilidad de disculparme una y mil veces con el solo hecho de estar allí para lo que necesitara. Nunca la critiqué. Al mismo tiempo, era como si… tal vez ella entendió que todos cometemos errores y podemos terminar donde nunca quisimos estar. Mi situación había sido otra, por supuesto, yo me hice daño a mí misma. Ella, en cambio, solo se había juntado con un hijo de puta.

”Las cosas comenzaron a mejorar. Era como si hubiera cerrado un capítulo. Se arregló el diente. Se dio cuenta de que era joven y guapa después de todo. Dijo que estaba pensando en estudiar para maestra. Era inteligente y decidida. Yo estaba segura de que lo lograría.

”Le dije: “El día que estés lista para mudarte, me llamas y lo haremos juntas”. Ser adicta me ha enseñado varias cosas, y marcharme a toda prisa de un lugar es una de ellas. Simplemente, era una cuestión de tiempo, esa era mi idea. Y creo que él lo intuyó.

Solo cuando levantó la cabeza de su cuaderno, Lizzie advirtió que Julie lloraba en silencio, abrazada a sus rodillas flexionadas, como si fuera un huevo.

—¿Necesita que pare la grabación?

—Por eso la mató. Sabía que ella lo dejaría. Que iba a encaminar su vida.

Lizzie se acercó y puso una mano sobre la rodilla de Julie.

—Detendré la grabación.

—Vi los mensajes de WhatsApp que ella envió el día en que él la mató. Nunca tendría que haberla animado; es como si yo la hubiera matado, por no haber tenido internet aquel día.

—No…

—Él no iba a dejarla irse. Claro que no. Debí haberlo sabido. —Julie tenía la cabeza apoyada sobre las manos y se mecía, llorando—. Ese hombre me ha destruido.

—Julie…

Levantó la mirada; su expresión era de tensa determinación.

—¡Dígaselo a todos los policías! No quiero que muera. Quiero que lo arresten. Asegúrese de decírselo.

—Por supuesto.

—Y quiero recuperar a mi Skye. Solo vivo por ella…

—Están haciendo todo lo que pueden.

—Quiero que él viva mucho tiempo, porque sería mejor para Skye. Ella aprenderá a odiarlo en lugar de sentir pena por él. Y para él, seguir viviendo será el peor castigo que podría tener. Quiero que se ponga de pie frente al tribunal y escuche la condena por todo lo que ha hecho. Todo. Y después, quiero que tenga que pensar en ello en la cárcel, día y noche durante por lo menos treinta años. Porque finalmente comprenderá lo que hizo. Y en ese momento se sentirá igual que yo. Ya no tendrá deseos de vivir.

Capítulo 23

SE HABÍAN VUELTO A REUNIR en la sala de interrogatorios, y el abogado de Walker leyó la declaración que habían preparado.

—Conocía a Tania Mills. Un par de veces fue a unas clases nocturnas de fotografía del centro cultural de Ellersby a las que yo también asistía. Nos conocíamos, pero no demasiado. No parecía ser la clase de chica a la que podías llegar a conocer bien. Había algo en ella, era como si siempre tuviera la cabeza en otra cosa. Debo de haberla visto unas cinco veces en total.

”Yo tenía acceso al cuarto oscuro del centro. Un par de veces se escapó del instituto y le enseñé cómo revelar fotografías. Lo recuerdo bien. Vestía el uniforme escolar. Era una experiencia sensual estar en el cuarto oscuro con ella, la sensación claustrofóbica, la luz roja. Fantaseaba con ella. Le presté mi cámara Polaroid unos días. Lo hice para mantenerme en contacto con ella.

”El día después de la tormenta, el centro cultural estaba cerrado y yo estaba en casa. A eso de las once, Tania me llamó desde un teléfono público. Dijo que quería devolverme la cámara. Alrededor de una hora más tarde, apareció en mi casa. Traía el violín y un bolso colgado del hombro. La hice pasar.

”Estaba rara. Tenía marihuana y se lio un porro. Estuvo mirando mis cámaras. Soy un fanático de las cámaras y ya tenía una colección: una Nikon, una Leica pequeña, una Hasselblad 500C/M. Tania no sabía qué otras cosas me interesaban, por supuesto. Pero no sentía ninguna curiosidad por mí. Solo me estaba utilizando. Me preguntó si le prestaba la guía telefónica, se tumbó boca abajo en el suelo y se puso a buscar; dobló las piernas y balanceaba los pies. Arrancó una página de la guía. Dijo que buscaba a alguien y que ahora que tenía la dirección, iría hacia allí. Yo casi no oía lo que decía porque estaba tomando fotografías. Utilicé la Hasselblad. Como se mira por la parte superior de la cámara, si alguien no está prestando realmente atención, es difícil darse cuenta de lo que estás enfocando. Ella estaba acostumbrada a que yo tomara fotos y que me moviera de un lado a otro. Me preguntó si podría ver las fotos cuando estuvieran reveladas,

así que le hice algunos retratos convencionales para tener algo que enseñarle cuando volviera a verla.

”En la primera entrevista, usted me preguntó cuándo comencé a fantasear con Tania. Se volvió mucho peor después de hacer esas fotos. Eran fantásticas.

”En fin, ella se marchó y fue la última vez que la vi. Cuando vi las noticias de su desaparición, destruí las fotos porque me di cuenta de lo fácil que sería que me involucraran en la investigación. Pero nunca dejé de pensar en ellas y por eso le conté a Erdem esa fantasía, una y otra vez.

”En el primer interrogatorio mentí respecto de conocer a Tania para protegerme, pero esto que declaro ahora es la verdad. He incluido todo aquello que recuerdo.

Elaine y Sarah habían puesto en libertad a Walker bajo fianza. Lo habían interrogado, pero todo lo que tenía que decir ya estaba en su declaración. Ambas estaban famélicas, pero Elaine quería volver a casa con sus hijos en lugar de perder tiempo con una buena comida.

—Arma secreta —dijo, y sacó un paquete de galletas integrales con chocolate del bolso.

—Buena táctica. Tomaremos café de la máquina de la cafetería y llamaré a Fedden desde allí.

Giraron las sillas hacia las vistas al oeste. Fedden respondió después de dos tonos.

—Recibí tu mensaje, Sarah. Qué buena noticia. Es hora de comenzar a hablar con la fiscalía.

Elaine le ofreció otra galleta de chocolate. Sarah negó con la mano derecha y siguió hablando.

—Jim, no creo que esto ya esté resuelto.

—Todavía hay trabajo por hacer, ¡pero mira todo lo que tenemos! Walker dijo que conocía a Tania, dijo que mintió al respecto, y estuvo con ella el día en que desapareció.

—Si yo fuera un agresor sexual, probablemente también mentiría sobre conocer a una chica desaparecida.

—Sí, pero no eres un agresor sexual.

Elaine, sin dejar de masticar, miraba a Sarah con expresión cada vez más divertida. Fedden estaba entusiasmadísimo y Sarah no lo interrumpió.

—He estado siguiendo otra pista.

Él no era más que una voz incorpórea que ladraba dentro de los auriculares del móvil de Sarah, pero ella casi podía verlo, con la cara enrojecida de furia e incredulidad.

—Sí, lo he visto. ¿Un sujeto discapacitado recuerda un vehículo verde de hace más de veinte años y un profesor del colegio de Tania

conducía un Jaguar? ¡Pero, por Dios!

—Un investigador debería seguir todas las líneas de investigación razonables, ya sea que apunten hacia el sospechoso o en otra dirección…

—Dime que estás bromeando.

—Lo que digo es que hay otra línea de investigación y si conseguimos imputar a Walker, entonces tendremos que revelárselo a la defensa.

—O, por decirlo de otra manera, ahora que has abierto este disparate, nos has metido en un problema. ¿No crees que haya sido Walker?

—Todavía no lo sé.

—*¿No lo sabes?* ¿Cuántos años de servicio llevas?

—Menos que usted…

Él la interrumpió.

—Claro que sí, porque todavía eres lo suficientemente ingenua como para pensar que un pervertido que admitió ver a Tania el día de su desaparición no es responsable de su muerte.

—Pienso que solo porque alguien sea repulsivo y hasta peligroso no significa que sea culpable de todos los crímenes con los que podamos relacionarlo, por más que lo deseemos.

Elaine esbozó una ancha sonrisa y movió la cabeza de lado a lado. Movió el dedo índice e hizo unos sonidos de advertencia.

Fedden dijo:

—Ponte en contacto con el fiscal para hablar de Walker. Averigua qué más necesitan de nosotros para imputarlo. Una vez que el caso Woodhall esté bajo control, te daré unos buenos técnicos para desarrollarlo según las líneas de investigación que estableceré en conjunto con la fiscalía.

Hubo una pausa.

—Y mientras tanto, ¿puedo quedarme con Elaine?

—Sí, mientras tanto puedes quedarte con ella. Y ponla a cargo de hacer todo lo posible para eliminar esa pista falsa. Quiero que te concentres en lograr la imputación de Walker.

La llamada se cortó. Sarah guardó el móvil.

—Parece que la cosa ha salido bien —dijo Elaine.

—Ajá.

—¿Te preguntó cuántos años de servicio llevabas?

—Sí.

Elaine se rio.

—Eso significa que realmente no le caes bien. Apuesto a que a Lee nunca le ha preguntado sus años de servicio.

—No. Supongo que no.

—Es un imbécil —dijo Elaine alegremente, mientras guardaba el

paquete casi vacío de galletas en el bolso y se ponía de pie—. Bueno, lo siento, pero debo irme.

Sarah también se levantó de la silla.

—Mira, sé que debes volver a tu casa, pero ¿puedo solamente repasar la declaración contigo en el patio durante cinco minutos y así me fumo un cigarrillo?

Se quedaron en el área cubierta junto a un depósito. Llegaron unos agentes locales en un coche sin identificación y comenzaron a descargar del maletero bolsas de plástico con pruebas. Había muchas cosas: tres ordenadores, un microondas, un procesador de alimentos, una mininevera.

—Adivina el delito —le propuso Elaine.

—Diría que vender cosas robadas por eBay.

—Sí, puede que tengas razón.

Sarah encendió el cigarrillo y dijo:

—Quiero estudiar detenidamente qué significaría que Walker estuviera diciendo la verdad.

Elaine asintió y Sarah prosiguió:

—El día que Tania desapareció, recibió una llamada de su mejor amiga, Katherine Herringham, y quedó en encontrarse con ella. Claire Mills dice que Tania salió de la casa cerca de las nueve. Lo sabe porque Tania salió justo a la hora en que le llevaron al bebé que Claire cuidaba. Tania fue a la caseta de Robert y se cambió de ropa. Y allí termina todo. Después de que dejase la caseta de Robert, no sabemos nada con certeza.

Ambas guardaron silencio un instante, pensando en las pruebas.

Sarah agregó:

—Walker dijo que Tania lo llamó y fue a su casa. Ya eran más de las once. O sea, que si está diciendo la verdad, tenemos un espacio de dos horas entre que Tania se marchó de la caseta y apareció en casa de Walker de mal humor.

Elaine preguntó:

—¿Tenía que encontrarse con Katherine, pero fue a otro lugar?

—Podría ser. O Katherine miente y Tania sí visitó a su amiga. Al fin y al cabo, Katherine en ningún momento llamó a casa de Tania para averiguar por qué no había ido.

—Se lo pregunté cuando estaba tratando de rastrear el Jaguar. Katherine dijo que Tania no era de fiar. Estaba enfadada con ella y no quería andar persiguiéndola. Aunque Katherine podría estar mintiendo, sí. Pero ¿por qué lo haría? Seguramente querría ayudar a encontrar a su amiga.

Sarah lo pensó un momento.

—Katherine y Tania tocaban el violín juntas. Seguramente Stephenson también era el maestro de Katherine. ¿Recordaba ella el

Jaguar cuando se lo preguntaste?
—No. No recordaba a nadie que tuviera un Jaguar verde.
—Aun así, tampoco significa nada. Yo no recuerdo qué coches tenían mis profesores.
Elaine se rio.
—Recuerdo que mi profesora de alemán conducía un Mini porque nos tumbábamos delante de él para impedir que se fuera del colegio.
Sarah soltó una carcajada.
—¡Te imagino haciéndolo!
Elaine fingió escandalizarse.
—¿Por qué lo dices?
Sarah volvió a sus pensamientos.
—No hay motivos para recordar lo que conducía tu profesor, si es que alguna vez lo supiste.
—Entonces, ¿solo tuve suerte con Stephenson?
—Puede ser. O tal vez… —Lo pensó—. O tal vez, igual que tu profesora de alemán, Stephenson era la clase de hombres que se destacaba. El vicedirector que recordaba su coche… ¿qué te contó sobre Stephenson?
—No le caía bien. Por lo visto, todo tenía que ser siempre como él quería: las salas de ensayo, la organización de los viajes escolares de la orquesta. Stephenson era engreído, pero como obtenía resultados, el director siempre le permitía hacer lo que quisiera.
—¿Y qué me dices de Katherine? ¿Qué te pareció cuando la conociste?
—Antipática. Dijo que ya había hablado de todo cientos de veces, ¿qué más podía agregar? Para ser justa, es madre soltera, así que tal vez es comprensible que quisiera deshacerse rápidamente de mí.
Sarah apagó el cigarrillo en el cenicero que estaba en la pared.
—No hago más que encontrar un montón de preguntas para las que no tengo respuestas. ¡Es tan difícil llenar las lagunas! —Sacó el paquete de cigarrillos—. Y todo podría ser sencillo, como piensa Fedden. Walker mató a Tania.
Se llevó otro cigarrillo a los labios y buscó el mechero.
—Te vas a poner enferma —dijo Elaine.
—Ay, no me regañes. Es el tercero de hoy.
—Pues date prisa. Quiero volver a casa. ¿Quieres que interrogue de nuevo a Katherine? Podría ir mañana.
Sarah se tragó el humo.
—No, todavía no. Esperemos a ver si conseguimos más cosas para preguntarle. ¿Has podido tramitar ante los otros cuerpos la solicitud de información sobre Stephenson?
—Sí. Enviarán cualquier cosa que tengan y te pondrán copia a ti.
—Qué pena que no tengamos esa maldita guía telefónica que

mencionó Walker. Es decir, si existe. Al menos nos daría la primera letra del apellido.

—¿Le creíste?

—No lo sé. Fedden piensa que estoy loca por considerar la posibilidad de creer a Walker. Es solo cuestión de encontrar suficientes pruebas como para condenarlo.

Elaine conjeturó:

—Si Tania desapareciera hoy, un tipo mayor con el que se encontraba de vez en cuando y que la dejaba en el parque en lugar de llevarla a su casa decididamente constituiría una línea de investigación para nosotros.

—Sí, pero ni siquiera sabemos con certeza que Stephenson haya sido ese hombre. Lo único que sabemos es que conducía un Jaguar. Aun así, no dejo de pensar en ese asunto de ir a plantar árboles en Morville Park. Sería una forma fantástica de deshacerse de un cadáver.

Elaine se rio.

—Pienso que deberías seguir investigando a Stephenson, pero no me parece que tengas pruebas suficientes como para empezar a cavar en los parques. —Recogió su bolso y se lo colgó del hombro—. Si hemos terminado, me marcho. ¿Sigues de turno?

Pero Sarah, que estaba apagando su cigarrillo, seguía preocupada por el caso Egremont. Otro detalle le había venido a la mente.

—¿Cuándo se divorció Stephenson? —preguntó.

—Seis meses después de la desaparición de Tania.

—Interesante. Me gustaría hablar con su exmujer. ¿Cómo se llama?

—Abigail Levy.

—¿Puedes conseguirme su dirección?

Elaine hizo una mueca de fastidio.

—No estarás sugiriendo que lo haga ahora, ¿no?

Sarah negó con la cabeza.

—Claro que no. —Sonrió—. Te llevaría años si tuvieras que volver a Hendon a hacerlo.

—Me cago en la puta.

Sarah abrió las manos, con expresión de absoluta inocencia.

—¿Qué pasa?

—Eres un grano en el culo.

—No eres la primera persona que se ha dado cuenta.

—De acuerdo. Haré una búsqueda rápida de información desde aquí, pero si no doy con nada inmediatamente, lo dejo y me voy a casa.

Sarah sonrió y le guiñó un ojo.

Elaine dijo:

—Ni se te ocurra.

—Créeme, no diré nada. Te diría que eres una estrella, pero sé que

te enfadarías. Iré a comer algo, ¿quieres venir?

—De ninguna manera. Me ocuparé de esto y luego me iré a casa.

Las máquinas de limpieza barrían las hojas pisoteadas de coles que quedaban tras el día de mercadillo. A la derecha había un McDonald's, iluminado y extraño como un acuario en un centro comercial. Unos jóvenes se habían apiñado alrededor de una mesa y varios agentes uniformados hacían cola para la comida para llevar; un hombre de aspecto sólido con manos sucias y un mono naranja estaba sentado solo, comiendo dos hamburguesas. Sarah no se habría sorprendido de encontrarse con un extraterrestre allí dentro: violeta, con ocho tentáculos, mirando su ordenador tranquilamente y comiendo un Big Mac y unas patatas fritas.

La sensación de separación que sentía respecto de la gente de detrás del cristal le era familiar. ¿Cuántas veces, sentada en vagones atestados del metro, había mirado las caras de sus compañeros de viaje y se había preguntado qué ocultarían sus expresiones aburridas?

En su época de detective en prácticas, había imputado a un vendedor chino de DVD que en el fondo de una bolsa que contenía copias ilegales de *Los Vengadores* y películas de *Batman*, había ocultado DVDs de otra clase. Como parte del caso, había tenido que conseguir una muestra del contenido. Durante un turno de ocho horas había visto a una sucesión de mujeres practicar todas las variantes sexuales posibles, principalmente con perros. Una de las mujeres se había esforzado por demostrar que lo disfrutaba, las otras se veían profesionalmente sensuales. Eran chicas de todas partes del mundo. Asiáticas. Estadounidenses con pantalones cortos. Unas rubias que parecían ser de Europa Oriental. Había una en particular que se le había grabado en la memoria: una muchacha joven con pelo corto, negro y tatuajes sobre el estómago, cuya delgadez extrema sugería adicción a las drogas. Actuaba con otra mujer que se movía con aire experimentado. Esta mujer había alentado a la chica, poniéndole las manos donde tenían que estar, mostrándole cómo hacerlo, inclinándose, girando, haciendo todo lo necesario con aire experto, mientras que la joven debutante sonreía, incómoda, se sonrojaba, esquivaba el ojo de la cámara y se cubría la cara avergonzada.

Todo tipo de hipocresías morales y una excitación mal disimulada se ocultaban detrás de las reacciones de la gente ante la mención de agresores sexuales. "Monstruos disfrazados" era una frase muy utilizada que limitaba de forma muy útil el territorio de las personas decentes. Pero a Sarah eso no le brindaba ningún consuelo. El vendedor de DVDs había estado vendiendo el vídeo de esas chicas en las calles de Londres. Quedaba claro que existía un mercado. Ese era el problema, pensó, mientras cruzaba la calle y entraba en el centro

comercial bien iluminado: su trabajo le daba demasiado acceso a las bambalinas de la vida de las personas. El deseo, víctima de su propia urgencia, se manchaba y se convertía en muchas formas posibles de daño.

Empujó la pesada puerta de cristal de un local de sushi. Dentro de unas neveras ruidosas se veían bandejas de plástico de salmón crudo cortado en dados y envases transparentes con judías verdes perfectas. Pidió comida caliente en el mostrador y se sentó en uno de los taburetes altos que miraban hacia el centro comercial. Les quitó la tapa a los fideos y del habitual caldo marrón se elevó una nube de vapor. Allí estaban las típicas hojas verdes, los trocitos de algo que parecía madera y sabía a madera. Comida saludable, prometían. Una de las cinco raciones diarias de frutas y verduras que recomendaban las campañas de salud. Dios, qué cansada estaba.

Sintió que le tocaban el hombro y se volvió. Se encontró con una ancha y alegre sonrisa.

—¡Hola, Sarah! ¡Dos veces en dos semanas! —dijo Caroline—. ¿Me puedo sentar contigo?

Con sus vaqueros y su camisa blanca de algodón, Caroline se veía fresca y limpia. Sarah sintió que necesitaba bañarse antes de poder siquiera hablar con alguien tan optimista.

—Sí, claro. Pero tengo que irme en un minuto.

Caroline se sentó en un taburete contiguo y abrió una caja de sushi sobre la estrecha repisa que miraba hacia el centro comercial.

—¿Siempre estás de tan mal humor?

Sin poder contenerse, Sarah sonrió.

—Casi siempre.

—He quedado en el centro comercial con unas amigas para ir al cine. Puedes venir si quieres.

—No, en serio, no puedo. La verdad es que todavía estoy de servicio.

Caroline rompió el sello de la caja de sushi. Vació la salsa de soja dentro del pequeño recipiente, le agregó un trozo generoso de wasabi verde, mojó un rollo de sushi en el líquido y se lo llevó a la boca con un chasquido entusiasta de los labios. Sarah era plenamente consciente de su presencia, sus labios rellenos, el placer que le provocaba comer. Caroline había elegido otra pieza de sushi y la movía dentro del bol.

—¿Qué has estado haciendo últimamente? —dijo.

—No mucho. Interrogatorios.

—Interrogatorios, eso suena interesante.

—Disculpa, pero no quiero hablar de eso.

Caroline esbozó una mueca de perplejidad que desapareció rápidamente.

—De acuerdo. —Se introdujo la segunda pieza de sushi en la boca y puso cara de entusiasmo ante lo picante del wasabi.

Sarah se masajeó la frente con ambas manos. Tal vez debía marcharse ya y decir que no se sentía bien. Miró a Caroline, que la estaba observando con una curiosidad que parecía tanto comprensiva como divertida.

—Perdona —dijo Sarah—. Ha sido un día largo.

—No te preocupes. Pareces cansada, sí.

Hubo un silencio.

—¿Ha sido un día difícil?

—Bastante.

—¿No puedes hablar de tu trabajo?

—Pues…

Otra pieza de sushi fue a parar a la boca de Caroline. Otro entusiasta chasquido de la lengua.

—¿Porque te molesta o porque es confidencial?

Sarah trató de sonreír.

—Lo siento, es solo que… no es el momento. ¿Podemos cambiar de tema?

Por la cara de Caroline cruzó un destello de incomodidad, que ella disimuló de inmediato con otra sonrisa.

—Sí, claro, por qué no.

—Cuéntame tu día. Te gusta enseñar, ¿verdad?

Caroline le habló de una chica que lo había hecho sorprendentemente bien en una competición de matemáticas, pero a ninguna de las dos le interesaba el tema. Estaban atrapadas en cortesías. Existían, tal vez, otras cosas de las que deseaban hablar, pero no podían llegar a ellas.

—Disculpa. Tengo que volver al trabajo.

Caroline miró su caja de sushi.

—¡Pero todavía me quedan cuatro piezas! ¿Puedes quedarte conmigo hasta que las termine?

Sarah miró la caja. Quedaban cuatro unidades, era cierto.

—Claro que sí.

Caroline la estudiaba con atención.

—¿No te caigo bien?

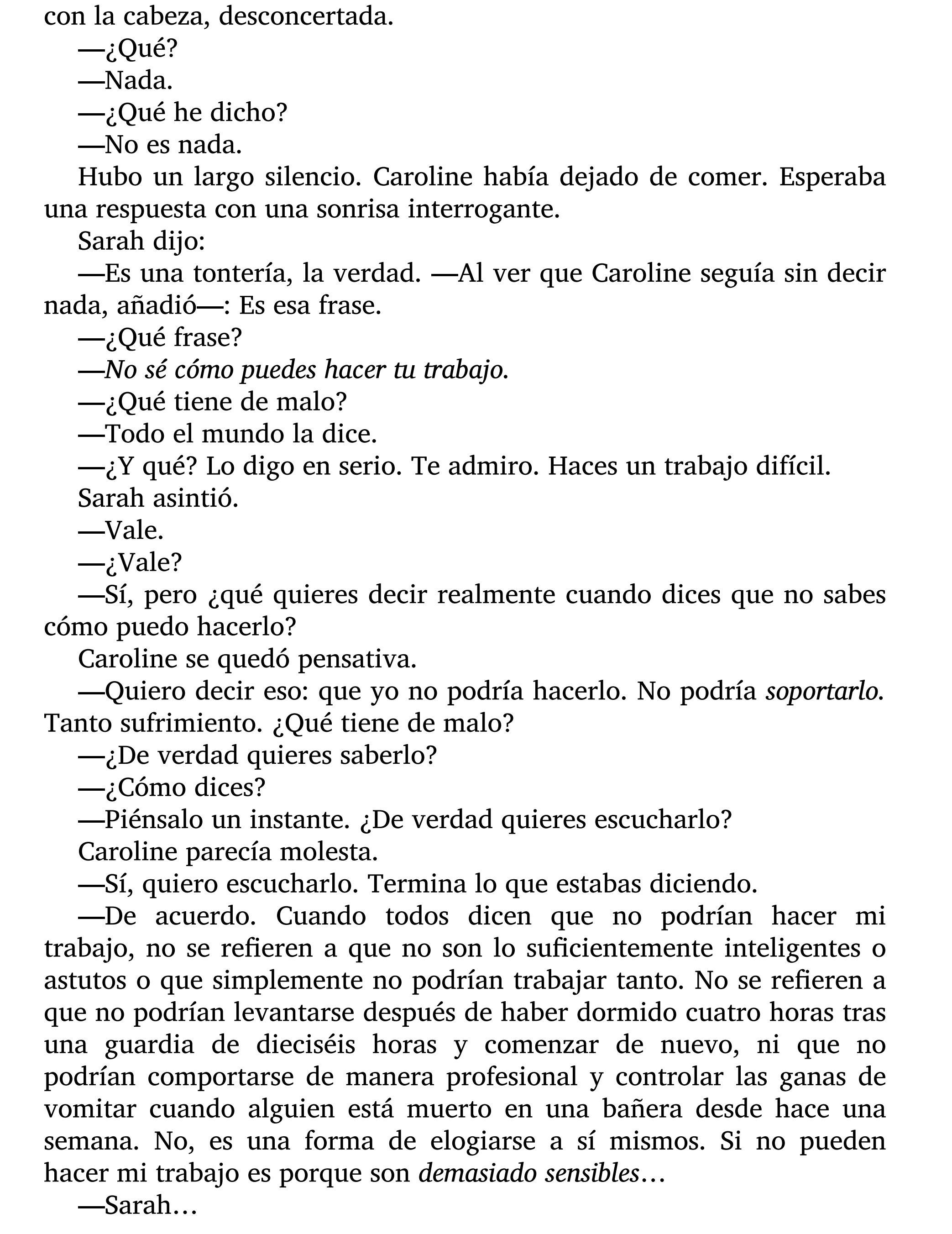
—Sí, me caes bien. Mira, ha sido un día largo.

—Eso ya lo has dicho.

De pronto ambas sonrieron, aliviadas por el reconocimiento del nerviosismo que hacía que quisieran sentarse juntas y, al mismo tiempo, las hacía sentirse incómodas.

—No te sientas obligada a quedarte —dijo Caroline—. Tal vez podamos quedar en otra ocasión.

—No, quiero quedarme.



Caroline extendió la mano por encima de la mesa.

—Mira, yo te admiro…

—No seas tonta…

—No sé cómo puedes hacer tu trabajo.

"No sé cómo puedes hacer tu trabajo". Era lo peor que podría haber dicho. Debió de reflejarse en la cara de Sarah, porque Caroline negó con la cabeza, desconcertada.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué he dicho?

—No es nada.

Hubo un largo silencio. Caroline había dejado de comer. Esperaba una respuesta con una sonrisa interrogante.

Sarah dijo:

—Es una tontería, la verdad. —Al ver que Caroline seguía sin decir nada, añadió—: Es esa frase.

—¿Qué frase?

—*No sé cómo puedes hacer tu trabajo.*

—¿Qué tiene de malo?

—Todo el mundo la dice.

—¿Y qué? Lo digo en serio. Te admiro. Haces un trabajo difícil.

Sarah asintió.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, pero ¿qué quieres decir realmente cuando dices que no sabes cómo puedo hacerlo?

Caroline se quedó pensativa.

—Quiero decir eso: que yo no podría hacerlo. No podría *soportarlo.* Tanto sufrimiento. ¿Qué tiene de malo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Cómo dices?

—Piénsalo un instante. ¿De verdad quieres escucharlo?

Caroline parecía molesta.

—Sí, quiero escucharlo. Termina lo que estabas diciendo.

—De acuerdo. Cuando todos dicen que no podrían hacer mi trabajo, no se refieren a que no son lo suficientemente inteligentes o astutos o que simplemente no podrían trabajar tanto. No se refieren a que no podrían levantarse después de haber dormido cuatro horas tras una guardia de dieciséis horas y comenzar de nuevo, ni que no podrían comportarse de manera profesional y controlar las ganas de vomitar cuando alguien está muerto en una bañera desde hace una semana. No, es una forma de elogiarse a sí mismos. Si no pueden hacer mi trabajo es porque son *demasiado sensibles*…

—Sarah…

—Voy a terminar.

—De acuerdo. Adelante. Termina.

—No pueden soportar ver cosas horribles. O son demasiado morales, pobrecitos. No pueden mostrarse pacientes con gente mala. No pueden sentarse, escucharlos, ser justos y tratarlos bien porque todo eso es parte del trabajo, por más repelente que sea la persona.

Se interrumpió. Caroline se había puesto de pie y Sarah súbitamente sintió remordimientos.

—Siempre parecías demasiado solitaria.

Sarah se sentía horrorizada por su propio arrebato.

—Mira —dijo—, siento mucho haber dicho todo eso. No he estado muy acertada.

—Solo he tratado de ser amable contigo.

—Sí, es cierto. Perdóname. No sé por qué he dicho todo eso.

—No te conozco lo suficiente para que me hables de ese modo. No sabes nada de mí.

El teléfono de Sarah había empezado a sonar. Por pura costumbre, inmediatamente lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Era Elaine, pero rechazó la llamada. Caroline se estaba alejando. Sarah se puso de pie y la llamó, sin siquiera avergonzarse porque la gente la estaba mirando.

—Lo siento…

Pero era demasiado tarde. La puerta de cristal se abrió y se cerró. Caroline se alejó por el centro comercial y Sarah se quedó sola. El teléfono volvió a sonar. Se sentó y contestó. Elaine había conseguido la dirección de Abigail Levy.

La exmujer de Stephenson vivía en una caballeriza convertida en apartamentos de lujo. Era uno de esos rincones románticos, escondidos en la megaciudad, que los ricos habían descubierto hacía tiempo y de los cuales se habían adueñado. Los caballos y los peones de la caballeriza hacía mucho que ya no estaban: si vagaban fantasmas por los senderos adoquinados, seguramente eran amistosos. Las macetas de terracota fuera de la puerta de Abigail Levy estallaban de flores: rudbeckias de un amarillo refulgente, puntiagudos acantos blancos y violetas.

Abigail era baja y delgada: medía alrededor de un metro sesenta y no debía pesar más de cincuenta kilos. Estaba muy bien para sus cincuenta y pocos años, tenía ojos oscuros y una melena corta y cuadrada con volumen. Vestía un elegante traje rosa con ribetes oscuros en los bolsillos que podía ser Chanel o, si no lo era, al menos insinuaba serlo. No hubiera estado fuera de lugar como anfitriona de un programa televisivo diurno sobre gatos para mujeres de una cierta edad. Sonrió con aire levemente hostil y desconcertado cuando Sarah

le mostró su identificación, pero la invitó a pasar a su pequeña casa. La sala estaba impecablemente decorada: una alfombra persa de seda azul cielo, lámparas laterales de luz suave, un juego de sillones antiguos enfrentados. Abigail le ofreció té y lo llevó en una bandeja redonda de plata. Se sentó en uno de los sillones, extendió las piernas delante de ella y cruzó pies. Ladeó la cabeza.

—¿En qué la puedo ayudar?

—Gracias por aceptar hablar conmigo, señora Levy.

—Señora no, señorita.

—Disculpe, señorita Levy. Estoy haciendo averiguaciones sobre una alumna de su exmarido, Tania Mills.

Abigail esbozó una sonrisita tensa que le marcaba pequeñas arrugas a los ojos, pero no parecía contener ninguna alegría.

—El nombre no me dice nada.

—¿Su exmarido nunca le habló de ella?

—Que yo recuerde, no.

—Porque desapareció. Nunca la encontraron. Debe de haber sido un tema de conversación importante.

Abigail acercó los pies a la silla, flexionó las piernas hacia un lado, sin apoyar los talones en el suelo.

—Sí, me acuerdo de ese caso. No recordaba el nombre. Pero no es que hablara de ella. A mi marido nunca le interesó nadie excepto él mismo.

—Se divorciaron al año siguiente.

—Por fin, sí.

—¿Puedo preguntarle sobre eso?

La mujer juntó las manos y se las llevó a la barbilla. Se quedó así un instante; luego, dijo:

—Preferiría no hablar del asunto, si no le importa. No veo qué tiene que ver con una investigación policial.

Sarah pensó en presionarla, pero decidió no hacerlo.

—¿Participaba su marido en actividades benéficas?

—Mientras estuvimos juntos, no. Creo que no.

—¿No participaba en temas comunitarios, en ese tipo de cosas?

Abigail soltó una risa amarga.

—¡No, por Dios! ¿Por qué habría de hacer algo así? Se nota que no lo conoce. No le interesan los demás.

—Pero ahora sí que participa en organizaciones benéficas.

—No lo sé.

—Hubo una tormenta…

—Sí, la tormenta. Lo recuerdo.

—Se ofreció para ayudar a volver a plantar árboles en Morville Park.

Ella se mostró sorprendida, hasta interesada.

—¿En serio?

—¿No lo sabía?

Abigail se arrellanó en el sillón. Contuvo el ánimo que había mostrado hacía segundos.

—No, no lo sabía. Ya no teníamos una buena relación.

El teléfono de Sarah emitió un zumbido. Ella miró la pantalla. Era un mensaje grupal para su equipo, “OPERACIÓN WOODHALL: URGENTE”. Volvió a guardar el teléfono, e hizo una pausa antes de hablar para permitir que la interrupción se disipara en el elegante salón.

—Le pido disculpas.

—No hay problema.

Abigail volvió a sonreír, extendió las piernas y volvió a cruzar los tobillos.

—¿Puedo solamente preguntarle…? —dijo Sarah.

—¿Sí?

—Su exmarido y usted, ¿cómo se conocieron?

— Me enseñaba violín. Era muy buen profesor.

—¿Usted sigue tocando?

Abigail negó con la cabeza.

—Ay, no. Hace años que no toco. —Sonrió y ladeó la cabeza—. ¿Hay algo más que necesite preguntar? Porque si no…

Sarah sonrió y se puso de pie.

—No, gracias por su tiempo. —Le ofreció su tarjeta—. Si recuerda algo que pueda ayudarme con la investigación…

Abigail le dio las gracias y la dejó sobre la mesa.

Capítulo 24

BRANNON LLEVABA BEBIENDO UN BUEN rato. Skye seguía en la sala de estar. No podía mirar a su hija, porque simplemente le resultaba imposible. Aún no. Necesitaba beber un poco más.

Aquel momento en el que Lizzie se había marchado en el coche y él se quedó allí con el cuchillo en la mano: no lo podía tolerar. Literalmente oía a la gente riéndose de él. Fue como si hubiera recibido un golpe en la sien con un hierro. Se había sentido abrumado y tuvo que sentarse.

Se había levantado de un salto como si necesitara primeros auxilios y se había dirigido a la sala. Pensó que Skye, todavía esposada a la tubería del radiador, le decía algo, pero no estaba seguro. No había podido mirarla ni responder. Buscó la botella de Jack Daniels y volvió al recibidor.

Ya estaba familiarizado con esa grieta oscura en la que ahora se encontraba. Había conocido una versión de ella, desde niño, pero en aquel entonces era más pequeña, era un espacio reducido, estrecho, como si estuviera dentro de una alacena cerrada. La primera vez había sido con uno de los novios de su madre. El recuerdo era tan distante que no sabía qué edad tenía en aquel momento. Estaba de pie, de espaldas a la pared, observando. El hombre le pegó a su madre varias veces y un pánico terrible se apoderó de él. No sabía qué hacer. Había visto una película, *Jasón y los Argonautas*, y quería con toda su alma ser como Talos, la estatua de bronce de larguísimas piernas que se movía y miraba desde arriba, inexpresiva, a los pobres y débiles guerreros que no eran más que temerosas hormigas bajo su espada despiadada. En cambio, él solo era una de las hormigas. ¿Por qué no había nadie responsable? ¿Por qué nadie venía en su ayuda?

Otro recuerdo lo envolvió como un banco de nubes. Su madre lo había llamado desde el dormitorio. Las cortinas estaban cerradas y la habitación, oscura. No podía recordar la cara del hombre en absoluto, como si en realidad, no hubiera tenido una cara; solo la forma de su cuerpo se elevaba sobre su madre, como una bestia. Como los cíclopes en *Simbad* con la ceja tupida y los muslos peludos. Ella se incorporó

sobre los codos y le pidió que fuese a comprarle cigarrillos. El dinero estaba sobre la mesilla de noche, muy cerca de ellos. Al ver que él vacilaba, ella le dijo: “¡MUEVE EL CULO DE UNA VEZ!”.

Tuvo que pedirle a un viejo borracho que estaba fuera de la tienda que los comprara, ya que él era menor. El borracho quitó el celofán del paquete y se quedó con dos cigarrillos.

—Impuestos —dijo y se tocó un lado de la nariz.

La caja estaba estropeada sin el celofán. Lo recordaba perfectamente: el paquete dorado de Benson & Hedges en su mano.

Debió de haber sido justo antes de que llegara la policía. Aquel día una señora se sentó junto a él en el sofá y le leyó un libro, mientras los demás conversaban en voz muy baja. Los policías recorrían el apartamento, hablando por radio, y la familia del libro corría por praderas floridas buscando un oso.

En el hogar de acogida coincidió con Marley al principio, pero luego hubo algunos cambios. Intentó escuchar lo que decían, pero no podía seguirlos. Todo lo que entendió fue que Marley se había marchado. Él había mojado la cama. Los demás niños se rieron de él. Fue entonces cuando la oscuridad comenzó a transformarse, a moverse, a desarrollar mayor alcance y potencia. Podía sentir cómo iba creciendo, como en esos mapas de las tormentas, donde las isotermas avanzan acumulando fuerza e intensidad. Tenía algo de maravilloso, la verdad.

En la escuela había sido un desastre y lo enviaron a un centro especializado. ¿Pero qué le importaba? Había conseguido mucho dinero sin necesidad de toda esa mierda. Al poco tiempo ya estaba trabajando para los Young. Ellos podían confiar en él. Quería que lo supieran. No era algo meramente profesional; era mucho más que eso. Y se notaba que ellos lo sabían porque confiaban realmente en él, lo trataban con respeto. Formaba parte de la familia. No era uno de los más importantes, pero sí, lo cuidaban. Comenzaba a ser alguien. Y gracias a eso, él había formado su propia pequeña familia. Los Young también respetaban eso. Lo notaba en la manera en la que se dirigían a él.

Se había enamorado de Georgina en cuanto la vio por primera vez. La quería con locura. Era la mujer ideal para él. ¡Qué hermoso hogar habían construido! ¡Su bonita familia! Fueron los demás los que se interpusieron entre ellos, gente que debería haberlos ayudado. La madre de Georgina y esa perra de Lizzie Griffiths. ¡Nadie nunca quería ayudarlo! Nadie nunca lo había cuidado. No podía confiar en nadie. En nadie. Él debía de comportarse como un hombre con todo el mundo. Nadie más ponía reglas claras. Nadie cumplía sus promesas.

Pensó en Skye, que seguía en la sala de estar. Al principio había llorado, pero ahora estaba en silencio. Sentía tanta, pero tanta pena

por ella. Era tan pequeña y preciosa. Tan inocente. Nadie podría protegerla de este mundo. Había creído que él sería capaz de hacerlo, pero no era así. Y cuando lo cogieran y lo mataran, la enviarían a un hogar de acogida igual que a él. ¡Jamás! No permitiría que hicieran eso con ella. Hacer lo que tenía que hacer lo mataría, pero tenía la fortaleza suficiente. Se ocuparía de Skye. Necesitaba continuar bebiendo para poder hacerlo. Le dio la vuelta al Samsung que tenía en la mano. Era como una luz trémula en la oscuridad. A pesar de todo, se sentía orgulloso de sus habilidades. Técnicas de espionaje, se llamaban. Era demasiado inteligente para hacer llamadas telefónicas. Ese teléfono de prepago de alta calidad era nuevo y estaba intacto.

Tenía una aplicación. La abrió. Solo necesitaba verificar y ver dónde estaba esa perra de Lizzie. Al estudiar el registro, sintió un atisbo de luz dentro de sí. *Podía rastrearla.* Aún a distancia podía tener cierto control sobre ella. Se había detenido durante unas horas en un hotel en las afueras de Londres. Por un momento, se preguntó la razón. La muy puta seguramente se había ido a follar con algún hombre casado. Ahora se movía por la M-6. Se sintió poderoso: sabía que en algún momento ella tendría que regresar. Tal vez pudiera esperar, después de todo.

Inició sesión en un buscador de internet. Había subido su vídeo a YouTube. ¡Llevaba miles de vistas! Los comentarios entraban sin cesar.

Truck407: Mark Brannon, eres mi héroe.
Fedora-Man: Muere, pedazo de mierda asesina.

Le importaba tres cojones ese perdedor de Fedora-Man, quienquiera que fuese. ¡Él era mucho más que eso!

Se dirigió a la sala de estar. Skye dormía, tumbada junto al radiador. Fue hasta la cocina y revisó los armarios. Por suerte, Lizzie tenía harina y huevos. Batió la mezcla. Se arrodilló junto a Skye y le quitó las esposas. La levantó, la acunó entre sus brazos y le acarició el pelo.

—Vamos, preciosa, despierta. Prepararé tortitas.

Capítulo 25

LAS OFICINAS DEL EQUIPO DE Homicidios parecían una biblioteca de noche, cuando solo quedaban los estudiosos. Había tan poco movimiento que las luces de los pasillos estaban apagadas y solo se encendían cuando Sarah pasaba. Casi todos habían salido a hacer investigaciones urgentes sobre el vídeo que alguien había subido a YouTube. Los que quedaban trabajaban en silencio en sus escritorios. Lee estaba solo en la sala principal de coordinación. Le señaló un ordenador y, cuando Sarah clicó en el enlace, se levantó y fue junto a ella.

El vídeo ya tenía casi ocho mil vistas. Mark Brannon estaba sentado frente a una pared blanca en un sillón que había cubierto con una sábana blanca. Su actitud se parecía, en un sentido demencial, a la ansiedad que siente un candidato antes de una entrevista para la que no está suficientemente preparado, pero que espera contra toda probabilidad que le permitirá conseguir el trabajo que ansía con todas sus fuerzas. Llevaba una camisa planchada, pero no se había afeitado, y sus manos descansaban sobre los apoyabrazos del sillón como si estuvieran amarradas allí. La perra, Candy, estaba echada a su lado.

“Georgie era mi mujer perfecta. Todo lo que yo quería era que estuviéramos juntos…”.

—Twitter está enloqueciendo —dijo Lee.

—¿Ya le hemos pedido a YouTube que lo elimine? —preguntó Sarah sin despegar los ojos de la pantalla.

—El jefe se está ocupando de eso.

Las lágrimas rodaban por la cara de Brannon. El perro cambió de posición.

“Yo tenía una familia. Tenía amor. Lo tenía todo. Si no fuera por la policía, Georgie aún estaría viva”.

—Cretino autocompasivo —dijo Lee.

—¿Tenemos la ISP de donde se subió a internet?

“Nunca quise hacerle daño a Georgie, pero ¿qué podía hacer? Iba a marcharse, llevándose a Skye con ella. No podía dejar que lo hiciera”.

—Es un cibercafé. Tenemos agentes allí, revisando las cámaras de

seguridad —dijo Lee.

Brannon se había derrumbado por completo. Lloraba, sujetando la bóveda afeitada que era su cabeza. Luego pareció cansarse de hacerlo. Levantó la vista, se restregó la nariz y se secó las lágrimas de la cara con el canto de la mano. Se recompuso. Sus penetrantes ojos azules miraron directamente a la cámara.

“Os lo voy a decir con toda claridad. Es una advertencia. Skye es todo lo que me queda. Nunca dejaré que la apartéis de mí. No os acerquéis a nosotros”.

—Parece que los psicólogos están advirtiendo sobre asesinato-suicidio —dijo Lee—. El jefe está muy preocupado por Skye. —Entró un mensaje en su teléfono, lo miró y maldijo—. No nos sirve una mierda.

Le mostró la pantalla de su móvil a Sarah. Era un wasap con una captura de pantalla de las cámaras de seguridad del cibercafé donde se había subido el vídeo: un hombre con una capucha que le cubría la cara. No había ninguna imagen facial, pero el hombre era demasiado alto y delgado para ser Brannon.

—Así que lo están ayudando, pero no sabemos quién —dijo Sarah.

Volvió a mirar la pantalla. Ahora había cierto parecido con un vídeo terrorista: la cara bañada en lágrimas de Brannon se veía muy segura, muy decidida.

“Este no es el final. Esto no terminará aquí”.

El título del siguiente vídeo se cargó automáticamente —uno de crímenes reales llamado *Lágrimas de cocodrilo*— y apareció un anuncio de un musical del West End. Sarah cerró la ventana de internet y repasó mentalmente el vídeo en busca de indicios. Aunque le habían indicado que se concentrara en Tania, todos sus instintos le gritaban que buscara a Skye.

Capítulo 26

FEDDEN ESTABA EN SU OFICINA, la cabeza gacha, sin corbata; tenía puestas las gafas y leía unos papeles. Levantó la mirada y su expresión cambió de concentración a fastidio. Se colocó las gafas sobre la cabeza.

—Sí, cierra la puerta. Siéntate. ¿Has visto el vídeo?

Sarah asintió. Fedden alejó su silla del escritorio. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y tenía manchas húmedas en las axilas. Estaba redactando un llamamiento a Brannon, le dijo, mientras agitaba una hoja de papel en su mano derecha.

—Me lo ha aconsejado un psiquiatra forense. Es apto para que se haga público, y si atrapamos al malnacido antes de que se mate, podrá usarlo para alegar inimputabilidad. No lo puedo entender. Al parecer, tengo que ofrecerle ayuda. Lo mataría con mis propias manos si pudiera. —Dejó el informe psiquiátrico sobre el escritorio, se inclinó hacia delante y le alcanzó a Sarah la copia impresa de un correo electrónico—. Justo en este momento, esto es lo último que necesito en mi bandeja de entrada.

Sarah lo entendió rápidamente. Era una queja formal de los abogados del señor Richard Stephenson. Había consultado, por lo visto, a una de las firmas más prestigiosas, con oficinas en Westminster. El tipo tenía dinero y sabía también a quién recurrir. La amenaza de una demanda civil era palpable. Los abogados enumeraban los puntos principales —el daño ocasionado ("se ha manchado el nombre del señor Stephenson"), el valor de lo dañado ("un miembro respetado de la comunidad, condecorado con la Orden del Imperio Británico, que ha disfrutado de una larga y eminente carrera")— y por supuesto insinuaba el posible costo para la policía cuando se calmaran las aguas: "Es difícil estimar la angustia y la pérdida económica…". ¿Sobre qué prueba real, solicitaban saber, se apoyaba la acción de la policía? Mientras se preguntaba quién le habría contado a Stephenson lo de las investigaciones, Sarah dejó el correo electrónico sobre la mesa. El jefe tamborileó sobre su escritorio con sus pequeños dedos gordos.

—¿Algún comentario antes de que escribas la disculpa?

—Solo que no me gusta que me digan que me aparte. Estoy segura de que usted es igual.

Fedden sacudió la cabeza con incredulidad.

—¡No tienes *nada*! ¡Conducía un Jaguar verde! —Golpeó el escritorio con la mano abierta—. No tengo tiempo para esto.

Sarah apretó los labios y esperó.

—Dame solamente los hechos. ¿Qué le estuviste pidiendo a Elaine que hiciera?

—Le pedí que hablara con los colegios donde trabajó, con las orquestas que dirigió…

—¡Por Dios!

—Si me permite decirlo, usted me presionó para que acelerara la investigación.

Fedden parpadeó.

—Ciertamente no te di carta blanca para arruinar la reputación de un hombre. Si hubieras tenido más pruebas sobre las que basarte…

Sarah levantó la mano para detenerlo.

—Si me permite decir algo, estoy segura de que se sentirá mejor enseguida.

Fedden la miró largamente. Parecía como si la presión que estaba generando fuese suficiente como para explotar. Su expresión era casi cómica, pero Sarah reprimió una sonrisa y moderó su lenguaje antes de que ambos se trataran tan mal que ya no hubiera vuelta atrás.

—No creo que necesite preocuparse. Estamos bien cubiertos para nuestras investigaciones sobre el señor Stephenson. Acabo de revisar mi correo electrónico. Elaine mandó una petición a otros cuerpos de cualquier información relacionada con él. Hay tres investigaciones abiertas relacionadas con denuncias serias contra el señor Stephenson por abuso sexual grave, incluyendo violación, hechas por chicas que fueron sus alumnas. Una de ellas tenía trece años en aquel momento. Son de diferentes escuelas en áreas cubiertas por distintos cuerpos y las mujeres no se conocen entre sí. El método parece corroborar sus versiones. Con tiempo, podrían aparecer más.

Fedden puso el codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en su mano. Sus ojos se agrandaron mientras consideraba esta nueva información. Luego sonrió.

—¡Tremendo!

A medida que registraba la buena noticia las arrugas alrededor de sus ojos se iluminaron. Este era el Fedden alegre al que nada le gustaba más que hacer pagar a los tipos malos. Viéndolo ahora, Sarah hasta estaba dispuesta a creer que su versión de *It’s not unusual* podía llegar a ser bastante buena.

—Entonces que se meta la queja en el culo —dijo con mucho

énfasis. Se removió en su asiento y estudió a Sarah un momento—. No tengo que disculparme contigo, ¿o sí?

Sarah sacudió la cabeza.

—No.

—Bien, porque creo que voy a explotar si ocurre algo más. —Hizo otra pausa, pero después se inclinó sobre el escritorio y le ofreció la mano. Estaba caliente y sudorosa—. A la mierda, lo siento. Este tema de Skye…

—No hay problema. Está bajo mucha presión.

Él volvió a sentarse.

—Ya lo creo que sí. Cuéntamelo todo, lo más rápido que puedas. ¿Qué tenemos sobre Stephenson además del Jaguar?

Se oyó llamar a la puerta. Era Steve Bradshaw. Fedden se frotó la frente y le hizo señas para que entrara.

—Perdón, tengo que atender esto. Se trata de Brannon.

Sarah se levantó para irse, pero Fedden le dijo:

—No, quédate. —Miró a Steve—. Si te parece bien…

Steve acercó una de las sillas que estaban contra la pared.

—Por supuesto.

Sarah los miró a ambos y volvió a sentarse en su propia silla. Esto sí que era una sorpresa. Steve ya había empezado con su informe.

—Un poco de contexto, Sarah. Hace un rato, Marley, una pariente…

Sarah interrumpió.

—Sí, gracias. Sé quién es.

—Bien. Recibió una llamada de un móvil de prepago no registrado. Es una posibilidad remota, pero como estamos desesperados, el jefe mandó algunos agentes a la tienda donde se vendió el móvil hace seis días.

Fedden interrumpió.

—Date prisa, Steve. No esperemos para desenvolver nuestros regalos. ¿Encontraron algo en las cámaras?

—Sí, jefe. El que compró el teléfono fue Brannon.

Capítulo 27

NO HABÍA PAZ COMO LA concentración.

Sarah había informado a Fedden. Lo había puesto al tanto sobre el repentino interés de Stephenson en el trabajo comunitario después de la noche de la gran tormenta, y sobre las quejas del propietario de la casa que alquilaba porque había quitado la moqueta. Teniendo en cuenta las circunstancias, Fedden estuvo de acuerdo en que podría valer la pena echar un vistazo a Morville Park.

Sarah hizo las gestiones necesarias y envió un mensaje a Elaine para encontrarse en el parque a la mañana siguiente.

Una hora más tarde, Fedden asomó la cabeza por la puerta de su oficina. La orden de registro para el apartamento de Marley se había ejecutado, y Marley había sido arrestada nuevamente.

Sarah condujo atravesando Londres y se dirigió al este por caminos secundarios. Los vecindarios cambiaban como si Londres no fuera una ciudad, sino un conglomerado de pueblos que se transformaban en cuestión de metros a medida que cruzaba fronteras invisibles. Aquí había judíos ortodoxos con sus hijos en su paseo del viernes por la noche; luego, calles anchas y arboladas, casas del siglo XVIII, gente relajándose delante de un pub con un grupo de perros de pelo reluciente. Los vecindarios se volvían más pobres. A la izquierda, una chica con tacones y enseñando las piernas esperaba a un cliente a la luz del atardecer. A la derecha, campos de césped artificial y grupos de muchachos jugando al fútbol bajo una fantasmagórica luz blanca.

Fedden le había pedido a Sarah que dirigiera el interrogatorio de Marley junto con Steve, pero ella no sabía de quién había sido la idea. No había trabajado con Steve desde que habían interrogado a Lizzie Griffiths. ¿Habría sido el mismo Steve quien había sugerido que volvieran a hacerlo? ¿O las noticias sobre Stephenson habían sido tan decisivas como para finalmente volver el voto de Fedden a su favor? En cualquier caso, no le disgustaba. Recordaba lo bien que ella y Steve se habían entendido en los interrogatorios. Él siempre había sabido cuál era el momento justo para hablar, cuál el énfasis correcto, el tono apropiado. A Sarah le entusiasmaba la tarea que tenían por delante,

que, si bien era difícil, no tenía complicaciones: tenían que exprimir a Marley hasta que soltara todo lo que sabía sobre los planes de Brannon. Mientras se acercaba a la comisaría de policía de Caenwood, sintió una inyección de adrenalina mezclada con algo parecido al nerviosismo que imaginaba que sentían los atletas antes de correr una carrera que valía la pena ganar.

Había mucha actividad en el área de detención de la comisaría: prisioneros y policías esperaban en el banco, un oficial tomaba huellas dactilares en un cuarto anexo, los agentes iban y venían con bolsas para pruebas. Marley era todo un espectáculo: apoyada en el mostrador, con su notable trasero hacia fuera, llevaba un sombrero negro de ala ancha bajo el que escapaban sus apretados rizos dorados, y mascaba chicle ruidosamente, como si todo fuera una actuación. Llevaba unos tacones blancos y negros, una falda muy corta y un top que mostraba su abdomen plano. Lee y el oficial de detención —un sargento bajo, de aspecto algo femenino, con cabeza cuadrada, barbilla hundida y la insinuación de suaves pechos debajo de la camisa— parecían seguir las reglas no oficiales de la policía al responder a la conducta de Marley con un aburrimiento impenetrable. Un joven pasó junto a Marley en su camino a las celdas para hombres y ella lo saludó, chocando las manos.

—¡Colega!

—El chicle, por favor —le oyó decir Sarah al sargento a cargo de las detenciones.

Marley lo escupió en su mano y alargó el brazo para ofrecérselo a Lee. Él le acercó desdeñosamente una bolsa para pruebas y Marley metió lentamente el chicle haciéndole un mohín.

Steve se acercó a Sarah.

—Vamos —dijo en voz baja tocándose el bolsillo de la camisa.

Salieron a fumar al patio. Era casi como en los viejos tiempos.

Steve la puso al tanto sobre el arresto.

—Encontramos un par de sobres de cocaína en el cajón de su mesilla de noche. Así que la arrestamos por posesión de drogas duras y por ayudar a un criminal.

—¿Tenemos información del teléfono?

Steve asintió, dio una calada y tiró la colilla al suelo.

—Sí. Desde el teléfono comprado por Brannon se hizo una llamada a Marley desde un parque en Haringey. No hemos tenido tiempo de verificar las cámaras del lugar todavía. Ahora el teléfono ha salido de Londres, como ya sabes.

Sarah recordó brevemente con cuánta frecuencia habían salido al techo fuera de la antigua oficina, a fumar y hablar de sus diversas investigaciones. Recordaba cómo brincaba el cuervo alrededor de

ellos, con la esperanza de recibir comida. Habían sido buenos tiempos.

—Se regaló por él —dijo Steve.

—¿Has leído la información sobre ella, lo que pasaron juntos los dos cuando eran niños?

Steve asintió.

—Sé por qué lo está haciendo, pero no siento pena por ella.

Hubo una pausa.

—Dijo que no sabía que él había matado a Georgina cuando fue a verla justo después del asesinato, yo la creí —dijo Sarah.

—Tal vez podamos trabajar sobre eso.

—¿Mencionaste algo respecto del tiempo que podría pasar en la cárcel?

—Sí; está haciendo su rutina de "me importa una mierda", pero creo que está asustada.

Sarah aplastó su cigarrillo contra la pared.

—Qué bien.

En cuanto terminaron los preliminares del interrogatorio, intervino el abogado.

—Marley me ha dejado muy claro que está dispuesta a ayudar a la policía a encontrar a Mark Brannon. La motiva su preocupación por el bienestar de la hija de Mark, Skye.

Sarah se quitó las gafas de lectura y observó al abogado. Era delgado, llevaba vaqueros y zapatillas y no parecía llegar a los treinta años. Un idealista, adivinó. Cualquiera a su edad, con un título de abogado de una buena universidad, tenía que ser un idealista para elegir trabajar en defensa penal. Defender a Marley era probablemente su caso más importante hasta la fecha, y la responsabilidad comenzaba a colarse en sus ojos pálidos. Sarah se preguntó si le creería a su cliente.

—Gracias por informarnos.

Miró a Marley, que se mordía lentamente el labio superior. Primero, lo primero. Ya volverían al ofrecimiento de ayuda del abogado, pero todavía no. Este era el momento de presionar.

—Marley, la vi por primera vez hace dos días cuando fui a su apartamento buscando a Mark y Skye. Me dijo entonces que no sabía que Mark había matado a Georgina. Que no le había ayudado a evitar el arresto.

Al ver que Marley no respondía, Steve puso sobre la mesa la bolsa para pruebas que contenía el móvil. Lo hizo sin dramatismo, y Sarah recordó cómo él siempre había intuido cuando ella quería que hiciera algo, y cómo había sabido también de qué manera hacerlo.

—Prueba instrumental LMC/4, su teléfono móvil, que le fue devuelto tras su arresto en la madrugada del 17 de julio. Un peritaje

muestra una llamada entrante desde un teléfono móvil de prepago no registrado ligado a Mark Brannon —dijo.

Marley chasqueó los labios, pero había temor bajo su desdén.

—Sabía que estábamos buscando a Mark. Sabía que había cometido un asesinato. ¿Habló con él? ¿Lo ayudó?

—¡Traté de convencerlo de que se entregara!

—Si nos hubiera mencionado el teléfono, podríamos haberlo localizado.

—Todavía podéis hacerlo. Él no sabe que vosotros conocéis la existencia de ese teléfono.

—¿Qué le dijo?

—Solo habló de cómo se sentía, de lo difícil que es. Dijo que era todo culpa de la policía y que no me preocupara. Él nunca le haría daño a Skye.

Sarah se echó hacia atrás en su silla.

—El teléfono desde el que llamó fue rastreado por la M-6.

—Tiene amigos allí. Gente con la que ha trabajado. Puedo darles nombres.

Sarah se frotó la nuca, como si le doliera.

—Sé que usted y Mark pasaron muchas cosas juntos. Sé que quiere serle leal.

—Solo hablé con él. No le ayudé. Eso no es ayudarle.

—Veo que tiene muy clara su historia.

Marley miró a Sarah y luego a Steve. Steve se puso el bolígrafo en la boca, como si fuera un cigarro, e imitó un acento estadounidense:

—Me encanta cuando los planes salen bien.

El abogado empezó a protestar, pero Steve lo silenció con un movimiento de la mano.

—Es de *El Equipo A*, la serie de televisión. De una época anterior a la suya.

—Ya sé lo que es —cortó Marley.

—Creo que su primo se cree Hannibal Smith —dijo Steve.

—Lo que está diciendo Steve, Marley, es que Mark la ha estado usando —aclaró Sarah.

—¿Qué quieren decir? Os estoy ayudando. Estoy dispuesta a daros nombres, direcciones, todo.

—La vida de Skye está en peligro y usted se anda con jueguecitos.

—¡Estoy tratando de ayudar!

—No, no es cierto.

El abogado trató de intervenir.

—¿Por qué simplemente no aceptáis la información que mi cliente está ofreciendo y hacéis algo con ella?

Sarah lo ignoró.

—Es todo demasiado escrupuloso. Ese móvil que está usando. Solo

ha hecho una llamada a un número, su número, y que la policía conoce…

—¡Cometió un error! Se sentía solo, quería hablar con alguien.

—Y habiendo cometido ese error, no se da cuenta de que lo ha cometido, y ese teléfono, que estuvo apagado excepto para llamarla a usted, está ahora encendido y viajando convenientemente hacia el norte. Lo podemos localizar. Después de dos días de estar escondiéndose hábilmente de nosotros, Mark se ha vuelto repentinamente idiota.

Marley parecía acorralada, como si hubieran capturado uno de esos feroces gatos desconfiados que arañan su supervivencia entre matorrales. Sarah entrevió el núcleo de la desesperación en su interior.

—Ha sido leal a Mark; siempre. Han pasado muchas cosas juntos.

Los ojos de Marley se movían de un lado a otro como si las respuestas estuvieran escritas en las paredes en algún código indescifrable.

—Tal vez no sea *El Equipo A*. Tal vez Mark vio *La conspiración Bourne* demasiadas veces. Ya sabe, cuando mete su móvil en el bolsillo de alguien y siguen al teléfono en vez de a Matt Damon —dijo Steve pensativamente.

—Para cuando veamos que no podamos encontrarlo en Manchester, será demasiado tarde. Las pruebas en su contra serán, para entonces, abrumadoras. La hemos arrestado y le hemos pedido que diga la verdad, pero sigue mintiendo —dijo Sarah.

—¿Realmente se va a quedar a su lado hasta el amargo final? —preguntó Steve.

—No creo que usted sea una persona despiadada. ¿Ha considerado realmente la posibilidad de que pueda matar a Skye? ¿La ha imaginado apuñalada hasta morir como su madre? —dijo Sarah.

Marley tenía la boca apretada con fuerza. Se encogió de hombros como si nada de esto le importara realmente, pero también pasaba las uñas por la superficie de la mesa, al parecer sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Sarah movió su mano hacia la línea de visión de Marley, atrayendo su mirada.

—¿Confía en que Mark no le hará daño a Skye?

Un destello de horror brilló en ojos de Marley. Sacudió la cabeza.

—Detendremos la grabación durante un minuto —dijo Steve.

Sarah sentía como si tuviera caballos galopando en el pecho. En algún lado, muerta o viva, Skye estaba con su padre. Steve fue a llevar a Marley de vuelta a su celda por un rato. Sarah permaneció en la sala de interrogatorios con el abogado.

Al parecer sin prisas, él abrió su libreta. Pulsó el botón para sacar la

punta de su bolígrafo. Sarah trató de calmarse. Su urgencia podía ser justamente lo que impedía que se comunicara. Se preguntó si el abogado era lo suficientemente realista para entender que lo mejor para su cliente era seguirles el juego.

—¿Quiere un café?

Él negó con la cabeza.

Sarah comprendió: su actitud amistosa podía ser traicionera. Ella era el enemigo, la persona que quería perjudicar a su cliente. Este era el honor singular del abogado defensor: dar la máxima protección a su cliente, sin importar las circunstancias. Su corazón podía estar gritando que debían encontrar a Skye, pero su deber era apoyar a Marley.

Sarah se pasó los dedos por el cabello.

—No estoy segura de que Marley entienda lo que ha hecho.

Él la miró con cautela.

—No puedo comentar nada.

Hubo una pausa.

—Voy a aclarar la posición de la policía, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se pellizcó el labio un segundo, mientras pensaba lo que iba a decir.

—Marley y Mark Brannon se criaron juntos en un hogar violento. No es sorprendente que ella le sea leal sin importar lo que pase. Es un atenuante, por supuesto, pero no impedirá de ninguna manera que vaya a la cárcel. Lo que estoy diciendo es que la lealtad de Marley a Mark Brannon no tiene por qué ser la lealtad de su abogado. Mark no es su cliente: su cliente es Marley. Mark la está metiendo en serios problemas y su trabajo es ayudarla.

—No voy a ayudarla haciendo que parezca culpable.

—Lo entiendo. Pero piense en las pruebas: ese teléfono no ha llamado a nadie más que a Marley. Es una trampa, un intento de confundir a la policía, y Marley está ayudando en ese intento. Ella tiene que darse prisa y decirnos la verdad sobre lo que se dijo en esa llamada y con quién habló.

—No trate de presionarme. No nací ayer.

—Vale, puede tener la esperanza de que se considere por los pelos "demasiado difícil de probar". Pero ¿sinceramente piensa que un jurado será benévolo con ella si pudo haber salvado la vida de Skye y no…?

Él levantó la voz.

—No voy a hacer comentarios sobre las instrucciones de mi cliente.

Lo estaba sintiendo, eso quedaba claro. Sarah necesitaba darle espacio para que tomara la decisión correcta.

—Terminaré de contarle cómo lo vemos nosotros, y después podrá

hablar con Marley.

Él pulsó otra vez el botón del bolígrafo; resultaba evidente que estaba ansioso por tener algo que escribir.

—Nuestra prioridad es encontrar a Skye con vida. En este momento, Marley es solo una pequeña parte de una foto mucho más grande y tiene ventaja porque puede ayudarnos. En el instante en que encontremos a Skye, todo eso cambia. La ventaja desaparece, y si Skye está muerta y Marley no ha ayudado, entonces, créame, nuestra perspectiva cambiará. Tendremos mucha más energía disponible para centrarnos en ella. Puede contar con eso.

Toda la chulería de Marley había desaparecido. Estaba acurrucada en su silla. Tal vez así se había visto cuando la justicia se había hecho cargo de ella a los nueve años: pequeña y asustada.

—No hablé con él —dijo, mordiéndose las uñas—. Era otra persona, alguien que no conozco. Me dijo que yo le estaba haciendo un favor a Mark al contestar el teléfono. Que yo no necesitaba saber nada más nada al respecto. Le pregunté si la policía me iba a arrestar, y él dijo: “Si lo hacen, solo diles que Mark te habló de cómo se siente, así no estarás ayudando”. —Frunció el ceño con expresión nerviosa—. Le pregunté por Skye y él me dijo que estaba bien. Mark había prometido que no le haría daño.

Sarah dejó que Steve se encargara de imputar a Marley. Habían acordado con el abogado que, una vez que hubieran solicitado la prisión preventiva, Marley se sentaría con Steve y le contaría todo lo que sabía sobre Brannon. Llevaría un tiempo, porque cualquier detalle podía resultar útil. Sarah informaría a Fedden y luego se iría a casa para empezar temprano en Morville Park.

Había una jarra de café sobre la mesa en la cafetería, y Fedden la empujó hacia Sarah cuando la vio entrar.

—He traído café de la oficina principal —dijo—. ¿Es suficientemente bueno para ti?

—Sí. Gracias.

—No te entretendré. ¿Qué te dice tu instinto sobre Marley? ¿Está diciendo la verdad?

—Lamentablemente, creo que sí. No sabe nada. Ni siquiera habló con Brannon. Fue otra persona la que llamó desde ese teléfono. La información que le dé a Steve sobre los socios de Brannon tal vez sea útil, pero lo dudo. Brannon ha sido muy cuidadoso.

—Envié agentes a seguir el teléfono hasta Manchester. Tal vez podamos arrestar a los que lo están ayudando. Apuesto que están relacionados con los Young. Brannon probablemente tenga información que ellos no quieren que se sepa, por lo que están obligados a ayudarlo —Fedden miró su reloj—. Necesitas dormir.

—Me volveré a unir a la búsqueda en cuanto pueda.

—No te preocupes por eso. Solo mantén en orden el caso Egremont.

Parecía que todos los semáforos se ponían en rojo cuando ella se acercaba. Esperó a que cambiaran con paciencia infinita. Este era el cansancio secreto del trabajo policial, el seguir andando a pesar del agotamiento que simplemente había que soportar.

Londres seguía adelante a su alrededor. Esto era lo que observaba sentada en su coche, sin siquiera darse cuenta de que el semáforo había cambiado hasta que alguien detrás de ella le pitó. Se incorporó a los dos carriles que avanzaban y se detenían a lo largo de Euston Road. Algo no la dejaba en paz. Finalmente, su cerebro lo rescató de su agotamiento y se lo mostró: ese encuentro fortuito en el local de sushi. La sonrisa de Caroline y la risa en sus ojos. El tráfico se detuvo y Sarah apoyó la cabeza sobre el volante, abatida y frustrada por lo grosera que había sido.

Se desvió por calles secundarias que discurrían entre las vías del tren, evocando el algoritmo que evitaría el tránsito y la llevaría a casa.

Encontró el camino al supermercado turco. El dueño estaba fuera, recogiendo la marquesina. La reconoció.

—Está bien, pero dese prisa. Estamos cerrando.

Pero no se dio prisa. Se detuvo frente a las neveras con panes y tartas. No tenía hambre. No necesitaba nada. Daisy no estaba en casa esperando una golosina. La casa estaría vacía y silenciosa. Echó dentro de su cesta un paquete transparente de pasta que parecía cuero y fue hacia la caja. El hombre la esperaba, impaciente por cerrar. Sarah puso la cesta sobre el mostrador.

—No tiene sentido venir aquí para ver si tiene suerte. Tendrá que llamarla —le dijo.

—¿De qué está hablando?

—Sí, claro, claro.

Pasó la pasta por el escáner. Sarah le dio un billete de veinte libras.

—Mire —le dijo él, mientras buscaba el cambio—, no puede esperar encontrarla por casualidad. Especialmente a esta hora de la noche. Si quiere verla, tendrá que llamarla. ¿Todavía tiene su número?

Capítulo 28

Sábado 19 de julio de 2014

LOS ÁRBOLES PARECÍAN UNA CONGREGACIÓN silenciosa. El sol matutino arrojaba rayos de luz entre los pasillos que formaban sus troncos y araba brillantes surcos en el suelo boscoso de hojas en descomposición. Eran árboles de ciudad en los rincones menos poblados de un parque londinense. Aun así, parecían intactos, primitivos. Sarah recordaba vagamente un mito de árboles que caminaban, hablaban, observaban. En realidad, aunque el terreno boscoso en sí era antiguo, la mayoría de esos árboles no eran viejos. Su altura y el ancho de sus troncos medían solo los años que habían pasado desde aquella noche en octubre de 1987 cuando, imprevisto e incontrolable, un ejército de viento había barrido el sur de Gran Bretaña levantando techos de casas y aplastando los coches como si fuesen latas de aluminio.

Algunos dijeron entonces que la tormenta era un castigo por la reelección de Margaret Thatcher en el sur, pero las autoridades locales habían resistido firmemente cualquier sugerencia de algo sobrenatural. Era un asunto práctico. Rápidamente llevaron a cabo las reuniones y discusiones necesarias. Se inclinaron sobre papeles y firmaron las órdenes requeridas. Liberaron fondos. Despacharon excavadoras con orugas y tiernos retoños —con sus partes delicadas protegidas dentro de bolsas— al campo de batalla de troncos inclinados y raíces arrancadas. Y tal vez, pensó Sarah mientras caminaba decididamente por el sendero boscoso, tal vez también había ido hasta allí alguien a quien la gente podría haber visto, pero a la vez no visto. Alguien rápido y furtivo en la noche. Alguien con un cadáver que acunar en una mano de raíces en crecimiento.

Ya no quedaban indicios de la devastación. Los árboles no hablaban. Solo se oía el canto de los pájaros.

El lugar estaba concurrido. Un par de agentes uniformados estaban al

lado del cordón. Dos personas en vaqueros y camisetas marcaban la zona con cinta blanca. Elaine se encontraba junto a un enorme roble con un hombre en pantalones cortos y sandalias. Otra figura —probablemente el geofísico— estaba sentado, solo, sobre una loma arenosa con un portátil. Sarah se le acercó.

—¿Doctor Stichill?

Él levantó la vista.

—¿Usted es Sarah?

—Correcto. ¿Ya han comenzado?

Él miró a Elaine y al hombre que estaba con ella.

—Sí, bueno, su colega ha sido muy útil. Y el señor Medcalfe, por supuesto. Gracias a él sabemos exactamente dónde ayudó la escuela a replantar árboles. Por suerte es una superficie relativamente pequeña.

—Me alegro. Si no me necesita inmediatamente, iré a saludar. Vuelvo enseguida.

—No hay problema. Tengo bastante que hacer.

Sarah se acercó a Elaine y el hombre que la acompañaba. Le tendió la mano.

—¿Señor Medcalfe?

Medcalfe era alto; probablemente andaba cerca de los ochenta años, con los apretados tirabuzones de su pelo bien cortos, perfectamente grises, como lana suave. Una simple camisa a cuadros de algodón, un cordón con una llave alrededor del cuello, pantalones cortos que le llegaban hasta debajo de las rodillas, leves nudos de varices bajo la oscura piel de sus pantorrillas. Su apretón de manos fue rápido y firme. No había perdido el acento caribeño, ni la cadencia que lo hacía sonar como si la oración más simple llevara un placer escondido.

—¿Detective Sarah Collins?

—Correcto. Llámeme Sarah, por favor. Gracias por venir tan temprano.

—No hay problema. Soy madrugador.

Sarah miró a Elaine.

—¿Le has tomado declaración?

—Sí —asintió.

Sarah volvió a mirar a Medcalfe.

—¿Trabajaba para el ayuntamiento, señor?

Él se rio.

—Llámeme Harry. —Miró a su alrededor—. Sí. Parques y Jardines. Me encantaba.

—¿Y ahora está retirado?

—Sí, ya hace mucho. Pero me mantengo ocupado.

—Estoy segura de ello. ¿Y recuerda al señor Stephenson?

Sonrió con aire escéptico.

—Sí. Tenía *muchas* ganas de participar en la plantación.

—¿Y los voluntarios del colegio trabajaron solo aquí? ¿En ningún otro lado?

—Sí, estoy seguro. Ciento diez por ciento.

Sarah miró a Elaine, que asintió.

—Está bien, lo tengo todo en la declaración. Harry tenía en su poder un cronograma y un mapa de quién trabajó dónde y cuándo. Muy organizado. No podríamos haber tenido más suerte. Me ha dado sus libretas.

—¡Fantástico! —dijo Sarah. Se volvió hacia Harry—. Pero no está seguro de qué árboles exactamente puede haber plantado el señor Stephenson.

Medcalfe se rio.

—¡Dios, no! Pero no plantó muchos, eso es seguro. Creo que estaba aquí para que lo vieran. No para plantar árboles, no. —Miró a su alrededor, a las copas de los árboles. Inspiraba el aroma del bosque—. ¿Podrían decir cuál es el más joven?

—Tenemos un experto en botánica haciendo un estudio.

Él soltó una carcajada.

—¡No necesitan un experto!

Sarah también se rio.

—Bueno, pero tenemos uno.

Él sonrió.

—Yo lo sé. Pro-ce-di-mien-to —dijo, alargando la palabra con escepticismo.

Sarah le devolvió la sonrisa.

—Harry, no sé cómo agradecérselo. ¿Necesita que lo lleve a su casa?

—No gracias. Iré a aburrir un poco a los jóvenes. —Le tendió la mano y Sarah se la estrechó nuevamente. Miró hacia arriba, a la corteza rugosa del roble que subía hacia las copas—. Este no les sirve. Es antiguo.

Sarah levantó la vista también y por entre el mapa de hojas, casi translúcidas al sol, vio el cielo, azul y distante.

—Lo dejaremos tranquilo.

Harry apoyó su mano sobre el ancho tronco del árbol como si fuera un viejo amigo que necesitaba consuelo.

—¿Cree que la encontrarán?

—No lo sé.

—Es muy triste —suspiró con tristeza.

—Sí, sí que lo es.

El doctor Stichill era más joven y más bajo que Harry, pero era, de alguna manera, de la misma clase: un hombre delgado y práctico.

Llevaba pantalones cargo y un forro polar con más bolsillos de los que nadie podía llegar a necesitar. Palmeó el suelo a su lado.

—Siéntese aquí.

Ella extendió su impermeable en el suelo.

—Entonces, ¿cree que la encontrará antes de la hora de la comida?

Él sonrió.

—Así es. Antes, tal vez.

Sarah echó hacia atrás y se apoyó en los codos.

—Cuénteme lo que están haciendo ahora.

—Estamos buscando anomalías, depresiones, esa clase de cosas. Si hay un cadáver, tuvo que haber habido fluidos producto de la descomposición, pero podría no ser visible. Depende de toda clase de cosas: cuánto tiempo después de muerta fue enterrada, si llevaba ropa, si estaba envuelta en algo. —Señaló con la cabeza en dirección a los jóvenes en vaqueros que estaban estirando la cinta—. Mi gente está mapeando el sitio para que podamos hacer correcciones topográficas…

Sarah no necesitaba entender las cuestiones técnicas y se desconcentró. Podría fácilmente quedarse dormida en esa bonita loma cálida.

El doctor Stichill estaba terminando.

—La llamaré si encontramos algo interesante.

—Gracias. Tendremos agentes uniformados permanentemente en la zona. Mi colega les ha dado instrucciones, pero si alguien parece particularmente interesado en lo que están haciendo, no deje de avisarme.

El sendero de regreso al coche estaba marcado con objetos dejados a la vista para que quienes los habían perdido pudieran encontrarlos. En un tronco caído, un par de gafas de sol. Colgando de una rama, un collar de cuentas hecho algún niño. Junto a una fuente, el vaso de un bebé. Sarah encontró un banco frente a una pradera de césped que descendía hacia los árboles.

Una niña de ocho o nueve años, con piel del color y brillo del ébano lustrado, avanzaba lentamente en bicicleta por la hierba crecida. Llevaba un vestido rojo. Su padre caminaba unos pocos pasos detrás. Al principio, Sarah pensó que estaba hablando por teléfono con el altavoz. Luego se dio cuenta de que estaba filmando a su hija, tratando de captar ese bello momento.

Hoy era la ceremonia en memoria de Susie.

Sarah recordaba la oscuridad de la clase, la superficie del pupitre manchada de tinta. Habían estado repasando la *Eneida*, leyéndola en voz alta, cada alumna una frase o una línea. Un profesor ciego había venido de la universidad local y no se había dado cuenta de que era

necesario encender las luces. Su propia línea le había quedado grabada para siempre; sentada en la oscuridad creciente de la clase, el dedo sobre la página, las palabras que se acercaban, pero no llegaban nunca. "*Et vastos volvunt ad litora fluctus*": y ruedan sus enormes olas hacia la costa. Alguien había llamado a la puerta. Entró la secretaria del instituto, encendió las luces en un relampagueo de fluorescencia y pidió permiso para llevarse a Sarah. La condujo a la oficina de la directora —"No, lo siento, la directora te lo explicará"— con pasos cortos y apresurados, siempre delante de Sarah hasta que le abrió la puerta para hacerla pasar al despacho. La directora —pelirroja, extravagante, graduada de Oxford, muy admirada tanto por las alumnas como por sus padres— se levantó cuando ella entró y dijo su nombre con amabilidad.

"Sarah".

En los años setenta, generalmente la rectoría había sido un centro de actividad, un lugar donde la puerta nunca estaba cerrada. Repentinamente se había vuelto silenciosa. Las áreas comunes —la sala de estar, la cocina, el comedor— estaban desiertas, y Sarah se sintió una intrusa moviéndose por allí. Su padre rezaba sincera y fervorosamente en su estudio, y la puerta del dormitorio de sus padres en la planta alta estaba cerrada. Su madre no quería que la molestaran.

Sarah, que se ausentó del instituto hasta después del funeral, pasaba de un canal de televisión a otro, sin sonido, sentada en el sofá. El timbre sonaba constantemente, y aunque su atención no estaba centrada en nada en particular, solo se levantaba de mala gana para atender a los feligreses compasivos que venían ofreciendo guisos y pasteles. Su padre era muy querido por la congregación y querían ayudar. Eso era lo único que se les ocurría. Entraban, ofrecían hacer té. Ordenaban la cocina y le preguntaban cómo estaban sus padres. Cuando los ojos de ella se llenaban de lágrimas, rápidamente cambiaban de tema y encontraban algo útil para hacer, como limpiar el suelo.

Cuando se marchaban, quedaban los pasteles: oxímoron de repostería, amargas dulzuras, expresiones exuberantes de una compasión que nadie podía soportar. Café y nueces. Bizcochuelo Victoria con gusto a arena. Las latas también —dibujos de gallinas, de globos aerostáticos— espléndidamente inapropiadas, guirnaldas de colores en un sitio bombardeado. La sensación abrumadora de vasta soledad. Susie se había ido. Querida Susie: práctica, directa, cálida, divertida. Para Sarah había estado allí siempre. No era dada a las tragedias. Susie era todo bromas tontas y pasar un buen rato. Era tan natural y necesaria como el agua y la luz del día. ¿Qué clase de Dios podía chasquear sus dedos y apagarla?

Luego vino el funeral. Su madre había bajado las escaleras, con el rostro alterado para siempre, y la vida se había reanudado. Pero sin Susie, la casa quedó en silencio. ¿Cómo podía Sarah no pensar que Dios, en su perversidad, se había llevado a la niña equivocada?

Se movió. Debería volver al trabajo.

Una familia pasó a su lado —niños de distintas edades, dos perros, un bebé sobre los hombros de un hombre, su mano alrededor del cuello de su padre— y de repente a Sarah le pareció que si un satélite lejano tuviera una cámara con una lente diseñada para localizar la felicidad humana, este parque reluciría a través del espacio oscuro. Tal vez había algo de bondad después de todo si este era el lugar en el que Tania había estado descansando.

Buscó en su bolso y sacó su cartera. El número de Caroline estaba allí; marcó y dejó un mensaje de voz.

—Soy Sarah. Ya sabes, la oficial de policía. Lamento mucho lo del otro día. Me porté fatal. Estoy algo ocupada los próximos días, pero si puedes tolerar verme, tal vez podríamos encontrarnos y tomar algo cuando las cosas se hayan calmado.

Capítulo 29

Ya era entrada la mañana, y Lizzie despertó en la cama de su infancia. En una estantería frente a ella estaban sus trofeos de atletismo y sus medallas. Bajó los pies al suelo, cogió el teléfono y buscó en Google a Mark Brannon. La pantalla de búsqueda se llenó en segundos. Había un vídeo con un comunicado público; giró el teléfono para ver la imagen en horizontal y presionó el triángulo de inicio. Un hombre gordo con un traje gris rayado, camisa blanca y corbata gris brillante se dirigía a la cámara. Debajo se leía: "Inspector jefe James Fedden".

—Mark, me dirijo a ti. Debes de estar aterrorizado por lo que está sucediendo y buscando un modo de detenerlo. Sabemos… —El vídeo se congeló por la mala señal de wifi de su madre y luego continuó—: … cuánto quieres a tu hija, Skye, y te pedimos que nos ayudes a ayudarte…

El esfuerzo del inspector jefe era palpable, y Lizzie entendió por sus palabras cuánto cuidado habían puesto en hacer ese vídeo. Deben de estar desesperados. Tres días después del asesinato de Georgina, Brannon todavía seguía prófugo y Skye, desaparecida.

Sonó el timbre. Lizzie lo ignoró. Sonó nuevamente.

—¡Mamá, hay alguien en la puerta! —gritó.

Otro timbrazo insistente. Se levantó y fue hacia la ventana de su habitación en ropa interior y camiseta. En la entrada había un Mercedes clase A blanco, y tres personas junto a él. Una de ellas, un hombre con traje gris, levantó la vista y saludó alegremente. Lizzie se envolvió en la bata de felpa a rayas rosas y blancas que su madre le había dado y bajó las escaleras descalza. Abrió la puerta. El hombre le sonrió.

—Denning y Reeves. Tenemos concertada una visita.

—Ah, sí, pasen.

Se amontonaron en el vestíbulo. El hombre de traje tenía granos en la cara. Llevaba camisa blanca con cuello celeste, a juego con la corbata. Lo acompañaba una pareja; ambos llevaban anillos de matrimonio. La mujer estaba embarazada.

Lizzie se pasó la mano por el pelo.

—Lo siento, me acabo de levantar.

—No hay problema, yo puedo hacer la visita —dijo el agente inmobiliario.

—Sí, gracias.

Se fue hacia la cocina, puso agua a calentar y café en la cafetera. Una nota de su madre sobre la mesa. “Salgo a comprar. Vuelvo enseguida”. Había sacado sus camisas y pantalones de la lavadora y los había colgado cuidadosamente en el tendedero. Se quedó en la puerta de la cocina, mirando cómo el agente inmobiliario comentaba las vistas desde la ventana de la sala de estar. Recordó lo mucho que le había gustado a su padre, cómo los halcones solían sobrevolar los arbustos y el campo antes de que la tierra fuera drenada para construir campos de deporte y una zona de juegos para niños.

—Es un buen lugar para criar una familia —decía el agente inmobiliario—. Está un poco deteriorada, necesita algunas reformas, pero eso se ve en el precio.

Lizzie miró la sala de estar. La silla reclinable en la que su padre se había sentado a enfrentar la muerte como un tótem rígido, la mesa baja de cristal, las cortinas, las cenefas de flores verdes del papel pintado.

El agente inmobiliario se volvió, vio a Lizzie con las piernas desnudas vestida con la bata a rayas de su madre. La mujer embarazada sonrió, incómoda.

—Es un lugar adorable. ¿Es la casa de su infancia? —le preguntó, apoyando inconscientemente la mano en su abdomen.

—Sí. Mi padre falleció aquí el año pasado. Por eso mi madre la vende.

—Oh, lo siento.

—No se preocupe. Los dejo seguir con lo suyo.

Lizzie volvió al vestíbulo y de ahí subió las escaleras hacia la habitación de su madre. En el armario había una caja de fotografías que no habían entrado en los pesados álbumes que vivían abajo dentro de una cajonera de pino. Llevó la caja a la cama. Los visitantes ya estaban subiendo las escaleras, hablando en voz baja. Si ella no estuviera presente, pensó Lizzie, podrían hablar más libremente en vez de referirse a la casa como si fuera propiedad del Fondo Nacional que brindaba una oportunidad única para encontrar la auténtica experiencia suburbana. Se sentó en la cama a mirar las fotos. Su desfile de graduación. Lizzie sonriente y elegante, con guantes blancos y uniforme de gala. Su padre en silla de ruedas junto a ella, cogiéndola de la mano, rebosante de orgullo. Miró las otras fotos. Su hermana, Natty, de unos tres años, sentada en la entrada nueva de la casa, con su triciclo. Ella misma enterrando a su padre en la arena de

la playa, con luz anaranjada en la foto. Unas pocas fotos de competiciones de atletismo: Lizzie en la carrera de obstáculos, otra de ella en un podio.

En el fondo de la caja había una sola foto: un hombre que no conocía, de pie en un puente decorativo sobre un río. La luz era difusa, pero vio una boca sensible, leves ondas en el cabello rubio. Llevaba vaqueros gastados y una camisa liviana de algodón y miraba tranquilamente a la cámara. Debajo de la foto había un par de sobres pesados. Lizzie levantó una solapa y vio papel color crema, escrito a mano en tinta azul.

Llamaron a la puerta. Cerró la caja, la volvió a guardar en el armario, abrió la puerta del dormitorio. El agente inmobiliario estaba esperando en el descansillo de la escalera con los dos potenciales compradores. Parecían nerviosos, pero decididos, como misioneros de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días.

—¿Le importa si pasan a ver el dormitorio principal? —preguntó el agente.

Lizzie trató de sonreír, pero temía estar irradiando hostilidad.

—Por supuesto. ¿Ya han terminado con el baño?

Asintieron, devolviéndole la sonrisa. Lizzie se sentía una extraña impredecible en su propia casa.

Parada en la penumbra del baño, se puso la mano entre las piernas. La sacó y se miró los dedos. Todavía nada. Preparó el baño, se desnudó, cogió un frasco de sales, lo abrió e inhaló los perfumes de una generación anterior. Se metió en el agua caliente, manteniendo su brazo herido apoyado en el borde de la bañera, y se recostó. La preocupación se extendió por su piel como el calor. Tendría que comprar una prueba de embarazo, por si acaso. Su mente volvió al hombre de la foto de la caja. Un recuerdo fragmentado de su madre bailando demasiado cerca de él en una fiesta de adultos, cuando Lizzie estaba en la escuela primaria. La cabeza de su madre apoyada en el cuello de él, su brazo alrededor de la cintura de ella. Después de esa fiesta su madre se había ido durante cinco meses. Lo había visto —Alan se llamaba— el día que su madre volvió a casa. Mirando por la ventana de esta misma casa, había visto el coche acercarse a la entrada. Era rojo y tenía un caballo galopando en la rejilla del radiador. Solo mucho más tarde, cuando vio otro similar en la calle, se había dado cuenta de que era un coche atractivo, un coche divertido: un pequeño Mustang americano antiguo. Cómo debía de haberlo odiado su padre. Pero no había habido ninguna señal de disgusto cuando salió a ayudar a Alan a sacar las maletas de su madre del maletero del coche. Se pasó la mano sobre el abdomen y sintió un cosquilleo en la piel. Se apretó la nariz, levantó su brazo herido y se sumergió hacia atrás hasta que el agua le cubrió la cara. Pensó en

Kieran y en su mujer y su hija en algún lugar de la costa sur. Dios, ojalá no estuviera embarazada.

Oyó que el agente inmobiliario se marchaba. Luego, otro coche en la entrada. Se abrió la puerta delantera. Lizzie se vistió con sus viejos pantalones de chándal y una camiseta. Bajó las escaleras. Su madre estaba en la cocina sacando la compra de las bolsas. Lizzie volvió a hervir el agua. Sacó las tazas de porcelana con moras pintadas en su interior.

Su madre la miró por encima su hombro.

—¿La porcelana, Lizzie? ¿Es una ocasión especial?

Allí estaba el toque familiar de irritación.

—¿Es necesario que sea una ocasión especial?

—Supongo que no. —Su madre sonrió, tensa—. Tienes razón. Están ahí en el estante, abandonadas. Mejor usarlas.

Dejó la compra y se acercó a Lizzie mientras ella vertía agua hirviendo sobre el café en la cafetera y dentro de las tazas, para calentarlas. Allí estaba la habitual búsqueda de intimidad.

—Y ¿cómo van las cosas?

—Bien.

Lizzie se alejó y fue hacia la ropa tendida. Todavía estaba húmeda, y comenzó a ponerla en la secadora.

—¿No se te va a estropear si la metes ahí? —preguntó su madre.

—Necesito una camisa seca para trabajar esta noche.

—Pero son camisas buenas. Podrías dejarlas una hora más.

Lizzie giró el botón y puso la máquina en marcha.

—No les pasará nada.

Vertió leche en una jarra y la puso en el microondas. Su madre la miraba como si sus acciones banales fueran, de hecho, interesantes.

—¿Te duele mucho el brazo?

—No, no es nada.

Su madre trató de atraer su mirada.

—¿Hay algo que me quieras contar?

—¿A qué te refieres?

Una risa nerviosa.

—Bueno, a ese hombre que vino al funeral de tu padre, por ejemplo. ¿Lo volveré a ver?

Lizzie pensó desolada en su retraso y en la hijita de Kieran, y emitió una especie de gruñido por respuesta. Su madre lo notó y una ligera arruga de ansiedad apareció entre sus ojos.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien.

Su madre volvió a sacar la compra. Aunque rechazaba sus intentos de acercarse, Lizzie lamentaba la dureza de su corazón. La miró: valiente de algún modo en su pulcra viudez, todavía guapa y delgada,

con su cárdigan azul y los pantalones de buen corte. Pensó en el hombre de la fotografía con los vaqueros gastados y el Mustang rojo. Era una posibilidad para su madre que ella jamás podría imaginar.

—¿Alguna vez pensaste en tratar de encontrar a Alan?

Su madre se volvió hacia ella.

—¿A qué viene eso? ¡Después de todos estos años! —Sacudió la cabeza, volviéndose hacia las bolsas que estaban en el suelo—. Realmente…

—Bueno, ahora que papá está muerto. ¿Cuál sería el problema?

No hubo respuesta inmediata. Allí estaban las latas para los estantes más altos. Su madre las apiló sobre la mesa.

—Eso fue hace mucho tiempo, Lizzie. Por favor, no desempolves eso ahora.

El microondas sonó. Lizzie se volvió hacia el fregadero y vació el agua caliente de las tazas.

—Nuestro café está caliente. ¿Por qué no nos sentamos y lo tomamos juntas?

Su madre se detuvo, se alisó los pantalones, y respondió alegremente.

—Sí, ¿por qué no?

Se sentaron a la mesa de la terraza acristalada. Lizzie trató de mantener un tono despreocupado.

—Es bastante fácil encontrar a la gente en estos días. Redes sociales, Facebook, esa clase de cosas. Yo podría ayudarte.

La madre de Lizzie apretó los labios, y Lizzie recordó la pulcritud, la organización escrupulosa, los severos retos que habían caracterizado sus últimos años con su madre.

—Te pedí que no lo mencionaras. Está muerto. Murió un par de años después de que yo volviese con tu padre. ¿Podemos cambiar de tema ahora?

Capítulo 30

SARAH APARCÓ EN UNA URBANIZACIÓN de casas de los años treinta. Había niños jugando con las bicicletas al final de la calle.

Cuando Katherine abrió la puerta, Sarah se dio cuenta de que, a pesar de anterior su actitud malhumorada al teléfono —“¡Acabo de hablar con esa otra mujer de Homicidios!”—, todavía seguía imaginando a la amiga de Tania como había sido en 1987. Claire Mills le había mostrado una foto de las dos chicas, una junto a la otra, vestidas con el uniforme escolar. Ambas sonreían como compartiendo la misma broma, inconscientemente sensuales en su aspecto de colegialas: cabello largo, corbatas flojas al cuello, los brazos alrededor de los hombros de la otra, las caderas hacia un lado. Pero aquí había una mujer de mediana edad, mayor que ella. Llevaba pantalones de deporte y una camiseta sin mangas, y tenía las pantorrillas firmes de alguien que se había mantenido en forma más allá de su juventud. Su cabello rubio con reflejos revelaba algunos mechones grises. Había profundas líneas alrededor de su boca y de sus ojos.

Ni siquiera saludó, simplemente dijo:

—Llega más tarde de lo que me había dicho.

Sarah volvió a guardar la identificación en su bolsillo.

—Lo lamento mucho. ¿Quiere que agendemos de nuevo?

Exasperada, Katherine levantó las manos.

—*¿Agendar?* —Se volvió con un pesado suspiro y guio a Sarah dentro de la casa.

Sarah la siguió hasta la sala de estar y la observó moverse rápidamente, recogiendo objetos tirados sobre el suelo y los muebles: gafas de natación, envoltorios de caramelos, una pelota de fútbol.

—Les digo que lo recojan, ¡pero *no escuchan*!

No le había ofrecido té, no le había ofrecido sentarse. Katherine se paró a ordenar cosas debajo del televisor, y habló rápidamente.

—Es el fin de semana que mi ex tiene a los chicos. Es el único momento que tengo para mí misma. ¿Vino a preguntarme algo específico?

Sarah había tenido esperanzas de conseguir tal vez alguna

información que los demás no hubieran logrado, pero todo lo que hacía Katherine parecía pensado para evitar cualquier conexión. Lo único que podía hacer era ir al grano.

—Usted y Tania habían quedado en encontrarse…

—Ya lo he explicado cientos de veces —interrumpió Katherine.

—Lo siento.

—Tania era poco fiable.

—¿Poco fiable?

—Ya sabe cómo son las adolescentes, dicen que van a hacer algo y después no aparecen. No teníamos móviles en aquellos días.

—¿Y no pensó llamarla a su casa, averiguar qué estaba pasando?

—¿Llamar a su madre? ¿Quién haría eso?

Sarah se detuvo a evaluar esas palabras. ¿Acaso ninguna adolescente consideraría llamar por teléfono para averiguar dónde estaba su amiga?

—Creo que a esa edad, si una de mis amigas no aparecía, es probable que yo hubiera llamado a su familia.

Katherine la miró y se rascó la cabeza.

—Nenita buena, ¿eh?

—¿Por qué dice eso?

—Mire, lo siento. Yo simplemente no quería meter a Tania en problemas.

—¿Por qué tendría problemas?

—Si Tania no había venido a mi casa, probablemente anduviera en algo.

—¿Andar en algo? ¿En qué?

—Ay, vamos, todas las adolescentes andan en algo.

Aquí estaba la información que tenía que ser analizada; aquí había que insistir.

—Pero Tania no era *todas las adolescentes*. Era una de las pocas que parece haber salido perjudicada. Por eso estoy tratando de averiguar cualquier detalle, cualquier información que usted pueda tener, aun si no sabe que la tiene, que pueda ayudarnos a averiguar qué le sucedió. Si andaba en algo, necesito saber en qué andaba. Por eso le estoy haciendo estas preguntas.

—Y yo estoy respondiéndoselas. No quiero ser grosera. Es que ya me han preguntado todo esto. Realmente no creo que la pueda ayudar.

Sarah intentó sonreír.

—Entonces, ¿en qué clase de cosas andaba?

Katherine se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya no éramos tan amigas como habíamos sido. Había dejado de contarme lo que pasaba.

—¿Se habían peleado?

—No. Ya sabe cómo son las adolescentes. Yo tengo una hija: vive

peleándose y reconciliándose con sus amigas. Le pierdo el rastro. ¿Usted no tiene hijos?

Una mirada acompañó la pregunta, una mirada que sugería que Katherine había adivinado que Sarah no tenía hijos.

—Entonces, todavía eran amigas, ¿verdad? Las mejores amigas. Confiaban la una en la otra.

Katherine se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Sabía, por ejemplo, que su padre tenía una aventura?

—Sí, me lo contó.

Así que todavía eran lo suficientemente amigas para hablar de cosas personales.

—¿Sabía si Tania tenía alguna clase de relación?

—Todo lo que me pregunta ya me lo han preguntado. ¿Acaso no ha leído los expedientes?

Por supuesto que había leído los expedientes, pero quería escuchar las respuestas de primera mano. Asintió, esperando que Katherine respondiera.

—No tenía ningún novio, que yo supiera.

—¿Y usted?

—¿Yo, qué?

La dificultad persistente de hacerle preguntas era interesante en sí misma.

—¿Usted tenía novio?

Katherine la miró a los ojos, dudó; luego, dijo:

—No, no tenía novio. Tenía quince años. ¿Algo más?

—Solo una cosa más. Su profesor de música, el señor Stephenson… —Sintió la mirada de Katherine fija en ella y buscó las palabras adecuadas—. ¿Lo veían mucho? Quiero decir, ¿más de lo que se esperaría de un profesor?

—Es una pregunta extraña.

—¿Pero lo veían mucho?

Katherine la estudió.

—Claro que lo veíamos mucho. Las dos estábamos en la orquesta, Tania y yo. ¿Por qué pregunta sobre el señor Stephenson?

—Es solo una línea de investigación. ¿Alguna vez estuvieron en su coche?

—Realmente no lo recuerdo. Mire, el señor Stephenson no era un hombre agradable…

—Ah, ¿no? ¿Podría hablarme de eso?

—Era desagradable. Un fantasma… Pero estoy segura de que él no mató a Tania, si eso es lo que está pensando.

—Interesante. ¿Cómo puede estar segura?

Sarah notó algo, una rigidez que Katherine reprimió de inmediato;

se relajó y arrugó el entrecejo. Se sentó en el sofá.

—Por supuesto que no puedo estar segura. Pero no lo imagino asesinando. Es demasiado.

—¿Demasiado?

Katherine se encogió de hombros.

—Dice que era un fantasma…

Katherine negó con la cabeza.

—Era un hombre desagradable, nada más. —Se puso de pie, casi sorprendida de haberse encontrado sentada—. ¿Tiene alguna otra pregunta? Quisiera ir a nadar.

En el vestíbulo ante la puerta abierta, Katherine se disculpó.

—Lo siento. Si he estado un tanto desagradable, quiero decir.

Sarah lo desestimó con un movimiento de la mano.

—No se preocupe, por favor.

Pero se detuvo un momento, esperando ver una grieta en la cautela de Katherine. Lo que oyó no fue información, sino una pequeña catarsis.

—¡Tengo la impresión de vivir siempre corriendo!

Sarah esperó.

—Me he acostumbrado a hacer las cosas a toda velocidad desde que el inútil de mi marido me dejó… De acuerdo, no es solo eso. Tania desapareció hace mucho tiempo y prefiero no pensar en ello. —Su rostro se contrajo momentáneamente—. Así que probablemente eso me haya hecho comportarme de manera antipática. —Miró directamente a Sarah—. Pero ruego que esta nueva pista, sea lo que sea, lleve a algo; que puedan decirme qué pasó. Incluso si Tania está muerta. Me gustaría tener una tumba que visitar. Ya simplemente eso significaría mucho para mí.

Sarah titubeó. Sintió la tentación de preguntarle directamente. “Esto de que era un fantasma…”. Pero se estaba adelantando. Lo había intentado, le había dado muchas oportunidades. Cualquier sugerencia de lo que estaba empezando a sospechar contaminaría la prueba. Si iba a llegar, tendría que llegar de Katherine, sin ningún tipo de insinuación. Pero el momento había pasado. La grieta se había cerrado. Katherine sonrió con una de esas sonrisas que nunca llegaban a sus ojos.

—Entonces, ¿hay algo más?

—No que se me ocurra ahora. Gracias. —Sarah se obligó a quedarse un segundo más, aunque podía sentir la fuerza de la voluntad de Katherine empujándola hacia la puerta.

—Pero cometí un error al avisarle con tan poca antelación que vendría. Lo siento. —Le ofreció su tarjeta—. Me gustaría que sepa que puede hablar conmigo. Sobre cualquier cosa. Si se le ocurre algo, no



deje de llamarme.

Capítulo 31

BRANNON DESPERTÓ ENTUMECIDO Y DOLORIDO en el suelo junto a la cama. Skye se estaba moviendo y se frotaba los ojos. Lo invadió la ansiedad: había dormido demasiado. Estaba perdiendo el control. Alguien tenía que estar al cargo, y ese alguien era él. Se sentó, se masajeó la cabeza, trató de pensar positivamente.

Las tortitas habían sido un éxito. Eso había estado bien. Había querido que todo fuera perfecto para Skye, y había logrado mantenerlo. Sin reglas, sin retos. Le había dejado a ella dar la vuelta a las tortitas en el aire, y había aplaudido cuando lo lograba; se habían reído y la había abrazado cuando fallaba. La perra se enredaba entre sus piernas esperando atrapar algo. Cuando se les caía alguna, corría hacia ella y se la tragaba. Señora Glotona, dijo Skye, y de pronto él recordó todos los nombres que Georgie solía usar para guiar a su hija en la dirección correcta. Señora Haragana, Señora Dormilona, Señora Cuando-Te-Ates-Los-Cordones-Podrás-Tener-Un-Premio. El recuerdo fue como un camión que venía de frente, sin que hubiera sitio para esquivarlo. Había abierto los armarios de la cocina de Lizzie Griffiths y tratado de alejar el recuerdo, contemplando sus frascos de pasta Marmite y mantequilla de cacahuete en busca de inspiración. ¡No era culpa suya! Gradualmente su vista se fue enfocando. Jarabe de arce; había una botella cerrada de jarabe de arce. La cogió, la levantó como si fuera maná.

—¡Mira lo que he encontrado!

Skye lo sirvió con sus manos de niña.

Luego vieron *Ice Age: La edad de hielo* por milésima vez, abrazados a la perra en el sofá. Georgina la había metido en la bolsa que había preparado para Skye cuando iba a marcharse. Todo era por complacerla. A él nunca le había gustado la película —el mamut aburrido, el perezoso tonto, Sid—. Su mente vagaba. Skye lo estaba protegiendo de los monstruos cogiéndole de la mano. Cuando despertó en los créditos finales, ella estaba dormida en sus brazos. La había abrazado, oliendo su aroma de niña. A las dos de la mañana la había despertado y la había llevado a través del jardín trasero a la oscuridad

del parque. Son unas vacaciones mágicas, le había dicho. Pero recuerda que debes ser una niña buena, y la había mirado a los ojos para asegurarse de que entendiera lo que él quería decir: que detrás del día perfecto que pasaban juntos también estaba el guerrero que tenía que mantener a salvo a su familia, el cuchillo en sus vaqueros, la perra a su lado.

—¿Te gusta el parque de noche? Todo para nosotros.

Y ella había dicho que sí.

La empujó en el tiovivo, la sostuvo en sus brazos mientras se deslizaban juntos por el tobogán. La empujó en el columpio todo el tiempo que ella quiso. Sus manitas apretaban las cadenas de metal; Skye cerraba los ojos mientras él la impulsaba alto hacia el cielo anaranjado sin estrellas. Ella cantaba "Debajo de un botón, ton, ton, que encontró Martín, tin, tin". Pero cuando Skye corrió hasta el extremo del parque, tuvo que llamarla. Ella se frenó en seco como si estuviera jugando a las estatuas, se volvió y vio que él tenía a la perra agarrada del collar, con el cuchillo contra la garganta.

Cuando volvieron al apartamento, los pájaros estaban empezando a cantar y Skye se quedó dormida en sus brazos. La arropó y le besó la mejilla hasta que ella dijo basta. Acarició su frente mientras se dormía. Solo entonces lo atacaron los escarabajos. Bajo su piel y detrás de los ojos. Las recriminaciones. La injusticia. Había creado esa hermosa familia y otros la habían destruido. Pensó en la película que había visto con Skye: ese estúpido mamut peludo dentro de la cueva viendo el dibujo de su mujer y su hijo, asesinados por los humanos. El perezoso narrando: "Ah, y tiene una familia. Es feliz, mira, está jugando con su hijo". Lo enfurecían las mentiras, el falso sentimentalismo. Él no habría *perdonado*. Él habría matado, destruido. Él no quería ser ese mamut blando con la mirada vacía y el habla lenta. Él quería ser la estatua de bronce, muda, inconmovible, que levantaba la nave de Jasón y arrojaba a los argonautas al mar.

A las seis de la mañana, había mirado la aplicación y había visto que el coche de Lizzie Griffiths seguía inmóvil, a trescientos kilómetros de distancia por la M-6. ¿Y si estaba de vacaciones y no volvía en varios días? Semanas, tal vez. Sus opciones se reducían, las nubes negras amenazaban, su fecha límite se acercaba. Necesitaba pensar con claridad mientras aún podía, antes de que la oscuridad lo abrumara. Ese paseo por el parque. ¡Debilidad! Y no podía confiar en Skye. Había visto cómo lo miraba a veces. ¡No, no podía arriesgarse de esa forma otra vez! Si lo encontraban, sería catastrófico. Los atraparían a Skye y a él. No podría salvarla; hasta era posible que ella corriera hacia ellos. Y una vez que lo atraparan, podía verlo todo en su mente: el asiento en la celda del camión de policía, y él encerrado ahí como un pequeño poni en su remolque. Podía ver el tribunal, el

estrado, el inepto guarda de seguridad vestido de azul, sentado a su lado con expresión aburrida. Ni siquiera podría matarse en su celda. Lo vigilarían para impedirlo. Había visto ese estúpido comunicado público hecho por el gordo de los dientes pequeños. “Debes de estar aterrorizado por lo que está sucediendo y buscando un modo de detenerlo”. Esas palabras: era como Jasón en la película, arrastrándose y sacando la válvula del enorme pie de bronce de Talos. La vida salía a borbotones por el tobillo de la estatua. Se apretó su propio cuello, se lo partió y cayó. Un sonido terrible. “Sabemos cuánto quieres a tu hija”. Tenía que resistirse a esas palabras. Estaban calculadas para debilitar su fuerza. Eran trucos para separar a su familia. Y Skye, Skye, Skye… ¡Lo que ella no entendía es que eso sería lo peor! Sin él, estaría sola. Sin nadie que la cuidara. No podía dejar que eso ocurriera, no dejaría que ocurriera. Tendría que haber abandonado el país con ella de inmediato en lugar de esperar.

Trató de evaluar sus opciones. El Volvo tenía una matrícula falsa. Tal vez ni siquiera lo sabían. Había estado viendo las noticias y no habían dicho nada al respecto. Pero no confiaba en la policía. Probablemente conocían el coche. Habría una descripción para policías y aduana. Lo había dejado aparcado en una calle secundaria y hacía días que no iba a ver si seguía allí. Tal vez ya se lo habían llevado, o, peor, lo habían dejado donde estaba y estaban esperando que él volviera a buscarlo. Si lo sorprendían sin Skye, no sería más que un animal acorralado.

Tal vez podía entrar en alguna casa y llevarse las llaves de otro coche. Pero el robo se denunciaría enseguida. No había forma de cambiar las matrículas ahora, lo detectarían casi de inmediato.

Miró cómo subía y bajaba el pecho de Skye con su respiración, la suavidad de su cara dormida. El tiempo y las opciones se estaban acabando. ¡Cómo lo había intentado por ella, más que nunca en su vida! Esos cabrones, esos cabrones. Nadie se había preocupado por él nunca.

No abandonaría a Skye y no la decepcionaría. No la dejaría sola como lo había estado él. Sería más fácil hacerlo mientras dormía. ¿Sería una almohada lo más suave? Se imaginó apretándola contra su carita, el intento de lucha de ella, su propia fuerza abrumadora. Estaba llorando. Se secó los ojos. Sus manos estaban húmedas. Georgie siempre había sido la única para él. La única. Ahora estaba allí, solo, y tenía que tomar todas las decisiones.

Lizzie era su única esperanza. Si tan solo la pudiera atrapar en la casa, podría llevarse su coche. Era policía. Su vehículo no sería registrado. Pasarían días antes de que se dieran cuenta de que ella había desaparecido. Miró la aplicación. El coche estaba inmóvil. Ese hecho golpeaba en su cabeza como un motor de pistones. ¡Ella no iría

a la casa! Trató de respirar, de pensar. Tal vez ahora era el momento de hacer lo que necesitaba hacer. No más falsos intentos, no más resoluciones fallidas.

Haría lo que tenía que hacer.

Pero Skye se estaba despertando. Se frotó los ojos y su carita se contrajo en un mohín encantador.

—¿Podemos comer más tortitas?

Se le hizo un nudo en la garganta. Más tortitas, ¿y después, qué?

—En un minuto, Skye. Necesito mirar algo.

Miró la aplicación. ¡Al fin! El coche se movía. La perra había saltado a la cama y lamía la cara de Skye. Skye le sonrió, con algo de desesperación en sus ojos.

—Por favor, papi, ¿podemos comer más tortitas?

Volvió a mirar el teléfono. El coche seguía en movimiento, en dirección a la autopista. Le sonrió.

—Claro que sí, señora Glotona. Todavía queda jarabe de arce.

Capítulo 32

SARAH HABÍA DECIDIDO VOLVER A Morville Park antes de dirigirse a Hendon para ayudar en la búsqueda de Brannon. Era tarde y el buen tiempo se había mantenido. El parque estaba lleno de gente haciendo picnic sobre mantas. Algunos tenían canastos, otros, versiones más básicas: vasos de plástico, bolsas de patatas fritas y frascos de salsas de supermercado. Los padres soñolientos habían dejado libres a sus niños, que deambulaban por allí. Un grupo de hombres jóvenes, sin camisa, le tiraban un *frisbee* y un collie corría ladrando frenéticamente entre ellos. Una pareja se besaba bajo la sombra de un árbol, ella sobre él, con la falda levantada y el tirante de la blusa caído.

El sitio estaba en una zona más aislada del parque. Los científicos estaban guardando sus equipos. El doctor Stichill seguía sentado en la loma como si no se hubiera levantado. Movió su portátil para que la pantalla estuviera a la sombra. Sarah vio manchas y salpicaduras en azul y verde.

—Déjeme explicárselo —dijo Stichill.

Sarah se rio.

—Sí, mejor.

Su dedo se movió sobre la pantalla.

—En esencia, buscamos una anomalía en la resistividad: algo producido por materia orgánica en descomposición. Las áreas celestes son todas anómalas. —Golpeó la pantalla—. Creo que esta es la más prometedora. Hemos hecho otro levantamiento aquí. Es un perfil de tomografía de resistividad eléctrica.

—No necesito los detalles técnicos.

—De acuerdo. En esencia… —Clicó sobre otro icono. Apareció una imagen en blanco y negro en la que la profundidad estaba medida sobre un eje en metros—. Esto mira hacia abajo en sentido vertical y revela… —Movió su bolígrafo al centro de la imagen, donde había una depresión brillante.

—¿Una fosa? —preguntó Sarah.

El doctor Stichill inclinó la cabeza de un lado a otro.

—Tal vez. Tal vez no. Lo que digo es que esa depresión es anómala,

no que sea una fosa. No alimente esperanzas.

Sarah sacudió su cabeza.

—No lo haré, pero ¿estamos listos para empezar a cavar?

Capítulo 33

LIZZIE DEJÓ SU COCHE EN el aparcamiento. Se suponía que no se podía hacer, pero de noche nadie lo iba a controlar. Caminó hacia el centro comercial y compró una prueba de embarazo. De regreso a la comisaría, en el baño de mujeres, lo desenvolvió. Sentada en el inodoro con los pantalones bajados, leyó las instrucciones. Sostener el extremo del palillo bajo el chorro de pis era más incómodo de lo que había imaginado. Tendría que haber esperado a llegar a casa. Pero estaba impaciente por librarse de la duda. Serían buenas noticias, y podría dejar de preocuparse. Y si no eran buenas noticias, bueno, entonces podría ocuparse del tema. Cuanto antes, mejor.

Había imaginado que tardaría años, pero no, allí estaban: dos líneas. Sin dramatismo, pero claras.

Se quedó mirando las líneas, como si eso fuera a hacerlas desaparecer. Tal vez no significaban lo que ella creía. O tal vez había hecho mal la prueba. Volvió a leer las instrucciones, revisó y volvió a revisar, y miró la prueba y las dos líneas.

Miró fijamente la puerta del baño durante un rato.

Alguien utilizó el cubículo contiguo. Oyó el ruido del pis. Quienquiera que fuese se lavó las manos y se marchó. Lizzie ni se había dado cuenta de que todavía estaba sentada en el inodoro. Guardó la prueba en la bolsa de papel que le había dado el farmacéutico. La tiró a la papelera, se lavó las manos. Se dijo que tenía que ser práctica.

No podía contárselo a nadie, y menos a Ash: la sacarían inmediatamente de las tareas de primera línea. Subió, se comió el sándwich de queso cheddar y pickles que le había preparado su madre.

La guardia nocturna comenzó.

Primero, Lizzie tramitó una advertencia por agresión simple como un favor para otro agente que ya quería irse. Tan solo una hora después, recibieron la primera llamada. Un anciano —mangas de camisa, pantalones negros, pantuflas marrones a cuadros— yacía de espaldas en su sala de estar, rígido como una tabla. Tenía los codos

flexionados y los brazos sobre la cabeza, y su expresión sugería que la llegada de la muerte lo había sorprendido por completo. Los dos agentes uniformados estaban lejos del cadáver, como negando que tuviera nada que ver con ellos. En el escurridor junto el fregadero se secaban platos. Sobre el brazo del sofá, una novela había quedado abierta.

—No parece tan mala forma de irse —dijo Ash.

Lizzie se volvió hacia los agentes uniformados.

—¿Esas ventanas?

El agente más joven, cuyo cabello estaba peinado en una cresta sobre su cabeza, la miró, avergonzado.

—Sí, disculpe, las abrimos nosotros. El olor, ya sabe.

Y así siguió. Fueron de llamada en llamada. A medianoche hubo una rápida serie de robos en cadena. Escucharon por la radio cómo detenían al sospechoso —enloquecido como un hámster en su rueda— después de una persecución por los tejados de una fila de casas. Había sido un trabajo relativamente fácil: era demasiado tarde para tomar declaraciones y el sospechoso estaba en un hospital, totalmente pasado de crack.

Entraron en la parte muerta de la noche. La calle estaba desierta y las transmisiones de radio se volvieron poco frecuentes. Lizzie pensó en la prueba de plástico con sus dos líneas en la papelera del baño de mujeres. Nadie tenía que saberlo, ni siquiera Kieran.

Uno de los ratones de la comisaría, envalentonado por la quietud de la oficina, salió a la moqueta y se quedó a plena vista, moviendo la nariz. Ash sacudió la cabeza con incredulidad.

—¡Pero mira a ese descarado!

Completaron el libro de registros nocturnos, pusieron su comida en el microondas y cruzaron los dedos para que no hubiera más llamadas.

A las 05.30 volvió a sonar el móvil del Departamento de Investigación Criminal. Era el inspector de guardia informándoles de una denuncia de violación en un club nocturno. Ash se restregó la cara con cansancio.

—No podía ser más inoportuno.

Condujeron hasta la escena del delito: un bullicioso club nocturno, abierto hasta la madrugada. Tres coches patrulla vacíos estaban aparcados a la entrada. Lizzie y Ash —de la misma edad que los jóvenes que llenaban las calles alrededor del club, tambaleándose, fumando y charlando— atravesaron la multitud y se identificaron en la puerta. Los hicieron pasar.

La chica había denunciado que la agredieron en los baños. Los de seguridad —tipos con brazos como jamones, que llevaban auriculares colgando del cuello— esperaban a Ash y Lizzie en un pequeño espacio

exterior bajo una escalera de metal. Parecían avergonzados e incómodos. La chica estaba en la oficina de seguridad, arriba, sentada en un sofá gastado que estaba contra la pared del fondo. Parecía tener dieciséis años, llevaba pantalones cortos de cuero y tirantes de algodón azul sobre una camiseta estampada con enormes labios rojos bordados. Tenía carreras en las medias y calzaba unas Dr. Martens violetas. Estaba borracha y lloraba. Pidió que la dejaran fumar, y Lizzie se arrodilló frente a ella y le explicó que no podía fumar todavía. Apagó su móvil —no quería que la interrumpieran justo en ese momento— y le explicó a la chica el uso del equipo de primeras pruebas. Allí estaba: el sexo reducido a fluidos corporales y químicos. Un hisopado de la boca y los dientes. La chica sentada en un inodoro sucio, haciendo pis. Lizzie puso cuidadosamente el papel higiénico y la muestra de orina en bolsas. La chica no dejaba de llorar y Lizzie trataba de consolarla. No, que estuviera borracha no significaba que no la fueran a creer. ¿Había alguien a quien quisiera llamar? Metió en bolsas la ropa interior y las medias de la chica, sus pantalones de cuero, su camiseta con los besos bordados. Una agente se asomó por la puerta y le entregó la camiseta blanca y el pantalón de algodón reglamentarios envueltos en celofán, los zapatos planos que a Lizzie siempre la hacían pensar en saltar sobre un cajón de madera en el gimnasio de la escuela. La chica dijo que había tomado éxtasis y lloró un poco más. El oficial especialista en crímenes sexuales llegó alrededor de una hora más tarde; un tipo alto en vaqueros y camisa a cuadros con la cabeza afeitada. Profesional y amistoso, se llevó a la chica para el examen médico completo y la declaración y se hizo cargo de las bolsas con las pruebas.

Ya había pasado su horario de salida para cuando volvieron a la comisaría. Trabajaron silenciosamente y con concentración. Lizzie miró su reloj. Si tenía suerte, todavía podía esquivar el tráfico matutino y estar en la cama no mucho después de las ocho.

Capítulo 34

Domingo 20 de julio de 2014

LAS SEIS DE LA MAÑANA, y el despertador de Sarah sonó con un irritante ruido de grillos electrónicos. Se movió cuidadosamente en la cama plegable que había puesto en su oficina. Le dolían los huesos. Recogió la cama y se fue con su toalla y su neceser al baño. No había señales de vida en ninguna de las oficinas por las que pasó, pero suponía que también había otros durmiendo en lugares ocultos del edificio.

Después de visitar el parque se había quedado trabajando hasta tarde con el resto del equipo, tratando de encontrar y seguir pistas sobre Brannon. Había una sensación de desesperación en la oficina: Brannon había desaparecido el miércoles por la tarde.

Las cámaras de la gasolinera de la M6 donde habían localizado el teléfono que Brannon había comprado no habían mostrado ninguna imagen útil. Ni él ni nadie más había aparecido en el apartamento de su amigo en Manchester, donde los agentes de vigilancia habían establecido un punto de observación. No había habido más actividad en el teléfono.

A la 1.00 el móvil había aparecido en una dirección de Manchester. No había ninguna información que permitiera relacionar a Brannon con esa dirección. Tampoco ninguna información sobre esa dirección. Sin embargo, el teléfono estaba allí, activo, y tras hacer una entrada de urgencia, un equipo local de bomberos encontró a una pareja de mediana edad dormida en su cama y a un adolescente solo en su habitación, llamando a números de servicios de pago. Había encontrado el teléfono en una papelera y pensó que era un golpe de suerte. Ni siquiera parecía entender que había cometido un delito al coger el teléfono sin informar de ello.

La moral en la oficina seguía cayendo. Brannon había resultado ser astuto e inteligente. Los psiquiatras habían advertido sobre la posibilidad de un asesinato-suicidio. Las propias palabras de Brannon

habían confirmado la amenaza.

"Este no es el final".

Era cuestión de seguir adelante. Por más críticas que recibieran —y el clamor estaba creciendo—, no tenían la opción de darse por vencidos. Fedden preparó otro comunicado público con otra imagen de las cámaras de seguridad, advirtiendo a la ciudadanía que no se acercara a Brannon. También hicieron circular una advertencia a los agentes de que el contenido del vídeo sugería que podría atacar a los policías.

Sarah se había quedado en su oficina, perdida en la información, buscando cualquier conexión que ofreciera una posible pista. A las dos de la mañana, ya no podía pensar más. Sacó su cama plegable y el saco de dormir de su escondrijo. Estaba tan cansada que se durmió inmediatamente.

Ahora, exhausta, bajo la ducha, su mente repasó nuevamente toda la información. Brannon había lanzado una amenaza. La pregunta era si era específica o general. Sarah había sacado a la madre de Georgina de la ecuación. Todavía estaba a salvo en el hotel. ¿A quién más podría atacar? Se cepilló los dientes y repasó nuevamente el contenido del vídeo en su mente.

"Si no fuera por la policía, Georgie aún estaría viva".

¿A quién culparía? Una agente sobresalía con claridad. A pesar del historial de Brannon, Lizzie Griffiths había sido la primera en lograr una imputación en su contra por violencia de género. Sarah había leído el informe de Lizzie sobre la desestimación del caso, cómo los abogados de Brannon habían recibido instrucciones de atacarla. Parecía claro que había rencor contra ella.

Y, sin embargo, ¿cómo podría atacar a Lizzie? A no ser que conociera sus horas de guardia y lograra situarla en la comisaría, no podría encontrarla.

El asunto la inquietaba. Le contaría su preocupación a Fedden antes de volver al parque.

Se vistió y se detuvo un momento, considerando maquillarse. Lo haría después, antes de salir de la oficina. Se asomó a la oficina de Fedden, pero no estaba allí. Probablemente habría tratado de dormir un par de horas él también. Luego, cuando ya había cerrado la puerta cerrada, recordó un dato.

Encendió su ordenador y ojeó el resumen de la investigación. Allí estaba: una de las actividades criminales de la familia Young era, según un informante, el robo de vehículos de alta gama. Los robos estaban relacionados con la colocación de rastreadores en la parte inferior de los coches aparcados en Londres. Luego los monitoreaban hasta que encontraban la oportunidad de robarlos en algún sitio seguro y remoto. Eran robos peligrosos y los coches siempre

desaparecían rápidamente sin dejar rastro. Sarah trató de seguir el hilo de su idea. Era una posibilidad remota. No había nada que relacionara a Brannon específicamente con esta actividad. Y, sin embargo, era un actor secundario en la red criminal de los Young. No era tan descabellado sugerir que tal vez conociera este método. ¿Pero cómo podía saber cuál era el coche de Lizzie?

Sarah miró su reloj: las 07.10. Había dicho que estaría en el Morville Park antes de las ocho.

El número del móvil de Lizzie estaba en la base de datos. Decidió advertirla por si acaso, pero se conectó el contestador y tuvo que dejar un mensaje. Llamó a la comisaría de Lizzie. El sargento que atendió no parecía tener mucha prisa por ayudar. Después del acostumbrado intercambio de correos electrónicos para verificar su identidad, le dijo que Lizzie había estado de guardia nocturna y que tendría que haberse retirado a las siete.

—Conociendo al Departamento de Investigaciones Criminales, es probable que esté en su cama desde hace una hora —opinó.

Sarah ignoró la breve oleada de irritación que sintió.

—¿Me podría decir algo más?

Él se rio ante la petición.

—Claro, ¿por qué no?

—¿Los agentes pueden dejar sus coches en la comisaría?

—Algunos sí, los de Investigaciones Criminales los dejan en el aparcamiento cuando tienen guardia nocturna porque piensan que pueden salirse con la suya, pero no está permitido hacerlo.

—¿Y qué pasa cuando llega un agente recién trasladado?

—Hay algunas plazas reservadas fuera del edificio. Tal vez tenga autorización para aparcar allí un día o dos.

—¿Y dónde se registra eso?

—Hay un libro.

—Por supuesto. Quiero que revise el libro y busque registros de la agente Lizzie Griffiths. Se debe de haber incorporado en las últimas dos semanas.

—¿Es una broma? Eso es trabajo de Investigaciones Criminales. Estoy ocupado.

—No estoy bromeando. Es una emergencia. No tengo tiempo de andar llamando a gente de su comisaría hasta conseguir que alguien lo haga. Soy inspectora del Comando de Homicidios y se lo estoy ordenando, no pidiendo. Acabo de registrar la orden y la hora en que la he emitido. Llámeme cuando tenga información. Gracias.

Cortó la llamada antes de que él pudiera empezar a discutir sobre la cadena de mando. Ni Fedden ni Lee contestaban al teléfono. Se hizo un café usando la taza que estaba sin lavar sobre su escritorio. El sargento la llamó y le dijo las fechas en las que Lizzie había tenido

permiso para dejar su coche en las plazas reservadas a la policía.

—¿Tienen cámaras en esa zona?

—Ni se le ocurra pedirme que…

—Busque las copias y consiga que alguien las revise. Urgente. Quiero saber si Mark Brannon estuvo merodeando por el aparcamiento.

¿Estaría sucumbiendo al pánico? Al fin y al cabo, Lizzie seguramente había vuelto a su apartamento después del asesinato de Georgina Teel. No había sufrido ningún ataque. Por otro lado, ¿y si tenía razón y Lizzie iba camino a su casa en este momento? Intentó llamar a su móvil otra vez; otra vez saltó el contestador.

Llegaría tarde. Llamó a Steve y le transmitió su preocupación.

—Tengo que estar en Morville Park antes de las ocho. Tenemos la escena de otra investigación allí.

—No te preocupes. Yo me encargo.

Sarah decidió que podría comprar algo para desayunar en el café del parque después de ver al doctor Stichill. Cruzó hacia el oeste de Londres; era domingo por la mañana, por lo que se arriesgó a ir por las calles principales. Sonó su teléfono y se detuvo a un lado de la calle. Era Steve, que habló rápido.

—Me acaban de llamar de Caenwood. El 10 de julio, el primer día de guardia de Lizzie allí, dejó el coche fuera, en una de las plazas para policías. No se ven todas las plazas, pero se ve entrar el coche. Se queda allí dos días, excepto durante tres horas ese 10 de julio por la tarde, cuando sale y vuelve. Revisé el programa de detenciones y eso fue cuando Brannon estuvo detenido por agresión a Georgina. Lizzie fue a casa de Georgina para tomar la declaración de retirar la denuncia. El detective que revisó las cámaras dice que nunca tienen suficientes coches; lo que me preocupa es que cuando el coche no está allí, es porque lo utilizó para ir a casa de Georgina.

—Entonces Brannon podría haber conseguido información sobre el coche: ¿alguien la vio llegar y le informó?

—Dejó el coche vehículo más tiempo de lo permitido según la autorización que tenía. Las cámaras la muestran al atardecer del día 10 subiendo a un Land Rover negro. Luego, el 11, a las 15.57, después de que el caso contra Brannon fuera desestimado, las cámaras lo muestran en la calle de la comisaría. Sale de la pantalla en dirección a la plaza de aparcamiento donde está el coche de Lizzie, luego la cámara lo capta otra vez. De hecho, se cruzan antes de que ella se aleje en el coche hacia su casa, supongo. La he llamado, pero no contesta. He pedido un equipo armado para que vaya hacia allí por si acaso, pero ya sabes lo que se tarda en poner estas operaciones en marcha. Si pido a la policía local que vigilen hasta que llegue el equipo de asalto, no puedo confiar en que me toquen buenos agentes.

Creo que la casa de Lizzie te pilla de camino.

—Voy hacia allí ahora, con luces y sirena.

Capítulo 35

LIZZIE APARCÓ FRENTE A SU casa con las prisas de alguien que ha terminado su guardia y a quien le esperan seis noches más de lo mismo. El cielo ya estaba completamente iluminado. Tenía que lograr dormirse lo antes posible. Al buscar su bolso en el asiento del copiloto se dio cuenta de que no había vuelto a encender su teléfono desde el interrogatorio a la víctima de violación. Mejor fijarse por si había alguna novedad de las investigaciones de la guardia nocturna. Así podía encargarse de lo que fuera necesario y dormir tranquila. Cuando lo encendió, inmediatamente sonaron las notificaciones del contestador y las llamadas perdidas. Fuera lo que fuese, se encargaría cuando estuviera dentro. Se colgó la bolsa del hombro, cerró el coche. Pero el teléfono volvió a sonar. ¡Sarah Collins! Por Dios. La última persona con la que quería hablar. Atendió la llamada.

La voz sonó inmediatamente.

—¿Lizzie?

—Sí.

—No entres en tu casa.

—¿Qué?

—¿Estás allí?

—Sí, justo fuera.

—Vuelve a entrar en tu coche, gira en la esquina, Llámame desde allí. Estoy de camino. Por favor, hazlo ahora mismo.

—Espera un momento…

La voz del teléfono hablaba con urgencia, pero Lizzie no podía oír nada de lo que le decía. Estaba paralizada por otra cosa: había una niña en la ventana de su dormitorio. La niña estaba levantando la persiana y haciéndole señas. Lizzie interrumpió a Sarah.

—Skye Brannon está en mi apartamento. La veo en la ventana.

—Sal de ahí ya mismo. Tenemos un equipo de asalto en camino. Brannon está ahí. Si piensa que lo hemos descubierto, los psiquiatras dicen que probablemente mate a Skye.

—Me está haciendo señas. ¿Qué pasa si le dice que me ha visto?

—Espera…

—Está golpeando la ventana. La va a oír. Intentaré sacarla de allí.

Lizzie se metió el teléfono en el bolsillo sin cortar la llamada y corrió silenciosamente por el sendero hasta la ventana de su dormitorio. Apoyó un dedo sobre sus labios. Skye estaba cerca del cristal, un gesto de impaciencia en su suave carita blanca. La ventana tenía doble cristal reforzado. Lizzie lo había puesto por seguridad, y sabía que no podría romperlo. Pero los cierres eran nuevos y fáciles de abrir, aunque tal vez no para una niña. Consideró entrar por la puerta del frente, pero no se atrevía a perder de vista a Skye ni por un segundo. Volvió a apoyar el dedo sobre sus labios, señaló los cierres e hizo un gesto de rotación con sus dedos. Skye sacudió la cabeza, afligida. Apoyó las manos sobre la ventana y habló.

—Papi dice que le hará daño a Candy.

Lizzie respondió con un insistente susurro.

—Abre la ventana, Skye. Yo traeré a la perra.

Skye dudó.

—Traeré a la perra. Te lo prometo.

Skye subió a la cama y se estiró hacia los cierres. Luchó, su boquita torcida hacia un lado por el esfuerzo y la concentración. Pero finalmente pudo abrirlos. Lizzie trepó al alféizar y puso sus manos sobre el marco de la ventana. La empujó hacia arriba; a un tercio de altura se bloqueó. No se movía. Nunca había abierto esa ventana desde abajo. De todos modos, Skye probablemente podría escurrirse por debajo.

—Vamos, Skye, deslízate.

Skye miraba ansiosa a través del cristal.

—¿Cómo vas a traer a Candy?

—La traeré.

Pero era demasiado tarde. Brannon estaba de pie detrás de Skye y sujetaba a la perra por el collar. Su mano izquierda estaba oculta detrás de su espalda.

—Aléjate de la ventana.

Skye se volvió, dudó por un instante terrible.

—Te lo he dicho, Skye. Esto no es un juego.

Lizzie empezó a forcejear con la ventana, tratando desesperadamente de forzarla hacia arriba. Hubo un alarido de dolor y Skye gritó. Lizzie levantó la vista. Brannon había clavado el cuchillo en el flanco del animal y Skye se inclinaba sobre la perra. Brannon la sujetó del brazo.

—¡Te dije que obedecieras!

La perra gemía y levantaba una pata; Skye le tomó la cabeza entre las manos y se echó a llorar.

—Candy, Candy, Candy.

Por un momento, Lizzie quedó en estado de shock, con la

mandíbula apretada y los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Brannon la estaba mirando.

—Mira lo que has hecho.

Era ridículo. Lizzie casi soltó una risa.

Skye tenía sangre de la perra en su camiseta y en la cara, donde había tratado de secarse las lágrimas.

—Papi, papi, por favor. Ayúdame a cuidar a Candy.

—Te dije que obedecieras. Te lo advertí.

Lizzie pensó que parecía una extraña parodia de un padre enfadado, desilusionado. Era una locura.

—Mark —dijo levantando sus manos hacia la ventana en un gesto de rendición.

En ese instante lo había decidido. Aun cuando la aterrorizaba, tenía que entrar, ofrecérsele, dejarlo llevarse a Skye. Era la única forma de impedir que matara a su hija allí mismo. Era inútil negociar, eran inútiles los ofrecimientos que la policía había hecho en el comunicado público. Habló en voz alta, con la esperanza de que Sarah pudiera oírla por el teléfono que tenía en el bolsillo.

—Voy a entrar, Mark. Por la puerta del frente. Tengo mi llave. Nadie sabe que estás aquí. He visto a Skye por la ventana. Así me he dado cuenta de lo que pasaba. Puedes coger mi coche y escapar con ella. No van a notar mi ausencia hasta las diez de la noche; aún entonces, no enviarán a nadie a buscarme durante una hora, por lo menos. Podrías estar en Europa con Skye antes de que se den cuenta de lo ocurrido.

Brannon vaciló.

Candy gimoteaba y trataba de lamerse la herida. Skye le besaba la cara y lloraba. Lizzie pensó que con tratamiento, el animal podría sobrevivir. Ciertamente tardaría bastante en morir. Podría haber sido más fácil para ella si hubiera muerto. Tal vez Skye se habría mostrado menos dispuesta a hacer lo que Mark le ordenaba. Pero la entendía: Candy era todo lo que le quedaba.

—Es a mí a quien quieres, ¿no es cierto? Por eso te has estado escondiendo aquí. Estoy sola. Déjame entrar antes de que alguien me vea y sienta curiosidad.

Brannon puso su brazo alrededor del cuello de Skye e hizo que se levantase.

—Baja de la puta ventana entonces. Ve hacia la puerta del frente. Rápido. No llames a nadie. Haz exactamente lo que te digo, o la mataré.

Skye gimió y Brannon le acarició la cara.

—Lo siento, cariño. Tengo que encargarme de todo esto, por nosotros dos. Después cuidaremos a Candy.

Había cierta locura en sus palabras, pero todavía quedaba algo del

Mark Brannon que Lizzie había conocido. Era una exageración oscura del hombre que había visto por primera vez, el hombre que había dicho que quería a su familia.

—Voy hacia la puerta del frente. No le hagas daño a Skye.

Lizzie perdió tiempo forcejeando con la llave en la cerradura, pero no se atrevió a esperar más. El vestíbulo estaba vacío excepto por Candy, que yacía jadeando en el suelo. Había un olor rancio a comida, a perro encerrado, a un apartamento que no se había ventilado.

Un grito ronco salió desde la sala de estar.

—Cierra la puerta. Quiero oír el cerrojo.

Podía oír a Skye llorar.

—¿Skye, estás bien?

—Está bien. Cierra la puerta o dejará de estarlo.

Por primera vez, Lizzie temió por su vida. Mirando el camino de entrada, cerró la puerta haciendo sonar el cerrojo. Luego, la sostuvo firmemente con su mano izquierda al tiempo que giraba lentamente el cerrojo y la dejaba abierta. Probablemente no significaría nada para un equipo de asalto, pero cada segundo podía contar.

El pasillo estaba vacío. Miró a su alrededor buscando algo que pudiera servir de arma y entró en el baño. Había unas tijeras para uñas en el botiquín. No harían mucho daño, pero podrían servir si se las clavaba en la cara.

Vio su imagen en el espejo y tomó repentina conciencia de la otra vida que anidaba en secreto dentro de ella.

—Ven a la sala de estar.

Se metió las tijeras en el bolsillo y caminó hacia la sala.

—La perra. ¿Puedo ayudar a la perra? Tengo un botiquín de primeros auxilios en el baño.

Skye gritó.

—Papi, papi, por favor, deja que ayude a Candy, deja que ayude a Candy.

El sonido de una bofetada. Más llanto.

—Ven aquí.

Tocó su bolsillo. Podría mostrarle las manos vacías, pero sería fácil agarrar las tijeras, solo tenía que deslizar su mano hacia abajo y sacarlas.

—Estoy yendo.

Lizzie temía que estuviera esperando para degollarla en cuanto entrara en la sala, pero él estaba en el lado opuesto, cerca de la cocina, con el cuchillo en la mano, pegado al cuerpo. Estaba afeitado y llevaba una camisa limpia. Skye estaba tumbada en el suelo, esposada al radiador. Las cortinas estaban cerradas para que no se viera desde fuera. La cocina estaba sucia. Las puertas de los armarios, abiertas. El sofá, lleno de pelo de perro. Había cubierto uno de los sillones con

una sábana. Lizzie comprendió que era allí donde había filmado el vídeo.

—Tírame las llaves de tu coche.

Las tiró hacia el otro lado de la habitación. Él las atrapó con facilidad y las dejó sobre la mesa.

Había descendido una extraña calma. Lizzie entendió lo que debía de ocurrir en la mente de Brannon. Tenía que matarla para poder escaparse en su coche. También vislumbró cómo él se había convencido a sí mismo de la sensatez de su plan. No había alternativa que incluyera rendirse.

Se arrodilló junto a Skye, dándole la espalda a Brannon intencionadamente, y le enseñó la pulsera de gomas en su muñeca.

—Mira, aún la tengo. Te dije que la cuidaría. No quiero que te preocupes por nada.

Los ojos de Skye miraban a su padre, llenos de miedo. Lizzie deseó con todas sus fuerzas tener algún modo de abrir las esposas, de sacar a la niña del apartamento. Le dio vueltas y más vueltas. Tal vez si decía que estaba embarazada, él podría mostrar piedad. Pero su cerebro de policía le advirtió que no lo hiciera. Sería como arrojar una granada en la habitación. ¿Por qué podría ella tener una familia y él no? Apretó la mano de Skye.

—Le he dado el coche a tu papá para que te pueda llevar a un lugar seguro.

Sintió el brazo de Brannon en su hombro, la punta afilada del cuchillo en su espalda, contra sus costillas. Se estremeció de miedo.

Skye sollozó.

—¡No le hagas daño!

—No me digas qué hacer, Skye. No entiendes nada de esto.

Apretó a Lizzie contra su cuerpo y ella gritó al sentir la punta del cuchillo presionando con más fuerza.

—Papi, por favor —gimoteó Skye.

—No quisiste dejarnos en paz. Trataste de mandarme a la cárcel, de separar a mi familia.

Clavó el cuchillo, y Lizzie sintió que algo húmedo le corría por la espalda. Él seguía hablando.

—Todos vosotros no hicisteis más que causarme problemas. Tenía una buena relación con Georgie…

—Papi —sollozó Skye.

—Lo hacía todo por ella, la mantenía, les compré un perro.

Lizzie sintió que le corrían lágrimas de miedo por las mejillas, pero trató de seguir pensando, trató de aferrarse a lo más importante que había aprendido en su entrenamiento. Nunca te des por vencida.

—Está bien, Mark. Está bien.

—No quería hacerle daño. No quería.

Clavó el cuchillo nuevamente y Lizzie sollozó a pesar de sí misma. La humedad seguía desparramándose. Bajó a tientas su mano derecha hacia el bolsillo, hacia las pequeñas tijeras.

—Está bien. Tienes el coche.

—Te dije que vendría por ti. Te lo advertí. Tú me hiciste esto. Tú me hiciste ser así…

La estaba arrastrando hacia el pasillo.

—¡Papi, papi, por favor, por favor, por favor! —suplicó Skye.

—Cierra la puerta.

Lizzie estiró la mano y tiró para cerrarla. Él la arrastraba hacia atrás. Metió la mano en el bolsillo, buscando las tijeras. La perra yacía con la cabeza sobre las patas delanteras, aun jadeando. Dudó por un momento estúpido, aterrada. Luego clavó las tijeras hacia atrás con todas sus fuerzas.

Brannon ahogó una exclamación de dolor, la soltó y se tambaleó hacia atrás. Pero casi inmediatamente, recuperó el equilibrio. Tenía una herida debajo del ojo, pero todavía sujetaba el cuchillo con firmeza en la mano.

Capítulo 36

SARAH HABÍA APARCADO FUERA DE la vista del apartamento de Lizzie. Escuchaba con el teléfono pegado a su oído. Todo dependía de que Brannon no se diera cuenta de que la policía estaba en camino. Recordaba bien la calle por el registro que habían realizado allí en los primeros días de la investigación por las muertes de Farah y Hadley. Recordaba los armarios y cajones, la intimidad de la agente Lizzie Griffiths expuesta ante el frío escrutinio de la investigación. Recordaba haber fumado y charlado fuera con Steve Bradshaw.

El sonido de la tela del bolsillo de Lizzie crujía dolorosamente en el oído de Sarah. El equipo armado se estaba acercando. Les trasmitió por radio lo escuchaba de la llamada aún en curso. Planeaban las tácticas mientras cruzaban Londres a toda velocidad con luces y sirenas. Consideraron negociar, pero lo descartaron. Brannon era muy inestable y se encontraba demasiado cerca de Lizzie y de Skye. No había que darle oportunidad de volver a matar. Entrarían rápidamente con las armas listas. ¡Pero estaban tardando demasiado! Sarah interrumpió su transmisión, pidiendo un tiempo estimado de llegada.

Siete minutos.

En el teléfono, la voz de la niña gritó.

—¡No le hagas daño!

Sarah salió del coche y se puso el chaleco antibalas; deslizó su arnés por encima de su hombro. De repente oyó un sonido inconfundible a través del teléfono: un grito femenino de dolor.

Sarah se estremeció, como si una corriente eléctrica la hubiera atravesado.

Había una calma antinatural en la calle; las hojas de los árboles jóvenes revoloteaban en la brisa veraniega. Se sintió muy sola.

—Peligro de muerte, repito, peligro de muerte. Agente probablemente herida. No puedo esperar al equipo de ataque. Voy a entrar —transmitió.

Los oyó decir que estaban muy cerca, pero no podía arriesgarse a que se oyera la radio. Silenció el altavoz y transmitió usando el botón de emergencia que anulaba a los otros oficiales.

—Peligro de muerte, peligro de muerte. Agente Griffiths probablemente herida. Estoy intentando entrar por la puerta principal.

La voz de Brannon se oía frenética por el teléfono, como un dictador de poca monta capturado en una caja metálica.

"… trataste de mandarme a la cárcel, de separar a mi familia…".

Sarah corrió silenciosamente por la esquina y tuvo una vista clara del apartamento. La puerta delantera estaba levemente entreabierta. Su corazón galopaba. Sacó su porra y la aferró con fuerza. No iba a haber lugar para esgrimirla dentro de la casa. Oyó la voz entrecortada y furiosa en el teléfono de un hombre que no se dejaría contradecir.

"Te lo advertí".

Guardó el móvil en el bolsillo, corrió silenciosamente por el sendero de entrada. Le sudaban las manos por el miedo. Empujó la puerta sin hacer ruido y entró en el apartamento. Oyó lo que pensó que era un cerrojo, y movimientos justo más allá de donde estaba, en el pasillo. La voz de Brannon estaba extrañamente cerca.

"Cierra la puerta".

Se mordió la punta de la lengua para controlarse, levantó la porra a la altura del hombro. Casi inmediatamente hubo un furioso grito de dolor. Una explosión de rabia.

"¡Maldita puta!".

Sarah avanzó hacia el pasillo. Brannon estaba de espaldas, levantando el cuchillo con su mano derecha. Estrelló su porra contra la nuca de Brannon y él cayó hacia delante con una pesada exhalación. Casi de inmediato, se incorporó en cuatro patas, aun sosteniendo el cuchillo. Lo golpeó otra vez en la nuca. Volvió a caer, pero el cuchillo seguía en su mano extendida. Lizzie se desmoronaba contra la pared. Sarah dio un pisotón a la mano que sostenía el cuchillo. Brannon soltó un gruñido contenido de dolor que sonaba casi como agotamiento. La mano se relajó. Se puso sobre él con la porra.

—Lizzie, ayúdame, espósalo.

Pero el rostro de Lizzie estaba ceniciento y tenía los labios azulados. Su camisa estaba empapada de sangre. Sacudió la cabeza.

De la sala de estar llegó el sonido de una niña llorando.

—¡Mami, mami, mami!

Luego, un estruendo en la entrada, gritos de "¡Policía armada!". Sarah soltó la porra y puso sus manos a la vista. Un agente estaba frente a ella, apuntándole con un arma.

—Soy la inspectora Sarah Collins —dijo.

Un hombre alto y delgado que había entrado por detrás de ella la empujó lejos de Brannon hacia el dormitorio. Verificó su identificación sin ninguna emoción aparente.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. La mujer adulta es la agente detective Lizzie Griffiths. La han

apuñalado.

El policía se alejó y volvió al vestíbulo, transmitiendo la información.

—Agente herida. Apuñalada. Consciente, respira. Se necesita atención médica de urgencia.

Sarah salió al vestíbulo. Brannon se encontraba acostado, en posición lateral de recuperación. Un agente armado lo vigilaba. Detrás de ellos, apoyada contra la pared, estaba Lizzie Griffiths, casi inconsciente, blanca como un papel. Le habían arrancado la camisa y un agente le estaba cubriendo con una venda la herida en la espalda. Se le acercó.

—Lizzie.

Lizzie abrió los ojos.

—La perra, Sarah. Por Skye. Salvadla.

Sarah miró al animal. Estaba completamente colapsado, pero aún respiraba con cortos jadeos. Sacó la radio de su arnés.

—Alguno de los agentes uniformados de fuera, vengan inmediatamente a sacar un perro herido de aquí. Llévenlo a un veterinario.

Llegaron dos sanitarios y se pusieron a trabajar con Lizzie. Le colocaron una máscara de oxígeno sobre la cara. Sarah fue a la sala de estar; veía el mundo como a través de un filtro. Arriba, en algún lugar, se oía el rugido de un helicóptero. La puerta que daba al jardín había sido derribada. Skye, con la cara bañada en lágrimas, estaba en brazos de uno de los agentes armados, gritando:

—¡Quiero ver a mi papá!

Sarah se volvió hacia la ventana y vio que el helicóptero ambulancia descendía sobre el parque como una gran libélula roja. Desde el jardín entraban médicos y más sanitarios. Los siguió de vuelta al vestíbulo. Lizzie estaba inconsciente y los médicos inmediatamente se concentraron en ella. Brannon estaba en el suelo del dormitorio. Pálido, grisáceo. Los sanitarios, un ajetreado equipo de abejas verdes encerrado en su propio mundo, se estaban preparando para sacarlo. Sarah se acercó a una de ellos, una mujer de aspecto rudo con trenzas y la insignia de oficial de guardia en su hombro.

—¿Está consciente?

—Parcialmente. Tiene una posible fractura de cráneo.

—¿Puedo arrestarlo?

La oficial de guardia la miró con clara impaciencia.

—No es mi prioridad.

—Mató a su mujer y trató de matar a una agente de policía.

La oficial asintió, más comprensiva ahora.

—Hágalo rápido.

Sarah se sentó junto a Mark.

—Mark, soy la inspectora Sarah Collins.

Él gimió, la miró. Balbuceó algo.

—Procedo a arrestarlo por el homicidio de Georgina Teel, el secuestro de Skye Brannon y el intento de homicidio de la agente de policía Lizzie Griffiths.

Una voz fuerte en el vestíbulo la distrajo del arresto.

Volvió hacia allí. Lizzie estaba horizontal ahora y aún inconsciente, con el torso completamente desnudo; el sujetador azul de algodón —cortado en dos— había quedado en el suelo, a su lado. Sarah se quedó mirando la prenda durante un instante: su delicada vulnerabilidad violentada, irrelevante. Sin darse cuenta, se cubrió la boca con la mano, atemorizada. Había algo desconcertante en la desnudez de Lizzie, en su inerte indiferencia a la urgencia de los médicos que se movían a su alrededor. Tenía el aspecto pasivo, gris, de los agonizantes. Había sangre en su piel y en los guantes de plástico azul de los médicos. Una cánula asomaba por el costado izquierdo de sus costillas y el médico le estaba aplicando las almohadillas del desfibrilador en el pecho y en la espalda. Sarah sentía los labios helados y entumecidos. Oyó las palabras “¡Descarga! ¡Apartaos!” sin realmente comprenderlas. Un estremecimiento de electricidad sacudió el cuerpo joven e inerte frente a ella, y lo que estaba ocurriendo le vino a la mente en una frase:

“El corazón de Lizzie se ha detenido. Debería haber entrado antes”.

TERCERA PARTE

Capítulo 37

Jueves 24 de julio de 2014

DESDE EL ARRESTO DE BRANNON, el equipo de Sarah había estado trabajando tratando de juntar las piezas.

Habían interrogado a Sarah por su entrada en el apartamento de Lizzie y su ataque a Brannon, que le había ocasionado una contusión lo suficientemente severa como para que tuvieran que ingresarlo en el hospital. La había acompañado un representante de la Federación de Policía y un abogado; al fin y al cabo, había golpeado a Brannon dos veces en la cabeza con la porra sin advertencia previa. Cuando volvió a la oficina, encontró sobre su escritorio flores de su equipo y una tarjeta firmada con una cita de un texto que compara a un policía con un perro pastor. "Las ovejas no quieren que el perro esté cerca...". Sospechaba quién habría tenido la idea de enviarlo. Aun así, las flores la conmovieron. Elaine había dejado de regalo un paquete de cápsulas especiales de Nespresso. "Lo único de lo cual estaba segura de que te gustaría. De ninguna manera te compraría cigarrillos".

En medio de todo el trabajo por el caso Brannon, Sarah había encontrado tiempo para visitar Morville Park.

Habían removido el terreno en varios sitios y derribado tres árboles: un haya y dos robles. Sarah había observado mientras caían, había oído el zumbido de las motosierras, había visto a los jóvenes podadores de altura meciéndose en sus cuerdas, amputando las anchas ramas hasta que solo quedaron troncos despojados. Había olido el combustible de la astilladora cuando la alimentaban con las ramas caídas.

Se sentía frágil; no había querido informar a la madre de Tania sobre la excavación. Sabía que la tierra removida sería un territorio de extrañas esperanzas y miedos, de desear y no desear. Y que, al final, todo podía ser en vano. Quizá no encontraran a Tania. Pero Elaine había insistido en que era su deber mantener informada a Claire, por supuesto, tenía razón, y Sarah la dejó hacer. Claire, que al parecer

pensaba que repasar cada línea fallida de investigación era un acto de devoción, quiso ver el lugar donde su hija podría haber sido enterrada. Por la mañana temprano, Sarah la había esperado en el aparcamiento del parque. Llegó en su Hyundai nuevo; se veía elegante y práctica, vestida con pantalones, un anorak y cómodos zapatos marrones sin tacón, y sostenía un ramo de rosas color crema. Sarah se sentó junto a ella mientras el guarda del parque, Tom, las llevaba hacia allí en su vehículo eléctrico, rebotando por el terreno, sin colaborar con conversaciones triviales sobre el tiempo. Claire dejó las flores en el suelo junto a un roble y luego se situó al borde de la excavación y observó cómo derribaban el haya. Comentó cómo le recordaba al árbol que había caído frente a su casa la noche de la tormenta.

Pero hoy Sarah había tenido que aceptar que no encontrarían nada excepto el armazón de una bicicleta y el esqueleto de un perro. Nuevamente Elaine se había hecho cargo de decírselo a Claire, pues intuía que Sarah no se sentía con ánimos para hacerlo.

El doctor Stichill, con las botas sucias de barro, había guardado su equipo. Al ver que Sarah fumaba apartada, sola, se había vuelto sobre sus pasos para hablarle en privado.

—Lo lamento mucho. Si no está allí, no puedo encontrarla.

—¿Y está seguro ahora, seguro de que ella no está allí?

—Sí, tan seguro como puedo estarlo. No es una ciencia exacta.

Sarah contempló el terreno embarrado. Le recordaba esas fotos de troncos desmembrados en los campos de batalla de Francia. Pero no era ni un campo de batalla ni una tumba; solo un bosque suburbano que ella había destruido por una corazonada.

Antes de subirse al coche, llamó al hospital para preguntar por Lizzie: seguía en estado crítico, pero estable.

El sobre la esperaba en el vestíbulo cuando llegó a su casa, destacando entre sus compañeros menos llamativos, que incluían una factura de electricidad, el ofrecimiento de una tarjeta de crédito y una comunicación general de un agente inmobiliario local. El pesado papel texturizado y la letra manuscrita en tinta negra inmediatamente identificaron al emisor. Allí, persistentemente, a pesar de sus años en una parroquia de una zona deprimida, estaba su padre: el alumno de una buena escuela, con su frasco de tinta que se iba vaciando. No había querido leerla en seguida. En cambio, había sacado a la perra y se había preparado un baño, dejando sus gafas, una toalla y el sobre junto a la bañera.

Sabía lo que contenía la carta. Sería un relato de la ceremonia en memoria de su hermana, a la que ella no había asistido. Sabía cuánto había herido a su padre su ausencia. Sabía cuánto significaba para él. Cada año preparaba la ceremonia, buscando en sus libros, pegando

notas en las páginas. Siempre en la misma capilla del pueblo, donde la luz se filtraba azul y roja a través de las sencillas ventanas ojivales triples. Las amigas de la escuela de Susie llegaban, aparcaban sus coches de cualquier forma en el camino, cruzaban por la loma y por encima de los setos. Al principio llevaron a los novios, luego a los maridos, luego a los hijos que corrían sin control entre los bancos de la iglesia y por los pasillos, hasta que escaparon para siempre a sus propias vidas. Su padre subía las escaleras de madera del púlpito más lentamente ahora que al principio.

No podía negar que parte de ella lo había hecho adrede. Él le había consultado las fechas y ella no le había dicho que evitara el siguiente turno de guardia, siempre el momento más ajetreado, cuando era imposible ausentarse.

Se metió en la bañera y leyó. No había tachones ni nada emborronado. Eso le decía cuán ensayado era el tono informal. La había editado hasta estar completamente satisfecho y luego había tomado una hoja limpia para copiarla. Lo imaginó sentado frente a su escritorio en zapatillas, redactando, del mismo modo en que alguna vez había redactado sus sermones.

Sabía lo que ella desearía ver en la carta. La podría haber escrito ella misma, podría haber proporcionado la cita bíblica que hubiera querido leer.

"Todos los que aman son hijos de Dios".

Eso sería suficiente. ¿Por qué no? Pero la carta evitaba cuidadosamente las citas bíblicas, y el tono de su padre era determinadamente alegre. Había un chiste sobre Job y sus ampollas, luego que entendía perfectamente que sus compromisos profesionales no le habían permitido estar allí. Aun así, ¡qué pena que no hubiera podido llegar! Todos la habían echado de menos; muchos compañeros de colegio habían estado allí. Esperaba que la investigación fuera bien. ¡Cómo se necesita y se desea la justicia! Estaba orgulloso de ella y de su trabajo.

"Mamá y yo te queremos mucho".

Eso era verdad, sin duda. Recordaba haberse caído de una pared en el jardín cuando aún estaba en primaria. Había visto el corte profundo, repugnantemente blanco y azul, en el instante antes de que empezara a sangrar. Su padre la levantó y la llevó en brazos a la sala de estar, donde le vendó la herida y luego, sonriendo, le pellizcó suavemente la nariz. Había sido más prolífico con las citas bíblicas en aquellos días. "Un Dios misericordioso y lleno de gracia", había dicho con una gran sonrisa, "abundante en bondad amorosa". Luego la había besado en la frente y le había dado una buena ración de tarta de chocolate.

Las cosas eran más simples en aquel entonces.

Ahora, más circunspecto, terminaba su carta con la única cita que se había permitido.

“Y así, mi querida hija, que el Dios de la esperanza te llene de gozo y de paz, tu padre que te ama siempre”.

Estaba ahí, pensó, escondida en esa cita, la levísima sugerencia de que él sabía que no estaba verdaderamente llena de gozo y de paz y que había algún obstáculo que no se podía mencionar.

La carta estaba hinchada y arrugada donde habían estado sus manos. La dejó caer al suelo junto a la bañera. Tendría que estar llena de gozo y paz, pero no ser ella misma. Era un truco demasiado difícil de lograr.

No tenía sentido volver sobre todos esos pensamientos.

No era culpa de su padre. Él era un hombre de principios. No podía permitirse ignorarlos, simplemente porque era doloroso para él. Ella tenía cierta experiencia personal en el tema. Después de todo, ¿no era el pecado del que la había acusado Steve cuando ella investigó a Lizzie por las muertes de las Torres de Portland? Dogmatismo, no ver el contexto, no tener corazón.

Tal vez por eso había mencionado la agonía de Job en su carta. Tal vez quería decir que a él también le dolía seguir amándola siempre, pero no poder permitirse aceptarla. La historia de Job trataba de la incapacidad de entender a Dios. ¡No solo se había llevado a sus hijos, sino que también le había enviado llagas! Y cuando Job se quejó, ¿qué respondió Dios?

“¿Dónde estabas cuando puse los cimientos de la tierra?”.

Cuando su hermana murió, Sarah soñó que habían tallado un hermoso agujero en ella, como si fuera una escultura a través de la cual soplaba el viento.

El agua se estaba enfriando, pero ella seguía en la bañera; la perra estaba tendida en el suelo junto a ella. Miró hacia abajo, hacia su propio cuerpo. Los pequeños pechos flotantes, la chata curva vulnerable de su abdomen sumergido bajo la línea de agua, la cresta de sus caderas… Ella, que pasaba gran parte de su vida laboral examinando las intimidades de desconocidos, sentía como si fuera una desconocida para sí misma.

Recordó el cuerpo de la adolescente Farah Mehenni, demasiado joven para estar tan frío y muerto. Sarah había estado segura también entonces no solo de que lograría un resultado, sino de que era lo que correspondía hacer. Pero al final, hasta esa convicción había tambaleado. Se había quedado sin nada, con una sensación de manos vacías.

Luego pensó en Lizzie en cuidados intensivos, aún en estado crítico. La había visto una sola vez: inconsciente, conectada a monitores, con un tubo que drenaba desde su pecho a una botella de líquido junto a

la cama.

Debería haber entrado antes a ese apartamento.

Se puso de pie y salió de la bañera. Empezó a secarse rápidamente, con determinación.

Tras terminar la investigación de las muertes de Farah y Hadley, el terapeuta le había explicado que ese hábito de dar vueltas y vueltas a sus pensamientos no era parte del problema. *Era* el problema. Tenía un nombre: *Rumiación*. Sarah había llegado a imaginar esa Rumiación como un personaje de ciencia ficción agazapado, un Darth Vader que se movía secretamente junto a ella, chupando el sabor de su comida y los colores de su día.

Cada día, al despertar, tomaba religiosamente las pequeñas pastillas que el médico le había recetado. Hacía lo que le habían dicho. Se mantenía en movimiento. No permitía que Rumiación se sentara a su lado y la tomara de la mano. Hacía ejercicio. Cambió sus rutinas. Trabajaba en el jardín. Tomaba las pastillas. Era como esperar que una cuerda soportara una corriente muy fuerte.

Últimamente había podido convencerse de que su autodisciplina había resultado efectiva. Había mejorado.

Cuando descubrió que investigaban a Stephenson por explotación sexual infantil, se había sentido reivindicada. Incluso mientras conducía hasta el apartamento de Lizzie y aparcaba para esperar al grupo de asalto, se había sentido inteligente, más inteligente que los otros policías. Ahora se estremeció, ante la tonta vanidad de la excitación que había sentido. Recordó a Lizzie, inconsciente, sacudida por el espasmo de corriente que había pasado por su cuerpo inerte cuando le aplicaron el desfibrilador.

Era el momento de contárselo a alguien, de pedir una baja por enfermedad antes de que las cosas empeoraran. Necesitaba ayuda, lo reconocía, mucha más de la que podían darle esas pastillas. Necesitaba hacer un gran cambio. Se había resistido, temiendo el daño que podía hacerle a su carrera y lo que eso, a su vez, podía provocar en su vida. No había nada que pudiera hacer excepto ser policía; ninguna otra cosa que le diera una satisfacción tan profunda. Pero también tenía que enfrentarse a eso. No podía sobrevivir a base de procesamientos y veredictos condenatorios. No era dedicación, al fin y al cabo. Era un trastorno de personalidad.

Daisy se había levantado y meneaba la cola.

—Sí, cariño, el tiempo justo para un paseo nocturno.

Pero mientras subía la colina, Rumiación caminaba firmemente junto a ella.

Había apostado demasiado a encontrar a Tania Mills. Qué patético era poner tanto esfuerzo en una investigación sobre la que tenía tan poco control.

Se dio la vuelta. La gran ciudad de Londres emitía un brillo anaranjado sobre la curva del horizonte distante. La perra se le enredaba entre las piernas. Sarah sintió las duras garras sobre sus pantalones. Se arrodilló y la acarició. La asaltaron pensamientos que la avergonzaban y se alejaron cuando trató de examinarlos. Recordó una vez que estaba junto al borde del andén del metro; el tren se acercaba…

Su teléfono emitió un sonido. Lo sacó de su bolsillo. Un mensaje de Caroline.

¿Qué hay de ese encuentro que prometiste?

Le contestó, tratando de encontrar un tono positivo. Qué parecida a su padre que era.

Sí, lo siento. Todavía ocupada, me temo. Me pondré en contacto en una semana.

El teléfono empezó a sonar. Lo miró por un momento; luego, contestó.

—No empieces con esas tonterías. Si quieres verme, pon una fecha.

—Estoy ocupada…

—*Siempre* estás ocupada, ¿no es cierto? ¿Te has arrepentido?

Sarah miró hacia Londres. Pensó en la carta de su padre —“que el Dios de la esperanza te llene de gozo y paz”— y pensó en el viento frío que soplaba a través de ella. La desesperanza, después de todo, también era un pecado.

Se obligó a elegir una fecha. Dentro de poco más de una semana. Sería un viernes, antes de un día de descanso.

—¿El primero del mes te viene bien?

—Más te vale que no lo canceles.

Caroline colgó.

La perra le olisqueaba la cara. Ella le acarició los pequeños hombros y la cabeza mientras Daisy meneaba la cola.

—Sí, muy bien, muy bien. No te preocupes, no te preocupes.

Se volvió y retomó el camino hacia su casa.

Y entonces la idea la golpeó con la fuerza de una convicción absoluta.

¿Richard Stephenson, el quisquilloso profesor de violín, ofreciéndose como voluntario para cavar en un parque? Por supuesto que habían fallado en la búsqueda de Tania. *Debía* estar allí.

Se detuvo y la perra también se paró y la miró. En cuanto tuvo el pensamiento, Sarah empezó a cuestionarlo. Era desagradable la sensación de ya no confiar en su propio juicio. ¿Este último impulso era la percepción informada de una investigadora entrenada o era la compulsión irracional de alguien al borde del colapso? ¿Sufría, acaso,

la fijación de un detective con un sospechoso? Ese rasgo era muy conocido, aun los mejores podían perseguir ciegamente a un sujeto, dejando otras líneas serias de investigación sin explorar. Había cierto nerviosismo en su pensamiento, una vacilación que no le gustaba. Ya se había puesto en ridículo con toda esa excavación. Pero una vez que había tenido esa idea, no podía dejar de seguirla. Era un fenómeno poco fiable: el instinto de policía. La sensación de "esto no me cuadra" que podía ser tanto pura genialidad como prejuicio.

Daisy meneaba la cola ansiosamente. Sarah tenía el número del guarda retirado en su teléfono; lo sacó de su bolsillo y contempló el teclado antes de empezar a escribir. Bien podía ir a fondo y terminar de dinamitar su reputación antes de admitir que tenía una crisis.

Harry, perdona que te escriba tan tarde. ¿Hay alguna posibilidad de que nos encontremos mañana temprano?

Capítulo 38

Viernes 25 de julio de 2014

SARAH BAJÓ DEL COCHE Y dejó el libro de registro policial sobre el salpicadero. Se puso la chaqueta, se subió la cremallera y entró en el parque. Las copas de los árboles se movían, oscuras, en el viento. Un frente frío había disipado rápidamente los cielos claros, y el sendero que llevaba al área de descanso de los guardas estaba sombrío en comparación con la luminosidad de los días previos.

Harry la estaba esperando en la caseta, sentado con Tom y otros dos guardas, un hombre y una mujer jóvenes; todos desayunaban café y tostadas.

—Esconded la marihuana —dijo Harry—. Ha llegado la policía.

Sarah se encogió de hombros y abrió sus manos fingiendo resignación ante el comentario de Harry.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Podría haber ido a buscarla, Sarah. ¿Quiere tomar algo?

—No, estoy bien. Y gracias, pero me gustaría pasear un poco. —Se volvió hacia Harry, que se estaba poniendo de pie—. ¿Me hará esa visita guiada, entonces?

—Sí, señora, pero no es muy larga.

Cruzaron la puerta y Sarah vio un pequeño vestuario. Harry ya estaba hablando.

—Sí, siempre llegaba temprano, hay que admitirlo. Llegaba antes que yo.

Sarah miró a su alrededor. El suelo estaba sucio de barro. Había un banco, percheros. Una ducha y baños.

—¿Y él o los chicos usaban esta zona?

—No mucho. Algunas veces, si nos sentíamos bondadosos, dejábamos que los chicos usaran el baño. Pero por lo general, no. Hay uno en el parque.

—Bien. ¿Y cómo llegaban hasta aquí los voluntarios de la escuela? ¿Ibais a buscarlos vosotros o venían por su cuenta?

—Venían en un autobús, con sus profesores. Excepto el señor Stephenson, por supuesto. Se creía demasiado importante para eso.

—Ah, ¿sí?

—Sí, al señor Stephenson había que tratarlo como si fuera de la realeza. Había que guardarle un sitio para aparcar.

Siguió a Harry afuera, a la pequeña área asfaltada. Estaba atestada. Había un camión eléctrico, un tractor y tres coches privados, todos viejos.

—Estábamos excavando el aparcamiento en aquel momento para volverlo a asfaltar. Aun así, insistía en traer su coche, sin discusión.

—¿Y llegaba aquí antes que usted? ¿Tenía llave?

—Sí, Sarah, siempre. Tenía llave, insistió en eso.

Capítulo 39

LE DOLÍAN LAS FOSAS NASALES. Era doloroso tragar, un esfuerzo respirar. Lizzie manoteó a través de la oscuridad para quitar aquello que le molestaba, pero una mano más grande detuvo la suya y la llevó nuevamente a un lado de su cuerpo.

—Mejor dejar eso en su sitio, por el momento.

Abrió los ojos. Kieran estaba allí, sentado a su lado.

—Bienvenida. —Sonrió.

—Skye. ¿Está bien? —preguntó Lizzie.

—Está bien.

—¿Brannon?

—Prisión preventiva. Homicidio e intento de homicidio, privación ilegítima de la libertad.

—Entonces, ¿Collins no lo mató?

Él sacudió la cabeza.

—Desgraciadamente, no. Pero le dejó un buen dolor de cabeza.

Lizzie se volvió a recostar en la almohada.

—Bien. Julie lo quería con vida.

Se estaba adormeciendo. Entonces recordó algo más: el perro jadeando a su lado. Abrió los ojos.

—¿Qué pasó con Candy?

—¿Candy?

—La perra.

Él apoyó su mano sobre la de Lizzie.

—No te preocupes por la perra.

Trató de sentarse.

—No. ¿Cómo está la perra, Kieran?

Le apretó la mano.

—Murió. Pero no importa. Salvaste a Skye.

Cerró los ojos. Quería llorar. ¡Sí que importaba! Recordaba al pobre animal jadeando, despacio.

—Le importaba a Skye —susurró. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Skye la quería.

Kieran se inclinó hacia ella.

—¿Qué has dicho?

Pero ella sacudió la cabeza. Estaba hundiéndose en la morfina otra vez.

Capítulo 40

Sábado 26 de julio de 2014

SARAH TUVO SUERTE. EL DOCTOR Stichill había podido volver el día anterior. La zona de aparcamiento era pequeña y estaba nivelada. Por la tarde, el equipo había identificado una clara anomalía en el terreno. A la mañana siguiente, empezaron a cavar y rápidamente encontraron a Tania. Estaba envuelta en un trozo de moqueta, tendida de espaldas; la ropa todavía no se había descompuesto del todo. No la habían sostenido las raíces de los árboles, sino los cimientos duros del aparcamiento. Estaba notablemente bien preservada. Su chaqueta y su minifalda de lana todavía estaban allí para insinuar que alguna vez había sido una adolescente.

Oculta dentro de la tienda montada por el equipo de criminalística, Joanne Robinson, la investigadora forense, cortó cuidadosamente los bolsillos de la chaqueta por las costuras y los retiró. En el bolsillo interior superior había un trozo de papel fino, con texto impreso deteriorado.

—Es un trozo de papel, ciertamente, y por el poco peso puede haber sido sacado de una guía telefónica. No voy a poder darte más que eso.

—¿Qué hay de la moqueta? ¿Puedes limpiarla? ¿Conseguirme alguna información sobre ella? —preguntó Sarah.

—Podemos intentarlo. Probablemente podamos identificar el material. Podríamos recuperar algo del dibujo.

—¿Podrías darle prioridad a eso, por favor?

Sarah llamó a Fedden y solicitó el arresto de Stephenson. Cuando estaba a punto de colgar, Fedden se lo impidió.

—Mira, no quiero que te preocupes por esto, pero acabo de hablar con el cirujano. Lizzie no está fuera de peligro aún. Tendrán que operarla a primera hora de mañana.

—¿Un domingo?

—Me lo apunté por algún lado, espera… sí, un hemoneumotórax.

¿Alguna vez habías oído eso? No, yo tampoco. Bueno, había mucha sangre en el drenaje del pecho y han decidido que no lo pueden dejar así. Tiene fiebre y creen que hay una herida interna que no se está cerrando. Pero dicen que no están demasiado preocupados.

Capítulo 41

Domingo 27 de julio de 2014

DURANTE EL DÍA, OTROS RITMOS enmascaraban el paso de la luz a la oscuridad. Siempre los pasos suaves. El abrir y cerrar de cortinas. Gente que tocaba su piel, la levantaba, la movía. Dolor en el costado y la espalda. La boca seca. Dificultad para tragar y dolor en la nariz donde se apoyaba el tubo de oxígeno. Allí siempre había penumbra.

Respirar era un esfuerzo. Se puso las manos sobre el pecho y la piel crujió bajo sus dedos como papel tisú. Trató de levantarse, miró a su izquierda y vio sus signos vitales en el monitor. Su corazón latía, lento y firme. En su dedo índice veía la luz del monitor del pulso. Trató nuevamente de sentarse, pero una mujer con un vestido azul la detuvo con una mano sobre su brazo.

—Te voy a llevar al quirófano. ¿Quieres ver un momento a tu madre?

¿Al quirófano? Quería preguntar: "¿Qué estamos investigando?", pero sabía que era una tontería, aunque en su confusión no sabía muy bien por qué. Abrió los ojos, vio a su madre.

—Mamá.

Su madre sonrió.

—Lizzie.

Cerró los ojos. La mujer del vestido azul estaba hablando, pero era demasiado difícil seguir lo que decía. La cama se alejó. De pronto se sintió realmente confundida. Asustada. ¿Adónde estaba yendo? ¿Qué estaba haciendo, por qué se movía así? ¿Qué estaba pasando? ¿O era tan solo su hermana, Natty, que la empujaba por el jardín en una carretilla, con los ojos vendados, como solía hacer?

Se había detenido. Había gente hablando. Los oyó hablar de ella: confirmar su nombre, su fecha de nacimiento.

—¿Estás al tanto de que la prueba de embarazo dio positiva?

Abrió los ojos. Frente a las luces brillantes del quirófano había un hombre de pie mirándola. Tenía una redecilla sobre el cabello gris

rizado.

—¿Todavía estoy embarazada? —preguntó.

—Sí, pero no te preocupes por eso ahora. Hay tiempo de sobra para hablar de ello en cuanto arreglemos esa fea herida que tienes en el pulmón.

Miró a la gente vestida de azul que la rodeaba. Su corazón se llenó. Parecían tan bondadosos.

—Gracias.

El hombre de cabello gris sonrió.

—Es un placer, agente Griffiths. Eres una heroína. Ahora, cuenta hasta diez.

Capítulo 42

La luz de la mañana era dorada en las anchas calles de Hampstead. Las cortinas estaban cerradas. Los inmensos árboles con sus troncos grises y sus hojas anchas tenían el vecindario prácticamente para ellos. Unos pocos hombres y mujeres con trajes elegantes y zapatos caros se dirigían a la estación de metro con aire de enérgica satisfacción. Elaine conducía y Sarah, en el asiento del copiloto, estaba libre para mirar las placas azules que conmemoraban a los antiguos ocupantes de esas casas de un millón de libras.

Lee, sentado en el asiento trasero, dijo:

—Más placas en estas calles de las que se pueden contar.

—Me pregunto cuándo empezarán a hacer placas para los administradores de fondos de inversión —dijo Elaine.

Aparcaron a unas casas de la dirección y el equipo de registros frenó detrás de ellos. Enfrente había una casa del siglo XVIII con puertas de hierro forjado y un gran patio adoquinado. Del otro lado, una fila de imponentes casas victorianas con escalones de piedra en la entrada.

—Bien, entraremos y explicaremos lo que está ocurriendo —dijo Sarah—. Luego, Elaine, tú harás el arresto y haremos entrar al equipo de registro.

Subieron los escalones juntos, identificaciones en mano. Sarah llamó dos veces con el llamador de bronce y esperó. Lee se alisó el cabello.

Richard Stephenson representaba los sesenta y dos años que tenía, pero aún era una figura imponente: alto y anguloso, con boca grande, rastros de bronceado y una sombra de barba. Tenía el pelo canoso, corto a los lados y largo arriba, casi como un tupé. Llevaba vaqueros azules y zapatos negros. Sobre una camisa de algodón blanca con cuello Mao abierto llevaba un chaleco azul oscuro de terciopelo. El conjunto era teatral —de coronel confederado, tal vez—; se movía como un actor convencido de que realmente era uno de esos hombres que se había pasado la vida representando.

Sarah le mostró su identificación y Stephenson la saludó con una

sonrisa impaciente. Sus ojos se desviaron hacia Elaine y Lee, de pie en el escalón detrás de ella, y luego volvieron a Sarah. Habló como distraído, como si perteneciera a una categoría que normalmente no tenía que preocuparse por la policía.

—Sí. ¿Qué puedo hacer por vosotros? —Miró a la calle—. ¿Ha habido un robo?

—Inspectora Sarah Collins. ¿Podemos hablar dentro?

—Por supuesto.

Los guio por el vestíbulo.

En medio de la sala de estar había un piano negro de media cola. Sobre la tapa lustrada se veía una funda de violín abierta. Sobre la chimenea, un óleo oscuro de dos mujeres jóvenes con sombreros sentadas en un café. La superficie de un mueble de nogal satinado estaba cubierta de fotos en marcos plateados. Elaine fue hasta el gran mirador que daba a Hampstead Street.

—Tiene una casa muy bonita.

Stephenson pareció complacido por un instante y les dedicó una sonrisa cortés.

—Gracias. —Abrió las manos con resignación—. Desgraciadamente, en hora punta los que van a trabajar usan la calle como atajo.

Elaine volvió hacia él su rostro inexpresivo.

—Qué fastidio, ¿no?

Había suficiente aspereza allí como para que Stephenson la notara. Se dirigió a Sarah arqueando las cejas, como perplejo por los malos modales de su agente.

—Entonces, señorita, eh, Collins, creo que usted es la oficial a cargo. ¿Por qué no me dice de qué se trata todo esto?

—Hemos encontrado el cuerpo de Tania Mills.

Él puso un gesto ceñudo, como si le costara situar el nombre.

—Vamos, debe recordar a Tania Mills. Fue alumna suya —dijo Sarah.

Él asintió gravemente.

—Ah, sí, tiene razón. La pobre chica que desapareció después de la gran tormenta.

—Encontramos su cuerpo ayer bajo el aparcamiento de Morville Park, donde usted ayudó a replantar árboles. El guarda del parque ha declarado que usted tuvo acceso al aparcamiento no mucho después de la tormenta; de hecho, usted insistió en dejar su coche allí a pesar de que lo estaban asfaltando de nuevo. No han hecho ningún trabajo en el área desde entonces, así que Tania debió de haber sido enterrada justo en ese intervalo. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Un relámpago de tensión atravesó su cara.

—No, nada.

Sarah se volvió hacia Elaine.

—Creo que deberías proceder.

Elaine se adelantó.

—Richard Stephenson, queda usted detenido por el homicidio de Tania Mills el 16 de octubre de 1987…

Él parecía escuchar con intensa concentración. Mientras Elaine completaba la detención y explicaba que tenían una orden para registrar su casa, Sarah se acercó al mueble y estudió las fotos en los marcos de plata. Todas mostraban triunfos profesionales. Stephenson codeándose con músicos famosos, tanto de música popular como clásica. Una foto de él frente a los estudios de grabación de EMI en Abbey Road. Otra con un hombre que Sarah no pudo reconocer, pero que creía que era un director de cine. Stephenson vestido de gala frente al palacio de Buckingham, mostrando la cinta roja y la cruz de plata de su condecoración de Miembro de la Orden del Imperio Británico. A su lado, una mujer unos veinte años menor, vestida con un traje de seda azul y sombrero con velo haciendo juego, sonreía.

—Señorita Collins.

Se volvió hacia él. Elaine tenía listas las esposas. Stephenson, levantando la mano para detenerla, dijo:

—La tarjeta de mi abogada está en mi cartera. ¿Puedo llamarla?

Sarah asintió.

—Lee, ¿puedes ayudar al señor Stephenson?

Lee cogió la tarjeta, marcó el número de la abogada, luego le pasó el teléfono.

—¿Puedo hablar en privado?

—Lo siento. No tenemos ningún lugar aquí donde podamos darle privacidad y que sea seguro. Puede hablar con su abogada en privado una vez que esté custodiado.

Stephenson farfulló lo suficientemente fuerte para que todos lo oyeran.

“Pequeña Hitler de mierda”.

Elaine sonrió.

Stephenson habló por teléfono; dio breves detalles de la detención y oyó la voz del otro lado. Tras unos segundos, le devolvió el teléfono a Lee.

—Están enviando a alguien para que esté presente durante el registro. ¿Serían tan amables de esperar hasta que llegue para empezar?

—Por supuesto, el equipo de registro esperará fuera. Precintaremos la puerta mientras lo llevamos a la comisaría.

Elaine se adelantó con las esposas en la mano derecha.

—Señor, ¿podría apoyar su mano derecha en el codo izquierdo, por favor?

Sus labios se contrajeron.

—¿Realmente es necesario?

—No sabemos qué riesgos corremos, señor. Es tan solo para protegerlo a usted y a nosotros hasta que lleguemos a la comisaría.

Stephenson sacudió los dedos de su mano derecha como si estuviera espantando una mosca.

—Bueno, supongo que entonces no voy a esperar a la abogada. Les ahorraré el trabajo de llevarme. —Movió la mano otra vez—. Tengo una coartada para el 16 de octubre.

Sarah intervino.

—Señor Stephenson, está detenido. Tal vez quiera esperar…

—No. ¡No quiero esperar! —exclamó. Sus labios se contrajeron con desagrado. Luego, las palabras salieron a borbotones—. ¿Por qué voy a desperdiciar mi día cuando simplemente *no es* necesario? Recuerdo el 16 de octubre muy bien por la tormenta. Estuve con la amiga de Tania, Katherine Herringham, todo el día.

Hubo una pausa.

Stephenson se aclaró la garganta con dos rápidas contracciones de la nuez de Adán.

—¿Entonces?

Se lo veía expectante, como si hubiera jugado una carta inesperadamente alta. Pero también había miedo detrás de la frágil sonrisa.

Elaine había guardado sus esposas y estaba escribiendo en su libreta de arrestos. Sarah miró a Lee, solo para asegurarse de que estuviera prestando atención. Luego habló en tono lento, mesurado.

—Usted sigue vinculado al descubrimiento del cuerpo de Tania en el aparcamiento. Todavía está detenido. Tenemos que investigar su coartada e interrogarlo formalmente.

—¡Eso es ridículo!

Sarah vio de reojo que Lee acercaba la mano a la porra.

—Lee, ¿por qué no le pones las esposas? —dijo con tranquilidad.

Por un segundo hubo algo salvaje en Stephenson, como si, contra toda probabilidad de éxito, fuera a luchar, pero cuando Lee se le acercó asintió y obedeció.

Elaine, que tenía la libreta de arrestos apoyada sobre la rodilla, levantó la mirada.

—Tomé nota de sus comentarios. Creo que los entendí bien. Veamos: “Recuerdo el día muy bien por la tormenta. Estuve con la amiga de Tania, Katherine Herringham, todo el día”. ¿Quiere firmar esto como un registro veraz de lo que dijo?

—¡No, no quiero! Voy a demandar a la Policía Metropolitana cuando esto termine.

—Le advertí, señor Stephenson, que estaba detenido. El procedimiento correcto es registrar cualquier cosa significativa que

diga de ahora en adelante —le informó Sarah despacio.

Elaine había empezado a escribir en su libreta otra vez, y Stephenson se volvió hacia ella furioso.

—¿Qué MIERDA está haciendo ahora?

—Solo anoto que se niega a firmar. Es el procedimiento. Los otros oficiales presentes firmarán para corroborarlo.

—¡Pero no me niego a firmar!

Le ofreció la libreta nuevamente.

—Entonces, ¿quiere firmar mis notas?

—Por Dios. ¡Es como hablar con *idiotas*! ¡Miren, si van a llevarme la comisaría, pueden olvidarse de que he dicho eso!

Sarah habló como si estuviera genuinamente perpleja.

—¿*Olvidar* lo que ha dicho, señor Stephenson? Lo hemos detenido por homicidio.

—¡Y soy inocente! ¿Por qué no escribe eso?

—Señor, le he informado de sus derechos y le he hecho las advertencias correspondientes. ¿Escuchó lo que le dijimos, que todo lo que usted diga puede ser usado como prueba? Elaine anotará cualquier cosa significativa que diga; incluye, por favor, Elaine, la indicación del señor Stephenson de que olvides su coartada.

—Sí, lo tengo, Sarah.

Stephenson apretó los labios hasta dejarlos blancos. El momento pareció durar una eternidad.

—Muy bien, entonces —dijo adoptando el tono de un hombre inteligente asediado por idiotas—. Muy bien. ¿Puedo llevarme una partitura a la comisaría? Entiendo que puede ser que tenga que esperar allí.

Sarah miró a Lee.

—¿Podrías ayudar al señor Stephenson a encontrar la partitura que quiere llevarse?

Stephenson le pidió a Lee que buscara una chaqueta para ponerla sobre sus hombros y esconder así las esposas. Precintaron la puerta y fueron hacia el coche.

Lo sentaron en el asiento trasero. Elaine se sentó junto a él, resoplando.

—Muévase un poco, ¿quiere?

Sarah se preguntó si lo estaría haciendo a propósito. Lee miraba fijamente hacia delante, con toda la apariencia de estar conteniendo la risa, y Sarah también tuvo que resistir la tentación de mirar a sus dos pasajeros por el espejo retrovisor.

Elaine y Sarah dejaron que Lee hiciera las gestiones para que Stephenson viera a su abogada y condujeron los cuarenta minutos hacia el oeste, a la casa de Katherine Herringham.

Capítulo 43

Katherine abrió la puerta en pantalones cortos y una camiseta que dejaba ver su estómago. Se la veía en forma y de mal humor.

—Tendrían que haber llamado antes. Iba a salir a correr.

—¿Podemos entrar? —preguntó Sarah.

Katherine apoyó la mano sobre el marco de la puerta.

—No, no pueden. Es la tercera vez que alguno de vosotros viene a mi casa. Usted me dio su tarjeta. Si tuviera algo más que decirles, habría llamado.

—Tenemos novedades.

La cara de Katherine cambió: en un instante, tuvo la falta de expresión que a veces causa la notificación de una muerte. Sin hablar, se dirigió a la sala, se sentó y esperó con las manos sobre el regazo.

Sarah se sentó frente a ella.

—Encontramos un cadáver. Todavía estamos esperando la confirmación oficial, pero creemos que es Tania —dijo Sarah.

—Es que no sé —fue lo primero que dijo Katherine. Luego, tras una pausa—: Siempre tuve esperanzas de que todavía estuviera viva.

—Podemos llamar a alguien que la acompañe —dijo Elaine.

Katherine negó con la cabeza. Se hizo un silencio.

—¿Quiere que le prepare un té? ¿Café? —preguntó Elaine.

—No —miró a su alrededor, la mirada perdida—. ¿Saben cómo murió?

—Estamos trabajando en eso. Necesitamos su ayuda —dijo Sarah.

Katherine asintió. Se la veía abatida, derrotada.

Sarah continuó hablando amablemente.

—¿Dejaría que Elaine le haga esa taza de té?

—Sí, está bien, té.

Elaine llenó la tetera, encontró las tazas. El agua siseó hasta hervir.

—¿Recuerda que la última vez que estuve aquí le dije que quería que sintiera que podía hablarme de lo que fuera? —dijo Sarah.

Katherine asintió, pero no dijo nada.

Elaine puso el azucarero y las tazas en la mesa. Se sentó también. Katherine miró a las dos policías con cautela.

—Tania fue inhumada ilegalmente. ¿Entiende lo que eso significa? —dijo Elaine.

Katherine sacudió la cabeza.

—Significa que alguien la enterró a escondidas para que nunca la encontráramos.

Sarah miró a Katherine, que parecía escuchar con atención extrema. Elaine continuó.

—Tania sufrió una fractura de la segunda vértebra cervical. Estamos trabajando sobre la hipótesis de que fue asesinada.

Repentinamente Katherine apretó las manos contra sus ojos.

Sarah y Elaine esperaron, pero no habló.

—Richard Stephenson dice que estuvo con usted el día que Tania desapareció —dijo Elaine.

Katherine retiró las manos de sus ojos. Miró a Elaine y asintió.

—¿Eso es un sí? —preguntó Elaine.

—Estaba con él, sí.

—Adivino que tiene buenas razones para no haber hablado en todos estos años —dijo Elaine.

Katherine asintió con el más leve movimiento de su nariz.

—Pero es necesario que hable con nosotras ahora —dijo Elaine.

Se mantuvo en silencio. Katherine dio un sorbo a su té. Se frotó la clavícula.

Condujeron a Katherine a la sala de interrogatorios. Elaine fue quien la interrogó, mientras Sarah miraba por la pantalla en la sala de control. La visión de la cámara era impersonal, pero a pesar del ojo fijo e indiferente, Sarah vio suficientemente bien la naturaleza de lo sucedido en los gestos vacilantes de Katherine: una mano sobre la cara, los ojos bajos, el ocasional mordisqueo de uñas. Estaba también en el habla titubeante, la ocasional franqueza áspera.

Con cuidado, Elaine comenzó extraerle lo que había pasado en palabras y sílabas, la primera ruptura de los secretos que Katherine nunca había contado.

El 16 de octubre de 1987, la mañana después de la tormenta, el teléfono había sonado en la casa de Katherine. Estaba sola en el jardín, fumando, esperando a Tania. Aquellos habían sido los aburridos días finales de la adolescencia, cuando cada llamada telefónica parecía prometer, al menos, una interrupción del tedio. Dejó su cigarrillo encendido en la pared, corrió adentro, atendió el teléfono rápidamente antes de que quienquiera que hubiese llamado cortara. Al darse cuenta de quién era, se ruborizó, insegura, complacida. Normalmente tan distante, ahora sonaba amistoso. Había conseguido el teléfono de Katherine en los archivos del colegio, le dijo. Esperaba que no le molestara que la llamase a su casa.

—Eh, no, señor.

Se oyó una risita amable del otro lado de la línea.

—*Señor* no, ¿no nos conocemos ya lo suficiente?

—Señor Stephenson, no hay problema en que llame, de verdad.

—*Richard.*

—Sí, está bien. Richard.

Mientras la mente de ella corría a toda velocidad, él siguió hablando. Últimamente, cuando ella tocaba el violín, había sentido que estaba lista para avanzar a otro nivel. Todo lo que necesitaba era un poco de ayuda, alguien que le mostrara los detalles que marcarían una gran diferencia. Hoy los dos tenían tiempo libre a la fuerza. ¿Le parecía bien si él iba a su casa? Solo si ella estaba dispuesta, claro… Por primera vez oyó una nota de seriedad. Él le advirtió que no le gustaba trabajar con gente que no se comprometiera.

Corrió arriba a cambiarse y maquillarse. Tenía acné entonces y trataba de cubrirlo con corrector. Por un momento olvidó que Tania también iría. Luego lo recordó, pero era demasiado tarde para llamarla y posponerlo. Se sintió repentinamente molesta con Tania: casi no hablaban últimamente. ¿Por qué justo ahora quería volver a ser su amiga?

El señor Stephenson llegó enseguida. La besó en la mejilla al entrar, como si ella fuera una adulta. Pasaron a la sala de estar. Él le pidió que trajera su violín. Al principio se sentó y la miró tocar. Luego se levantó y puso un brazo alrededor de ella para mostrarle la técnica exacta del *martelé*, los golpes de arco que le estaban costando. Se oyó la puerta. Stephenson se alejó de ella.

—Creí que estabas libre para una clase —le dijo.

Katherine se sonrojó.

—Lo estoy. Es Tania. Le diré que vuelva más tarde.

—Esperaré aquí, entonces.

Tania estaba en la puerta con su minifalda, su cabello rizado, su bolsa y la funda del violín. Katherine no supo por qué le mintió. Tal vez porque —como le dijo el señor Stephenson más tarde— siempre supo lo que estaba pasando. Sarah observó a la Katherine adulta por el monitor.

—Lo sabía, en cierto sentido, pero no lo sabía. No realmente. ¿Tiene sentido lo que digo?

Elaine asintió en silencio.

—Perdona, pero se me olvidó que le había prometido a mi madre que iría de compras —dijo Katherine

—¡Ay, Katherine! He venido andando hasta aquí.

—¡Lo siento!

—Puedo entrar un minuto hasta que estés lista para irte…

—No, en serio. No estoy lista y mamá se va a enfadar. Está a punto

de volver.

Tania dudó. Luego, se encogió de hombros.

—Nos vemos más tarde, entonces.

La puerta se cerró. Katherine se puso nerviosa; comenzaba a dudar de que aquello fuera una buena idea, después de todo. Volvió a la sala de estar. El señor Stephenson estaba sentado, con las piernas abiertas, las manos sobre las rodillas.

—¿Todo bien? —preguntó con una sonrisa que parecía de fastidio.

—¿Empiezo a tocar otra vez? —preguntó ella.

Pero entonces se oyeron golpes en la puerta, gritos a través de la ranura del buzón.

—¡Sé que él está allí dentro! ¡He visto el coche!

Katherine bajó el violín de su mentón y lo apoyó sobre su brazo. No sabía qué hacer.

—Yo hablaré con ella —dijo Stephenson.

Fue hacia el vestíbulo. Al principio, Katherine no pudo oír nada claramente, solo un susurro insistente. Dejó el violín sobre el sofá, se asomó por la puerta y miró desde el final del vestíbulo. La espalda de Stephenson en la puerta le tapaba la vista de Tania.

—Si no me hablas educadamente, tendré que cerrar la puerta —lo oyó decir.

Pero entonces, Tania se asomó y vio a Katherine y empezó a gritar.

—¡Katherine, Katherine!

Fue tan solo cuestión de segundos. Stephenson ya había cerrado la puerta. Los gritos cesaron.

De pronto, Katherine se sintió muy afligida. Quería correr hacia Tania, pero Stephenson estaba en la puerta, así que corrió escaleras arriba hacia la ventana de la habitación de sus padres y miró a su amiga irse, encorvada, mirando el suelo. Quería salir, pedirle perdón y decirle que volvieran a ser amigas, como lo habían sido durante años. Pero Stephenson estaba allí, detrás de ella. La abrazó.

—No has hecho nada malo —le dijo bondadosamente.

La besó suavemente en la mejilla, susurró en su oído.

—Vamos, sabes que solo está celosa.

Puso la mano sobre su mejilla, acercó su cara a la de ella.

—Realmente me gustas.

Las palabras eran agradables, pero estaba asustada. Había estado celosa de Tania, pero no había tenido estas intenciones. La casa vacía ya no era una bendición. Los dientes de él presionaban contra los suyos. Introducía su lengua enorme en la boca de ella. Katherine se apartó.

—Venga. Tú sabes por qué estoy aquí.

Le puso una mano sobre el pecho. Le hizo daño. Más tarde, vio que le había hecho un moratón. Trató de reírse, pero él no se reía.

—Vamos. Tú también lo deseas. ¿Por qué te has vestido así si no?

Seguramente se trataba de un malentendido. Él lo comprendería.

—No, de verdad, señor Stephenson.

—Richard.

—Richard, no quiero…

Pero la mano de él ya estaba entre sus piernas; con firmeza, le apartó la ropa interior. Fue muy rápido. Ella estaba de espaldas, viendo que había telarañas en las esquinas del techo, y él empujaba su cabeza contra la pared repetidamente mientras se la follaba en el suelo de la habitación de sus padres. Le había dolido, pero en cierto sentido no importaba, porque eso no le estaba sucediendo a su cuerpo.

Después no supo qué hacer. Pensó que él se marcharía, pero no lo hizo. Quería estar sola, pero él se quedó en la puerta del baño mientras ella se duchaba. Le dijo que era hermosa y que quería tratarla de manera especial, como a una dama, como lo merecía. La ayudó a elegir la ropa. La llevó en su enorme coche verde con asientos de cuero. Ella no quería ir, pero no sabía cómo librarse de él. Esquivaban árboles caídos, y tenían los caminos casi para ellos solos. La invitó a comer en un pub, la animó a que tomase vino, le dijo que era especial.

Elaine estaba completamente quieta mientras la escuchaba.

Katherine estaba quieta también, mirando hacia su izquierda, hablando sin expresión. Sarah tomaba notas, con actitud profesional, evaluando el relato, tratando de verlo todo a través del filtro de la declaración. Pero podía ver el tranquilo pub rural, el vino centelleante en la copa, a Katherine teniendo que elegir del menú. Estaba en aguas profundas, en shock, a la vez halagada y traicionada por el método de su depredador.

A la vuelta, él detuvo el coche en un camino rural.

El coche, la oscuridad otoñal que caía. El hombre adulto y su apetito. La joven en el asiento junto a él.

Él echó su asiento hacia atrás.

Sarah quería interrumpir el acto. Allí estaban sus palabras, sus palabras inevitables, las palabras que no eran más que una metodología.

Eres fantásticamente hermosa.

Es culpa tuya. No puedo resistirme. No es justo que me provoques así.

Esto es algo especial que puedes hacer por mí. Me gustará y a ti también.

Ninguna acción mientras él esperaba sentado en el coche con impaciencia creciente; ninguna caricia tierna, ningún beso, solo los pasos necesarios para conseguir lo que quería.

Se bajó la cremallera. "Vamos, ponla en tu boca".

Y allí estaba Katherine, la niña, resistiendo, peleando.

Dije que estaba asustada. Quería ir a casa. Dije que no sabía qué hacer. Antes de hoy no había hecho nada así, solo había besado a un chico de mi edad un par de veces.

Y allí estaba el diablo, cansado de esperar.

¡No seas tan inmadura!

A Tania le encanta hacer esto. ¿Tienes algún problema?

Deja… de… ser… tan… patética.

Y, finalmente, la violencia.

Puso las manos detrás de mi cabeza y me empujó tan fuerte que me dieron arcadas.

Katherine, de quince años, en el coche, su cara en el regazo de él, las manos de él sujetándole la cabeza. Asqueada, asustada, horrorizada.

No podía creerlo cuando acabó en mi boca. Era tan sucio. Ni siquiera estaba segura de lo que había pasado.

Katherine se había bajado del coche, dejando abierta la puerta del copiloto con las prisas, y había vomitado una y otra vez contra el seto. Stephenson, sentado en el vehículo, solo sentía impaciencia por las exigencias de ese objeto tan necesario para él, esperando que volviera, que terminara ese aburrido asunto de su sufrimiento.

Cuando volví al coche, dijo que era una buena chica y que me quería. Así era el amor. Ya me gustaría. Solo me faltaba experiencia. A todas las chicas les costaba al principio. Empecé a llorar. Me dijo: no llores. Después de todo, es lo que querías, ¿no es cierto? De otro modo, ¿por qué te deshiciste de Tania? Me dio su pañuelo y esperó. Giró la llave y arrancó el motor.

Era como si lo hubiese soñado. ¿Podía haber sido realmente tan horrible?

Me llevó a casa. Todo el tiempo hablaba. No solo me quería, sino que yo era una buena violinista, realmente buena, de hecho, excepcional. Me iba a hacer famosa. Me dejó a la vuelta de la esquina y fui andando hasta casa.

A eso de las diez, la policía vino y dijo que Tania había desaparecido y me preguntaron si la había visto.

No sabía qué decir. La última vez que la había visto, iba caminando, mirando el suelo. Le había quitado al señor Stephenson y resulta que yo no lo quería. No hay nada peor que desear con todo tu corazón no haber hecho algo. Tenía tantas ganas de verla, de pedirle perdón, de hablarle. ¿Te pareció horrible, como a mí? ¿Lo quieres? Pensé, debe de estar muerta. Se ha suicidado. Quería matarme yo también. Durante toda la noche me estuve levantando a vomitar. No podía contarle a nadie lo que había pasado. Estaba muy avergonzada. Hasta hoy nunca se lo he contado a nadie. Pero él no pudo haber matado a Tania porque estuvo conmigo todo el día el 16 de octubre.

Detuvieron el interrogatorio. El reloj del tiempo de detención de Stephenson se movía hacia el momento en que deberían imputarlo o dejarlo libre. Establecer los detalles del relato de Katherine era un trabajo de precisión que iba a llevar todo el día. Sarah necesitaba liberarse para encargarse de Stephenson. Había mucho que hacer. Su detención tendría que alargarse. Tenían que volver a interrogarlo. No quería admitir que volver a este aspecto de la investigación también le permitiría escapar de la historia de Katherine.

Hizo un par de llamadas y luego habló con Fedden.

—Stephenson tiene una coartada al menos hasta el atardecer. Pero la inhumación todavía está vinculada con él, así que tal vez la mató más tarde, cuando volvió a su casa. No sé, sinceramente, no lo entiendo. Mandé a Lee a investigar puerta a puerta en su dirección anterior. Estamos buscando cualquier cosa fuera de lo común que alguien recuerde. Fue el día después de la tormenta. Eso puede ayudar. ¿Podría asignar a alguien que me reemplace aquí con Elaine? Yo volveré a interrogar a Stephenson. Steve Bradshaw dijo que está libre para ayudarme.

Steve hizo entrar a Sarah por la puerta de atrás de la comisaría como habían acordado.

—Estamos listos —le dijo. Se tocó el bolsillo de la camisa—. ¿Necesitas un cigarrillo antes de empezar?

Sarah sacudió la cabeza.

—No, mejor avancemos.

Sus miradas se cruzaron brevemente, buscando ver cómo estaban las cosas entre ellos estos días. Steve sonrió, marcando las arrugas de cansancio de alrededor de sus ojos. La sonrisa parecía revelar algo más bondadoso que simple alegría, pero hacía mucho que Sarah sospechaba que era solo un atajo para llevarse bien con la gente.

—Gracias por ayudarme —dijo ella.

—No hay problema. Parece un caso interesante. Te agradezco que me hayas pedido participar.

El primer impulso cínico de Sarah fue pensar: “Claro, porque es uno de los tipos realmente malos, los que a ti te parece bien atrapar”, pero luego pensó en Lizzie inconsciente en el hospital. Era una imagen perturbadora y nuevamente se preguntó si tal vez Steve había tenido razón respecto de Lizzie y ella se había equivocado.

—Sí, bueno, me alegro de contar contigo —dijo.

Fueron a buscar a la abogada, que esperaba en la oficina de la entrada, y pasaron juntos al área de detención.

Stephenson estaba sentado sobre el colchón de plástico en su celda, haciendo anotaciones con lápiz en la partitura que había llevado con él. Tamborileaba un ritmo complejo con los dedos de su mano

izquierda al tiempo que leía el manuscrito a través de las gafas sin montura. Su chaqueta estaba doblada cuidadosamente al pie del duro estante de hormigón que formaba la cama.

Su abogada no tenía el aspecto cansado y desaliñado que generalmente se veía en el área de detención. Tenía algo más de cuarenta años; elegante, con cabello gris acero que le llegaba a los hombros y un rostro austero que no necesitaba maquillaje. Era delgada y llevaba un traje de falda oscuro sobre una blusa gris claro de seda. Dio un solo paso hacia su cliente y dijo:

—Richard.

Stephenson levantó la vista y se quitó las gafas, como si las personas que estaban en su celda fueran alumnos que interrumpían su trabajo, que llegaban tarde para una clase, tal vez. Miró solamente a su abogada, como si ella fuera la única importante.

—Ah, Marion —dijo levantándose y poniéndose la chaqueta. Miró su reloj—. He estado aquí ocho horas ya. Y, al parecer, no pasa nada.

La abogada habló en voz baja.

—Veremos eso más adelante, pero los agentes ya están listos para el interrogatorio.

La sala de interrogatorios era pequeña y sofocante en el calor de la tarde, y tenía el hedor desagradable de algún ocupante previo. Consideraron dejar la puerta abierta, pero decidieron no hacerlo: el señor Stephenson quería mantener su privacidad en la medida de lo posible.

—En ese caso, espero que no les moleste si me quito la chaqueta — dijo.

—Por supuesto que no —dijo Sarah.

Mientras él se ponía de pie, se quitaba la chaqueta y la colgaba del respaldo de la silla, los ojos de Sarah se cruzaron brevemente con los de la abogada. Por un momento, Marion pareció destilar una irritada impaciencia ante la rebuscada formalidad de Stephenson, pero —si había sido así— rápidamente se controló, y adoptó una expresión serena que no revelaba absolutamente nada de lo que podía estar pensando.

Habían acordado que Steve conduciría la entrevista, y Sarah se sentó más atrás a tomar notas, mientras él repasaba las formalidades y le leía los nuevos cargos.

—La primera acusación es que el 16 de octubre de 1987 entre las 09.30 y las 11.00 horas usted violó a Katherine Herringham en su casa; la segunda, es que en la misma fecha entre las 13.00 y las 18.00 horas usted agredió sexualmente a Katherine en su Jaguar verde en un camino rural. Esta agresión sexual consistió en forzar a Katherine a practicarle sexo oral. De acuerdo con la legislación actual, sería

arrestado y acusado de violación.

Stephenson inmediatamente comenzó una protesta airada. ¡Katherine estaba mintiendo! Nunca había imaginado que su dedicación pudiera ser usada en su contra. ¡Había entregado su vida a la música! ¡Todo esto era una cacería de brujas!

Sarah resumió todo en una nota de tres palabras: “niega el delito”.

Después de eso, desestimó la protesta: no tenía contenido probatorio. Los casos históricos de abuso sexual siempre eran difíciles. Era siempre la palabra de ella contra la de él. En este caso, no solo estaba segura de que Katherine decía la verdad, sino también de que Stephenson sería imputado. El relato de Katherine encajaba perfectamente con el de las otras víctimas, que no sabían nada unas de otras. A una de ellas, una chica de una escuela privada en Leicestershire, la había forzado a practicarle sexo oral en el coche exactamente de la misma manera, y también, llamativamente, igual que Katherine, después de un almuerzo en un pub en el que la había alentado a beber alcohol. El desafío en esta investigación no sería conseguir una imputación, sino más bien, más adelante, persuadir al tribunal de unir los cargos de las múltiples víctimas para que el jurado conociese el alcance y la similitud de los delitos de Stephenson.

Tal vez Stephenson notó su falta de atención, pues se volvió hacia ella con movimientos teatrales.

—¿Sabe de qué forma se usaron niños para acusar falsamente a adultos durante la Revolución Cultural en China?

Sarah contuvo una sonrisa. Esas reacciones indignadas le resultaban familiares, pero que la compararan con un miembro de la elite maoísta era la mejor hipérbole.

Steve intervino con esa paciente amabilidad que parecía sugerir empatía.

—Gracias, señor Stephenson. Vayamos por partes. Empezaremos con el relato preciso de lo que sucedió el 16 de octubre.

Sarah escuchó cuidadosamente mientras Stephenson narraba un día similar al que había descrito Katherine, pero sin los actos sexuales. En este relato, el día y el hombre eran, por supuesto, completamente distintos: Stephenson era un maestro generoso que iba mucho más allá de su deber para alentar a sus alumnos. Era, de hecho, víctima de su propia bondad.

—Así que —dijo al concluir su relato— dejé a Katherine en su casa y eso fue todo. ¿Quién hubiera creído que tendría que terminar explicando un día tan banal en una comisaría? Cualquier profesor, hoy en día, debe tener mucho cuidado. —Lo repitió lentamente, con el énfasis de una amenaza implícita—. Debe tener mucho cuidado con ser amistoso con sus alumnos. —Se apoyó contra el respaldo de la silla —. Al menos Katherine me libera de la investigación por homicidio.

No puedo haber matado a Tania porque estuve con ella todo el día.

Luego, apoyó sus cuidadas manos sobre la mesa, como diciendo: “Listo, a ver qué hacéis ahora”.

—Bueno, señor Stephenson, su vinculación con la inhumación sigue siendo muy fuerte, y el hecho de que Katherine crea que usted abusaba sexualmente de Tania no lo va a ayudar —dijo Steve.

La abogada hizo una anotación, pero no dijo nada. Stephenson dirigió una mirada fulminante a Steve y a Sarah.

—¿Vinculación con la inhumación? Tuve acceso al aparcamiento. ¿Y qué? Igual que cientos de personas.

—¿Declara categóricamente que no tuvo nada que ver con la inhumación ilegal del cadáver de Tania? Quiero que piense con cuidado antes de responder —dijo Steve.

Marion levantó su mano de la mesa como para frenar las cosas, pero Stephenson ya estaba respondiendo.

—No necesito *pensar cuidadosamente* porque no tuve nada que ver con que Tania estuviera allí.

Sarah sacó tres fotografías y las puso sobre la mesa, sin hacer comentarios.

La mirada de Stephenson se posó brevemente sobre ellas.

—El laboratorio ha examinado la moqueta que envolvía a Tania —dijo Sarah. Señaló la fotografía de la izquierda—. Prueba instrumental JMR/1: una imagen de la moqueta sucia, como fue encontrada en el enterramiento. —Señaló la siguiente foto—. JMR/2: una muestra de la misma moqueta, cortada y limpiada por el equipo forense. Está descolorida y gastada. Sin embargo, es suficiente para que el laboratorio confirme que se trata de una moqueta de lana y que los detalles significativos y proporciones del dibujo corresponden a aquellos presentados en la prueba instrumental JMR/3. —Señaló la foto final: un diseño de flores rojas, tallos serpenteantes y hojas sobre un fondo verde pálido—. Esta moqueta fue fabricada por la compañía Axminster durante la década de 1980. El dueño de la casa que usted tenía alquilada entonces ha declarado que estaba en su apartamento en la época de la desaparición de Tania, y que cuando usted dejó el apartamento, la moqueta había sido retirada sin su permiso.

Miró a Stephenson. Su rostro se había paralizado.

—¿Aún niega haber tenido algo que ver con la inhumación ilegal de Tania Mills?

Stephenson asintió.

—Ya veo cómo lo han hecho. Le han enseñado la moqueta a mi antiguo casero y luego le preguntaron si era la correcta. No me sorprende que haya dicho que sí. Nunca le caí bien.

—No, señor Stephenson. Su antiguo casero nos proporcionó una descripción mucho antes de que encontráramos a Tania o

investigáramos diseños de moquetas. Hoy le hemos enseñado varias muestras posibles de moquetas. Eligió esta sin ninguna duda. Resulta que la había puesto en varios de sus pisos. Esto va mucho más allá de una coincidencia.

Dejaron a Stephenson consultando con su abogada en la sala de interrogatorios. Lee estaba sentado en el área principal de detención, jugando con su teléfono. Se levantó inmediatamente cuando los vio.

—¡Os estaba esperando! Adivinad dónde he estado.

Sarah se encogió de hombros.

—No lo sé, Lee. La última vez que te vi, ibas a hacer un puerta-a-puerta.

—¡En Bristol!

—¿Bristol?

Esgrimió una declaración manuscrita en una carpeta transparente.

—Llamadme Sherlock.

Steve sonrió.

—¿Y eso por qué? ¿Estás tomando cocaína?

—¿Qué?

Sarah se rio.

—No importa. ¿Qué es lo que tienes?

Lee inspiró.

—Bueno, encontré al antiguo vecino de abajo de Stephenson. No está mal, ¿no? Buen tipo. Su mujer murió de cáncer de mama cuando tenía solo treinta años y crio a su hijo él solo. Acaba de mudarse a Bristol. El nuevo dueño todavía le reenvía el correo. Tuve suerte de encontrarlo vivo, para ser sincero. El viejo parece un pelícano. Y no un pelícano saludable.

—¿Y adónde nos lleva esto? —preguntó Steve.

—Stephenson siempre fue cabrón. No le gustaba que los niños jugaran fuera. Se quejaba si se levantaban temprano o llegaban tarde a casa, daba golpes en el suelo. Pero el 16 de octubre se convirtió en el señor Simpatía. Nuestro testigo lo recuerda porque fue el día después de la tormenta y un árbol había caído en el jardín. Además, su hijo no tuvo colegio y lo llevó a pasear con un amigo. Una bonita escapada, jugaron a los bolos y después comieron pescado y patatas fritas. Bueno, vuelven a su casa y se ponen a ver un programa de televisión, *Wogan*, eso es. Llaman a la puerta. Es el señor Stephenson. No puede entrar en su apartamento. La puerta delantera está atascada o algo así. No necesita que le ayude a abrirla. Solo quiere pedir prestada la escalera. Nuestro amigo el pelícano sostiene la escalera y el señor S entra por la ventana corredera. No baja, solo saluda desde la ventana. “Muchas gracias. Ya está todo”. —Lee sonrió—. Le he tomado declaración.

—¿Qué crees que significa? —preguntó Sarah.

Lee se encogió de hombros.

—Ni idea, pero es raro, ¿no creéis?

—¿Estás seguro de que eres Sherlock, Lee, y no Watson? —dijo Steve.

Capítulo 44

Lizzie no sabía dónde estaba, solo que sentía mucho dolor. Había una mujer junto a ella; vio su cara como en una galería donde todo lo demás estaba a oscuras: morena, rasgos definidos, ojos grandes, pelo corto. La mujer tenía una jeringa en la mano derecha y tomó el brazo de Lizzie y le insertó la aguja. En un tiempo sorprendentemente corto se sintió mejor, mucho mejor. Excelente, de hecho.

—Gracias. ¡Todos son muy amables aquí! ¿Dónde estoy?

La enfermera sonrió.

—Estás en recuperación, y mi opinión profesional es que estás muy drogada.

La llevaban por un pasillo. Podía ver la espalda del camillero: un hombre blanco, bajo, con la cabeza afeitada. ¿Era posible que Brannon estuviera haciendo servicios comunitarios, trabajando en el hospital? El pensamiento era solo algo desconcertante. La morfina le había dado una calma confiada.

—¿Mark? —dijo, y él se volvió, pero no era Brannon, era un viejo con capilares rotos, de unos cincuenta años tal vez.

—No, querida, soy Sean.

Ella asintió y se concentró en las placas moteadas del techo y en las luces redondas y blancas que pasaban regularmente sobre su cabeza. Las puertas del ascensor se abrieron, se cerraron y se abrieron.

Una enfermera gorda con pelo anaranjado corto, que parecía de nailon, se hizo cargo de ella a la entrada de la sala. La empezó a empujar hacia su habitación.

—Ha venido alguien. Te ha estado esperando.

A través de las puertas vio la silueta de Kieran, de pie frente a la ventana. Inmediatamente cerró los ojos. La camilla se detuvo y los frenos bloquearon las ruedas.

—Le han dado muchos calmantes. Estará inconsciente a ratos —dijo la enfermera.

Lo sintió acercarse a los pies de la cama. Un terreno resbaladizo de complicaciones e incomodidad se desparramaba por el suelo, entre

ambos. Abrió los ojos y estuvo a punto de contarle la noticia, pero él sonrió al verla consciente y su entusiasmo la silenció. Kieran le cogió la mano.

—Te pedí que no corrieras riesgos.

"Estoy embarazada".

Cerró los ojos nuevamente y trató de retirarse a la bruma de la morfina, pero él siguió hablando.

—Te quiero.

Ella abrió los ojos.

—No.

La malinterpretó. Sonrió y dijo:

—Sí, te quiero.

Lizzie deseaba que no hablara, al menos mientras durara la preciosa morfina. Aquí todo era calma y ausencia de dolor.

Capítulo 45

ESTABAN NUEVAMENTE EN LA SALA de interrogatorios. Los ojos de Sarah se cruzaron con los de Stephenson un instante, pero inmediatamente él desvió la mirada hacia un rincón, como si ella no fuera más que una molestia irrelevante.

—¿Puede confirmar que esta es su declaración, señor Stephenson? —dijo Steve.

—Sí, esa es mi declaración —dijo Stephenson. Sus labios se tensaron un instante; miró nuevamente hacia el rincón.

—"El 16 de octubre de 1987 volví a mi casa al atardecer después de pasar el día con Katherine Herringham y encontré que era imposible abrir la puerta delantera de mi apartamento. Fui hacia la parte trasera y subí por las escaleras de incendios, pero mi mujer, Abigail, había cerrado con llave desde dentro. Llamé a la puerta, pero no contestó. Sabía que el cierre de la ventana corredera estaba roto, así que fui a pedirle una escalera al vecino de abajo. Subí hasta la sala de estar y fui directamente abajo a ver por qué no se abría la puerta delantera. Tania estaba allí, muerta, al pie de las escaleras, bloqueando la entrada. Mi mujer había cerrado la puerta con llave desde dentro. Por eso no pude entrar.

"Abigail estaba en la cama del dormitorio. Había bebido hasta perder el conocimiento. Me senté en la sala de estar, tratando de decidir qué hacer. Debería haber llamado a la policía, pero no podía enviar a mi propia mujer a la cárcel. Estaba embarazada. Fue terrible, pero decidí deshacerme del cuerpo de Tania. Arranqué la moqueta de las escaleras porque estaba manchada. Luego, me sirvió para envolver el cuerpo.

"Niego cualquier otra conexión con la muerte de Tania.

"Por consejo de mi abogada, responderé "sin comentarios" a cualquier pregunta.

Sarah no tenía dudas de que sería en vano, pero Steve de todos modos tenía que hacer las preguntas. Stephenson contestó sin siquiera levantar la vista del rincón, que parecía haber captado su atención.

—¿Tenía usted una relación sexual con Tania?

—Sin comentarios.
—¿Violó usted a Tania?
—Sin comentarios.
—¿Qué hacía Tania en su casa?
—Sin comentarios.

Llevaron a Stephenson de vuelta a su celda. Sarah llamó a Elaine.
—¿Cómo lo llevas?
—Ya hemos terminado. He dejado a Katherine en su casa. Solo hay dos violaciones por las cuales imputarlo. Después de la desaparición de Tania, Stephenson le dijo que no podía seguir con lo que llamó su relación. Se sentía demasiado mal por Tania. Estaba asustado, obviamente.
—Entonces, ¿has terminado el trabajo por hoy?
—Sí.
Hubo una pausa.
—Mierda, Sarah. ¿Qué coño pasa ahora?
—Tenemos que arrestar a la exmujer de Stephenson y realmente me gustaría interrogarla contigo, si puedes hacerlo.

Capítulo 46

Al llegar con Steve a Primrose Hill, Sarah experimentó la familiar sensación de los policías: la idea de que se movía en un elemento distinto del de las personas que había a su alrededor. Aún a esa hora tardía la gente estaba deambulando, y las mesas metálicas de las cafeterías estaban llenas de clientes.

Las luces estaban encendidas detrás de los paneles de cristal de la puerta de madera sólida de la casa de Abigail Levy. Abrió enfundada en un vestido de noche rojo y arrugó el ceño al ver a Sarah y Steve con las placas en la mano.

—¡Son las diez de la noche! Tengo amigos en casa. ¿No pueden volver más tarde?

Sarah sacudió la cabeza.

—Lo lamento. No podemos. Tenemos que entrar. Tendrá que explicarle que le ha surgido algo y pedirles que se vayan.

Abigail miró a Steve y sonrió con el encanto de alguien que alguna vez fue atractiva.

—¿Y si no quiero hacerlo?

Sarah pensó que la comprensión en la sonrisa de Steve podría ser real esta vez.

—Lo lamento, señorita Levy. No hay lugar ahora para un "No quiero".

Las luces eléctricas estaban apagadas y había velas en la mesa y sobre la chimenea. Sobre el mantel blanco había tazas de café vacías, una lujosa caja de bombones en la que faltaban varios, una botella de Sauternes, copas de vino. Los invitados —tres hombres y dos mujeres — parecían confundidos, pero rápidamente se recompusieron, buscaron sus cosas y se pusieron sus abrigos. Una de las mujeres se envolvió una pashmina alrededor de los hombros.

—Hasta luego, entonces, Abigail.

Hubo besos generalizados en las mejillas, pero también alguna mirada no disimulada a las dos personas trajeadas que esperaban pacientemente, sin alejarse de Abigail ni un segundo.

—Encantada de haberte visto.

—El *risotto* estaba delicioso.

Cuando la puerta principal finalmente se cerró, Steve hizo el arresto.

Abigail, acariciando su dedo medio con el índice de la otra mano, preguntó:

—¿Qué pasará ahora?

—La llevaremos detenida para interrogarla. Podemos conseguirle un abogado o, si ya tiene uno, podemos llamarlo. Me temo que tendré que esposarla. Solo para el traslado, por la seguridad de todos. Traeremos el coche a la puerta. Nadie verá nada —dijo Sarah. Hizo una pausa, mientras pensaba en el vestido rojo—. ¿Le gustaría cambiarse antes de salir?

—No lo sé. Nunca he estado… —Abigail dudó— *detenida* antes. ¿Qué me recomienda?

¡Recomendar! Como si fuera un viaje de esquí o un día de caminata por la sierra.

—Yo me pondría algo práctico. Tendré que quedarme en la habitación con usted, pero me pondré de espaldas mientras se cambia.

Abigail medía un metro y cincuenta y siete centímetros. Para las fotos del expediente policial, se sentó nerviosamente en la silla alta, con los delgados tobillos cruzados y las rodillas hacia un lado; giró obedientemente la cabeza cuando se lo indicaron y ofreció una sonrisa apaciguadora a la cámara como si estuviera en una sesión de fotos. Se había puesto unas mallas azules, una camiseta gris y una chaqueta azul amplia. Parecía lista para un día de muchas horas de pie, tal vez como voluntaria en algún evento de la organización conservacionista National Trust. De puntillas delante del escáner, permitió que el oficial de detención, un corpulento hombre blanco con la cabeza afeitada, hiciera rodar sus dedos por la pantalla mientras pisaba el pedal con la facilidad que da la práctica. Ella guardó silencio y observó las huellas digitales que surgían contra la luz roja.

—¿Así que ya no usan tinta? —preguntó.

—No, cariño. Esto es mucho mejor. Computarizado —dijo el oficial.

Ella asintió, como si estuviera en una visita guiada de las instalaciones.

—Sí, es lógico.

Luego se sentó en la sala de consultas con su abogado. Sarah había preparado un resumen de las pruebas contra ella, pero, de todos modos, Abigail le hizo señas para que entrara.

—Antes de empezar, ¿puedo preguntar algo?

—Si su abogado está de acuerdo, por supuesto.

—¿Os ha dicho él que yo lo hice?

—Así es. Dice que llegó a la casa y encontró a Tania muerta. Estaba

bloqueando la entrada. Su vecino de abajo corrobora su relato hasta cierto punto.

Hubo una pausa.

—¿Y ahora puedo sentarme y hablar con mi abogado un rato?

—Sí, puede hacerlo.

Sarah salió al aparcamiento a fumar con Steve. A su alrededor, los coches y las furgonetas de la policía iban y venían. Entraron dos vehículos de respuesta armada y sus ocupantes aparcaron y se quedaron conversando en la noche cálida. Las luces de un coche parpadearon en la entrada y uno de los oficiales armados se acercó y le abrió la verja. Era Elaine. Vio a Sarah y a Steve y saludó con la mano. Luego hubo mucho movimiento de cosas, búsqueda en el asiento del copiloto, y finalmente Elaine sacó su enorme bolso de la parte trasera.

—Puedo quedarme a hacer el interrogatorio si quieres —dijo Steve.

Elaine se acercó; traía una bolsa con patatas fritas en la mano derecha.

—No. Pero gracias igualmente —dijo Sarah. Por un momento sintió remordimientos por despedir a Steve—. Creo que será mejor que a Abigail la entrevistemos dos mujeres.

Steve tiró su cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—Probablemente tengas razón.

—Gracias por tu ayuda con Stephenson.

—De nada.

Elaine ofreció patatas fritas.

—¿Alguien quiere? Están calentitas. He conducido como loca. Tienen sal. Hay un sitio en Lisson Grove donde las hacen muy bien.

—No, gracias —dijo Steve—, me voy a casa.

Sarah se sirvió.

Elaine levantó su pie derecho y se rascó el tobillo.

—Malditos mosquitos, me han picado por todos lados.

Steve le tendió la mano.

—Soy Steve.

Por un momento Elaine dudó si ofrecerle la mano grasienta. Luego los dos rieron y decidieron que no.

—Soy Elaine —dijo tomando otra patata frita—. La Gorda Elaine. Puede que hayas oído hablar de mí.

Él asintió y sonrió.

—Sí, he oído hablar de ti. —Palmeó las llaves de su coche—. Os dejo trabajar.

Hubo una pausa.

—Me alegro de haber vuelto a trabajar contigo, Sarah.

Ella asintió.

—Sí, lo mismo digo.

Abigail estaba sentada en la sala de interrogatorios. Sobre la mesa frente a ella habían puesto un vaso plástico y Abigail tomaba sorbos constantemente. Tenía las uñas perfectamente cuidadas, pintadas de gris. Todo en ella era pulcro, y su abogado, el defensor de turno, parecía haber sido enviado como contraste: era un joven con barba de un día, vestido con vaqueros y zapatillas.

Elaine estaba a cargo del interrogatorio. Al finalizar con los preliminares, dijo:

—Abigail, su abogado nos ha dicho que quiere contarnos lo que ocurrió.

Abigail miró a su alrededor como si se preguntara a quién le estaba hablando Elaine, pero luego, como si no hubiera encontrado a nadie más con el mismo nombre, sonrió con expresión vacía y dijo:

—Sí, es correcto.

Elaine puso una mano sobre la otra y le sonrió con aire alentador. Nadie habló, y tras un breve silencio, Abigail comenzó.

—Era por la tarde.

Dudó, y miró a su abogado.

—Creo que debería seguir. Como lo hablamos —dijo él.

Ella se apoyó la mano en el esternón como si tuviera allí un dolor que no podía situar bien. Levantó la vista, tomó otro sorbo de agua.

—Bien. Yo vivía en el piso superior de una casa victoriana subdividida con el hombre que era mi marido en aquel entonces, Richard Stephenson. Acabábamos de casarnos y yo había llegado desde Manchester; era la primera vez que estaba lejos de casa. No conocía a mucha gente. Estaba embarazada.

Se detuvo y miró a las otras tres personas alrededor de la mesa, quienes escuchaban atentamente. Continuó, casi como si estuviera contando una pequeña anécdota y le sorprendiera que les interesara tanto.

—Desde el colegio donde trabajaba Richard habían llamado esa mañana para avisar de que ese día suspendían las clases. Richard me había dicho que, de todos modos, tenía que salir, pues tenía cosas que hacer. Yo sabía que no debía preguntar. Solo lograba que se impacientara. Ya comenzaba a ver cómo eran las cosas.

Otra pausa, una sonrisita de disculpa que parecía sugerir que la anécdota tal vez resultaría tediosa.

—Había estado viendo la televisión y abrí una botella de vino. Había empezado con esa costumbre. Un par de copas me ayudaban a pasar el día. Era bastante infeliz, para ser sincera. Echaban una película de Hollywood, *La colina del adiós,* y la verdad es que la estaba disfrutando. Llamaron a la puerta. Apagué el televisor, dejé la copa en la cocina. Bajé hacia la puerta y la abrí, y bueno, allí estaba ella.

—¿Tania? —sugirió suavemente Elaine.

Abigail asintió.

—Bueno, supongo que sí, aunque no me dijo su nombre.

—¿Cómo era?

—Llevaba una minifalda, cabello largo rizado, delineador de kohl, grandes pendientes coloridos de cristal. Tenía una funda de violín y una bolsa. Supe inmediatamente quién era. No me refiero a su nombre, por supuesto, pero con una mirada me bastó para saber todo lo demás sobre ella. Me preguntó si el señor Stephenson estaba en casa y le dije que no, y se dispuso a marcharse… Cómo desearía haberla dejado ir. Pero la invité a pasar. No sé por qué lo hice. Era…

Titubeó, y Elaine la alentó.

—¿Sí?

—¡Era como si yo necesitara compañía! Ridículo, ¿no es así?

Repentinamente su rostro pareció derrumbarse, pero se llevó la mano al esternón otra vez, se lo palmeó un par de veces como para darse ánimos y continuó enérgicamente, ya recompuesta en su pulcritud.

—Habían hecho una entrada al apartamento desde la planta baja, pero era una chapuza y había que subir una escalera angosta y empinada para llegar a la zona de estar. Arriba era distinto. —Sonrió como si estuviera diciendo algo gracioso—. Era una especie de Tardis, esa nave para viajar en el tiempo y el espacio de la serie *Dr. Who*. En cuanto entrabas a la sala de estar parecía que viviéramos en una casa grande, no en un apartamentito de un solo dormitorio. A Richard siempre le gustó hacer las cosas a lo grande. En la sala teníamos un piano de media cola. Tuvimos que quitar la ventana para poder meterlo. El violín de Richard estaba sobre el piano. También había flores, lirios. Richard siempre insistía en que tenía que haber flores.

Se detuvo como si ese fuera el final de la historia.

—Así que Tania estaba en su sala de estar. ¿Qué pasó entonces?

—¡Nada! Absolutamente nada. ¡Se quedó allí, de pie! Miraba a su alrededor como si estuviera en una mansión.

”Quería que me dijera para qué había venido, pero no hablaba. Pensé “Dilo, venga. Di lo que has venido a decir”. Una cosa era venir a mi casa, y otra era quedarse allí, sin decir nada. Yo estaba como *furiosa*.

—¿Estaba furiosa?

—Y alterada también, por supuesto. Y también, bueno, avergonzada. —Se rio como si hubiera dicho alguna tontería—. ¡Todo eso al mismo tiempo! ¿Es posible? —Miró directamente a Elaine—. Había bebido bastante, ¿sabe? —continuó con tono pragmático—. De todos modos, independientemente de lo que estuviera pasando y lo deprimente que fuera todo, pensé, “Yo soy la esposa y ella no debería haber venido a mi casa”. —Se frotó la frente—. Patético, ¿no es así?

¡Como si importara que hubiera venido a mi casa! Era el menor de mis problemas. —Las miró con repentino asombro, como si hasta ella misma se hubiera sorprendido—. Hasta que no lo fue, claro.

Asintió como esperando alguna clase de asentimiento de las tres personas que estaban alrededor de la mesa, y luego, cuando no obtuvo otra reacción que la intensa atención de los demás, movió las manos, como avergonzada. Continuó hablando rápidamente, como si solo necesitara llegar al final de la historia.

—La chica no dijo nada, así que al final hablé yo. Le dije, "¿Richard es tu profesor?", y ella asintió y yo le pregunté, "¿Quieres tocar para mí?". Ella dudó. De eso sí me acuerdo. Luego fue a sacar su violín de la funda y yo le sugerí: "Toca con el de él. Es un Joseph Rocca".

Abigail miró a su abogado y se frotó compulsivamente el nudillo de su dedo anular.

—Era una especie de broma, ¿sabéis? Porque él adoraba ese violín y nunca le habría permitido tocarlo. —Miró a su alrededor con expresión desilusionada, como si nadie hubiera entendido la broma—. Entonces ella cogió el violín de Richard y lo afinó con el piano. Luego empezó a tocar. Era un *cantabile* de Paganini. Richard había insistido en que yo también lo aprendiera. Los primeros tres compases son fáciles, pero enseguida viene una parte complicada: repentinas digitaciones incómodas y alteraciones. Los dedos de Tania no se movían con la suficiente velocidad ni confianza. Se podía sentir el esfuerzo, y eso iba contra la esencia misma de la composición. Es una pieza de gran virtuosismo. Tiene que parecer que es fácil, pero sus dedos eran como un mecanismo de cuerda endurecido. Pensé "Pobrecita. Ni siquiera es muy buena".

"Dejó de tocar, apoyó el violín en sus rodillas. Dijo: "La verdad es que no puedo tocarlo".

"Sentí pena por ella, pero también quería abofetearla. No sabía qué hacer. Todavía esperaba que me dijera por qué estaba allí. Y luego, en cierto modo, ya no me importó. Solo quería que se fuera para terminar de ver la película.

"Le dije, "Creo que es mejor que te vayas".

"Ella me contesto, "Sí, mejor", y volvió a guardar el violín en su funda y a dejarlo sobre el piano. Luego dijo: "Lo siento. No debería haber venido". ¡Eso me puso absolutamente furiosa otra vez! Era tan patética y vulnerable. ¡Cómo la habían usado! Fue hacia las escaleras, me levanté y la seguí, como si la estuviera acompañando a salir, pero luego un impulso se apoderó de mí. Un momento de pura furia. La empujé fuerte, muy fuerte, por la espalda, entre los omóplatos. La cogió completamente por sorpresa. Tenía la funda del violín en la mano y se cayó de cabeza; no se pudo sujetar. Recuerden que las escaleras eran muy empinadas. Enseguida pude ver, por el ángulo de

su cabeza, que la cosa era grave. Y ella soltó una especie de jadeo. Corrí hacia ella.

”Había olor a mierda: eso me horrorizó. ¿Por qué había ocurrido esto? Estaba todo descontrolado. No podía seguir el ritmo de lo que ocurría. Ni siquiera sabía su nombre para llamarla, pero no importaba. No parecía estar consciente. Estaba inerte y puso los ojos en blanco. Sus labios estaban azules. Había un sonido horrible, como un jadeo. Me pareció que dejó de respirar casi inmediatamente.

”No sabía qué hacer. Sentí pánico. Creo que grité “¡Ayuda, ayuda!”. Pero nadie vino. Salí corriendo y llamé a la puerta del vecino. No hubo respuesta. Volví a entrar, le tomé el pulso, puse mi cara contra su boca. Nada. Subí y me senté en el sofá. Pensé en llamar una ambulancia, pero ¿para qué? Era evidente que estaba muerta.

”Fui a la cocina. Volví a llenarme la copa, me la bebí, volví a llenarla. Me llevé otra botella a la sala de estar y vi el final de la película, con la mirada fija. Todo el tiempo pensaba “¡No es culpa mía! ¡No es culpa mía!”.

”Bajé y volví a mirarla. Cerré la puerta principal con llave y también la de la escalera de incendios. Seguí bebiendo y también tomé unas pastillas para dormir. Estaba tan borracha que tuve que acostarme. Para cuando volvió Richard, estaba dormida. Ni siquiera lo oí entrar. Estaba oscuro y me sacudió para despertarme. Me preguntó “¿Cuántas te has tomado?”. Le contesté: “No lo sé”. Y me arrastró hasta el baño y me metió los dedos en la garganta. Vomité varias veces. Él no decía nada, ni una palabra. Lo recuerdo muy bien. Recuerdo que me dio miedo y luego ya no me importó nada. Pensé: “Está realmente enfadado conmigo, pero no me importa lo que pase”. Me volvió a llevar a la cama.

”Por la mañana me despertó y me dijo que me bañara y me arreglara. Me hizo café.

”Fue entonces que le pregunté dónde estaba ella, pero me dijo “No me preguntes nada”.

”Le sugerí: “Mejor llamo a la policía”.

”Y él me contestó: “No vamos a llamar a la policía”.

Abigail dejó de hablar. Miró hacia delante como si no hubiera nadie más allí. Luego dijo:

—Quiero decir que lo lamento mucho. Mucho.

Tras una pausa, Elaine le preguntó:

—Cuando la empujó, ¿tuvo intención de causarle daño?

—No sé qué quise hacer. Estaba enfadada. Solo la empujé.

—¿Sabe lo que ocurrió con el cuerpo?

—Creo que Richard la puso primero en el cobertizo del jardín trasero. Debía de estar durmiendo cuando lo hizo. Pero ¿dónde más podría haber estado? Nosotros teníamos el jardín trasero y el vecino

tenía el del frente. Podías ir por un callejón y aparcar allí el coche. Nadie más tenía motivos para ir allí. Después de eso, no lo sé. Llamó a una empresa de decoración y le oí decir que siempre había odiado esa moqueta y que había un hermoso suelo antiguo debajo, que solo necesitaba pulido; quería que vinieran y pasaran un presupuesto.

—¿Y usted qué hizo?

—Dejé que él se hiciera cargo. Salieron todos esos comunicados públicos pidiendo información sobre Tania. Cada vez se hacía más difícil hablar. Sentía que cada vez me hundía más en los problemas. Lo único que sabía con claridad era que tenía que dejarlo. El lunes por la mañana, él volvió al trabajo. Fui a ver al médico y pedí abortar. No le dije nada a Richard. Luego, después de la operación, llamé a mi padre y le dije que las cosas no funcionaban, que Richard me había pegado y tenía que volver a casa. Pasó a buscarme cuando Richard estaba trabajando. Le dije que había perdido el bebé y que no quería hablar de eso y me llamó su niñita. Richard me llamó por teléfono y me dijo que volviera a casa, y le contesté: “Si tratas de obligarme a volver, lo contaré todo”.

Allí estaba otra vez la mano sobre el esternón, moviéndose de lado a lado como para calmar un dolor.

—¿Os dais cuenta? Eso fue lo terrible. Tania me ayudó a librarme de él.

Hubo silencio.

El abogado levantó su mano de la mesa como pidiendo permiso para hablar.

—¿Sí? —preguntó Elaine.

—Abigail, tiene que contarles a los agentes cómo estaba en aquel momento. Mentalmente, quiero decir —dijo el abogado.

Ella asintió, como si hubiera olvidado un detalle menor.

—Ah, sí. Como tres meses después, traté de suicidarme.

—¿Trató de suicidarse? ¿Cómo lo hizo? —preguntó Elaine.

Se levantó las mangas de la chaqueta y mostró dos profundas cicatrices blancas a lo largo de su muñeca izquierda.

—Y tomé pastillas también, por supuesto.

—¿Y luego? —preguntó Elaine.

Abigail se encogió de hombros.

—No lo sé. Estuve en el hospital un tiempo. Luego, decidí vivir.

Se hizo un largo silencio.

—No entiendo por qué le pidió que tocara el violín —dijo Sarah.

—No lo puedo explicar… Era como si yo necesitara herirme. —Abigail frunció el ceño y juntó las manos—. Yo adoraba el violín, ¿sabe?

Sarah miró sus notas, pensativa.

—Tania dijo que lo sentía, y eso la enfureció porque ella le

parecía… —Puso el dedo bajo cada adjetivo mientras los leía—. Patética. Vulnerable. Usada. —Levantó la mirada—. ¿Por qué eso la enfureció de esa manera? ¿Por qué no sintió simplemente pena por ella?

Abigail dijo algo inaudible.

—Lo siento, ¿cómo ha dicho? —preguntó Sarah suavemente.

Abigail levantó la vista, miró a Sarah directamente a los ojos y dijo en voz alta:

—He dicho: "Porque ella era yo".

—¿Ella era usted?

—¡Sí, ella era yo! Y eso me hizo odiarla.

Sarah trató de entender sus propios sentimientos mientras miraba a Abigail, con su ropa impecable y su cuerpo impecable.

Abigail hablaba de cómo le había gustado tocar el violín y Sarah pudo verla en su mente: a los catorce años, alguien completamente diferente. Una niña bonita con un bonito vestido a la que le gustaba impresionar a los adultos con su habilidad para tocar Ysaÿe. Había sido orgullosa, le gustaba un poco alardear —lo admitía— y tenía realmente mucho talento con el violín. Había sido la niña que todas querían ser. Iba a hacer carrera en la música y tendría un buen matrimonio. Y sentía un respeto reverencial por su profesor, que ya conocía a gente famosa.

Stephenson conocía muy bien a su presa, sabía cómo usar sus debilidades. La había adulado, le había hecho promesas, le había dicho lo impresionado que estaba.

Para poder tocar bien, le había dicho, tenía que convertirse en mujer. Y así fue como había empezado, primero poniendo sus manos sobre los pechos de ella, luego entre sus piernas y luego, finalmente, empujándola a arrodillarse frente a él.

Ella ni había sabido que eso era una violación. Pensaba, como él le había dicho, que ella lo quería, que lo necesitaba. A los catorce se había sentido como si hubiera remado lejos de la costa con sus luces brillantes, hacia un océano oscuro del que no había retorno. ¿Cómo podía contarle a alguien las cosas sucias que había hecho? ¿Cómo podía explicar que ya no era la niña precoz con el bonito vestido, sino que se había convertido en alguien que en secreto se lavaba tanto la piel que casi se la dejaba en carne viva? ¿A quién podría habérselo contado? ¿Ante quién podría haber admitido algo así?

Cuando faltaba poco para que cumpliera diecisiete años, él ya comenzaba a cansarse de ella. Se había mudado por su nuevo trabajo en un colegio. Pero pasó un día para buscar sus cosas y le dijo que tenía que verla una última vez.

—Probablemente estaba aburrido —dijo ella, como horrorizada y desconectada al mismo tiempo; parecía estar hablando de otra

persona.

Y él la había violado, aplastando su cara contra la alfombra con la mano; el preservativo se había roto y así terminó todo. Estaba embarazada.

Esa fue la primera vez, dijo, que pensó en suicidarse. Pues, ¿qué otras opciones había? Al principio Richard se enfadó, pero repentinamente se entusiasmó. "¡Nos casaremos, entonces!". Su padre había aceptado. Se había sorprendido, sí, incluso enfadado, pero esas cosas pasaban y Richard quería hacer lo correcto. Su hija ya tenía diecisiete años para entonces, así que no resultaba tan chocante, y Richard no era tan mal partido. Fue una ceremonia discreta en el registro civil. Ella se había puesto un traje rosa y una semana más tarde estaba viendo la televisión todo el día en su apartamento de Londres.

A los diecisiete, dijo Abigail, ya era demasiado vieja para Richard, por supuesto.

—Yo era… ¿cómo le llaman los homosexuales a la persona que utilizan para ocultar su orientación sexual? Yo era su *tapadera*. Con una mujer joven y embarazada, él estaba a salvo de las críticas. Yo me había mudado a esa casa, pero él ya no me tocaba. Ahora yo odiaba la música. Me daba dolor de cabeza. Estaba embarazada de su bebé y no podía imaginar ninguna vida para mí. ¿Cómo iba a poder escapar y empezar de nuevo?

”Y entonces, el 16 de octubre, de repente estaba esta chica en mi sala de estar y yo lo hice. La empujé. Y luego me emborraché y tomé pastillas, pero no lo hice bien. Y no le habría servido a Richard que yo muriera, ¿sabe? Porque le estaba yendo muy bien y estaba logrando salirse con la suya en muchos sentidos. No iba a dejar que esto interfiriera con su maravillosa vida. Había sido un error mío, después de todo. ¿Por qué tendría que pagar él por estas mujeres irritantes? Una alumna que iba a hablar con el director; eso no ocurría a menudo, y cuando ocurría, nunca era un problema muy serio. Tal vez una charla en una oficina agradable, un poco incómoda para todos, sí. Solía ponerlo de mal humor. Tal vez perdía una alumna o tenía que cambiar de escuela. Pero la muerte de Tania, o mi muerte, eso habría sido demasiado, hasta para él, ¿lo ven? Ni siquiera Richard podría haberse recuperado de eso.

”Yo debería haberme entregado y debería haber pagado, pero en cambio él se hizo cargo de todo y yo me mudé, y luego, con el tiempo, decidí vivir. La única forma en que podía hacerlo era no volver a contactar nunca más con Richard, no pensar en las noticias que escuchaba de él de vez en cuando. Sabía que estaba consiguiendo buenas oportunidades trabajando con musicales y pop clásico, involucrándose con organizaciones benéficas que alentaban a jóvenes

desfavorecidos a tocar un instrumento. Tenía su propia entrada en la Wikipedia. Salió un artículo en el periódico cuando lo condecoraron con la Orden del Imperio Británico. Y yo sabía que debía hablar para que le impidieran seguir, pero no lo hice.

Capítulo 47

Elaine había seguido a Sarah hasta el patio.

—Disculpa, Sarah, me doy cuenta de que quieres estar sola, pero necesito compañía después de escuchar eso.

Sarah encendió el cigarrillo.

—No hay problema.

Fumó en silencio durante unos minutos.

Luego, Elaine dijo:

—¿De qué crees que la acusarán? ¿De homicidio u homicidio involuntario?

Sarah suspiró.

—Involuntario, supongo. Hubo intención de causar daño, pero no de matar, tal vez. Será complicado…

—¿Cuánto tiempo piensas que le echarán?

—No tengo idea. El abuso sexual servirá como atenuante, por supuesto, pero, bueno, nunca lo contó: eso al juez no le gustará. Yo diría que de dos a cinco años. Pero es imposible saberlo. Tal vez hasta le suspendan la condena.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

—¡No lo sé! En mi última investigación recuerdo haberle dicho a Steve… el detective que estuvo aquí antes, ¿sabes? No nos poníamos de acuerdo en algo. En fin, en aquel momento le dije que las sentencias, los atenuantes, el panorama general, todo eso no es nuestro trabajo. Nosotros nos dedicamos a la ley. Nuestro trabajo es averiguar qué sucedió y poner a los culpables delante de un juez.

Elaine replicó:

—Eso es demasiado complicado para mí.

Sarah se encogió de hombros.

—¿Sabes una cosa? Ya ni siquiera sé si tengo razón. Al fin y al cabo, nada devuelve a Tania a este mundo. —Tiró el cigarrillo al suelo y encendió otro—. Lo que sí sé es que me hubiera gustado que fuera Stephenson el que la mató.

—Sí. A mí también.

Vieron cómo se abrían las verjas y llegaba un coche; del asiento

trasero descendió un agente con un joven esposado, a quien llevó hacia las puertas de las celdas de detención.

Elaine le preguntó:

—¿Sientes lástima por Abigail?

—No. —Luego, tras una pausa, añadió—: Bueno, no lo sé.

—Imagina estar casada con él.

—No puedo. No hay manera.

—Pero igualmente… no lo entiendo. ¿Por qué nadie se les plantó a esos degenerados?

—Era una época diferente; nadie era sincero sobre nada.

—Sí, supongo que sí. —Elaine la miró con aire pensativo—. Fue difícil para ti también, ¿no? Ser lesbiana, digo.

Sarah se rio.

—Bueno, sí. Creo que sí. —Cambió el peso del cuerpo a la otra pierna y se rascó la nuca—. Todavía quedaba mucho por hacer. ¿No tienes que irte a tu casa?

Fue Elaine la que se rio ahora.

—¿No te has dado cuenta? Son las dos de la mañana. Gavin tiene el turno de noche. ¿Quién crees que está cuidando a los niños?

—No lo sé. ¿Quién?

—Llamé a mi madre. Se queda a dormir. Me quedaré aquí el tiempo que sea necesario.

Sarah sonrió.

—Me alegro. Te lo agradezco. A propósito, estuviste brillante interrogando a Katherine. Voy a redactar la solicitud de imputación de Abigail. ¿Podrías llamar a los otros cuerpos que han recibido denuncias de otras mujeres contra Stephenson y ver si quieren enviar a alguien a arrestarlo mientras está aquí detenido? Llamaré a Fedden. Alguien tiene que darles la noticia a los familiares antes de que esto caiga en manos de la prensa, y lamentablemente no podemos ser tú ni yo.

Elaine asintió. Luego dijo:

—Tal vez él termine estando preso más tiempo que ella al final. Y lo mejor es que tiene mucho más que perder. Esa entrada en la Wikipedia que ella ha mencionado se actualizará pronto y aparecerán muchas cosas más cuando pongan su nombre en Google.

Sarah apagó su segundo cigarrillo.

—Sé que no te importa, pero has hecho un buen trabajo, Elaine. Eres una buena policía.

—Gracias. —Luego, tras un momento de silencio, añadió—: No se lo cuentes a nadie, y mucho menos al jefe, pero debo admitir que siento una gran satisfacción porque atrapamos a ese hijo de puta.

Sarah dejó a Elaine a cargo de imputar a Stephenson y a Abigail. Ambos quedarían en prisión preventiva hasta comparecer delante de

los jueces. Tendrían que investigar también las acusaciones de violación de Abigail contra Stephenson, pero necesitarían asesoramiento sobre cómo proceder. Mientras tanto, la muerte de Tania comenzaría a recorrer el camino de los tribunales.

Sarah se había ofrecido a encargarse ella misma de las imputaciones, pero Elaine dijo que no: ya llegaba muy tarde a su casa de todos modos, y además, sería un placer hacerlo. Pero que nadie pretendiera que llegara temprano al día siguiente, *si* llegaba. Y se cobraría las horas extra en tiempo libre, no en dinero, por si alguien creía que las experiencias recientes la habían ablandado respecto del trabajo. Seguía detestando a los cabrones. A todos.

Sarah sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Elaine hizo una mueca.

—Admítelo. Me tienes unas ganas tremendas, ¿no es así?

Sarah se rio y dijo:

—Sí, es cierto.

Antes de irse a su casa, Sarah miró a Stephenson por las cámaras de circuito cerrado de las celdas. Estaba sentado sobre el colchón de plástico, con las gafas puestas, y seguía estudiando la partitura que había llevado consigo.

Eran casi las cinco de la mañana cuando llegó a su casa. Todo estaba en silencio. No podía dormir. Puso una grabación del concierto de violín de Sibelius. Cerró los ojos y se entregó a esa primera nota, tan tiernamente disonante. Durante largo rato se quedó allí sentada, siguiendo la línea del violín, concentrándose en su voz solitaria, a veces firme y en otras ocasiones suavizada por la creciente fuerza de la orquesta.

EPÍLOGO

Capítulo 48

Viernes 1 de agosto de 2014

El funeral de Tania se llevó a cabo a media mañana. La iglesia estaba llena de gente de unos cuarenta y cinco años: los amigos del colegio de Tania y los jóvenes músicos que habían tocado con ella en la orquesta juvenil local.

Una joven violonchelista y un pianista del Colegio Real de Música se habían ofrecido para tocar, y la congregación escuchó la melodía de Gluck de *Orfeo y Eurídice*. El piano corría como agua mientras la vida de Tania pasaba en imágenes sobre una pantalla. Tania jugando al baloncesto, Tania en una piscina hinchable, Tania abrazando a su amiga Katherine. Luego todos se pusieron de pie y de algún modo lograron cantar juntos *Lord of all Hopefulness.*

Katherine estaba en la iglesia, junto a la madre de Tania. Claire le había permitido asistir, a pesar de los años de silencio. De hecho, la había recibido con los brazos abiertos. Había logrado comprender que Katherine también era una víctima y tal vez alguien de quien ella podría obtener consuelo. Sarah miró sus espaldas, una junto a la otra en el primer asiento, y recordó el plato de galletas Penguin que esperaba que Tania volviera a casa. Por primera vez, sintió una punzada de pesar: encontrar a Tania había puesto final a la esperanza. Aquí estaba el presente irredimible.

Se oyó una grabación de un piano y la voz de la cantante Mahalia Jackson se elevó. *“Hay un bálsamo en Gilead que sana a los heridos”.*

Los empleados de la funeraria hicieron girar el ataúd y Claire salió detrás de él con su exmarido y los viejos amigos de Tania, ya todos adultos: gordos o delgados, casados o solos, exitosos o desilusionados: lo que hubieran hecho con sus vidas ininterrumpidas.

Al cementerio había que ir en coche, era un cementerio ecológico, y junto a la tumba había menos gente. Sarah se mantuvo atrás y reconoció a Claire, por supuesto, con rosas blancas de tallo largo en la mano y al padre de Tania, con su tercera esposa y sus dos hijas

adolescentes.

El inspector Peter Stokes, ya jubilado, estaba presente, y como Sarah, también se mantenía apartado de la familia. Había hablado en privado con ella antes de la ceremonia, le había estrechado la mano y le había dicho que era un hombre de palabra y que había una caja de champán para ella en el maletero de su coche. Sarah le contestó:

—Tendré que compartirlo con Elaine.

Stokes levantó las cejas asombrado:

—¿La Gorda Elaine?

—Exacto. No lo hubiera logrado sin ella.

Así que Elaine estaba presente también, y Robert McCarthy, con Ewan, que había ido a ayudar a Robert y, por lo visto, había pedido prestado el traje que llevaba puesto. Era color burdeos y demasiado corto de mangas. Y estaba Katherine, la amiga de Tania, que la había mirado alejarse a pie aquel 16 de octubre de 1987.

El ataúd era de madera clara y tenía el nombre de Tania en una placa de bronce sobre la tapa. Los empleados de la funeraria pasaron las correas por debajo del féretro y lo bajaron dentro de la tumba.

Por lo menos, Tania era conocida ahora. Por lo menos, existía una tumba que visitar, y al mirar a su alrededor, Sarah se alegró de ver que ya había árboles: abedules y fresnos.

Pensó en Tania, a los quince años, suspendida en el pivote entre niña y mujer. Lo que se imaginaba era limitado: la veía en la pista de baloncesto, una alero de ataque menuda y agresiva; practicando violín con su uniforme escolar; rizándose el pelo y enfundándose los vaqueros ajustados. Había estado en ese momento de la vida en el que el mundo debería haberle cantado toda su gloria a ella. Debería haber cometido errores inocuos, haber sufrido por un amor adolescente, y los adultos deberían haber movido la cabeza en señal de reprobación ante su comportamiento; y debería haberse desempeñado tanto mal como bien y finalmente, haber sobrevivido a todo para crecer y madurar.

Claire había elegido el Salmo 98 para que se leyera junto a la tumba y los empleados de la funeraria repartieron fotocopias. Lo leyeron todos juntos.

> Cantad alegres a Jehová, toda la tierra;
> levantad la voz, y aplaudid, y cantad salmos.
> Cantad salmos a Jehová con arpa;
> con arpa y voz de cántico.
> Aclamad con trompetas y sonidos de cuernos,
> delante del rey Jehová.
> Brame el mar y su plenitud,
> el mundo y los que en él habitan.

Claire vaciló junto a la tumba. El empleado le ofreció la bandeja con

tierra, pero ella no quiso arrojar tierra sobre su hija. En cambio, se arrodilló y dejó caer las rosas dentro de la tumba.

Capítulo 49

CADA DÍA MÁS REALIDAD.

La habían cambiado a otra sala y Lizzie sentía que significaba el paso de estado crítico a estable. Las enfermeras mantenían su buen ánimo profesional, pero estaban más ocupadas cuidando de otros pacientes también. Lizzie imaginó que se estaban cansando de ella, como si fuera una invitada que se queda más de lo debido. Ella también se estaba cansando del hospital. El dramatismo de la operación y, más tarde, el éxtasis dorado de la morfina iban dejando paso, lentamente, a la frustración de la rehabilitación. Poco a poco, más horas despierta. Dolor cuando se movía. La vergüenza de tener que usar la cuña y, después, su primera caminata lenta hasta el baño, empujando a su amigo el soporte de las bolsas de líquidos intravenosos.

—No, estoy bien, mamá. Puedo sola.

Se había levantado el camisón y había inspeccionado el vendaje de un lado y el hematoma que se le estaba expandiendo por el hombro y el brazo. Costaba creer que, en un tiempo, ese mismo cuerpo había corrido larga distancia, había competido en carreras y lo había hecho bastante bien. Se preguntó si se habría quedado para siempre sin la adrenalina del corredor. Sin esa maravillosa energía, el ritmo de los pulmones, la fuerza de los pies… era como recordar a alguien completamente diferente. Pero no era solamente el aspecto físico. Se sentía como si se estuviera despidiendo de alguien más joven que había visto el mundo a través de ojos diferentes. Sabía que tenía que cambiar, como un marinero que a regañadientes debe alterar el rumbo y ceñir las velas por el viento. El médico quería verla para averiguar qué pensaba hacer sobre ese asunto del que habían hablado. Iba a tener que tomar una decisión.

Julie había pedido permiso para visitarla y asomó cautelosamente la cabeza por la puerta.

—¿Te molesto si paso, Lizzie?

Llevaba una bolsa de plástico; se sentó y sacó una caja blanca de bombones sofisticados.

—Los busqué en Google —dijo—. Espero que te gusten las trufas.

Le siguió un jersey tejido a mano. Lo levantó para enseñárselo y Lizzie vio colores verdes y amarronados muy bien combinados en punto espiga, con seis finas rayas rojas que zigzagueaban por las mangas y el pecho.

—Copié el modelo de algo que vi en *Vogue*. Estoy casi segura de que calculé bien tu talla.

Se lo dio a Lizzie. La lana era suave.

—Mezcla de lana y cachemira —dijo Julie en voz baja.

—Es precioso, pero estoy segura de que no tengo permitido aceptarlo.

—Qué disparate. —Con destreza, Julie lo dobló rápidamente y lo guardó en el casillero junto a la cama—. Mira, lo tienes desde hace años. Tu madre te lo ha traído de su casa.

—Pues muchas gracias. Es realmente precioso.

—No seas tonta. Skye y yo ovillamos juntas la madeja. —Julie se puso a revolver nuevamente la bolsa, que a Lizzie le parecía vacía—. Una última cosa. —Sacó una pulsera de gomas rosa fuerte y azul eléctrico—. Skye quería regalarte esto. No estaba segura de los colores.

Lizzie la cogió y se la colocó en la muñeca, junto a la pulsera de identificación del hospital.

—No sé qué habrá pasado con el otro que me dio.

—Tal vez los sanitarios te lo quitaron cuando te trajeron.

Lizzie se recostó. De solo pensar en ello, en esas luces brillantes y en el alboroto cuando la habían sacado de la ambulancia, se sintió súbitamente muy cansada. Se preguntó si algún día volvería a tener la energía de vivir.

Julie le dijo:

—Bueno, no me quedaré mucho. —Se frotó las manos como si estuviera encendiendo un fuego en una película de supervivencia—. Antes de irme, quería decirte… —tenía lágrimas en los ojos— gracias.

Lizzie la interrumpió con un movimiento de la mano.

—No, Julie. No. No hay motivo…

—¡Sí que tengo un motivo! —Y entonces Julie se echó a llorar y se levantó nerviosa—. Mejor me voy. Me dijeron que no te cansara. —Se detuvo junto a la cama—. ¿Puedo darte un beso? ¿Te molestaría?

Lizzie negó con la cabeza.

—No, me gustaría.

Una vez que Julie se hubo ido, Lizzie se quedó mirando el techo sin verlo. Lo que la asombraba era cómo a pesar de todo su dolor y toda su pérdida, Julie solo se sentía feliz de tener otra niña que criar.

El médico vendría pronto.

La decisión obvia, la decisión correcta, la decisión racional era la

que había tomado antes de entrar en su casa y ver a Skye esposada al radiador. Se odiaba a sí misma por no poder sostenerla. Quería ser libre e irresponsable y, más que nada, detestaba la sensación de que, aunque todavía no tenía ni treinta años, ya no sería joven.

Pero no podía hacerlo. Sentía que. por la forma en que habían salido las cosas, no podía darse a sí misma la posibilidad de elegir. Ella y ese pequeño latido de vida habían sobrevivido a Brannon dos veces.

Se levantó de la cama, fue con dificultad hasta el baño empujando el soporte y logró orinar. No creía en señales y presagios. ¡No quería hacerse la vida más difícil!

Pero ¿qué podía hacer? El tiempo pasaba y había que tomar una decisión. A pesar de tanta tristeza, aún había un corazón latiendo dentro de ella y era incapaz de detenerlo.

Capítulo 50

CAÍA LA TARDE. SARAH ESTABA en su dormitorio, desesperada por su decisión de encontrarse con Caroline e igualmente desesperada ante la elección de qué ropa usar.

Todos los componentes de las prendas, los detalles de las costuras, el ancho de la pierna de un pantalón, cómo se combinaban los colores, sus tonos y sus particularidades, eran para ella como un idioma a la vez incomprensible y molesto. ¿Cuándo un color era audaz? ¿Audaz era algo bueno? El detalle del corte de una camisa, de las costuras de un bolsillo, parecían reclamarle una atención que cada fibra de su ser quería negarles.

La ropa de trabajo era fácil. Tenía una fórmula: trajes oscuros elegantes, buenas camisas blancas, zapatos sobrios sin tacón. Eran prendas que reconocía sin demasiado esfuerzo, como una especie de nada respetuosa. La funcionalidad era el árbitro y el único mensaje que deseaba transmitir era "Estoy haciendo mi trabajo. Pueden confiar en que me concentraré en eso y no en lo que llevo puesto". Sentía que ese mensaje reflejaba acertadamente su posición.

Pero ahora, cuando solo faltaban veinte minutos para que llegara Caroline, la ropa se le presentaba —súbita e inevitablemente— como un asunto mucho más importante. Cada elección conllevaba posibles indicios, insinuaciones que le resultaban alarmantes, pero comprendía que necesitaba atreverse a mostrarlas. Podía revelarse deseo, tal vez, por la altura de la cintura o la tela de una camisa.

No se permitiría pensar siquiera en que la ropa interior podía ser importante, pero sacó, con el mayor desinterés posible, bragas nuevas de un impoluto envoltorio de celofán. Se le ajustaban de manera invitante sobre las caderas: "Esto está aquí si es que lo quieres", parecían decir, y dejaban una meseta de piel lisa entre el borde y el sencillo sujetador.

Luego, a pesar de sus mejores intenciones, se encontró acelerando, revisando de manera impulsiva el armario y los cajones con la eficacia de un equipo de búsqueda, probándose prendas y dejándolas en una pila inmensa sobre la cama. Pantalones elásticos…, una mirada en el

espejo: demasiada desesperación. Un vestido de hilo: nada de gracia. Una falda corta de algodón oscuro con una chaqueta a rayas abotonada a un lado: ay, Dios, no. ¿En qué había estado pensando cuando se había comprado eso? Por fin, vaqueros viejos con un cinturón ancho de cuero, una camisa celeste con estampado de copos de nieve y botones nacarados.

Era una camisa preciosa, hasta ella se daba cuenta. La había comprado durante una expedición poco habitual a las tiendas elegantes cerca de Covent Garden. El vendedor, un hombre gay, había hecho caso omiso de sus protestas y le había acercado varias telas diferentes a la cara, había cogido camisas y pantalones de estantes y perchas y había entrado en el probador sin incomodarse en absoluto por encontrarla en ropa interior. Había insistido con la camisa y ella la había comprado, obediente, pero también con un secreto placer. Era absurdamente cara. Al salir de la tienda, había mirado por encima del hombro y él le había guiñado un ojo.

Sarah se detuvo y se miró en el espejo.

Bien…, tal vez sí.

En realidad, estaba muy bien.

Volvió a mirarse y confirmó su primera impresión. Se desesperó durante varios minutos por un detalle, abrochar o no los primeros botones de la camisa, y luego, cuando finalmente decidió dejar dos botones abiertos, lo que insinuaba ligeramente sus pechos, temió haber ablandado la tela costosa y firme de tanto tocarla.

¿Zapatos? Cinco pares pasaron por sus pies y quedaron descartados mientras la perra observaba con mirada torva desde la silla del dormitorio. Zapatillas de deporte: demasiado aburridas. Bailarinas de tacón bajo: demasiado aburrido. Tacones: no, no podía… Finalmente, sí, *tal vez*… botas de cuero oscuro de estilo motorista. Miró a Daisy.

—Y bien, ¿qué piensas?

La perra levantó la cabeza del sillón donde estaba tumbada y movió la cola brevemente.

—¿No te parece que son un poco de tortillera?

Se miró en el espejo, una vez, otra, y movió las caderas hacia un lado.

—¿De tortillera, pero bien, tal vez?

Volvió a mirar a la perra, que reaccionó echando las orejas hacia atrás con esa expresión que parecía ser una sonrisa. Sarah volvió a concentrarse en su imagen del espejo.

—Tienes razón, Daisy, amiga. ¿Por qué no, joder?

Se pintó los labios de rojo y se aplicó rímel. No mucho maquillaje, solo lo suficiente para sugerir que lo hacía habitualmente y no había dedicado la vida al trabajo. Por supuesto que no pasaba sus días de descanso en chándal y camisetas viejas. ¡Solo un tonto creería eso!

Esperaba que el mensaje quedara claro: no se estaba *esforzando*…

Se oyó llamar a la puerta y Daisy bajó corriendo y ladró en el pasillo. Sarah se sentó sobre la cama. La perra volvió a ladrar. Tras un minuto, volvieron a sonar los golpes en la puerta. Caroline la llamó. Un impulso atravesó a Sarah como una marea helada: dejar que la perra ladrara, esperar a que Caroline se marchara… y así, antes de poder ceder a él, abrió la puerta del dormitorio y bajó la escalera.

Daisy de inmediato comenzó a saltar contra su pierna. Sarah recordó un viejo chiste sobre que era fácil reconocer a una tortillera en una cita a ciegas porque era la que tenía el camión de mudanzas. Que Daisy estuviera allí solo lo volvía peor: no un camión de mudanzas, sino una hija sustituta, por el amor de Dios. Todo reflejaba tanta desesperación. Y ella no se sentía desesperada. Esa era la verdad. Estaba muy bien sola. Mejor, en realidad. Daisy la miró y movió la cola. Sarah abrió la puerta.

Al principio, no pudo asimilar a Caroline como un hecho en sí mismo, solo sintió una oleada de emoción ante su presencia. Rápidamente, se fijó en qué ropa había elegido. Nada que pareciera haberle representado mucho esfuerzo: una camiseta celeste con escote redondo pronunciado, vaqueros de tiro bajo.

—Hola —dijo Caroline y sonrió—. Estás fantástica.

—Tú también.

Y era cierto, pero no se veía como si hubiera pasado horas probándose prendas diferentes. Parecía tan dueña de la situación, tan *normal.*

Daisy hacía ochos interminables entre ambas, moviendo la cola jubilosamente. Caroline la levantó en brazos y la acarició detrás de las orejas. Daisy intentó lamerle la cara.

Sarah sintió una punzada repentina de ansias, de deseo. Súbitamente se imaginó besando los labios de Caroline, el cuerpo de ella contra el suyo. Ese deseo la enfadaba, la abochornaba. Se sentía como una tonta. Sentía un impulso temerario de dejar de lado todas estas cortesías y la comida que estaba en el horno. Quería mostrar su jugada, que la rechazaran o la aceptaran, ponerle fin a su incomodidad.

Caroline, todavía con Daisy en brazos, le sonrió.

—Qué perra preciosa.

Fue una cena agradable. Hablaron de esto y aquello —de enseñar, de ser policía— y esquivaron los temas que les interesaban: la muerte de Farah, Patti, el sexo.

Finalmente, Sarah recurrió a la pregunta anodina que había estado merodeando detrás de la conversación sobre recortes en el presupuesto policial y lo presionados que estaban los maestros de las escuelas de los barrios más pobres de la ciudad.

—¿Cómo está Patti?

Caroline se detuvo con la cucharada de mousse de chocolate a mitad de camino.

—Sigue con su familia en Santa Lucía.

Era difícil pensar rápidamente en cómo seguir. Sarah quería mostrar un interés generoso.

—¿Hace mucho que están juntas?

Caroline sonrió.

—Esto se te da bastante mal, ¿sabes?

Fue, Caroline, por supuesto, la que cerró la brecha; se levantó y tras manchar tiernamente los labios de Sarah con mousse de chocolate, se los lamió con lentitud e intención. Sarah, que seguía sentada, se apartó, nerviosa.

Caroline se echó hacia atrás y la miró, sonriendo.

—Esto es algo que deseas, ¿verdad?

Aunque se había sonrojado y estaba a punto de gritar de nervios, Sarah dijo con voz ronca:

—Sí. Sí, por Dios, ¡claro que sí!

Y entonces Daisy quedó encerrada arriba en algún sitio y Caroline regresó. Besó a Sarah otra vez, primero en la boca y luego bajó por su cuello. Sarah se puso de pie y apretó su cuerpo contra el de Caroline. Después de todo, era fácil: solo hacía, por fin, lo que tanto había deseado hacer. La besó en la boca y luego bajó las manos por su espalda, mientras le besaba el cuello. Cada caricia era tan perfecta, tan excitante. De pronto, ambas cedieron a la impaciencia. Comenzaron a quitarse la ropa y a reír ante su propia desesperación. Hubo una pausa: los botones de la camisa nueva eran difíciles. El impulso fue de arrancarlos, pero en cambio, Sarah se mantuvo inmóvil y solemne mientras Caroline le desabotonaba cuidadosamente la elegante camisa y luego se dedicaba con deliberación a su cuerpo.

Cuando terminaron, se quedaron tendidas en la cama. Sarah, presa de deseo otra vez, acarició lentamente el vientre de Caroline con un dedo y lo deslizó hacia su entrepierna.

—Con mi cuerpo te venero —dijo.

Caroline la besó y se rio.

—¡No te creo! Si hubiera sido por ti, nunca habríamos llegado hasta aquí.

El móvil de Sarah estaba sonando.

Caroline dijo:

—¿Vas a apagar ese maldito aparato o tienes que contestar?

Sarah le apartó el pelo de la cara con una caricia.

—Voy a apagar el maldito aparato.

AGRADECIMIENTOS

Por su ayuda creativa, por su apoyo y amabilidad mientras escribí esta novela, quiero dar las gracias a Margaret Stead, a Sara O'Keeffe, a Anne-Marie Doulton. El equipo de Corvus siempre me ayuda y me apoya, pero quiero dar las gracias en particular a Louise Cullen, que ha tenido que soportar los momentos complicados. Gracias a toda la gente de Sly Fox Productions: Linda James, Tim Vaughan y Savannah James-Bayley.

Muchas personas han compartido generosamente sus conocimientos conmigo. Donde hay errores, son míos. Gracias a la doctora Carolyn Millar, al doctor Sergei Gracherv, al doctor Jamie K. Pringle, a Jeffy y Claire Wilcox, a David Walker, Sarah Walker y Avril Johnson.

Como siempre, mis antiguos colegas me han inspirado y quedo en deuda con ellos.

Mucha gente me ha ayudado a escribir este libro. Estoy sumamente agradecida con Uri Roodner. Un buen hombre es difícil de encontrar, pero yo lo encontré. Gracias, también, a Yoni y Daveed Roodner, Jane Robinson, Mark Attridge, Paul Needley, Paul Lindsell, Muriel y Fabrice Guine, Hemi y Keren Rudner, Kerry Edwards y Luke Philpotts. Un especial agradecimiento y todo mi cariño a mi hermana, Ann Sutcliffe. Ella sabe por qué. Y mi amor de siempre a mi querida hermana Felicity Wood, que me alentó a mí y a todos los que estaban a su alrededor y que siempre llenaba la sala de risas.

Si te ha gustado esta novela…

Estamos seguros de que disfrutarás de la lectura de *La chica de la tormenta*, de Megan Miranda, un thriller psicológico que te mantendrá en un estado constante de adrenalina durante toda la historia

Cuando era pequeña, Arden Maynor desapareció en una noche de tormenta para luego ser encontrada por un vecino. Años más tarde ha cambiado su identidad, cansada de que la asocien a esa noche fatídica de su infancia, cuando en una madrugada despierta con su héroe muerto a sus pies.

Ambas novelas giran en torno a una ardua investigación sobre la desaparición de una menor, la violencia y el amor. Ahora que ya sabes el final de *Llamada de emergencia*, atrévete a descubrir la historia de *La chica de la tormenta*.

El equipo editorial.



Escanear el código QR
para ver más información
de *La chica de la tormenta.*


Foto de la autora: Tim Flach

Kate London se licenció en la Universidad de Cambridge y se formó en arte dramático en París. En 2006, Kate se incorporó al cuerpo de policía de Londres. Renunció en agosto de 2014 para dedicarse a escribir. *Llamada de emergencia* es la segunda novela de la serie “La Torre”, protagonizada por la inspectora Sarah Collins, a la que precede *Post Mortem* y cuyos siguientes títulos serán publicados en español por este mismo sello editorial.

La serie “La Torre” ha sido adaptada con notable éxito a serie de televisión.



Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:





   MotusThriller

www.motus-thriller.com